

HISTORIA

TODO ES

\$ 2,50 - Nº 56 - DICIEMBRE 1971

MARTIN GARCIA LA ISLA HISTORICA



**HAY QUE
FUSILAR A
BORGES**

**EL PEOR
DE LOS
ALZAGA**

A CUAL MEJOR!

SABADOS

EXTRAORDINARIOS



USTED Y LANDRISCINA

20.00

Música, anécdotas, sana comicidad, en un espectáculo familiar que le apasionará. Luis Landriscina y su humor de "tierra adentro", anima una hora de televisión, acompañado por primeras figuras de la música folklórica y ciudadana e intérpretes de la gracia.



LAS DOS

21.00

Agudo estudio del espíritu de las auténticas heroínas de la literatura y de la historia, trasladado a la mujer de nuestro mundo, en magistrales interpretaciones de Norma Aleandro y gran elenco.

Libros de Juan Carlos Gené y puesta en escena de Osvaldo Bonet.



CINE SIN CORTES

22.00

Cine "como en el cine".

Sin cortes!

Las producciones más destacadas de largo metraje.

Los éxitos que Ud. deseaba ver.

- A las 19.00, un "PANORAMA SEMANAL" de noticias, preparado por Redacción 7, y
- A las 23.30, "LA HONORABLE CAMARA DE LAS MUJERES" en un apasionante debate que conduce Nelly Raymond.

canal 7

AYER PIONERO - HOY FUTURO

Mercedes-Benz Argentina es la principal productora de camiones, colectivos y ómnibus.

Pero eso no es lo más importante.

JOHNSON ADVERTISING

Más importante es el conjunto de realizaciones en interés de la comunidad y del país, que Mercedes-Benz Argentina concretó en 20 años de trabajo:

- Un barrio de 185 viviendas con todo el confort moderno para el personal de la empresa.
- Un moderno edificio escolar para más de 500 niños de la zona.
- Una escuela de educación técnica.
- Un campo integral de deportes para uso del personal y sus familiares.
- Aporte de energía proveniente de la Usina de su Fábrica, a la red de servicio público de electricidad.
- Apoyo permanente a numerosas entidades de bien público.
- Obtención de divisas para el país:
 - 2º Premio a la Exportación 1969 y ventas al exterior ya concretadas para 1972 y 1973 por más de u\$s. 20.000.000.
- Progreso tecnológico: exportación de piezas fundamentales de motor a Alemania.
- Además, la Empresa brinda a su personal: becas, cursos de capacitación, transporte gratuito a su Centro Industrial, servicio de comedor a precios reducidos, asistencia social y atención médica sin cargo, premios por asistencia y antigüedad, gratificación anual y otros beneficios.

Así contribuye al progreso social y económico de nuestro país.



Mercedes-Benz Argentina S.A.F.I.C.I.M.

UNA EMPRESA CON VOCACION NACIONAL Y FE EN EL FUTURO.

Miembro de ADEFA

BIBLIOTECA DE ESTUDIOS HISTORICOS ARGENTINOS

POLITICA E HISTORIA

3ª Serie

2ª Serie

1ª Serie
 Tomo I: La caída de Rosas, José María Rosa.
 Tomo II: Bases para la reconstrucción nacional, Raúl Scalabrín Ortiz.
 Tomo III: Política británica en el Río de la Plata, Raúl Scalabrín Ortiz.
 Tomo IV: Estando y la montonera, Rodolfo Ortega Paz y Eduardo Luis Duhalde.
 Tomo V: La culpa mitrista (El drama del 65), Luis A. de Herrera.

Tomo I: La guerra del Paraguay y las montoneras argentinas, José María Rosa.
 Tomo II: Proceso al liberalismo argentino, A. García Mellid.
 Tomo III: La unidad nacional, Font Ezcurra.
 Tomo IV: Sarmiento, los liberales y el imperialismo inglés, Roberto Tamagno.
 Tomo V: Historia de la disgregación rioplatense, René Orsi.

1º Vida y muerte de López Jordán, Fermín Chávez.
 2º Sarmiento, ese desconocido, Matías E. Suárez.
 3º El Congreso de Tucumán, Guillermo Furlong S.J., Jorge M. Ramallo, Hugo Stormi S.J., Vicente D. Sierra, Enrique M. Mayochi y otros.
 4º Así fue Mayo 1810-1814 Mayo en ascuas (Desde 1814), Federico Ibarguren.
 5º La anarquía de 1820 (Y la iniciación de la vida pública de Rosas), Ricardo Levene.

HISTORIA DE LA CONFEDERACION ARGENTINA

3 Tomos, Adolfo Saldías

ROSAS: SU ICONOGRAFIA

1 Volumen, Juan A. Pradere.
 2º Volumen, Fermín Chávez.

HISTORIA COMPLETA DE LAS MALVINAS

3 Tomos, José Luis Muñoz Azpiri.

FUIMOS SIEMPRE DEPENDIENTES

?



HISTORIA ARGENTINA

8 Tomos, Dr. José María Rosa.
 1ª parte, 5 tomos - 2ª parte, 3 tomos.
 Tomo 1: Los tiempos españoles (Hasta el año 1806).
 Tomo 2: La Revolución (1806/12).
 Tomo 3: La Independencia (1812/24).
 Tomo 4: Unitarios y federales (1824/41).
 Tomo 5: La Confederación (1841/52).
 Tomo 6: El clima (1852/62).
 Tomo 7: La oligarquía (1862/78).
 Tomo 8: El régimen (1878/95).

MEMORIAS DEL GENERAL PAZ

4 Tomos, 35 años de su vida política.



ATREVASE Y CONSULTENOS SIN COMPROMISO

Nombre y apellido
 Dirección part. T. E.
 Dirección comerc. T. E.

Junín 558, P. 1º - Capital T. E. 46-0966 - 45-0873

EDITORIAL

ORIENTE S. A.

AMIGO LECTOR:

El doctor Bernardo Frías fue un eminente salteño que entre 1899 y 1918 se consagró a escribir la historia de Güemes. Fueron ocho los tomos que produjo en ese lapso, durante el cual declinó posiciones políticas y magistraturas judiciales a fin de completar su obra. Una obra que, desde luego, no abarcaba solamente la trayectoria del caudillo salteño sino que trazaba, al modo de Mitre, un vasto panorama del norte argentino en el momento histórico de la independencia y las implicancias del proceso emancipador. Era, en suma, un intento de reconstruir los veinte primeros años de nuestra vida independiente a través de una óptica no porteña, instalada en el extremo norte del antiguo Virreinato: un punto de vista legitimado por la heroica y decisiva función cumplida por Salta durante la guerra revolucionaria.

Pero la obra de Frías sufrió avatares que limitaron su difusión. El primer tomo apareció en 1902; el segundo en 1907; el tercero en 1911. El tomo cuarto se editó parcialmente recién en 1950 y el siguiente en 1961. Los tres volúmenes restantes permanecen inéditos y todos los publicados están agotados e incluso no se los encuentra en las bibliotecas públicas. Recién ahora una casa editora de Buenos Aires inicia la reedición completa de los ocho tomos, para que la totalidad de la obra pueda ser apreciada con la continuidad debida.

¡Han pasado setenta años desde la aparición del primer volumen! En este lapso, el acervo bibliográfico de carácter histórico se ha multiplicado geométricamente en la Argentina. Hánse editado y vuelto a editar muchísimos libros intrascendentes, superados o gratuitos. En cambio, la obra de Frías ha tenido que esperar tres cuartos de siglo para ver de nuevo la luz...

Hace cinco números señalábamos en esta misma página la incomprendible demora que pesa sobre la publicación del Archivo de Juan Facundo Quiroga. No afirmamos que haya una relación causal entre este retardo y el que afectó a la obra de Frías. Pero es sugestivo que las obras que tienden a echar luz sobre personajes "malditos" (y destaquemos que Güemes lo fue, durante mucho tiempo, para los historiadores clásicos) o que intenten inaugurar un punto de vista no ortodoxo, diferente al que tradicionalmente se ha impuesto en la producción historiográfica, sean las que invariablemente sufren las consecuencias del desinterés editorial o de los organismos que podrían facilitar su publicación... Este ha sido el caso de la obra de Frías. Es plausible que ahora pueda el público argentino enterarse de una creación que, además de sus valores intrínsecos, contiene el amor de una vida por su terruño y por las memorias de su gran gesta popular.

FELIX LUNA



Por la isla de Martín García pasó toda la historia argentina. Bueno es recordar sus principales protagonistas y los hechos de los que fue escenario (Foto Gentileza Revista "GENTE").

HISTORIA

"Historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir..."

(CERVANTES, Quijote. I. IX)

Prohibida la reproducción total o parcial del material contenido en esta revista, en castellano u otro idioma.

AÑO V - Nº 56 DICIEMBRE 1971

EDITOR: TOR'S S.C.A.

Redacción:

DIRECTOR: Félix Luna

México 4256
T.E. 99-2323

SUMARIO

- LA ISLA HISTORICA.** — Desde el descubrimiento de la isla que es la llave de la Cuenca del Plata hasta su próxima conversión en parque turístico, Antonio Emilio Castello hace una visión de su historia, que se confunde con la historia del país ... pág. 8
- EL FUSILAMIENTO DE BORGES: CUANDO BELGRANO NO PERDONO.** — Un levantisco y original personaje fue el precursor del movimiento de Mayo en Santiago del Estero: su destino terminó llevándolo frente al piquete de fusilamiento sin que sus méritos revolucionarios conmovieran a quien ordenó su ejecución. Así lo relata Guillermo Abregú Mittelbach pág. 44
- EL VINO EN AMERICA.** — Para los primitivos habitantes de América la borrachera era un acto ritual, mágico, que se practicaba colectivamente con un sentido muy distinto al de sus conquistadores. Ramón Tissera rescata para nuestros lectores el olvidado contenido de la intoxicación alcohólica en América pág. 56
- CUANDO EL FOLKLORE LLEGO A BUENOS AIRES.** — Hace medio siglo los ritmos y las tonadas populares del interior del país comenzaban una invasión sobre Buenos Aires que demoró 40 años en triunfar. Andrés Chazarreta conducía su vanguardia y Luis C. Alén Lascano cuenta esa primera batalla pág. 64
- EL PEOR DE LOS ALZAGA.** — Un horrendo crimen conmovió a Buenos Aires en 1828. "Todo un Alzaga" era uno de los asesinos. Algo más que una crónica policial es lo que ofrece Jimena Sáenz en torno a un hecho que en su tiempo comentó el país entero pág. 80

Y TAMBIEN

- EL DESVAN DE CLIO.** — Curiosidades y rarezas en el desván de la Historia. Las dice León Benarós pág. 40
- MUSEOS ARGENTINOS.** — Museo de Motivos Populares Argentinos "Martín Fierro", por Lucrecia Cuccia Orrego pág. 76
- LECTORES AMIGOS** pág. 94



LA ISLA HISTORICA

Por la diminuta Isla Martín García, que la mayor parte de los argentinos conocen sólo por referencias, han desfilado hombres y hechos de los momentos más importantes de nuestra historia. Esto tiene su razón de ser, porque se encuentra estratégicamente ubicada en la desembocadura de los ríos más importantes de la Cuenca del Plata y a su vez en la puerta de entrada principal de la República Argentina.

Su título de "llave de ríos" es exacto, pues el Río de la Plata, con su escasa profundidad, por los extensos bancos de arena, obligaba y obliga a toda embarcación de más de seis pies de calado a pasar por un angosto canal que se encuentra al oeste de sus costas, o por el otro canal, llamado del Infierno, que la separa de la costa uruguaya, cuya navegación era antes difícil y peligrosa, por su correntada muy fuerte, su escasez de agua y lecho rocoso. En la actualidad este canal se encuentra balizado y canalizado; de allí que ahora sea el más utilizado.

por Antonio Emilio Castello



Este pequeño macizo de 168 hectáreas, perteneciente a la formación geológica de Brasilia, se eleva a 23 metros sobre el nivel del mar y tiene una forma alargada de unos 2.000 metros por 1.400, con su eje mayor de norte a sur. Su crecimiento, por acción del río, es de 30 a 50 centímetros en su superficie por año.

Su incomparable vegetación se eleva hacia el interior de la isla, en una variedad difícil de encontrar reunida en una superficie tan reducida: álamos, talas, espinillos, ceibos, palo amarillo, sauces, mburucuyás, totoras, orquídeas salvajes, flor del aire, duraznillos, ricinos, helechos tropicales, membrillos silvestres y sauces, hacen las delicias de los amantes de la naturaleza, junto con los ciervos que fueron llevados a ella en el año 1928 y las nutrias, golondrinas y pájaros multicolores de las variedades que abundan en las zonas de los ríos Paraná y Uruguay. Su clima es benigno y contribuye a su encanto. En este pequeño paraíso fluvial pasaron cosas importantes y recalaron hombres de gravitación en nuestra historia, como lo veremos en esta nota.

DESCUBRIMIENTO DE MARTIN GARCIA

Fue esta porción del actual territorio argentino la primera en ser pisada por europeos y éstos fueron los españoles venidos en la expedición de Juan Díaz de Solís. Los pocos detalles de este viaje se conocen a través de Antonio de Herrera que parece haber consultado los diarios de a bordo, hoy perdidos. José Toribio Medina reproduce a Herrera, con comentarios críticos, en su "Juan Díaz de Solís. Estudio Histórico", publicado en Santiago de Chile en 1897.

Sucedía que entre los años 1513 y 1514 se realizó un viaje clandestino de Nuño Manuel y Cristóbal de Haro, acompañados por el piloto Juan de Lisboa, al servicio de Portugal. Costearon el continente sudamericano hasta las costas patagónicas, pasando frente al actual Río de la Plata al cual creyeron un estrecho que comunicaba con el Mar del Sur, descubierto poco tiempo antes por Vasco Núñez de Balboa. La nueva de este descubrimiento, dada a su regreso a Portugal, se divulga secretamente y el geógrafo alemán Schoner confecciona un mapa de América, dividida por un estrecho a la altura del Río de la Plata.

Esto hizo que la Corona española se decidiese a preparar una expedición que explorase las costas del Brasil y tomase posesión en nombre del Reino de Castilla del estrecho que comunicaba ambos mares. Esta expedición se trató de llevar en el mayor secreto para que no llegase a conocimiento del monarca portugués. Juan Díaz de Solís, piloto mayor del reino, partió de San Lúcar de Barrameda con sesenta hombres, en dos naves de treinta toneladas y una de sesenta, el 8 de octubre de 1515. Las naves llegaron al actual Río de la Plata, que los naturales llamaban Paraná Guazú (en guaraní significa: "grande como el mar"), en una fecha que no se ha podido precisar, pero se cree fue entre los meses de enero y febrero de 1516. Solís lo llamó al río de Santa María, pero el geógrafo Diego Ribeiro y Sebastián Caboto le dieron su nombre indígena y en algunos mapas lo denominan con el bíblico de Jordán. Pero en los documentos españoles se lo designó con el nombre de río de Solís, siendo el último documento en que figura este nombre, la capitulación firmada con el primer Adelantado don Pedro de Mendoza.

TODO ES HISTORIA Nº 56

Durante el mes de febrero de 1516 Solís navegó a lo largo de la costa oriental hasta llegar a la isla que es objeto de nuestro estudio. Por qué enterró allí al despensero que dio su nombre a la isla, no se sabe, pero esto hace suponer que haya sido el primer lugar donde desembarcó luego de su largo viaje, aunque Antonio de Herrera en su "Historia General de los Hechos de los Castellanos en las Islas y Tierra-Firme de el Mar Océano" sobre este aspecto solamente dice lo siguiente: "...entraron luego en el Agua, que por ser tan espaciosa, i no salada, llamaron Mar Dulce, que pareció después ser el Río, que oi llaman de la Plata, i entonces dixerón de Solís. De aquí fue el Capitán con el un Navio, que era una Caravela Latina, reconociendo la entrada por la una Costa del Río: surgió en la fuerza de él, cabe una Isla mediana, en treinta y quatro grados i dos tercios". Suponemos, en consecuencia, que debe haber sido Martín García, porque ésta se encuentra a los treinta y cuatro grados, once minutos, veinticinco segundos de latitud sur.

Más tarde navegó hacia la costa oriental donde desembarcó acompañado de varios hombres; los indios guaraníes que se encontraban ocultos cayeron sobre ellos, por sorpresa, y luego de matarlos en un breve combate, se los comieron, a la vista de los que se encontraban en las naves. Solamente salvó la vida el grumete Francisco del Puerto que no opuso resistencia y que años después relató estos hechos a Sebastián Gaboto cuando éste llegó al Plata.

La trágica desaparición del jefe de la expedición determinó a sus hombres a regresar a España.

Es de suponer que la isla Martín García fue testigo del paso de las naves de las expediciones de Magallanes, de Sebastián Gaboto y de Diego García de Moguer.

Durante ese siglo XVI la isla recibió la visita de las naves de la expedición de don Pedro de Mendoza, en 1536; del penúltimo Adelantado del Río de la Plata, don Pedro Ortiz de Zárate, que en 1574 regresaba de España con su flamante título y debió buscar refugio en ella, ante la hostilidad de los charrúas, que lo obligaron pronto a reembarcarse; y en 1582 estuvo Eduardo Fenton, uno de los pocos piratas ingleses que llegaron hasta nuestras cosas.

CONFLICTOS CON PORTUGAL

Bien es sabido que el Tratado de Tordesillas, firmado por los embajadores del rey de Portugal don Juan II y de los Reyes Católicos, el 7 de junio de 1494, en lugar de poner fin a los conflictos entre los dos reinos, fue el punto de partida de disputas que, por momentos, parecieron interminables.

Según dice Torre Revello, "una vez conocida la extensión del Nuevo Mundo, y de acuerdo con lo estipulado en el Tratado de Tordesillas, España consideraba que la línea demarcatoria cruzaba el continente desde el paralelo 1 grado sur, hasta el 24 grados, o sea que la parte norte cruzaba aproximadamente por la altura de Pará



Guillermo Brown: la isla fue escenario de sus hazañas.

y en el sur por el puerto de San Vicente. Por su parte, Portugal consideraba, como fue expuesto después por sus plenipotenciarios en las reuniones celebradas en Badajoz, en 1681, que la famosa línea demarcatoria alcanzaba en el sur hasta la desembocadura del Plata, vieja aspiración de la nación lusitana, que tiene en parte sus antecedentes en la expedición organizada en 1630, bajo las órdenes de Martín Alfonso de Souza, con el propósito de ejercer la soberanía de Portugal sobre la costa oriental del estuario".

Como paso fundamental para llevar a cabo la ocupación efectiva de la margen izquierda del Río de la Plata, los portugueses enviaron a Manuel Lobo quien ocupó la isla San Gabriel y levantó en la costa de enfrente la Nova Colonia del Sacramento en 1680. Esta colonia cambió varias veces de manos, unas como consecuencia de hechos de armas y otras en virtud de pactos internacionales como el tratado de Badajoz (7 de mayo de 1681), la Paz de Utrech (1713) y el tratado de Paris (10 de febrero de 1763).

En 1750, España y Portugal firmaron en Madrid un tratado de gran importancia "pues sirvió de base para los primeros trabajos y exploraciones conducentes a la demarcación de la frontera, que datan de aquella época, y durante el siglo XIX, los tratados de límites entre el Brasil y la Argentina, siguieron también en parte el sentido general de las fronteras consagradas en los tratados de Madrid y de San Ildefonso de 1777. A diferencia de los tratados anteriores, éstos revelan un conocimiento bastante completo de la geografía. Después de exponer las alegaciones de España y Portugal, el Tratado establece las fronteras entre sus posesiones, y en los Arts. 4º y 5º señala la que concierne a las regiones más tarde disputadas por la Argentina,

el Uruguay y el Brasil." (Díaz Cisneros: "Límites de la República Argentina.")

El Tratado de Madrid de 1750 fue seguido por otros tratados que se firmaron simultáneamente el 17 de enero de 1751 en la misma ciudad. En el primero de éstos se fijaron las instrucciones que debían seguir los comisarios de ambos reinos en la demarcación de los límites respectivos en Sudamérica. En su Art. 8º se estableció que los Comisarios principales despacharían tres comisiones de Comisarios subalternos, astrónomos, geógrafos e ingenieros.

El 17 de abril de 1751 se firmó un suplemento que regulaba las instrucciones de los Comisarios, y el 12 de julio del mismo año "los plenipotenciarios firmaron declaraciones en los márgenes de la Carta geográfica que sirvió para el ajuste del Tratado de límites de 1750, para perpetua memoria de la autenticidad de la referida Carta y para ser guardada en los Archivos de los dos monarcas". (Díaz Cisneros: "Límites de la Argentina"). El 30 de mayo de 1753, la diminuta isla Martín García fue escenario de la inauguración de las reuniones que celebraron los Comisarios de ambos reinos, el marqués de Valdeirios y el gobernador de Buenos Aires don José de Andonaegui, representando a España y el general Gómez Freire de Andrada en representación de Portugal, para redactar las instrucciones de los Comisarios subalternos.

Los trabajos exploratorios se llevaron a cabo en el año 1759 con tantas dificultades, que tuvieron que interrumpirse y el 12 de febrero de 1761 el nuevo monarca español, Carlos III, decidió dejar sin efecto lo firmado por su antecesor, Fernando VI, declaró nulo y sin valor todo lo actuado por las comisiones demarcadoras. Por el tratado de Paris de 1763, España devolvió por cuarta y última vez la Colonia del Sacramento a Portugal, pero quedó en posesión de la región de Río Grande y de los lugares que se habían conquistado en la campaña llevada a cabo por el gobernador de Buenos Aires don Pedro de Cevallos. Un año después los portugueses solicitaron a la Corona española que le fueran devueltas las islas de Martín García y San Gabriel y la región de Río Grande de San Pedro, como así todos los territorios que habían obtenido militarmente los españoles. Esta pretensión fue desoída por España y así la isla Martín García quedó firme bajo la jurisdicción española, como correspondía.

El gobernador de Buenos Aires que reemplazó a don Pedro de Cevallos, don Francisco de Paula Bucareli y Ursúa, en 1766, comprendió la importancia estratégica que tenía la isla en la lucha con los portugueses por el dominio del Plata y de los ríos interiores y estableció en ella fuerzas militares, así como en otros lugares de la banda oriental del río, dejando a su sucesor don Juan José de Vértiz y Salcedo, en su Memoria, una serie de reflexiones sobre la importancia de estas fortificaciones.

MARTIN GARCIA SIRVE COMO PRISION

Luego del golpe de Estado que culminó con la disolución de la Junta Conservadora, el 7 de noviembre de 1811, el Triunvirato, compuesto por Paso, Sarratea y Chiclana, adoptó una serie de decisiones para hacer frente a la difícil situación interna y externa. Entre las más importantes se encontraron la reorganización y disciplina de la milicia. "Mientras el gobierno hallá-

LA ISLA HISTORICA

base en manos de la Junta Grande concediéronse numerosos despachos militares. No pocos funcionarios gozaron de prebendas y del uso del uniforme. Era un arraigado mal que se remontaba a la época de las invasiones. Muchos civiles, merced a la revolución se habían convertido en oficiales en servicio activo y se mostraban reacios a las reglamentaciones", opina Juan Cánter. Claro es que no debemos olvidar que en esos momentos no había oficiales de carrera al servicio de la revolución y que muchos de aquellos, un tanto indisciplinados soldados, habían prestado o estaban prestando importantes servicios a la causa. El gobierno tomó severas medidas con respecto a la disciplina de los soldados dentro y fuera de los cuarteles; introdujo reformas que llegaron hasta la separación del mando de muchos militares; se redujeron a la mitad los sueldos de los oficiales, sargentos y cabos sobrantes en los regimientos reorganizados; se creó el Estado mayor y se suprimieron las asambleas militares; etc. Pero todo esto podía provocar peligrosas reacciones. En consecuencia dispuso cambios de mandos y reformas de las plantas de algunos regimientos. Ante la ausencia de Saavedra, nombra coronel del Regimiento N° 1 de Patricios a Manuel Belgrano y sargento mayor a Ignacio Perdriel. Estableció que los Regimientos 1 y 2 se unirían en un solo cuerpo con la numeración de 1, al igual que los regimientos 3 y 4 se unificarían con la numeración de 2 de Patricios bajo el mando de Ortiz de Ocampo.

Belgrano adoptó una serie de medidas que implicaron la restricción de ciertas prerrogativas y preferencias; la más resistida, quizá, el corte de trenza, la característica coleta que era el signo distintivo de este regimiento, el más admirado por haber tenido destacadísima actuación en la defensa de Buenos Aires en 1807 y decisiva intervención en la asonada del 1° de enero de 1809 y en la Revolución de Mayo. Además el desplazamiento de su viejo y querido jefe desterrado en San Juan por orden del Triunvirato, producía a los patricios un profundo dolor.

En la noche del 6 de diciembre de 1811 estalló el motín. El cuerpo desobedeció a sus jefes y además echó a la oficialidad del Cuartel de las

Temporalidades que se encontraba ubicado donde había estado el Colegio San Carlos y donde hoy está el Colegio Nacional Buenos Aires. Al no tener el apoyo de los otros cuerpos, los amotinados se encerraron en su cuartel y emplazaron artillería en las bocacalles inmediatas. El gobierno les intimó rendición por medio de una proclama, pero se mantuvieron irreductibles y no hubo súplicas, promesas o amenazas que valieran. Sus exigencias no se limitaron a pedir la sustitución de Belgrano y la anulación de la orden de cortarse las trenzas, sino que llegaron a solicitar el cambio del gobierno, con el regreso de Saavedra y Joaquín Campana y los diputados provincianos. Rondeau comandó las fuerzas de represión integradas precisamente por la oficialidad y tropa del mismo regimiento que no se había plegado al motín. La lucha, a pesar de su corta duración, quince minutos, dejó el luctuoso saldo de cincuenta bajas, lo que da una idea de lo encarnizada que fue. El gobierno actuó severamente, publicando un manifiesto, dirigiendo una "Proclama a las tropas" y dictando una fulminante sentencia de muerte para once sargentos, cabos y soldados. Un cabo tuvo la suerte de burlarla porque consiguió fugarse. Se recargaron seis años de servicio a los sargentos y cabos de la compañía de fusileros que permanecieron en el cuartel hasta que se iniciaron las hostilidades y se condenó a un distinguido, con grado de alférez, y a varios sargentos, cabos y soldados a prisión en la isla Martín García. Esta última pena es la que nos interesa ahora, a pesar de que hubo otras más, porque inicia la tradición de la isla como lugar de aislamiento y reclusión, en este caso para unos oscuros soldados, que iniciaron también la tradición de los planteamientos castrenses pero más adelante para personas importantes.



Vista de la isla desde el canal del sur en 1839 según Adolfo D'Hastriel de Riveroy.

MARTIN GARCIA, BASE REALISTA

En esas primeras etapas de la Revolución, la flota naval realista, con base en Montevideo, era dueña del estuario del Río de la Plata y se enseñoreaba en los ríos Paraná y Uruguay sin ningún tipo de oposición. Montevideo, sitiada por tierra, era abastecida gracias a las naves que llegaban de España, pero sobre todo por las incursiones que hacían sus naves en las zonas ribereñas, saqueando las estancias, llevándose el ganado que era de vital importancia para la alimentación de la ciudad sitiada. Pero no sólo Montevideo era lugar de preparación y punto de partida de las expediciones; también lo era la isla Martín García, que había caído en poder de los realistas. En ella solía depositarse parte del ganado obtenido en las correrías, porque en los alrededores de Montevideo quedaba poco lugar en poder de los defensores.

Los realistas no tenían oposición en el río desde que vencieran el 2 de marzo de 1811, frente a San Nicolás, a la primera escuadrilla naval que tuvo nuestro país integrada por la goleta "Invenible" comandada por el maltés Juan Bautista Azopardo, el bergantín "25 de Mayo" al mando del francés Hipólito Bouchard y la balandra "Americana" cuyo comandante fue Angel Hubac.

La isla Martín García fue testigo del paso de nuestra primera fuerza naval y fue justamente frente a ella, de acuerdo a las órdenes recibidas, que su jefe Azopardo abrió el oficio del gobierno que contenía las instrucciones que debían seguir. Estas consistían en llegar a Corrientes, haciendo escala en Santa Fe, debiendo apresar a todo buque que procediera de Montevideo. Con esto la Junta quería cortar las comunicaciones entre esa ciudad y Asunción del Paraguay.

La fuerza naval española que la venció había salido de Montevideo por orden del virrey Elío, a las órdenes del brillante marino capitán de fragata don Jacinto Romarate, con la misión de proteger el comercio fluvial y asegurar las comunicaciones con el Paraguay.

Pero, a pesar de su dominio naval, los españoles de Montevideo ven empeorar su situación en

los años subsiguientes y la llegada de refuerzos de España, que no son suficientes, lo único que consigue es alargar el plazo de caída de la ciudad cercada. Las correrías se suceden a lo largo del litoral fluvial y el 3 de noviembre de 1813 zarpa de la base naval de Montevideo una expedición mandada por Romarate, compuesta por 4 barcos de guerra y 13 transportes con 700 soldados a cuyo frente va el coronel don Domingo Loaces. Su rumbo, hacia el poniente, preocupa a las autoridades de Buenos Aires que piensan que la escuadrilla enemiga se dirige hacia Punta Gorda y la Bajada de Entre Ríos, que se encuentran defendidas por alguna artillería. Pero la escuadrilla realista tiene otra misión distinta: obtener víveres con el fin de establecer un hospital en Martín García para trasladar allí a la numerosa tropa enferma en Montevideo. Además se deben recolectar caballos para organizar una fuerza de caballería y con ella intentar romper el cerco de la ciudad, una vez que lleguen los últimos refuerzos que vienen de España. La expedición obtuvo algunos caballos en Ibicuy y en la hacienda San Julián, pero fue rechazada violentamente en las inmediaciones de Landa por el coronel don Hilarión de la Quintana que al mando de 233 hombres de a caballo obtuvo este éxito frente a 800 realistas desembarcados, haciéndoles algunos prisioneros.

Cuando la expedición volvió a Martín García al mes siguiente, fue reforzada con 300 artilleros y un capitán de ingenieros enviado a levantar los planos de una batería. Pero ante los aprestos navales que se hacían en Buenos Aires, recibieron orden de Vigodet (a la sazón al frente del gobierno de Montevideo), de no atacar La Colonia como estaba planeado, y regresar a su base en la ciudad sitiada dejando una pequeña guarnición en Martín García.

No podemos dejar ese año 1813 sin referirnos a la primera acción militar que se lleva a cabo en la isla que nos ocupa y fue protagonizada, en lo que hoy llamaríamos una "acción de comandos", por el teniente José Caparroz, natural de España, que había abrazado la causa patriota luego de la Revolución de Mayo y que antes se había destacado en la lucha contra los ingleses

LA PIEDRA DE MARTIN GARCIA

Los virreyes del Río de la Plata, en su mayoría, se preocuparon por el aspecto edilicio de la capital del virreinato y es así como el virrey don Nicolás de Arredondo, que ejerció sus funciones entre diciembre de 1789 y marzo de 1795, se propuso mejorar las calles de Buenos Aires que en invierno, por efecto de las lluvias, se convertían en lodazales. En verano la tierra reseca hacía que la ciudad estuviera constantemente envuelta en nubes de polvo; además, los baches ya existían, no son una novedad de nuestros días, y eran rellenos con basura y restos de animales muertos, por lo que se constituían en focos infecciosos y lugares de reunión de cuanto bicho dañino existiera. Debido a la carencia de fondos, se impuso "a las lanchas del río el gravamen de traer piedra de la isla Martín García, por turno y cada tanto, y a las carretillas a conducirla desde el desembarcadero hasta el lugar de la obra. Así comenzó el empedrado de la Plaza

Mayor." (Emilio Ravignani: "El Virreinato del Río de la Plata"). Los vecinos y el comercio vieron con satisfacción estos trabajos y realizaron donaciones que permitieron el empedrado de la calle de las Torres actual Rivadavia. Arredondo también se propuso empedrar otras calles, sobre todo la que servía de ruta de entrada de los virreyes a la ciudad y que iba de la Plaza Mayor al hospital de los Beliermos. No pudo realizarlo, pero le cabe el honor de haber sido el iniciador del empedrado en Buenos Aires.

Debido a lo expuesto anteriormente podemos suponer que la piedra utilizada en Buenos Aires era traída de Martín García, el lugar más cercano y más accesible, porque entrañaba menos riesgos para los que se ocupaban de su extracción y traslado, además, de lo primero se encargaban los penados de la isla.

en 1806 y 1807, al frente de un grupo de Dragones de la Patria. En un audaz golpe de mano que sorprendió completamente a las fuerzas realistas que guardaban la isla, se apoderó de ella el 7 de julio de 1813. Pero la posesión de la base no pudo mantenerse, porque al carecerse de escuadra que enfrentara a la realista, hubo que abandonarla, aunque llevándose todos los pertrechos que pudieron para aumentar sus bagajes. El éxito, aunque fuera momentáneo, de esta acción, hizo que su realizador, Caparroz, fuera ascendido por el gobierno de Buenos Aires a capitán de Dragones de la Patria el 10 de julio de 1813.

TOMA DE MARTIN GARCIA POR LA ESCUADRA DE BROWN

Cuando la escuadra realista partió de Montevideo, el 3 de noviembre de 1813, rumbo al río Uruguay en busca de víveres y con el propósito de establecer un hospital y una base en Martín García, en Buenos Aires se tuvo la certeza de que no podría terminarse con el dominio naval de aquéllos mientras no se contase con una fuerza capaz de hacerles frente con probabilidad

LA ISLA HISTORICA

des de éxito. La idea de formar una escuadra fue, según propias manifestaciones de Alvear en sus "Memorias", de él y de Juan Larrea. Además decidió defender a la isla "llave de los ríos" y para esto se dispuso que se alistaran algunos buques en Las Conchas y en la punta de San Fernando. Se recibió la noticia de que una nave realista había llegado a la isla y Alvear convino con Larrea en enviar, lo antes posible, una nave para atacarla por sorpresa y desembarcar tropas en el lugar. En tres días todo estuvo listo, cuando llegó la noticia de que la embarcación enemiga se había retirado del lugar.

A todo esto, la actividad en procura de la formación de una fuerza naval respetable fue en aumento, destacándose, sobre todo, los esfuerzos realizados por el ministro de Hacienda Juan La-

DONACION DE LA ISLA MARTIN GARCIA

Durante las invasiones inglesas hubo derroche de valor y heroísmo por parte de los habitantes de Buenos Aires y de sus alrededores. Uno de esos esforzados vecinos fue don Antonio José del Texo que se apresuró a alistarse a las órdenes de Juan Martín de Pueyrredón cuando tuvo conocimiento del desembarco de Liniers en el puerto de Las Conchas. Pero no solamente puso su persona al servicio de la causa, sino que donó 230 caballos que sirvieron para transportar la artillería. Luchó en la primera fila y tuvo el privilegio de ser uno de los primeros en entrar a Buenos Aires el glorioso 12 de agosto de 1806. Todos estos méritos le valieron una recomendación de Liniers, héroe de la Reconquista, que para ello se remitió al testimonio de sus principales jefes: Pueyrredón, Gutiérrez de la Concha y el capitán Arenas. El Cabildo de Buenos Aires le extendió un certificado en donde constaban sus importantes servicios y lo recomendaba a Su Majestad.

Pero don Antonio José del Texo cayó en desgracia luego de la famosa asonada del 1º de enero de 1809 en la que participó en el bando perdedor. El 5 de enero se le inició proceso ante la acusación de Saavedra de haber conspirado contra la vida del virrey Liniers. A pesar de la brillante defensa que de él hizo el comandante del Cuerpo de Gallegos, don Pedro Cerviño, fue condenado por el Consejo de Guerra presidido por el Teniente General de la Armada Real don Pascual Ruiz Huidobro, "a pasar a la Banda Oriental del Río de la Plata, con destino a Santo Domingo de Soriano, por cuatro años, a las órdenes y bajo vigilancia del Comandante Militar de la localidad citada, quien oportunamente debía informar a la superioridad de la conducta que observase el oficial Texo, aparte de que estaba privado del uso de su empleo y sueldo." (Florido, Pedro C.: La donación de la Isla Martín García por Carlos IV.)

La sentencia anterior fue declarada nula y sin valor el 9 de noviembre de 1810, por Supremo Consejo de Guerra en España a donde fue Texo a pre-

sentar su caso con la anuencia del virrey Cisneros. Este fallo fue confirmado por el Consejo de Regencia, que además concedió a Texo el grado de Teniente Coronel de Milicias Urbanas. Evidentemente las cosas habían cambiado y los aires revolucionarios del Plata favorecieron la posición del que ahora era considerado un fiel servidor de la Corona. A mediados de 1811 Texo inició en Cádiz una serie de peticiones en las que solicitaba el empleo de "factor real" en Buenos Aires, dos islas llamadas de Martín García y San Gabriel, que decía estaban enteramente abandonadas, además de terrenos en el Nancay, jurisdicción de Gualeguaychú, arroyo de la China y Gualeguay, etc. Expresaba que tenía pleno derecho a que se le otorgase lo solicitado por las sumas que había invertido en la reconquista de Buenos Aires.

El Consejo de Regencia no desoyó el pedido del fiel súbdito de Su Majestad, pero tuvo la prudencia que le faltó a éste al disponer que: "Ignorándose en ésta el valor y extensión de las tierras que se solicitan, dígame al Virrey si son realengas y cumpla Texo con realizar la fábrica que se indica, le señale aquella moderada porción que sea suficiente para este establecimiento y remunerar en parte sus servicios, sin que por ello se le exija suma alguna." (Florido, Pedro C.: op. cit.) Por Real Orden del 11 de julio de 1811 se comunicaba esto al último virrey del Río de la Plata, don Francisco Javier de Elío, pero bien sabemos que su jurisdicción era solamente sobre Montevideo en esos momentos. Además no se sabe si esta Real Orden llegó alguna vez al Río de la Plata. En definitiva, no hubo la tal donación de la isla Martín García por Carlos IV a Texo como lo demuestra todo lo anteriormente expresado.

Pero sabemos que Texo terminó sus días en Buenos Aires, su ciudad natal, sin haber tomado posesión de las islas ni tierras solicitadas, porque las autoridades encargadas de otorgárselas ya no tenían dominio sobre estos territorios.

rea, que no sólo se ocupó de la adquisición de las naves, sino, más tarde también lo hizo de lo concerniente a las operaciones navales, teniendo muy poca intervención el ministro de Guerra y Marina, ex capitán de fragata de la Armada Real don Francisco Javier de Viana. Colaboró en la empresa, como capitalista, el comerciante estadounidense Guillermo Pío White y al parecer la labor de éste fue realmente importante, lo que se desprende de una carta que Larrea le escribió el 9 de abril de 1818.

Uno de los problemas que se presentó en el equipamiento de la escuadra fue la carencia de marinos criollos, pero esto se subsanó contrahuyendo hombres de los buques mercantes extranjeros que estaban imposibilitados de ejercer su profesión por causa del bloqueo que mantenía la flota española de los accesos a Buenos Aires. Los criollos de los que se echó mano fueron destinados al servicio de la artillería y a formar pelotones de infantería de marina que fueron repartidos en los distintos buques. Más adelante, ya en oportunidad de los encuentros decisivos, el jefe de la escuadra la reforzó con tropas del ejército. La mayoría de los extranjeros eran irlandeses y norteamericanos y entre los capitanes



Bernardino Rivadavia: inauguró la condición de presidio para Martín García.

criollos mencionaremos a Francisco Seguí, Santiago Hernández y Pablo Zufriategui. Jefe de la escuadra fue designado el marino irlandés Guillermo Brown, al cual se le confirió el grado de teniente coronel por decreto del 1º de marzo de 1814. Este hombre no era nuevo en Buenos Aires; ya hacía tiempo que se encontraba en ella y también había sufrido perjuicios económicos debido al bloqueo realista.

En la mañana del 8 de marzo de 1814, abandonaban Buenos Aires con rumbo a la Colonia, las naves "Hércules", fragata de 36 cañones que enarbolaba la insignia del jefe de la escuadra y era comandada por el capitán Elías Smith, la corbeta "Céfiro", mandada por el capitán Santiago King, con 18 cañones, y el bergantín "Nancy" del capitán Ricardo Leech, con 15 cañones. En la tarde del día 10 de marzo se les unieron las goletas "Juliet" y "Fortuna", de 17 y 15 cañones respectivamente, cuyos capitanes eran Benjamin Franklin Seaver y Pablo Zufriategui; el falucho "San Luis" de 5 cañones, mandado por Juan Handel y la balandra "Carmen", también con 5 cañones, al mando de Pedro Samuel Spiro. Evidentemente no era una gran escuadra, pero provocaba más respeto al enemigo que la primera escuadrilla de Azopardo.

Inmediatamente el jefe de la escuadra dio orden de dirigirse a Martín García donde se encontraba una parte importante de la flota de Montevideo mandada, nada menos, que por el vizcaíno Jacinto Romarate, marino de gran capacidad, condecorado del río y de valor indiscutible. De él dirá Brown en sus Memorias "que en todos sus combates jamás tropezó con un hombre más bravo". Pero Romarate, que contaba con gente más experimentada y de carrera, con un profundo conocimiento del Río de la Plata en el que actuaban desde hacía tres años, tenía menor número de naves: los bergantines "Belén", en el que izaba su insignia, y "Aranzazú", la sumaca "Gálvez", las cañoneras "Reina Luisa" y "Perla", las balandras "Marciana" y "Americana" y dos embarcaciones menores, la "San Ramón" y la lancha corsaria del navío "Salvador". Como en las inmediaciones había algunas naves pequeñas de transporte o mercantes, Brown creyó que las naves enemigas eran trece. También las bocas de fuego con que contaban los españoles eran menores en número: 35 más una batería en la isla. Pero Romarate supo sacar ventaja de su estratégica posición y colocó sus naves en el canal "Martín García", el más navegable. La posición de Romarate estaba sabiamente elegida, porque obligaba al enemigo a acercarse por el canal, de proa a su línea de buques acoderados, de modo que presentaban sus costados al enemigo, y podían usar sobre él todos los cañones de una banda, mientras que aquél sólo podía utilizar en el avance sus cañones de proa. Era el "corte de la T", famoso en táctica naval, pero con las ventajas de su inmovilidad y la obligación de aceptarlo por parte de Brown, si quería atacarlo.

Otra ventaja aún más importante, era el lugar. Un canal estrecho que pasaba cerca de la costa de la isla y cercado de bancos y bajos que dificultaban la maniobra de las (grandes) naves de Brown. (Quartaruolo, V. Mario y Destefani, Laurio H.: "Campaña naval de 1814 contra la escuadra realista de Montevideo". Pág. 39.)

A la caída de la tarde del 10 de marzo de 1814, la escuadra patriota ancló a la vista de los cerros de San Juan. A la mañana siguiente, poco después del amanecer, se dio orden de ataque para anticiparse a la posible llegada de una expedición

que se presumía se preparaba en Montevideo. La goleta "Juliet", en la delantera por tener el mejor piloto, inició el fuego contra los barcos enemigos. Pero a poco de comenzada la acción la nave capitana, la "Hércules", tuvo la desgracia de encallar en un banco de arena a la escasa distancia de un tiro de fusil del enemigo y con la proa hacia él, lo que le impedía hacer uso de la mayor parte de sus bocas de fuego. Pero con los pocos cañones de que se pudo disponer comenzó un nutrido fuego y toda la dotación dio muestras de valor y sacrificio como lo reconoce su jefe. La angustiosa situación se prolongó hasta la noche. El fuego que caía sobre la nave varada era infernal y nadie en ella se podía sentir seguro, como lo comprueba la muerte del valiente capitán Smith y de algunos otros oficiales. Al fuego de los barcos enemigos se sumó el de la batería de tierra con una puntería digna del mejor elogio. Mientras tanto las tres naves menores patriotas intentaron amenazar la retaguardia enemiga internándose por el canal del Infierno, pero Romarate que intuyó el peligro mandó interceptarlas con sus cañoneras, desbaratando así la maniobra.

La noche puso fin momentáneamente a la lucha que hasta entonces se presentaba desfavorable para la escuadra atacante. Las cifras de bajas son elocuentes: Brown tuvo en su nave, solamente, 20 muertos y 23 heridos, contra cuatro muertos y siete heridos en los buques españoles y tres heridos en tierra.

Al amanecer del día siguiente se reanudó el combate y recién a eso de la media mañana pudo la "Hércules" zafar de su varadura y navegar aguas abajo, pero nuevamente encalló, aunque ya sin la incomodidad de recibir el fuego enemigo. Su estado era lamentable, "estaba acribilada por balas y metralla, tenía casi todos sus cabos cortados y había perdido sus anclas por el intenso fuego enemigo. En su costado bajo, y sobre la flotación, tenía 82 impactos de cañón y hacia agua por muchos rumbos". (Quartarulo y Destefani: op. cit., pág. 41.) Pero esta vez la nave capitana había tenido la ayuda de la pequeña balandra "Carmen", cuyo bravo jefe, el griego Spiro, había sido el único que concurrió a apoyarla, respondiendo así a las exigencias y ruegos de Brown que la noche antes había visitado todas las naves de su escuadra, infructuosamente.

El júbilo en el campo realista era indescribible: Romarate había mandado un parte a Montevideo anunciando la victoria y otro tanto había hecho el comandante de la guarnición de Martín García, el ex teniente del Regimiento Fijo de Buenos Aires, don José de Azcuéniaga.

Pero en el campo patriota no se pensaba que todo hubiera terminado. Se trabajaba febrilmente en la reparación de la "Hércules" y se había despachado a La Colonia, a la goleta "Hope" (Esperanza) de propiedad de Brown, con la misión de solicitar ayuda para cubrir las vacantes dejadas por las bajas. Brown, mientras esperaba los refuerzos, masticaba su amargura, más que por la derrota por el comportamiento de la mayoría de sus capitanes, "...después de todas las señales que se hicieron y mi ida personalmente en mi bote antes de las doce de la noche exigiéndoles y rogándoles que nos prestaran auxilio, todo fue sin resultado; soplando el viento de tierra, ellos se mantuvieron barloventeando hacia y desde San Juan, desde una distancia de una legua y media durante todo el tiempo que duró el encuentro, lo cual fue la de que la Patria perdiera una oportunidad de deshacerse de la fuerza total del enemigo".

LA ISLA HISTORICA



"La Escuela de Marinería a Jerónimo Costa, Juan B. Thorne y a los 100 valientes que defendieron la isla del ataque francés en 1838."

Pero no todos fallaban al gran marino. En la mañana del 12 de marzo llegaban los refuerzos de La Colonia, al mando del teniente Pedro Orona, que se había apresurado a enviarle el comandante militar don Vicente Lima.

Entrada la noche del 13 de marzo, la escuadra patriota se acercó a la isla y sus barcos echaron anclas cerca de un lugar desguarnecido llamado "Puerto del Pescado", sitio elegido por el jefe para efectuar un desembarco. El día 14 fue de preparativos e impaciente espera, porque todos estaban ansiosos por lanzarse a la lucha.

Pasadas las primeras horas de la madrugada, los hombres, que habían pasado la noche prácticamente en vela, recibían, como un alivio a su tensión, la señal de desembarco. Ocho lanchones transportaron hasta la isla a las fuerzas agrupadas en dos cuerpos, la tropa a las órdenes del teniente Orona y los fusileros de marina mandados por el teniente primero Roberto Jones, segundo de la "Céfiro". El desembarco de los, aproximadamente, 350 hombres, de los cuales, por lo menos, 280 eran criollos, se llevó a cabo en 20 minutos, tal cual lo expresa Brown.

Los Dragones de la Patria, que iban armados solamente de un sable sin vaina y portaban cada uno un freno de caballo, se apoderaron, sin ruidos, de un corral con un centenar de caballos a los que les colocaron los frenos y esperaron que se completara el desembarco de la marinería. Esta fue recibida con fuego de fusilería por parte de algunos defensores de la isla, pero no tuvo inconvenientes mayores para poner pie en tierra. Pero el verdadero problema comenzó cuando tuvieron que empezar a escalar el terreno que ascendía desde la playa hasta la altura en que se encon-

traba la batería defendida por una lluvia de balas de sus defensores. En un determinado momento los atacantes comenzaron a vacilar y a retroceder, pero en esos instantes críticos comenzó a escucharse a un tambor y un pífano que ejecutaban algo muy preñado por los bravos irlandeses: "Saint Patrick's Day in the Morning". Como se advierte, el lírico argumento de la batalla de Pozo de Vargas tuvo un antecedente allá por 1814, aunque con un aire musical de origen irlandés. . . Los espíritus se retemplaron y el valor volvió a los que aflojaban, comenzando un ataque más furioso que el anterior. También en esos precisos momentos sonó un clarín y un alud de caballos y de hombres cayó sobre los defensores, muchos de los cuales abandonaron sus puestos, replegándose hacia las naves para embarcarse, y rindiéndose otros dejaron en poder de los patriotas la molesta batería que con tanta saña había hostigado a la "Hércules". Jones hizo izar la bandera azul y blanca que fue vista con satisfacción y orgullo desde las naves atacantes y fue la señal, para las defensoras, de que debían emprender la retirada. Algunos defensores de la isla consiguieron embarcarse y escapar, pero otros menos afortunados fueron muertos o tuvieron que rendirse a discreción.

Los barcos realistas habían opuesto, esta vez, una débil resistencia a la superior escuadra patriota y al estar decidido el combate en tierra comenzaron a moverse hacia el norte. Es interesante lo que señala Brown sobre esos instantes decisivos: "En esos momentos, la escuadra del enemigo no perdió un solo minuto en virar fuera del alcance de los cañones del Monte, que ya estaban en posesión de las tropas, y debido a ese desorden que tiene lugar generalmente en tales ocasiones en que vino y bebidas espirituosas se han distribuido en abundancia, la artillería no pudo ser traída lo bastante pronto para surtir algún efecto. Los habitantes, en cuanto oyeron los disparos, se embarcaron tal como lo hicieron las tropas dejando 56 hombres, en parte irresolutos, y otro tanto más mujeres y algunos niños sin padres ni madres".

Luego de la toma de la isla Brown envió a Larrea una comunicación que consideramos interesante transcribir en algunos de sus párrafos, porque nos ayuda a conocer en su real dimensión a los hombres que intervinieron en esta gesta: "A fin de que llegue a conocimiento de S. E. el Director Supremo, tengo la satisfacción de manifestarle a usted que la isla Martín García fue tomada por las fuerzas de mar y tierra a mi mando a las 4.30 de la mañana del lunes (15), con la pérdida insignificante de tres hombres. . . Al «Hércules» le fue imposible acercarse, pero, a decir verdad los demás buques rehusaron hacerlo. A este respecto debe (sic) declarar que el proceder cobarde y negligente de los comandantes de la escuadra a excepción del capitán griego Spiro, de la balandra, fue el único obstáculo para que los buques enemigos no estén hoy en nuestro poder. . . Es superfluo insistir sobre este desagradable particular, pero debe buscarse el remedio para el futuro, el que consistirá en mandarme capitanes para el «Céfiro», «Nancy», «Julietta», goleta presa y el falucho. A estos caballeros seguramente ya los habría depuesto antes de ahora. caso de tener con quien reemplazarlos. . ."

Por las comunicaciones del brillante comandante en jefe de la escuadra sabemos que la acción de Martín García, si bien obtuvo un señalado éxito al dejar a la escuadrilla de Romarate encerrada en el río Uruguay y sin poder aprovisionarse, sobre todo de municiones y pólvora, y

la estratégica isla en poder de los patriotas, no se consiguieron todos los resultados que Brown deseaba, que eran apoderarse de la mayor cantidad de barcos enemigos para acrecentar su propio poderío o aniquilarlos completamente para que no representaran una latente amenaza.

Esta heroica acción de Martín García, primer triunfo naval argentino, fue el prelude de la posterior victoria en la batalla del Buceo, luego de sitiar Montevideo por agua, en una acción que va desde el 15 al 17 de mayo de 1814 y que culminó con la rendición del baluarte realista el 23 de junio del mismo año. Romarate se rindió en Concepción del Uruguay y una pequeña división española, fondeada en Carmen de Patagones, también se entregó, al comandante del "Agréable" el capitán Baxter.

MARTIN GARCIA ES NUEVAMENTE PRISION

Expugnada Montevideo, la isla deja de ser noticia por unos años. Luego del azaroso año 20, la provincia de Buenos Aires comenzó a entrar en la normalidad durante el gobierno de Martín Rodríguez. Pero su ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores llevó a fondo una política de formas en todos los órdenes de la vida de la provincia, despertando las religiosas una gran resistencia.

En 1822, por inspiración del ministro, se sancionó la ley de Reforma General del Orden Eclesiástico, que establecía la abolición del fuero eclesiástico, sometiendo a los sacerdotes, que debieran ser juzgados, a los jueces civiles; suprimió el diezmo, que era un impuesto que venía de la época de la dominación hispana para sostener el culto; las organizaciones eclesásticas debían rendir cuentas de sus bienes al Estado; se prohibió a los religiosos hacer votos antes de los veintiocho años y se estableció el máximo y el mínimo de sacerdotes en cada convento que sería de 30 y 16 respectivamente; suprimió las órdenes de los betlemitas, recoletos y mercedarios, pasando sus bienes al Estado; el convento de la Recoleta fue habilitado para cementerio y el Seminario Conciliar transformado en Colegio Nacional de Estudios Eclesiásticos.

Estas medidas, que levantaron gran revuelo en la muy religiosa sociedad de la época, contaron, sin embargo, con el censo de prestigiosos sacerdotes, Gregorio Funes, Valentín Gómez y Diego E. Zavaleta, pero encontraron gran oposición entre la mayoría de los clérigos, pudiendo citar entre los más enemigos a fray Cayetano Rodríguez y el pintoresco fraile-periodista Francisco de Paula Castañeda.

Pero la oposición no sólo quedó librada a la polémica, sino que se formó un fuerte partido opositor, que encabezado por el doctor Gregorio Tagle, ex ministro del Director Supremo Pueyrredón, intentó llevar a cabo un movimiento revolucionario con la cooperación de los coroneles Rufino Bauzá y Pedro Viera. Delatados por el coronel Vidal, al cual Tagle había intentado atraer a la causa, este último fue condenado, por un decreto del 29 de agosto de 1822, a ser separado de la ciudad. Tagle no se dio por vencido y preparó un nuevo movimiento que, con más elementos que el anterior, estalló en la noche del 19 de marzo de 1823, en circunstancias en que ocupaba el gobierno el ministro Rivadavia, porque el titular, general Martín Rodríguez, se hallaba en campaña contra los indios. En la madrugada del 20 de marzo, los revolucionarios convergieron desde las afueras hacia la plaza de la Victoria.

a los gritos de "¡Viva la religión! ¡Mueran los herejes!". El gobierno, enterado de la intenciona, ya estaba presto a desbaratarla. Luego de encarnizada lucha los rebeldes huyeron por las calles laterales y se dispuso su persecución. El coronel Manuel Dorrego fue comisionado para apresar al Dr. Tagle, a cuya cabeza se le había puesto el precio de 2.000 pesos fuertes. Dorrego, en un generoso gesto que pone de relieve su hidalguía, le permitió escapar a la Banda Oriental, a pesar de que años antes, Tagle, como ministro de Pueyrredón, lo había condenado al destierro.

Los otros implicados no tuvieron la misma suerte que Tagle. Enjuiciados sumariamente (y acá vemos nuevamente la dura mano de Rivadavia) fueron condenados a muerte José María Urien, el capitán Benito Peralta y Francisco García. José Palacios, Fermin Niera y Benito Ruvio fueron condenados a ocho años de prisión en la isla Martín García. Hubo otras muchas condenas a prisión, a prestar servicio en el ejército o la marina y a destierro, pero lo que nos interesa es ver que Martín García sirve nuevamente de prisión y, por rara coincidencia, como cuando el "Motín de las trenzas", siendo Rivadavia la figura más representativa del gobierno. Parece que don Bernardino se hubiera propuesto, a toda costa, hacer que la Isla, a la que otros darían horas gloriosas, fuera una cárcel militar o política.

MARTIN GARCIA EN LA GUERRA CON EL BRASIL

El Congreso pro-portugués, reunido en Monte-



Bartolomé Mitre: "¡Gracias, señor de Mackau!"

TODO ES HISTORIA Nº 56

video, en julio de 1821, proclamó la incorporación oriental al reino unido de Portugal, Brasil y Algarbe, con el nombre de Estado Cisplatino o Provincia Cisplatina. El ministro de gobierno de Buenos Aires, Bernardino Rivadavia, envió más tarde una misión ante el Imperio del Brasil, que había proclamado su independencia de Portugal en septiembre de 1822. El enviado Valentín Gómez llevó instrucciones precisas: conseguir la devolución de la Banda Oriental y estrechar las relaciones de amistad con el Imperio. El fracaso de las gestiones fue total pues el Brasil se negó a restituir el territorio.

El 9 de mayo de 1824 fue jurada en Montevideo, por el Cabildo, la Constitución Brasileña, pero antes de un año, en abril de 1825, se inició la gloriosa gesta de los "Treinta y tres orientales", que de triunfo en triunfo, culminó en la reunión del Congreso de La Florida que proclamó la independencia de la Provincia Oriental del Imperio del Brasil y decidió su incorporación a las Provincias Unidas del Río de la Plata, designando a Javier Gómes diputado ante el Congreso que se hallaba reunido en Buenos Aires. Esta asamblea, asumiendo la responsabilidad, reconoció la incorporación y recibió en su seno al diputado. No se podía pretender que el Imperio aceptara esto mansamente y pronto se tuvo en Buenos Aires la noticia de que aquél había decretado el estado de guerra en diciembre de 1825. Las Provincias Unidas respondieron haciendo lo propio en enero de 1826.

El estallido de la guerra sorprendió a nuestro país sin elementos para afrontar la lucha que se avecinaba y era seguro que los imperiales emplearían su poderosa escuadra para bloquear el Río de la Plata. El Brasil contaba con una poderosa armada que había heredado al romper los vínculos de unión con su metrópoli y según algunos historiadores, a las actividades de ella se debió la unificación y consolidación política del nuevo Estado. Contaba, además, con la inestimable colaboración de marinos extranjeros, destacándose Lord Cochrane, marino británico que tuvo destacada participación en las luchas contra la escuadra realista en el Pacífico cuando la campaña al Perú del general San Martín.

Cuando comenzó el bloqueo del Plata, la escuadra brasileña utilizó como bases de operaciones a Montevideo, Colonia y las islas Martín García y Gorriti que fueron artilladas para su defensa.

El 22 de diciembre de 1825 la flota brasileña se encontraba frente a la ciudad de Buenos Aires y el vicealmirante Lobo "declaró en estado de bloqueo a todos los puertos y costas de la República de Buenos Aires, así como también a los puertos que de ella dependieran en la margen oriental del río; y, según es fama, añadió que ni un pájaro cruzaría la línea del bloqueo". (Caillet-Bois, Teodoro: "La guerra con el Brasil. Las operaciones navales". En: Historia de la Nación Argentina, vol. VII, 2da. edición, 1ra. sección. Buenos Aires, El Ateneo, 1950. Pág. 202).

Hacia Martín García salió desde Montevideo, en los primeros días de enero de 1826, una expedición brasileña compuesta de un centenar de soldados y seis piezas de artillería. Poco después

el jefe brasileño, estimando el alto valor estratégico de la isla y temiendo una ofensiva naval de los republicanos, la reforzó, como así también a la Colonia, con embarcaciones de menor calado de su flota.

A su vez, el gobierno de Buenos Aires recurrió, nuevamente, a Guillermo Brown, al que nombró almirante de la escuadra, con grado de coronel mayor. Pero esa escuadra no contaba más que con dos bergantines, el "Belgrano" y el "Balcarse", a los que luego se agregaron once lanchas armadas con un cañón y 45 hombres. Juan Bautista Azopardo, vuelto a nuestra tierra luego de permanecer cautivo largos años en España, fue nombrado segundo jefe. Otra medida importante fue la ley autorizando el corso y renunciando el gobierno a toda participación en el reparto de las presas. Se adquirieron cuatro barcos mercantes y se los artilló, incorporándolos a la flamante y, si se quiere, romántica flota republicana, como fragata "25 de Mayo", bergantines "Congreso Nacional" y "República Argentina" y goleta "Sarandí". Nuevamente se recurrió a extranjeros, en su mayoría, para la marinería y a argentinos para las tropas.

El 9 de febrero de 1826, la pequeña escuadra de Brown sostuvo un cañoneo que duró unas pocas horas con la flota bloqueadora, causándole algunos daños importantes, pero, otra vez como en Martín García en 1814, el almirante se queja de sus capitanes a los cuales acusa de haberlo dejado solo, cargo que no fue probado por un Consejo de Guerra. Para mantener la disciplina y la autoridad del jefe, fueron separados dos de los capitanes, Azopardo y Martín José Warnes. Este combate sirvió, además, para alejar a los bloqueadores de la vista de la ciudad, retirándose éstos a una línea a la altura de Banco Chico, más allá de la Ensenada.

El 26 de febrero Brown, tratando de asestar un audaz golpe a los imperialistas, atacó la Colonia que era defendida por el bergantín "Real Pedro" y cuatro goletas, además de las baterías de la costa. En esta acción se destacaron, por su valor y arrojo, Leonardo Rosales y Tomás Espora, pero resultó un fracaso porque no se pudo tomar ni las naves, ni la plaza enemiga, costando el ataque 200 bajas entre muertos, heridos y prisioneros. Pero desde el punto de vista de los hechos posteriores, tuvo importantes consecuencias, pues los brasileños alejaron aún más la línea de bloqueo, despejándose así las comunicaciones entre ambas orillas y, además, trasladaron la guarnición que mantenían en la estratégica Martín García para reforzar la de Colonia. El almirante Lobo ordenó al jefe de la escuadrilla de Martín García, que se dirigiese en ayuda de la Colonia, al saber de los apuros que había pasado ésta. Consideraba que de perderse, de nada serviría conservar la isla. Los brasileños clavaron la artillería pesada y abandonaron la isla luego de desmantelarla, partiendo hacia Colonia.

Nuestro almirante primero y los brasileños después, reputaron un error de Lobo el abandono de la isla, aunque nuestro gobierno incurrió luego en el mismo error de descuidarla durante meses.

Poco a poco la escuadra republicana fue adquiriendo más confianza y realizó audaces incursiones por el estuario del Plata, apoderándose de algunas embarcaciones imperiales y cañoneándose en el mismo puerto de Montevideo, con la poderosa fragata "Emperatriz". Ante todos estos hechos, el desacreditado almirante Lobo fue reemplazado por el marino portugués de igual graduación Rodrigo Pinto Guedes, que no fue más bri-

lante que su antecesor. Mientras tanto, los argentinos aprovecharon la reorganización de la flota brasileña, para reacondicionar la propia y retirar de la isla Martín García los cañones dejados por el enemigo. Cuatro de ellos reforzaron la artillería de la "25 de Mayo" y uno fue incorporado a la goleta "Pepa" que dejó de ser barco hospital para incorporarse a la lucha activa.

Luego vinieron los combates de Los Pozos y Quilmes donde nuestros marinos volvieron a realizar verdaderas proezas ante un enemigo mucho más fuerte. Luego de una incursión por las costas brasileñas, Brown se enteró en Buenos Aires de que una flotilla enemiga, al mando del capitán de fragata Jacinto Sena Pereyra, se había internado en el río Uruguay con el propósito de entorpecer las comunicaciones de Alvear y desembarcar tropas en la Banda Oriental; además había capturado a una goleta argentina. El jefe argentino se internó en el Uruguay con su fuerza y sostuvo un cañoneo con el enemigo en la boca del Río Negro, llegando a la conclusión de que aquél se encontraba bien atrincherado, resolviendo en consecuencia esperar a que se viera obligado a descender y esperarlo en una angostura bien fortificada. Pero Sena Pereyra hizo lo contrario y remontó el río hasta el arroyo de la China y a esto se vino a sumar que el jefe de la escuadra brasileña envió una fuerte división al mando del capitán Mariath para auxiliar a aquél. Brown, que corría el peligro de verse encerrado entre dos fuegos, decidió fortificar la isla Martín García, confiando los importantes trabajos a la dirección de Tomás Espora, uno de los pocos jefes en quienes confiaba plenamente. Así este marino criollo se convirtió en el primer comandante de la isla, que, además, fue reforzada con cien infantes que llegaron de Buenos Aires al mando del capitán Juan Apóstol Martínez, que más tarde reemplazó a Espora como comandante de la isla.

Hoy queda todavía en el extremo SSE de la isla, la batería "Buenos Aires", que se cree sea la ex batería "Constitución" armada por Espora en 1827.

Cuando la división de Mariath se presentó frente a Martín García el 17 de enero, la corbeta "Maceio" tuvo la mala suerte de encallar en uno de los traicioneros bancos, el Santa Ana, que rodean a la isla. Su situación se tornó comprometida, pero las otras naves acudieron rápidamente y la ayudaron a zafar, pudiendo pasar al canal principal. Un factor importante en su favor fue que esto ocurrió al anochecer, cuando la oscuridad hacia, prácticamente, imposible un ataque de Brown. Pero éste se produjo al amanecer del día 18, siendo centro de él, la "Maceio" y la goleta "2 de Dezembro". La reciedumbre del ataque sorprendió a los brasileños, pero Mariath se defendió tenazmente disparando andanadas de "bala cuadruple" a quemarropa y desbaratando los intentos de abordaje de los hombres del irlandés. Los otros barcos brasileños no pudieron acudir a tiempo por serles contrario el viento, y cuando lo consiguieron, Brown, astutamente, se alejó con intenciones de atraerlos río afuera. Como su maniobra no obtuvo el resultado previsto, pues los enemigos no lo siguieron, optó por retornar a la lucha que duró una hora más y luego decidió regresar a Martín García, para reponer energías y municiones. A su vez las naves brasileñas se retiraron, también, a prudencial distancia, porque quedaron en bastante malas condiciones.

Brown iba consiguiendo lo que se proponía, que la escuadra bloqueadora no pudiera prestar ayuda a Sena Pereyra, intenciones que se vieron reforzadas seis días más tarde cuando fue abor-

LA ISLA HISTORICA

dada y capturada, por dos lanchas argentinas, a dos leguas de Martín García, la goleta brasileña "San José Americano", que llevaba pólvora y provisiones a la escuadrilla que se encontraba en el río Uruguay. Además de toda la tripulación, que fue hecha prisionera, se encontraron mil pesos, que podían haber sido repartidos entre los que llevaban a cabo la hazaña, pero, nuestros bravos luchadores prefirieron donarlos al gobierno como contribución a una colecta que se hacía para alistar marineros. Como vemos, la estratégica posición de Martín García era aprovechada con habilidad por el jefe de nuestra escuadra.

A principios del mes siguiente quedó lista la instalación de la batería "Constitución" y entonces Brown, con sus espaldas cubiertas, zarpó rumbo al río Uruguay para enfrentar a Sena Pereyra. Marieth, a su vez, avanzó hacia Martín García con el propósito de forzar el paso por el canal del Infierno y tomar a Brown entre dos fuegos. Los defensores de la isla, que apenas eran 80 hombres, pensaron angustiados que se produciría un desembarco y sumado a su escaso número contaban con la desventaja, para la defensa, de las obras del fuerte inconclusas. Pero, en esas dramáticas circunstancias, la Providencia concurrió en ayuda de los defensores. La goleta destacada en primer término por los imperiales, varó en el canal y desde tierra comenzaron a cañonearla con un cañón de a 9 cuyo fuego resultó insuficiente, en tanto los disparos de la goleta y de las otras naves que acudieron en su ayuda llegaban al otro lado de la isla. Cuando la nave consiguió zafar, no intentó continuar adelante, retrocedió a unirse con su escuadrilla que trató más de forzar el paso, retrándose al otro día hacia Colonia. Los brasileños ya tenían suficiente. ¡Martín García había cumplido una vez más su misión!

Aventado el peligro del encierro, la escuadra de Brown obtuvo un triunfo resonante ante la de Sena Pereyra en el combate llevado a cabo, entre el 8 y el 9 de febrero, frente a la isla del Juncal, capturándole once naves y siendo destruidas por sus tripulantes tres que encallaron, logrando escapar, al internarse en el Delta, solamente dos.

Desde ese momento la navegación interior quedó despejada y Martín García se convirtió para los brasileños en un escollo infranqueable, prestando, a su vez, seguro refugio a las naves que intentaban forzar el bloqueo. Lo que molestó esto a los brasileños lo veremos reflejado en las conversaciones de paz.

De regreso a Buenos Aires la ahora numerosa flota de Brown, sostuvo otro encuentro con los brasileños en Quilmes, haciéndoles volar la goleta "2 de Dezembro", cargada de municiones y pólvora.

La recepción que tuvieron en Buenos Aires los vencedores fue apoteótica y la multitud desenganchó los caballos del coche de Brown conduciéndolo a pulso hasta la casa del héroe.

Pero la situación interna del país era desfavorable para el gobierno del presidente Rivadavia que se vio envuelto en problemas con las provincias, que no acataban sus órdenes y le eran hostiles. Para enfrentarlas decidió acabar de cualquier forma con la guerra que se sostenía contra el Imperio y a tal efecto envió al doctor Manuel José García a Río de Janeiro con el propósito de lograr la tan ansiada paz, disponiendo de amplias facultades para ello. Claro que no se contaba con que el emperador había prometido al Parlamento que no se abandonarían las armas mientras la provincia de Montevideo no fuese reconocida como parte integrante del Imperio.

Ante la firme posición del monarca y sus instrucciones, amplias pero a la vez precisas, García

TODO ES HISTORIA Nº 56



Juan B. Thorne, "el sordo de Obligado", defensor de la isla.



Domingo F. Sarmiento: Argirópolis, una utopía incumplida.

firmó una Convención Preliminar de Paz cuyo artículo 1 decía: "La República de las Provincias Unidas del Río de la Plata reconoce la independencia e integridad del imperio del Brasil, y renuncia a todos los derechos que podría pretender al territorio de la Provincia de Montevideo, llamado hoy Cisplatina". En su artículo 3º se establecía que las Provincias Unidas retirarían sus fuerzas del territorio cisplatino y en el 4º se disponía: "La isla de Martín García se pondrá en el *statu quo ante bellum*, retirándose de ellas las baterías y pertrechos". Esta cláusula tuvo su razón de ser, porque el Imperio, además de la Banda Oriental, pretendía Martín García como garantía de paz y seguridad y también de esa forma se aseguraba el control de los ríos, en desmedro de nuestro país. Pero García, que transó en la posesión brasileña de la Banda Oriental, consiguió, como una migaja de la transacción, sacar el artículo 4º que nos obligaba a dar garantías al Brasil.

El Congreso reunido en Buenos Aires, con la asistencia del gabinete en pleno, en reunión secreta del 25 de junio de 1827, tomó conocimiento de la Convención preliminar y del mensaje del presidente Rivadavia, en donde expresaba que García había traspasado y contravenido sus instrucciones y él, como presidente, "ha acordado y resuelve repelerla, como de hecho queda repelida".

Pero el escándalo provocado por ésta y por otras cuestiones de política interna, determinaron la renuncia de Rivadavia a la Presidencia de la República el 27 de junio de 1827.

La guerra se fue reduciendo a encuentros aislados y a la acción de los corsarios, extranjeros, en su mayoría, al servicio de la República Argentina; la escuadra de Brown, cada vez más mermada en su poderío, fue perdiendo su radio de acción. Así llegamos a 1828, año en que se firma la paz con el Brasil que determina la independencia de la Banda Oriental, tanto del Brasil como de la Argentina. Al realizarse el canje final de ratificaciones en Montevideo, uno de los delegados argentinos fue el almirante Guillermo Brown, héroe indiscutido de la guerra naval.

Del desarme de Martín García no se hablaba más en esta Convención de Paz.

MARTIN GARCIA Y LOS FRANCESES

Han pasado ahora casi diez años. Gobierna Rosas en Buenos Aires, conduciendo las relaciones exteriores de la Confederación Argentina. Empezan a acumularse nubarrones en el horizonte internacional y en los episodios que sobrevengan, nuestra isla será escenario de gloriosos hechos de armas. Para entonces, Martín García tenía una pequeña guarnición permanente y las mujeres que entonces rodeaban todo regimiento o ejército daban al ámbito isleño un aire de aldea muy particular.

En Buenos Aires, un vicecónsul francés, Aimé Roger, desata con sus imprudencias un conflicto que sería largo y complejo. Ahorrando detalles al lector, digamos que Roger, a principios de 1838, consiguió que la escuadra francesa estacionada en Río de Janeiro apoyara sus pretensiones. La cuestión diplomática era ya un conflicto de hecho. El almirante Leblanc envió su ultimátum el 24 de marzo de 1838, pero en la respuesta, Arana le expresa que el gobierno al cual representa no tiene ningún propósito ofensivo contra Francia, y que como él es un jefe militar al frente de una escuadra, no puede conferenciar con él

en forma oficial sino privadamente. "Exigir sobre la boca del cañón privilegios que sólo pueden concederse por tratados, es a lo que este gobierno nunca se someterá".

Digna respuesta que los franceses no esperaban. El 28 de marzo, el almirante declaró bloqueados el puerto de Buenos Aires y todo el litoral del Río de la Plata perteneciente a la República Argentina. El encargado de hacer efectiva la medida fue el capitán Hipólito Daguonet con una flota compuesta por la fragata "Minerva", las corbetas "Ariadne" y "Safo" y los bergantines "D'Assas", "Sylphe" y "Cerf".

Rosas tuvo el respaldo de las provincias en su actitud de resistencia, luego del fracaso de la misión de Domingo Cullen para tratar de hallar alguna solución al conflicto que perjudicaba a las provincias del litoral en su comercio. Una mediación del ministro británico Mandeville también fracasó. Ya en estos momentos los franceses apoyaban a Rivera en su intento de derrocar al presidente constitucional del Uruguay y jefe del partido blanco, don Manuel Oribe. Entonces los franceses y los riveristas decidieron dar un golpe de mano muy importante para la navegación fluvial y para cortar las comunicaciones por agua entre la sitiada Montevideo y Buenos Aires. El 10 de octubre una fuerza combinada franco-oriental fondeó en el canal sur-oeste de la isla Martín García, a tiro de fusil de ella. El capitán Daguonet, que se encontraba al frente de la expedición, intimó al teniente coronel Jerónimo Costa, comandante de la isla, para que la entregara en el término de una hora. Costa, antes de dar una respuesta, reunió a sus oficiales y los consultó al respecto. La situación era dramática, pero todos eran hombres de temple y el sargento mayor Juan B. Thorne "declaró noblemente que aunque él no había nacido en la República Argentina, estaba acostumbrado a combatir con dignidad bajo este pabellón, y que combatir era el deber de los que defendían la isla".

Con estas palabras Costa contestó al portador del ultimátum: "En contestación a la nota del señor comandante sólo tengo que decirle que estoy dispuesto a sostener según es de mi deber el honor de la nación a que pertenezco." (Saldías, Adolfo: "Los aliados contra Rosas". En: Historia de la Confederación Argentina. Tomo IV. Buenos Aires, Ediciones Cenit, 1958. Pág. 108.)

Las cartas estaban echadas y Daguonet ordenó el desembarco de una fuerza de 550 hombres, que habían sido transportados en la corbeta "Expeditive", el bergantín "Bordelaise" y la goleta "Ana", todas francesas, y en cuatro goletas uruguayas, "Eufrasia", "Despacho", "Loba" y "Estrella del Sur", acompañadas por 23 lanchones. Los jefes de las fuerzas de desembarco eran los capitanes uruguayos Soriano y Susviela y aquellas fueron protegidas en su acción por un nutrido cañoneo dirigido desde los barcos, especialmente el "Bordelaise" que poseía diez cañones a granada explosiva Paixans, que causaban terribles destrozos en las defensas de la isla. La artillería de Thorne respondió con bizarria, causando algún daño a los atacantes, pero al fin la reducida guarnición tuvo que replegarse dada la desigualdad de fuerzas. Pero el valiente norteamericano Thorne no se arredró y pudo contener un rato más a los atacantes disparándoles, a boca de jarro, las dos piezas de a 12 que aún le quedaban, mientras el teniente Molina disparaba las últimas balas de a 24.

También los atacantes hicieron derroche de valor y luego de una hora y media de encarnizado combate, se apoderaron del reducto tan heroica-

mente defendido, no sin antes dejar en el camino a cincuenta y cuatro hombres. La capitulación fue honrosa, después de haber agotado las municiones y de ser superada su guarnición en una proporción de 5 a 1.

La medida del heroico comportamiento de los defensores la da el hecho de que Daguenet no retuvo a los prisioneros, sino que los embarcó hacia Buenos Aires, donde fueron recibidos como héroes por el pueblo. Y una cosa poco común, el jefe francés recomendó a su vencido en caballescía nota dirigida a Rosas: "Al señor Gobernador general de la República Argentina. Encargado por señor comandante Leblanc, comandante en jefe de la estación del Brasil y de los mares de la América del Sur, de apoderarme de la isla Martín García. con las fuerzas que habia puesto a mi disposición con este objeto, desempeñé el 11 de este mes esta misión. Ella me ha proporcionado la ocasión de apreciar los talentos militares del bravo teniente coronel D. Jerónimo Costa, gobernador de esta isla y de su animosa lealtad a su país. Esta opinión, tan francamente manifestada, ha sido también de los capitanes de las corbetas francesas *Expeditive* y *Bordelaise*, que han sido testigos de la increíble actividad del señor coronel Costa, y de las sabias disposiciones tomadas por este Oficial superior para la defensa de la importante posición que estaba encargado de conservar.

Lleno de estimación por él, he creído que no podía darle una mejor prueba de los sentimientos que me ha inspirado, que manifestando a V. E. su hermosa conducta durante el ataque dirigido contra él, el 11 de este mes, por fuerzas bastantes superiores a las que él podía disponer.

Soy con el más profundo respeto, señor gobernador general, de V. E. su muy humilde y obediente servidor.

El comandante del bloqueo y jefe de la expedición sobre Martín García.

Hipólito Daguenet"

Sobre el bastión tomado se izó la bandera francesa, siendo reemplazada poco después por la oriental y quedaron en él tropas francesas y riveristas para defender la posición. Los franceses anunciaron que aceptaron la ayuda de Rivera porque no tenían propósitos de conquista.

Muchos emigrados argentinos, sobre todo los que se hallaban en Montevideo, Juan Cruz Varela, Lavalle, Chilavert, etc. repudiaron la acción de los franceses y se sintieron angustiados por la conquista de la isla. Pero también es cierto que pronto olvidarían esta angustia y que las vinculaciones de la mayoría de ellos con Rivera, los llevaría, posteriormente, a la alianza con los que en esos momentos calificaban de agresores. En efecto, al aliarse Rivera y Berón de Astrada, gobernador de Corrientes, contra Rosas, se adhirió a ellos la Comisión Argentina, cuyo presidente era Martín Rodríguez, secretario Florencio Varela, e integrantes del cuerpo directivo Gabriel Ocampo, Félix Olazábal, Manuel Bonifacio Gallardo, Tomás Iriarte, Julián S. de Agüero, Valentín Alsina, Pedro J. Agrelo y Braulio Costa. Lograron, además, el apoyo decisivo de Juan Lavalle, Martiniano Chilavert y más tarde del general José M. Paz.

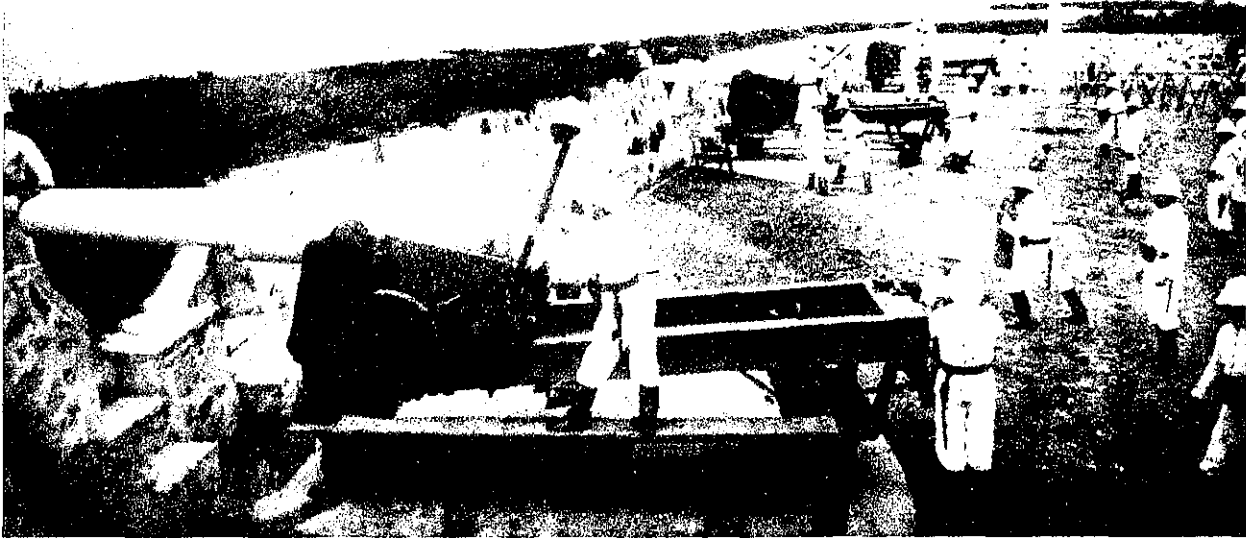
El 24 de febrero de 1839, Fructuoso Rivera, ya presidente del Uruguay, declaró la guerra a Rosas, siguiéndole el 28 del mismo mes Berón de Astrada y el 12 de marzo la Comisión Argentina. Los franceses, cumpliendo con lo acordado, enviaron una flotilla al Paraná y levantaron el bloqueo a los

puertos de Corrientes. Se trató de sublevar el interior de la Confederación contra el restaurador, pero se fracasó, sumándose a ello las derrotas del gobernador de Córdoba, Nolasco Rodríguez, del de Corrientes, Berón de Astrada y el fracaso de la conspiración de Maza. Lavalle, que preparaba su expedición, debía ser conducido por los barcos franceses, pero sus planes sufrían demora por la división que existía entre los emigrados argentinos y las trabas puestas por Rivera, que secretamente negociaba la paz con Rosas.

Lavalle apresuró los preparativos y el 2 de julio de 1839 se embarcó en la goleta "Catalina" rumbo a la isla Martín García. Rivera dio órdenes de que la nave fuera interceptada por dos buques de guerra orientales y a su vez, el ministro de Guerra y Marina uruguayo, que era nada menos que el general Enrique Martínez, (ex ministro durante el gobierno de Juan Ramón Balcarce en la provincia de Buenos Aires y que luego se asiló en la Banda Oriental con los federales "lomos negros") presentó una nota de protesta ante el almirante de la escuadra francesa. Lavalle, no obstante, consiguió su propósito de llegar a Martín García y Rosas, pensando que el viaje de aquél había sido de acuerdo con Rivera y conociendo la doblez de éste, cortó inmediatamente toda negociación de paz.

Lavalle una vez en la isla, se dedicó con ahínco a la preparación de su expedición, a pesar de que poco o nada recibía de Montevideo, donde don Frutos seguía poniendo trabas a los que querían embarcarse para unirse a la Legión Libertadora, nombre que se dio a las tropas existentes en la isla. Pero cuando fuerzas federales provenientes de Entre Ríos comenzaron a hostilizar a los riveristas en pleno territorio oriental, el Fardejón, como se llamaba a Rivera, tuvo que entrar en negociaciones nuevamente con los emigrados argentinos y envió armas y vestuarios a las tropas de Lavalle. Sobre la preparación de este ejército dice Gabriel Puente: "Los unitarios apoyaron activamente la empresa de su general y emplearon toda suerte de medios con el fin de lograr dinero; lo pidieron, hicieron suscripciones, representaciones teatrales, etc., con una tenacidad increíble, y le enviaron armas, ropas y alimentos." El fervor puesto en la acción y la palabra por los enemigos de Rosas era muy grande; Juan Bautista Alberdi escribía lo siguiente sobre la isla donde se preparaba la expedición libertadora: "¡Martín García! Apenas conocido de los marinos de los ríos, este nombre oscuro como tus rocas y tus aguas, representará en adelante una leyenda gloriosa, un monumento eterno de sublimes recuerdos. En los días futuros de la patria, serás el símbolo que recordará los sacrificios más heroicos por la libertad. ¿Quién te negará mañana, el título sagrado de haber sido la cuna de una revolución inmortal? El porvenir se abre: la victoria está en marcha".

"El cielo lo ha dispuesto así; el único sitio argentino donde flamearon pabellones extranjeru, pabellones extranjeros han flameado impunemente... Extranjeros, sí, pero hermanos en ideas, en libertad, en causa, porque la causa de



Los viejos cañones que Sarmiento emplazó en la isla. (Fotografía de 1938.)

la libertad es universal, y todos los que por ella combaten son hermanos. Feliz mil veces tú, que colocada en medio de las aguas del gran río, has podido amparar a los hijos del Plata, prestarles un asilo, una muralla contra la cual las insidias del malvado son impotentes. Los argentinos tienen sus viejas glorias de la emancipación, sus sitios hermosos que aún reflejan las grandes batallas del pasado, pero tú serás el símbolo de las glorias futuras...

¡Cuánta razón tenía Alberdi! Era el único sitio argentino donde flamearon pabellones extranjeros, pero no por las "infamias del monstruo", sino por la prepotencia de una nación acostumbrada a imponer su voluntad a los pequeños y débiles países, y, también, por la complacencia de algunos argentinos que ahora veían al agresor como hermano en ideas. Es por eso que a este hecho de la formación de la expedición de Lavalle en la isla, poco se le recuerda. En cambio, la gloriosa defensa de Costa es siempre reverenciada por los argentinos.

Las fuerzas con que contaba Lavalle apenas llegaban a los trescientos hombres, pero confiaba en que muchos más se le unirían al sur de la provincia de Buenos Aires hacia donde pensaba dirigirse en un principio, en barcos franceses, porque las costas bonaerenses del litoral fluvial estaban muy bien guardadas por las tropas del gobierno. Pero los planes del general sufrieron un cambio al enterarse de que las fuerzas de Pascual Echagüe, gobernador de Entre Ríos, habían pasado a la Banda Oriental. Resolvió que sería más conveniente pasar a Entre Ríos, a la que consideraba indefensa al no estar Echagüe.

El 2 de setiembre de 1839, la Legión Libertadora se embarcó en Martín García, con refuerzos provenientes de las islas del Delta; es importante destacar, que estos isleños no fueron consultados si querían o no engrosar el ejército de Lavalle: fueron reclutados compulsivamente, como lo serían luego muchos más en las provincias por las que irían pasando. La legión se componía de cinco escuadrones: "Sagrado", compuesto de jefes

y oficiales, "Maza", "Cullen", "Libertad" y "Buenos Aires", mandados respectivamente por Vega, Fueyrredón, Videla, Montozo, Baltar y Hornos. El jefe del Estado Mayor era el coronel Martiniano Chilavert y los acompañaba una escolta de ochenta infantes al mando del coronel Pedro José Díaz. El traslado a Entre Ríos se efectuó en los buques franceses "Bordelaise", "Expeditivo", "Vigilant" y "Ana" y en algunas balandras con bandera oriental. La flotilla estaba comandada por el capitán francés Lalande de Calan.

El mismo día de la partida, el jefe de la expedición firmó una proclama en su "cuartel general para Buenos Aires" llamando a las armas a todos los hombres, sin ninguna distinción, que quisieran luchar por la libertad. ¡Cuántas esperanzas las de este romántico de nuestras luchas civiles! Martín García era testigo de su afán libertario y ahora le decía adiós para siempre, porque ya nunca el valiente general volvería a pisar sus playas. El destino le deparaba un completo fracaso en la campaña iniciada con tanto optimismo, la muerte, sin pena ni gloria, en un confuso episodio en la lejana Jujuy.

Los acontecimientos fueron fortaleciendo la posición de Juan Manuel de Rosas y se fueron intensificando las tratativas para lograr un acuerdo entre la Confederación y los franceses. El 29 de octubre de 1840, por fin, luego de arduas negociaciones se firmó el tratado que puso fin a las hostilidades entre Francia y la Confederación Argentina. Lo suscribieron el vicealmirante barón Angel René Armando de Mackau y el ministro de Relaciones Exteriores don Felipe Arana, a bordo del buque parlamentario francés "Boulonnaise".

El artículo 2º establecía la devolución de la Isla Martín García a las autoridades argentinas y el levantamiento del bloqueo en el término de ocho días luego de ratificado el tratado por el gobierno de Buenos Aires, siendo, además, devuelto todo el material de guerra de la isla, reponiéndose como estaba antes de la lucha y devolviéndose, también, los buques de guerra capturados. Es importante este artículo, porque

LA ISLA HISTORICA

vemos que los franceses tratan con nuestro gobierno sobre la posesión de Martín García, con total prescindencia de los derechos que puedan alegar los orientales, quienes, por otra parte, tuvieron que abandonar la isla sin que fueran escuchadas sus amargas quejas.

Bartolomé Mitre, a la sazón en Montevideo, se oponía a que ese pedazo de territorio fuera restituido a su patria. Consideraba que debía quedar en poder de los montevidianos, y escribió los siguientes versos:

"El pabellón de Austerlitz lucía en Martín García y a su lado relucía del Oriente el pabellón, y hoy por el suelo se ven, porque el inmundo tirano los arrancó con su mano, gracias, Sr. de Mackau".

(Reportaje a José M. Rosa. En "Todo es Historia", N° 50.)

Sí, tiene razón Mitre; hay que agradecer al Sr. de Mackau y al "inmundo tirano", porque si hubiera sido por él y todos los que se encontraban refugiados en Montevideo, hoy la isla Martín García no hubiera sido ya nuestra.

GARIBALDI Y LA AGRESION ANGLO-FRANCESA

El italiano José Garibaldi es un figura ampliamente conocida por su espíritu romántico y aventurero, que lo llevó, huyendo de su tierra por sus ideas liberales y antimonárquicas, a recorrer remotos lugares del mundo, el Río de la Plata, el Brasil, los Estados Unidos y China, luchando al lado de los que pensaban como él.

Pero aquí nos ocuparemos del contacto que también él tuvo con la isla Martín García, en la época de las luchas de los unitarios y los riveristas contra el dictador de Buenos Aires, don Juan Manuel de Rosas.

Garibaldi ya había estado en nuestra patria, en la provincia de Entre Ríos. En 1838 pasó de Montevideo a Río Grande del Sur, luchando durante tres años en las fuerzas de ese Estado brasileño que se había rebelado contra el gobierno imperial. Más tarde, en 1841, regresó a la capital uruguaya, que era gobernada por el ladino caudillo Fructuoso Rivera. Para ganarse el sustento comenzó a trabajar como agente de comercio para continuar, luego, dando lecciones de matemática. Pero era difícil suponerlo largo tiempo en estas pacíficas funciones al inquieto italiano. En sus "Memorias" nos dice: "La República Oriental me brindó muy pronto ocupación. Me fue ofrecido, y acepté, el mando de la corbeta de guerra "Constitución" de diez y ocho cañones".

Pronto Garibaldi tuvo su primera misión al mando de su nave. El gobierno montevidiano le encomendó remontar el río Paraná para llevar armas a la provincia de Corrientes y cooperar con ella en la guerra contra Rosas, puesto que su gobernador, el coronel don Pedro Ferré, se había pronunciado contra el Encargado de las Relaciones Exteriores de la Confederación. La flotilla que debería conducir estaba compuesta por la corbeta "Constitución", el bergantín "Pereira", con dos cañones giratorios, y la goleta transporte "Prócida". Pero lo difícil del viaje no consistía en el trayecto hasta la capital correntina, sino en que debería enfrentar a la escuadra de Buenos Aires, comandada, por el almirante Brown, que seguramente intentaría cortar el paso. "La expedición, según Garibaldi, era sólo un pretexto para liquidar los últimos restos de la armada oriental, propósito que atribuye al ministro de guerra Vidal, quien reputaba inútiles sus servicios, además de costosos para el erario, por lo cual había vendido casi todos los barcos «a precios vergonzosos»." (Villanueva, Amaro: "Garibaldi en Entre Ríos", pág. 98.)

El primer obstáculo que debió enfrentar la flotilla de Garibaldi, en ese mes de junio de 1842, fue la isla Martín García, que vigilaba los pasos obligados para poder internarse en los ríos Paraná y Uruguay. La isla, por esa época, estaba defendida por una débil guarnición compuesta por un oficial y unos pocos soldados, siendo escasa la resistencia que hubiera podido oponer en caso de ser atacada. Garibaldi, no obstante, trató de pasarla lo más rápido posible, y para lograrlo hizo desplegar las velas. Su misión no era tomarla y el largo viaje recién había comenzado, como para que le fueran a averiar alguna de sus naves. No bien estas estuvieron frente a la isla, las baterías costeras, a las órdenes del coronel Francisco Crespo y Denis, veterano militar de la lucha por la Independencia en las expediciones al Alto Perú, Chile y Perú, y también de la guerra con el Brasil, abrieron fuego que fue respondido inmediatamente por los cañones de la flotilla, produciéndose un duelo que no por breve fue menos intenso. El comandante de la isla aseguró que se produjeron varias bajas en los buques orientales; el ministro de Guerra uruguayo, a su vez, declaró más tarde, que las baterías isleñas habían sido silenciadas luego de dos horas de cañoneo, y el "British Packet", periódico inglés que se editaba en Buenos Aires, en la crónica del hecho dijo que las baterías no habían tenido bajas y que los barcos, aunque lograron pasar, habían sufrido averías en los cascos. Pero lo que importa, en definitiva, es que la flotilla consiguió su objetivo, que no era obtener un triunfo sino forzar el paso.



La casa donde se alojó Yrigoyen en 1930/32.

Pero la fortuna jugó una mala pasada a los intrépidos marinos: a poco más de una legua de la isla varó la corbeta "Constitución", la mayor de las tres embarcaciones, quedando su quilla enterrada casi un metro en el lodo del río. La marea comenzó a bajar, justo en esos momentos, y la tarea de hacerla zafar de su varadura se tornó más difícil. Todo el mundo comenzó a trabajar febrilmente transportando a las otras embarcaciones todo lo pesado que había en ella, sobre todo los cañones, que fueron depositados en la "Prócida". El alba se acercaba y la nave no salía de su difícil situación. Desde Martín García su guarnición seguía con interés y a la vez con impotencia lo que ocurría, porque las naves se encontraban a una distancia superior al alcance de los cañones de la isla. De pronto, un grito de júbilo hizo que las miradas se dirigieran hacia el lado opuesto al río. ¡En el horizonte se divisaban las naves de Brown! Atraído por el ruido del cañoneo que se había producido, avanzaba en busca del enemigo. Los gritos de los hombres de la isla, llevados por el viento, alertaron a los consternados marinos de Garibaldi del peligro que se cernía sobre ellos.

"En tanto —refiere Garibaldi— el enemigo avanzaba soberbio, a nuestra vista y entre las aclamaciones de la tropa de la isla, segurísimo de la victoria con sus siete fuertes barcos de guerra, mientras nosotros sólo teníamos uno y débil, por añadidura".

"Mi carácter no es propicio a la desesperación —declara Garibaldi, al referirse a aquellos momentos de angustioso dramatismo—. No me he desesperado nunca. Dejo que la sagacidad de los otros se figure mi estado." (Villanueva, Amaro: op. cit., págs. 99-100)

Pero la suerte no había abandonado del todo al italiano y su gente. De improviso todo se equilibró, porque la nave capitana de la escuadra de Buenos Aires, el bergantín "Belgrano", varó también, en uno de los traicioneros bancos de

arena, junto a la isla Martín García, cuando se encontraba a dos tiros de cañón de sus adversarios. Otra vez esos bancos le volvían a jugar una mala pasada a Brown, como en 1814.

Toda la escuadra se detuvo, entonces, para tratar de ayudar al "Belgrano" y esto dio tiempo para que la "Constitución", luego de reanudados los trabajos, pudiera zafar y trasbordado su bagaje se encontrara armada, nuevamente, para repeler cualquier ataque que pudiera producirse. Evidentemente, de haber seguido el resto de la escuadra porteña, dejando por el momento al "Belgrano", podía haber obtenido el triunfo porque el enemigo no se encontraba en condiciones de defenderse.

Pero la suerte todavía no había terminado de brindar su ayuda a los que hasta un rato antes parecían dejados de su mano. Una espesísima niebla se extendió sobre el río, a medida que el sol ascendía en el firmamento, protegiendo de la vista del enemigo a las tres naves orientales, que con viento favorable se dirigieron, a toda vela, a la desembocadura del río Paraná para continuar su viaje a Corrientes.

Una estratagema de Garibaldi, antes de iniciar su viaje, le permitió engañar luego al astuto almirante Brown. En Montevideo contrató solamente prácticos para la navegación del río Uruguay y Brown, enterado de esto por espías, supuso que los perseguidos debían haberse internado en aquel río y hacia él se dirigió con su escuadra, permitiendo que la flotilla oriental siguiera por el Paraná.

El resto del viaje no es tema de nuestro trabajo, pero es interesante consignar que el irlandés no cesaría en su empeño de destruir al enemigo, y lo persiguió dándole alcance en el lugar ribereño llamado Costa Brava, al norte del departamento de La Paz en Entre Ríos, trabándose en encarnizado combate que duró los días 16 y 17 de junio, siendo totalmente destruida la flotilla oriental por el enemigo y por Garibaldi,



Yrigoyen subiendo a la planchada del buque que lo llevaría a Martín García por segunda vez.

que no quiso dejar caer nada en poder del enemigo. El valiente italiano pudo llegar por tierra a la localidad de Esquina, en Corrientes, con unos pocos hombres; luego, atravesando la provincia llegó a las márgenes del Uruguay y pasó al Salto, regresando más tarde a Montevideo, punto de partida de su frustrada aventura.

Fero Garibaldi no había terminado sus andanzas en nuestro territorio. En 1845 volvió a él, al frente de una flotilla compuesta de quince barcos, algunos apresados a la flota argentina, y armada, con grandes gastos, por los ingleses y los franceses, cuyas naves combinadas estaban bloqueando el puerto de Buenos Aires. El ministro mediador designado por Gran Bretaña, Williams Gore Ouseley, invirtió 1500 libras en equipar diez embarcaciones. La mayor de las naves era el bergantín "Cagancha" y la menor una ballenera. Las fuerzas de desembarco estaban compuestas por alrededor de mil hombres, la mayoría de ellos pertenecientes a la Legión Italiana.

La misión que tenía que cumplir el aventurero italiano consistía en remontar el río Uruguay hasta la población de Salto, con el fin de levantar a la campaña contra Urquiza y Oribe.

La flotilla montevideana tomó la Colonia, a

fin de agosto de 1845, y luego se dirigió hacia la estratégica isla Martín García, a la cual resolvió tomar para que no le cortara una eventual retirada. Se presentó ante la isla el 5 de setiembre de 1845 e intimó rendición al comandante don Pedro Rodríguez, quien se dirigió al jefe de la escuadrilla manifestándole que no habiendo recibido orden de su gobierno para abandonar la isla, sólo podía ceder a la violencia de la mayor fuerza, con las protestas del caso. Garibaldi le hizo notar la superioridad de sus fuerzas, comprometiéndose a respetarlo y a dejarlo en libertad de retirarse con la tropa que lo acompañaba, donde le conviniera.

Rodríguez solicitó ser trasladado a Buenos Aires en uno de los buques extranjeros, y a ese efecto se embarcó en el buque inglés de guerra "Dol-

SARMIENTO Y MARTIN GARCIA

Es el año 1850 uno de los de mayor producción literaria del sanjuanino Domingo Faustino Sarmiento, que en esos momentos se hallaba exilado en Chile. Terminó la preparación del segundo tomo de sus "Viajes" y publicó, además de varios folletos, "Recuerdos de Provincia" y "Argirópolis". Precisamente es esta última la que nos interesa por su relación con la isla, materia de este trabajo.

Argirópolis significa "ciudad del Plata" y en esta obra, que muchos consideran utópica, Sarmiento pretende constituir los Estados Unidos del Río de la Plata, formando una Confederación con la República Argentina, la República del Paraguay y la República Oriental del Uruguay.

Es una de las obras más serenas de Sarmiento y dice al respecto Alberto Palcos: "En la prosa combativa del autor, este libro constituye una excepción. Las más áridas cuestiones, que en la vispera le arrancaban acentos durísimos, están tratados con mucha serenidad e inspiración sumamente optimista. No ataca a nadie. El mismo Rosas es citado con respeto."

Sarmiento, quizá tratando de influir en Urquiza, del que hace un elogio en el prefacio de su libro, le envió un cajón con ejemplares de él, por intermedio del célebre naturalista francés Amadeo Jacobo Bonpland. Dicho sea de paso, este destacado hombre de ciencia estuvo en Martín García en algunas de las numerosas excursiones que realizó por el Delta del Paraná y sus alrededores entre 1817 y 1820. Sarmiento más tarde se quejó del desinterés que mostró el caudillo entrerriano por su obra, diciendo: "Nunca me dijo nada de Argirópolis, de los que recibió un cajón, ni de la Crónica, ni de escrito ninguno mío." Entrando ya de lleno en "Argirópolis", vemos que hace un análisis de los antecedentes de la unidad argentina y de la situación económica del interior del país, dando algunas soluciones, como por ejemplo, la libre navegación de los ríos.

En el capítulo III de su obra, Sarmiento trata sobre la capital de los Estados Unidos del Río de la Plata y señala como hecho notable en la historia de la República y de la Confederación Argentina el que nunca se ha reconocido una capital y hace una rápida reseña de la posición de los federales en este sentido, contrarios a la capitalización de Buenos Aires. Al referirse al lugar donde debe reunirse el Congreso que deberá deliberar y arreglar las diferencias existentes entre Buenos Aires, Montevideo y el Paraguay y también entre los bandos en pugna en los distintos territorios, considera que éste no puede hacerlo en Buenos Aires por la influencia de Rosas y que "el local para la reunión del congreso general ha de estar de tal manera situado, con tales garantías resguardado, que todas las opiniones se hallen en completa libertad, todos los intereses respetados y todas las susceptibilidades puestas a cubierto de cualquier viso de humillación... Afortunadamente el local existe, y es célebre ya en la historia de las colonias españolas por la reunión de los diputados de las coronas de España y Portugal, para transigir por medio de convenios amigables prolongadas cuestiones de límites y poner, como al presente, término a guerras desoladoras... Hablamos de la isla de Martín García, situada en la confluencia de los grandes ríos, y cuya posesión interesa igualmente a Buenos Aires, a Montevideo, al Paraguay, a Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes, cuyo comercio está subordinado al tránsito bajo las fortalezas de esta isla. Ocupándola el congreso, la ocuparán al mismo tiempo todas las provincias, todas las ciudades interesadas, todos los Estados confederados... y siendo la cuestión principal, por no decir la dificultad más seria, que en todos los países y en todos los tiempos ha ofrecido la unión de diversos Estados o provincias en una federación, la ciudad capital que deje a cada una de las partes contrastantes en toda



Alvear y su esposa, Regina Pacini, en enero de 1933, en Martín García.

phin". Con él fueron los once soldados de la escasa guarnición.

Garibaldi, luego de dejar una guarnición en la isla, remontó el río Uruguay hacia su objetivo principal.

Nuevamente Martín García había caído en poder de los agresores de nuestra nación, y para comprender su importancia, veamos lo que opinaba Mr. Williams Brent, Encargado de Negocios de los Estados Unidos en Buenos Aires.

Dice John Cady en su obra "La intervención extranjera en el Río de la Plata": "Informó a su gobierno que toda la Confederación Argentina estaba por quedar sometida al desgobernio británico. En manos de Inglaterra, Martín García podía llegar a ser más importante que Gibraltar, el Cabo de Buena Esperanza o Hong-Kong. Allí podía exilarse a los Cartistas y anti-unionistas irlandeses. Martín García podía dominar los mercados de la cuenca del Plata y, peor aún que todo esto, asegurar para Inglaterra la posesión de un país productor de algodón, igual, sino superior a los Estados Unidos. Agregaba que si las potencias intervencionistas llegaban a obtener concesiones comerciales del Paraguay y de la Provincia de Corrientes en compensación por la

libertad a que por este sistema aspiran, todo nuestro estudio, dirigido por la más severa imparcialidad, debe consagrarse a examinar si la isla de Martín García, colocada hoy por circunstancias fuera de la influencia de los gobiernos argentinos, puede servir de capital permanente de la posible Unión, y si por su colocación geográfica es el centro administrativo, económico y comercial, forzoso, indispensable, para asegurar la reciprocidad de ventajas que los Estados Confederados deben prometerse de su unión."

Sarmiento se explaya sobre las ventajas que la isla proporcionaría a los Estados que formarían Unión, las ventajas que tiene para la instalación de un centro urbano con todo lo que poseen las grandes ciudades del mundo y hasta hace una enumeración de las instituciones que tendrían su asiento en ella. La imaginación del sanjuanino vuela con facilidad y rapidez, demostrando en forma simple y convincente la viabilidad de su proyecto. Pero se quedó corto en sus cálculos; hoy Martín García no alcanzaría para contener a la mitad de los edificios necesarios para la administración de un Estado.

Y, como es costumbre en él, no puede perder la oportunidad de minimizar nuestras costumbres y nuestra idiosincracia y agigantar la de los norteamericanos, aunque en lo que sigue solamente dice una sarta de disparates: "Volviendo a las ventajas que aseguraría a los Estados del Plata la creación en aquella isla de una ciudad capital, apuntaremos una que para nosotros al menos es de una trascendencia incalculable. Tal es la influencia que ejercería sobre los hábitos nacionales esta sociedad echada en el agua, si es posible decirlo, y rodeada necesariamente de todos los medios de poder que da la civilización. A nadie se ocultan los defectos que nos ha inculcado el género de vida llevado en el continente, el rancho, el caballo, la falta de utensilios, como la facilidad de suplirlos por medios atrasados. ¡Qué cambios en las ideas y en las costumbres! ¡Si en lugar de caballos fuesen necesarios botes para pasearse los jóvenes; si en vez de domar potros, el pueblo tuviese allí que someter

con el remo olas alborotadas; si en lugar de paja y tierra para improvisarse una cabaña, se viese obligado a cortar a escuadra el granito! El pueblo, educado en esta escuela, sería una pepinera de navegantes intrépidos, de industriales laboriosos, de hombres desenvueltos y familiarizados con todos los usos y medios de acción que hacen a los norteamericanos tan superiores a los pueblos de la América del Sud."

Pero dejemos los sueños de Sarmiento y vayamos a su paso por esa pequeña porción de territorio argentino que tuvo el privilegio de que aquél lo considerara de utilidad. En 1851, luego del pronunciamiento de Urquiza contra Rosas y de la rendición de Oribe, Sarmiento decidió ir a ver al entrerriano para ofrecerle sus servicios y se embarcó en Montevideo rumbo a Entre Ríos. Sobre este viaje nos dice Manuel Gálvez: "Le emociona navegar por el Plata hacia el Uruguay. Con su anteojo busca la isla de Martín García, "mi Utopía" como acertadamente la llama. Pensar que va a ofrecer sus servicios a Urquiza, a quien —dice— "enderezaba desde Chile, en 1850, mi plegaria de Argirópolis!" Impresiónale la anchura y la majestad del Plata (por primera vez lo navega). Martín García, a la que saluda de paso, le parece muy artística y acompasada, y bien simétricas las bocas del Paraná y del Uruguay, que interrumpen la cerca inmensa que figuran los árboles de las islas. Y lo ve todo como «trazado a grandes pinceladas, en la escala de Dios, el único artista que pinta telas del tamaño de la naturaleza visible al ojo»".

A su regreso de Entre Ríos, luego de estar seis días en Gualaguaychú, tiene la satisfacción, al tocar el barco en Martín García, de bajar a tierra y así pisar el suelo de la capital de su confederación ideal. La recorrió a caballo, admirándola y asegurándose de su aptitud para todas las posibilidades que él le atribuyó. Antes de marcharse llevó a la práctica otra de sus costumbres, dejar una inscripción que señalara su paso por la isla y en un peñasco estampó: "1850-Argirópolis-1851-Sarmiento." La isla le pertenecía, era su dueño espiritual.

garantía de la independencia de ambos estados —lo que parecía estar dentro de sus propósitos— siempre tendrían pretextos para intervenir...”

Claro que, fueron mayores los temores de Mr. Brent, que la realidad de los hechos. Pero no pensemos que era la suya una idea descabellada: todo podía haber sucedido como él temía de no haber encontrado los agresores la firme oposición del Encargado de las Relaciones Exteriores de la Confederación y de un pueblo dispuesto a defender su honor hasta las últimas consecuencias.

El 24 de noviembre de 1849 se firmó la Convención que puso fin al entredicho entre Gran Bretaña y la Confederación Argentina. Por el Reino Unido la hizo el experimentado diplomático Henry Southern y por la Argentina el veterano ministro de Relaciones Exteriores don Felipe Arana. En la parte que nos interesa se establece que los británicos evacuarán la isla Martín García, devolverán las naves y armamentos capturados y saludarán el pabellón argentino, además de reconocer, categóricamente, la soberanía argentina de los ríos. Esto y las demás estipulaciones se cumplieron sin inconvenientes y el 24 de febrero del año siguiente evacuaron la histórica isla. Libre, una vez más, de ocupantes extranjeros.

El 31 de agosto de 1850 se firmó el tratado de paz con Francia. Por ésta lo hizo el almirante Lepredour y por nuestro país el ministro Arana. Pero este tratado, que en una de sus partes también establecía la devolución, por parte de los franceses, de la isla Martín García, nunca obtuvo la formal aprobación por parte de la Asamblea francesa, que fue posponiendo su estudio, hasta que la caída de Rosas en 1852 lo hizo innecesario.

MARTIN GARCIA ENTRE BUENOS AIRES Y LA CONFEDERACION

En Caseros concluye la hegemonía de Rosas. Pero la estrella ascendente de Urquiza no va a significar la paz. Y otra vez Martín García jugará un papel fundamental entre las luchas civiles que Buenos Aires y la Confederación han de librar en esos años.

Omitamos el desarrollo del enfrentamiento entre la Confederación y la provincia que se segregara el 11 de setiembre de 1852. Poco después se desatan las hostilidades entre ambas entidades.

Buenos Aires mandó una expedición a Entre Ríos compuesta de 1.400 hombres al mando de los generales Manuel Hornos y Juan Madariaga, embarcados en una escuadrilla a cuyo frente estaba el capitán Antonio Somellera. Luego de varias acciones en tierra, la invasión fracasó totalmente, debiendo huir Hornos a Corrientes y Madariaga tuvo que bajar, con las fuerzas que le quedaron, por el río Uruguay, desembarcando las tropas correntinas en Martín García. Con respecto a esta isla diremos que, el 1º de marzo de 1852, el ministro de Relaciones Exteriores del gobierno provisorio de Urquiza, doctor Luis J. de la Peña, se dirigió al de la República Oriental del Uruguay solicitando la devolución de la isla. Le informaba que entre el 10 y el 15 de marzo partiría de Buenos Aires una fuerza para tomar posesión de la isla y esperaba que el gobierno oriental dispusiese lo conveniente para que no existieran dificultades en este acto.

El ministro uruguayo contestó que las fuerzas argentinas no tendrían dificultades al tomar posesión de la isla, pero el gobierno oriental se reservaba los derechos que pudiera tener sobre ella. Fuerzas argentinas al mando del coronel de ma-

LA ISLA HISTORICA

rina don Francisco Seguí la ocuparon, sin inconvenientes, el 17 de marzo.

Desde Martín García envió Juan Madariaga un oficio al gobierno de Buenos Aires comunicándole el resultado de la expedición y culpándolo del fracaso de ésta al jefe de la escuadrilla, capitán Somellera.

El 1º de diciembre de 1852, se sublevó contra el gobierno de Buenos Aires el general Hilario Lagos y puso sitio a la ciudad. Todo se presentaba en forma desfavorable para los porteños. Alsina, creyendo en la revolución se hacía contra su persona, renunció, tomando posesión del gobierno con facultades extraordinarias el general Pinto, Presidente de la Sala de Representantes. Pero el sitio continuó, sumándose a él el general Ur-



Frente de la casa donde estuvo detenido Juan D. Perón, en octubre de 1945.

quizá con sus fuerzas. Los hombres que guardaban a Martín García, al tener conocimiento de estos hechos, se plegaron al gobierno de la Confederación y éste decidió artillar la isla para hacer frente a un eventual ataque de la escuadra de Buenos Aires.

La actividad bélica se trasladó de la tierra al agua y en los primeros meses del año 1853 se produjeron algunos encuentros parciales entre naves porteñas y confederadas, siendo la suerte favorable a los últimos. En uno de ellos, llevado a cabo muy cerca de Martín García, el vapor “Correo”, de los nacionales, capitaneado por Luis Cabassa, (al que se llamaba “el manco genovés” por ser natural de Lori, Génova, y haber perdido un brazo en el ataque a naves de la escuadra con que Garibaldi dominaba el río Uruguay en 1846), capturó al bergantín “Maipú” de Buenos Aires. Con los triunfos conseguidos, los barcos de la Confederación pasaron a dominar el estuario del Plata.

Buenos Aires vio el peligro que significaba que su rival dominara el río y pudiera bloquear su puerto, completando así el sitio de la ciudad. Se decidió formar una nueva escuadrilla para impe-

dir que se concretase lo que todos temían. Varios veleros fueron apresuradamente armados y se los puso al mando del marino polaco Floriano Zurovsky. La escuadrilla porteña estuvo compuesta por el bergantín insignia "Enigma", el pallebot "9 de Julio", el bergantín "Santa Clara", la goleta "Chacabuco" o "Carmen", el lugre "11 de Septiembre" y el bergantín goleta "Mayo". Inmediatamente fue enviada hacia la isla Martín García pero cometió la imprudencia de fondear en el canal de acceso, a la altura de los cerros de San Juan. En el amanecer del día 18 de abril de 1853, cuando se disponía a zarpar, fue atacada por la escuadra confederal, que comandada por el estadounidense John Halsted Coe, estaba integrada por los vapores "Correo", "Merced" y "Constitución", al frente de los cuales se encontraban Mariano Cordero, Bartolomé Cordero y Santiago Maurice, y el bergantín "Maipú" capitaneado por José María Cordero.

A pesar de que el "Maipú" venía a remolque del "Correo", el factor sorpresa fue decisivo y luego de tres horas de confuso combate, en que hubo derroche de coraje por ambas partes, las naves porteñas "Enigma" y "11 de Septiembre" se rindieron con sus comandantes y más de 200 hombres. Zurovsky se salvó de caer en manos del enemigo porque transbordó a tiempo a otro barco con el que luego se retiró a Buenos Aires. La "Santa Clara" libró un duelo de artillería con el vapor "Merced", al que intentó abordarlo con el propósito de contrarrestar su superioridad combativa, pero no lo consiguió, aunque, a pesar de ello, en el parte que elevó Zurovsky a las autoridades porteñas elogió al comandante de aquella nave, el genovés José Murature, futuro jefe de la escuadra, y a su primer teniente Pedro Piaggio. La escuadra de Buenos Aires tuvo sesenta bajas, entre ellas el comandante de la "Chacabuco", Pittaluga y dos oficiales. Por su parte la escuadra confederal sólo tuvo treinta y quedó dueña de la situación, confirmando el temor de los porteños de que bloquearan su puerto.

Esta acción de Martín García es el primer combate mixto de nuestras luchas navales, pues en él se enfrentaron vapores contra veleros, quedando demostrada la superioridad de los primeros.

Pero el júbilo de esta victoria, que parecía ser el preludio del triunfo definitivo sobre Buenos Aires y la imposición a ésta de la Constitución sancionada en Santa Fe, se trocó en decepción cuando, el 22 de junio, varias naves nacionales entraron a Balizas interiores para entregarse a las autoridades de Buenos Aires. Esta defección de la escuadra, como dice Caillet-Bois, hecho sin precedentes en nuestra historia naval se tramó en Montevideo y se llevó a cabo a pesar de la oposición de los hermanos Cordero, Lasserre y Maurice. Estos trabajos dieron su resultado con el jefe de la escuadra nacional, el norteamericano Coe "quien se plegó a las solicitudes del agente porteño Carlos Calvo, y recibió, en premio de su traición, 26.000 onzas de oro, de manos de Juan B. Peña, quien, según se asegura, efectuó el pago volviendo la cara al traidor y estiró hacia atrás la mano con que señalaba el dinero colocado sobre la mesa diciendo: "Tome eso; yo no sé nada de esta operación". ("La Traición se llamaba Coe", por Jorge Larroca en "Todo es Historia" N° 4.)

Pero esta defección no fue la única. También desertaron los coroneles Laureano Díaz y Eugenio Bustos, que entregaron a Buenos Aires las fuerzas a su mando con que la sitiaban.

Urquiza, ante esta situación, ofreció reconocer

al gobernador y a la Legislatura de Buenos Aires y la integridad territorial de la provincia, si se le permitía retirarse. La mediación llevada a cabo por los representantes de Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos tuvo éxito y el gobierno porteño aceptó esas bases. El jefe entrerriano, antes de retirarse, firmó con esas tres potencias un tratado, en San José de Flores, que establecía la libre navegación de los ríos Paraná y Uruguay. A este tratado Buenos Aires no podía oponerse, ahora que era la dominadora de las aguas, a que esas tres naciones llegaran con sus barcos a los puertos de la Confederación y comerciasen con ellos.

En 1859 se reiniciaron las hostilidades entre la Confederación y el Estado de Buenos Aires, llegando Urquiza a la conclusión de que solamente por la fuerza podría reintegrarse a la provincia disidente al resto de sus hermanas. El presidente de la Nación, que contaba con un poderoso ejército de cerca de 16.000 hombres, carecía de una escuadra desde la defección de Coe. Hizo comprar y armar buques en Río de Janeiro y en Montevideo, a pesar de las protestas de Buenos Aires por lo que consideraba una infracción a la neutralidad. Este Estado, que en 1854 había tomado posesión de la isla Martín García y la había incorporado a su soberanía por medio del artículo 2º de su Constitución, que fijaba sus límites, decidió artillarla para cerrar el paso a la escuadra de Urquiza. Pero esta última se puso en marcha aguas arriba por el Río de la Plata al tenerse conocimiento de que la escuadra porteña se dirigía hacia Rosario.

Así llegamos al 14 de octubre de 1859 en que se produjo el último combate naval en jurisdicción de la isla Martín García. Con este combate se va a cerrar la etapa épica de la isla, para dar paso a las sucesivas transformaciones en distintas dependencias de nuestra Marina de Guerra.

La escuadra de la Confederación que iba al mando de Mariano Cordero estaba formada por los vapores "Salto", nave insignia, "Hércules", "Pampero" y "Menay", la barca "Concepción" y la goleta "Argos". Los veleros iban remolcados por los vapores, esto le había sido aconsejado a Cordero por la experiencia del anterior combate de Martín García de 1853. Al amanecer enfrentaron la isla en la que las tropas porteñas estaban mandadas por el coronel don Martín Arenas y era defendida por las baterías Arena, Lavalle, Constitución y Buenos Aires, además del buque "San Nicolás", el patache "Yerúa" o "Rápido" y el pontón "Castelli", que estaban atravesados al otro lado del canal.

La escuadra nacional se dividió, atacando el "Salto", el "Hércules" y la "Concepción" a las baterías de tierra y el resto a los buques que cerraban el paso. El combate duró cerca de dos horas, y fue muy encarnizado, poniendo de relieve, nuevamente, la valentía de nuestros marinos.

El vapor "Pampero", para abrirse paso, esponeó la popa al "Yerúa", abriéndole un rumbo y estando a punto de apoderarse de él al abordaje. Los porteños, haciendo derroche de coraje y en lucha desesperada, consiguieron impedirlo a duras penas. Mientras tanto, las baterías de tierra cortaron el remolque de la "Concepción" y la maniobra del timón de la "Hércules", sometiendo a ambas naves a un nutrido fuego.

Por fin, las naves de Cordero consiguieron forzar el paso, pero sufrieron la pérdida de 24 hombres y del comandante Santiago Maurice, siendo las averías de escasa importancia. Los defensores del paso tuvieron 8 muertos y 18 heridos, casi todos del patache "Yerúa" que fue el que soportó lo peor de la lucha.

Esta valiente acción de la escuadra nacional determinó que su jefe, Mariano Cordero, fuera ascendido al grado de coronel.

Las naves continuaron hasta Rosario sin enfrentarse con la enemiga y desde este momento ambas se limitaron al rol de auxiliares de los ejércitos que días después se enfrentaron en Cepeda.

Luego de la acción anteriormente relatada, comenzó la historia pacífica de Martín García. La gloriosa isla pasaba a estar eternamente ligada al recuerdo de las acciones que pusieron de manifiesto el valor de nuestros marinos, y al decir nuestros marinos me refiero por igual a los nativos y a los extranjeros, porque estos últimos, al luchar bajo nuestro pabellón y ofrendar sus vidas, en muchos casos, por él, ya son patrimonio de nuestra historia.

EL VIEJO MARINO ABANDONA LA LUCHA

Cuando comenzó la guerra de la Triple Alianza contra el Paraguay, en 1865, la isla Martín García fue artillada con diecisiete piezas de variado calibre, distribuidas en seis baterías, para evitar cualquier intento de forzamiento del paso por parte de la flota paraguaya. Pero la isla no salió de su tranquilidad, porque las naves enemigas nunca llegaron a ella. Luego de esta guerra, Sarmiento se encontró con una situación internacional complicada debida a la liquidación diplomática de ella.

El gobierno argentino, ante la delicada situación, decidió reforzar nuestro potencial naval y encargó a astilleros ingleses la construcción de naves modernas y poderosas, creó un arsenal para nuestra escuadra en Zárate y, a pesar de las objeciones brasileñas, artilló con modernos cañones Rodman la isla Martín García. Las objeciones brasileñas se debieron a que en 1856, nuestro país y el Brasil, habían firmado un Tratado de amistad, comercio y navegación, en donde se reiteraba la libre navegación de los ríos Paraná, Uruguay y Paraguay y se estipulaba la neutralización de Martín García como garantía de la navegación de dichos ríos.

Durante el gobierno de Avellaneda, en 1875, el progreso en las comunicaciones llegó a ella por medio del telégrafo, al instalarse un cable submarino que la unió con Buenos Aires.

Otro adelanto importante, durante la presidencia de Roca, fue la instalación, en 1884, del faro para la navegación de los ríos Paraná y Uruguay; funcionó hasta 1927, año en que fue reemplazado por el semáforo construido por el Ministerio de Obras Públicas.

Hacia 1879, cuando culminaba la campaña al desierto, a Buenos Aires y otros pueblos comenzaron a afluir indios prisioneros que fueron distribuidos entre las familias, establecimientos educacionales, industriales y ganaderos. Muchos de estos infelices, condenados a vivir lejos de los inmensos territorios en que nacieron y recorrieron como únicos señores, fueron confinados en Martín García. Entre éstos podemos mencionar a los famosos caciques Epumer Rosas y Pincén, que fueron bautizados por los Padres Lazaristas que llevaron a cabo en la isla una tarea encomiable. La vieja capilla, puesta bajo la advocación de Nuestra Señora del Carmen, y demolida en 1937 por razones de seguridad, fue construida por estos indios convertidos.

Pero esta pobre indiada fue presa de una terrible epidemia de viruela que hizo estragos entre

ellos, poniéndose de relieve, en estas circunstancias, la humanitaria labor llevada a cabo por los misioneros, entre los que se destacó, sacrificándose abnegadamente, el padre José Birot, magníficamente secundado por el padre Juan Cellerier. Sería injusto si no mencionáramos también al hombre que desde Buenos Aires no escatimó esfuerzos para enviarles todo lo que necesitaban y pedían los misioneros, el Arzobispo de Buenos Aires, Monseñor Dr. Federico Aneiros.

También las Hermanas de Caridad se dirigieron a la isla para cumplir las funciones de enfermeras que eran cumplidas por algunos indígenas que nada entendían del oficio.

Cuando los malos momentos fueron pasando y a medida que eran convertidos los indios pasaron a Buenos Aires y sus alrededores, en casas, quintas y estancias para que trabajaran. Quedaron en la isla solamente los que fueron destinados al servicio en el ejército y la marina, y algunos presos. Pero lo que causó indignación a mucha gente, fue la separación de familias enteras que se llevó a cabo con el traslado de las mujeres e hijos de los que quedaron en la isla, a otros lugares.

En 1886 se construyó el lazareto que se había licitado en época de Sarmiento. En él cumplían la cuarentena los buques que venían a Buenos Aires y constaba de hoteles de primera y segunda, farmacia, hospital, lavadero, planta de desinfección y crematorio. Hoy solamente queda de él la chimenea.

Hacia 1880, aproximadamente, la isla sirvió de asiento transitorio a la Escuela Naval, que hasta ese momento no había tenido sede definitiva, comenzando a funcionar en el vapor "General Brown", pasando luego a otras naves escuelas, etcétera, hasta llegar a su asiento definitivo en la isla de Río Santiago.

Pero esta isla por la que desfiló tanta gente de armas, albergó también a un poeta y éste fue nada menos que Rubén Darío, que en la noche del 23 de mayo de 1895 compuso una de sus composiciones más conocidas, la "Marcha Triunfal", mientras pasaba una temporada de descanso en la residencia de los médicos del lazareto, que aún se conserva, invitado por su amigo el Dr. Prudencio Plaza.

Durante las dos guerras mundiales vio pasar por ella a intrépidos marinos alemanes que fueron internados por nuestro gobierno. En septiembre de 1914 fueron internados los tripulantes del crucero auxiliar "Cap Trafalgar", ocho de los cuales intentaron escapar a nado, pasando por el canal del Infierno a la Banda Oriental, muriendo ahogados dos de ellos. Uno de éstos se encuentra enterrado en el pequeño cementerio de Martín García; la leyenda semiborrada de la tumba recuerda su nombre: Karl Krota. Pero queda otra cosa más de ellos: una pequeña piedra piramidal, tipo obelisco, tallada por los mismos marinos alemanes y colocada en la plaza Solís, como agradecimiento por el trato recibido.

En diciembre de 1939 tuvo lugar la "Batalla del Río de la Plata" que terminó con la auto-destrucción del acorazado de bolsillo alemán "Graf von Spee" frente a Montevideo. Sus mari-

nos fueron internados en nuestro país, consiguiendo escapar algunos de ellos y llegar a Alemania. Un grupo de 17 oficiales que se encontraban alojados en las cuadras de la antigua Escuela Preparatoria de Martín García, consiguió huir a través de un túnel que los llevó a la selva, pasando entre dos garitas de vigilancia y alejándose de la isla en una balsa. Fue una auténtica hazaña que todavía se recuerda en la isla por los pobladores más antiguos.

Por decreto del Poder Ejecutivo del 18 de abril de 1914, la isla Martín García pasó a depender exclusivamente del Ministerio de Marina, cesando la ocupación compartida hasta entonces con el Ministerio del Interior. Hasta acá los rasgos generales de este período pacífico de la isla, pero durante él hay todavía momentos de suma importancia como son aquellos de las prisiones de hombres que han jugado un rol destacadísimo en la vida nacional.

LOS RADICALES Y MARTIN GARCIA

El 6 de septiembre de 1930 se produjo el movimiento revolucionario, que encabezado por el teniente general José Félix Uriburu, derrocó al gobierno radical de Hipólito Yrigoyen.

El 6 de septiembre, a las 18 y 35 horas, el doctor Martínez presentó su renuncia al teniente general Uriburu, que había llegado hasta la Casa de Gobierno al frente de los cadetes del Colegio Militar de la Nación. Yrigoyen, que acompañado por el Dr. Oyhanarte se había dirigido a media tarde hacia La Plata, trató de organizar allí la resistencia, pero se encontró con la negativa de los jefes militares. El presidente consideró que todo estaba perdido y redactó su renuncia dirigiéndola al jefe del Regimiento 7 de La Plata. Fue detenido, pero a la madrugada siguiente llegó desde la Capital Federal la orden de ponerlo en libertad. "Entonces, el hasta entonces todopoderoso caudillo, el jefe de la Nación, el idolo de las multitudes, el patriarca de la democracia americana, dijo con voz sangrada y desvalida:

—Si me permiten, me quedo aquí. Estoy enfermo, y no tengo dónde ir...". (Luna, Félix: "Yrigoyen". Buenos Aires, Editorial Desarrollo, 1964. Pág. 380). Esto lo expresó ignorando que su casa de la calle Brasil, había sido saqueada la noche antes y sus muebles tirados a la calle y quemados.

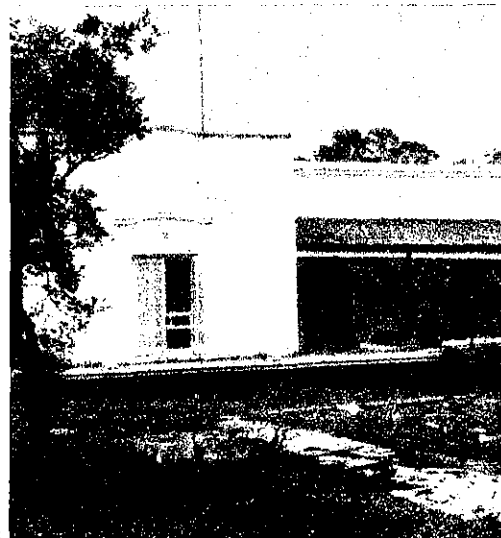
Permaneció Yrigoyen hasta el día 11 de septiembre en el Regimiento 7, siendo embarcado luego en el acorazado "Belgrano", bajo arresto, porque el gobierno teme una contrarrevolución. El presidente provisorio le hizo comunicar que si se producía ésta, sería fusilado. El aislamiento y las amenazas lo abaten completamente y para colmo lo trasladaron al crucero "Buenos Aires", buque más liviano y por lo tanto más movedido. Pero el 21 de octubre el "Belgrano" lo recibió nuevamente, mientras se sustancia un proceso contra él.

El 10 de noviembre pasó otra vez al "Buenos Aires" y mientras se encontraba allí, el juez decretó su prisión preventiva, haciéndose más rigurosa la incomunicación. El 29 de noviembre, el "Buenos Aires" atracó en la isla Martín García para que desembarque el ex presidente pues allí residiría. Larga estancia será la suya en la isla: recién se alejará de ella el 19 de febrero de 1932.

En su nueva prisión las cosas mejoraron para Yrigoyen. Aunque al principio estuvo solo, luego permitieron a su hija Elena hacerle compañía y con ella fue la secretaria del ex presidente, la señorita Isabel Menéndez. Tiempo después fue trasladado al mismo lugar Eplidio González, que fue para él una grata compañía. A su sobrino Luis Rodríguez Yrigoyen se le permitió visitarlo una vez por semana y, a veces, fue acompañado por el Dr. Guardo, dentista del prisionero. Pero todas las entrevistas con personas ajenas a la isla debían hacerse en presencia de los oficiales de marina o de los policías que acompañaban a los visitantes. Se le asignó como vivienda una pequeña casa que servía de cartuchera a la guarnición de la isla con un terreno bastante amplio por el que podía pasear, pero acompañado por un oficial. Hoy sólo quedan sus cimientos, devorados por la maleza.

El destierro en esa isla preocupaba tremendamente a Yrigoyen y su obsesión era salir de ella cuanto antes. Se quejaba insistentemente del servicio y de sus males físicos. A una dama de su familia que lo visitó le dijo que se moría y que hiciese lo posible para que lo sacaran de allí.

Con el tiempo comienza a fortalecerse física y moralmente, luego del tremendo abatimiento que siguió a su caída. Pero, a pesar de sentirse bien fingía síntomas inexistentes porque quería que



Izquierda: Frondizi en el jardín de su confinamiento en la isla. Derecha: La casa donde estuvo durante casi un año.

lo sacaran de allí y cuenta Manuel Gálvez que "una mañana en que le han estado contando cuentos verdes —que le han hecho reír en grande y que son una novedad en su vida austera—, le avisan que dos médicos llegarán pronto de la ciudad para examinarlo. Desaparece, y cuando vienen los médicos, a los que les hace esperar un rato, se presenta ante ellos un anciano tembloroso, pálido, casi un cadáver".

En el mes de febrero de 1931 se descubrió una conspiración radical dirigida por el ex inspector general del Ejército, general Severo Toranzo, y las cárceles se llenaron de civiles y militares, muchos comprometidos, otros no. Estos hicieron que el gobierno temiera que se tratara de liberar al cautivo de Martín García y en consecuencia ordenó la construcción de defensas en la isla, que se la rodeara de reflectores para la vigilancia nocturna y que su guarnición aumentara a cuatrocientos hombres. Por si esto fuera poco, ordenó que se cambiara periódicamente al oficial de guardia y al pesquero que lo vigilaba de cerca. Pero por otro lado el gobierno se tenía demasiada confianza y llamó a elecciones en la provincia de Buenos Aires, triunfando en ellas, el 5 de abril de 1931, la fórmula radical integrada por Honorio Pueyrredón y Mario M. Guido. A fines de ese mes, cuando la euforia de los radicales por el triunfo no se había quietado, tuvo lugar otro acontecimiento apoteótico, llegó a Buenos Aires el hombre que ellos esperaban tomara la jefatura vacante por la prisión de don Hipólito: Marcelo T. de Alvear. Pero cuando el radicalismo estaba en plena reorganización, en Corrientes se produjo el levantamiento del teniente coronel Gregorio Pomar, que, aunque rápidamente sofo-

cado, dio al gobierno la oportunidad que esperaba para acabar con el radicalismo. Los principales dirigentes fueron detenidos y Alvear, Pueyrredón y Guido, entre otros, invitados por el gobierno, debieron abandonar el país rumbo a Montevideo.

El radicalismo vio todos los caminos de las urnas cerrados, al serles vetada la fórmula presidencial Alvear-Güemes y ser anuladas las elecciones que habían ganado en la provincia de Buenos Aires, disponiendo en consecuencia la abstención electoral. Yrigoyen, mientras esto ocurría, dio término en su prisión a una serie de escritos dirigidos a la Suprema Corte en donde hacía su defensa, pues su abogado, estaba detenido. Negaba competencia a la justicia para juzgarlo, alegando que solamente el Congreso Nacional podía hacerlo, por medio del juicio político. El 7 de septiembre la Suprema Corte confirmó el fallo del tribunal de alzada rechazando la excepción planteada por Yrigoyen y sosteniendo la competencia de la justicia para juzgarlo. Pero el juicio que se le inició por violación de los deberes de funcionario público y malversación de caudales, no llegó a su fin, pues en la víspera de la transmisión del mando al general Justo, el 19 de

LA ISLA HISTORICA



La construcción más vieja de Martín García: el antiguo lazareto.

febrero de 1932, el general Uriburu, llevando a la práctica lo que había adelantado a fines del año anterior a Luis Rodríguez Yrigoyen, dio un decreto indultando a don Hipólito Yrigoyen.

El favorecido no aceptó el indulto considerando que no lo necesitaba pues el fallo de la justicia sería absolutorio y en consecuencia lo consideraba un agravio.

Pero la voluntad presidencial se cumplió lo mismo y el prisionero, fue embarcado en el guardacosta "Independencia", sin saber que se trataba de su liberación. Lentamente vio perderse la isla en la que había pasado más de un año, ignorando que el destino le depararía otra estadía en ella antes de que transcurriera mucho tiempo. El viaje a la Dársena Norte se prolongó hasta el 20 de febrero por la noche, porque se quería hacer lo más discreto posible el desembarco. A pesar de estas precauciones mucho fue el público que lo esperó y prorrumpió en vítores al verlo aparecer después de tanto tiempo.

En diciembre de 1932 se descubrió, por el estallido de una bomba en una casa de Villa Devoto, una conspiración contra el gobierno del general Justo. Los conspiradores eran radicales, civiles y militares, encabezados por el teniente coronel Atilio Cattáneo. El Poder Ejecutivo solicitó al Congreso, el 16 de diciembre, el establecimiento del estado de sitio. El mismo día se detuvo a las principales figuras del radicalismo: Yrigoyen, Alvear, Güemes, Tamborini y el general Dellepiane, que fueron llevados al crucero "Veinticinco de Mayo". Otra vez el pobre Yrigoyen balanceándose sobre las aguas en una cárcel flotante. El 18 de diciembre se declaró el estado de sitio en todo el país y luego de una represión rápida y eficiente, gran cantidad de radicales, de la Capital y el interior, fueron a parar a la cárcel.

El mismo día 16, el de los arrestos de las personalidades radicales, a las diez de la noche, Yrigoyen fue transbordado al aviso "Golondrina", y aunque se mostraba sereno y resignado, el golpe que significaba sufrir nuevamente la cárcel lo había afectado. Sobre todo sufrió una disfonía que lo persiguió hasta sus últimos momentos. A las cuatro de la mañana el "Golondrina" llegó a Martín García, pero como el anciano descansaba, lo desembarcaron durante la mañana, alojándolo en la casa del comandante de la isla, una bonita casa con jardín, ante su pedido de que no lo alojaran en la casa que había ocupado durante su anterior cautiverio. Esta le traería ingratos recuerdos y además se encontraba casi en medio de la selva y completamente apartada de la población de la isla.

Alvear, en cambio, se paseaba furioso contra todo el mundo en el crucero "Veinticinco de Mayo". Revolucionarios, gobierno, partido, nadie se salvaba de su ira, todos tenían la culpa de lo que le pasaba. Hasta que por fin, los azorados marinos que tenían que soportarlo se vieron aliviados cuando fue trasladado, con el doctor Güemes, a Martín García.

Mientras tanto en la diminuta isla se hacían preparativos para recibirlos, a fin de año, el 30 de diciembre Yrigoyen recibió al juez Jantus, fiscales, secretarios de juzgado y empleados que concurren a tomarle declaración. También viajaron su abogado, el doctor Antille, su hija Elena y su fiel secretaria, la señorita Menéndez. Pero ese mismo día debieron regresar a Buenos Aires, pues no se les dejó permanecer en la isla como lo habían solicitado. Triste año nuevo el que debió pasar Yrigoyen, solo, justamente ese que sería el último de su vida, y a una edad tan avanzada como la suya, 80 años. Pero en los días sucesivos

recibió nuevamente la visita de su hija y de su secretaria y el 5 de enero de 1933, como un regalo anticipado de Reyes, a Alvear y Güemes, que se alojaron en la misma casa que él. Por lo menos ya no estaría solo. Pero la salud del caudillo declinó rápidamente; todo lo que soportaba era demasiado para su edad. Tres médicos que llegaron desde Buenos Aires, enviados por el gobierno, ante un pedido de la comandancia de la isla, aconsejaron su inmediato traslado a la Capital para ser sometido a un tratamiento. El 11 de enero, acompañado por su hija y su secretaria, llegó, a las 8 de la noche, en el aviso "Golondrina" que atracó junto al acorazado "Moreno", al que tuvieron que ascender Yrigoyen y sus acompañantes, antes de descender a tierra. El juzgado le permitió residir en su casa debido a su estado de salud.

A principios de febrero, Alvear, Güemes y algunos otros detenidos, recibieron la noticia de que la Cámara Federal revocó la prisión preventiva por falta de mérito. Alvear, entonces, intentó hacer uso del artículo 23 de la Constitución, que le reconocía el derecho a salir del país. Los trámites se alargaron porque el gobierno no permitía que se asilara en países limítrofes y esto no era aceptado por Alvear. Por fin, al levantarse el estado de sitio, Alvear y Güemes recuperaron su libertad el 1 de mayo de 1933, siendo trasladados en el "Golondrina" a Buenos Aires.

El 27 de diciembre de 1933 se reunió en Santa Fe la Convención Nacional de la Unión Cívica Radical luego de haber pasado bastante tiempo sin poder hacerlo debido a la represión desatada contra los radicales por el oficialismo. En la sesión del día 29, llevada a cabo en el teatro Municipal, como la inaugural, por pedido del público que quería seguirla, se decidió la abstención en todo el país hasta tanto se restaurara la normalidad institucional, porque se consideraba que el gobierno de Justo no era producto de la voluntad popular. Pero esa misma madrugada, al retirarse los convencionales, después de la clausura de la Convención, se encontraron en la calle con que la calma era alterada por numerosos disparos de fusilería. Habían estallado movimientos armados en la provincia y en la ciudad de Santa Fe. Pero la acción, cuyos dirigentes, si bien radicales, eran ajenos a la Convención, fracasó finalmente.

El gobierno no perdió tiempo al tener noticias de los estallidos y en la misma mañana del 29 de diciembre declaró el estado de sitio y publicó un manifiesto en el que acusaba a la Convención Nacional del radicalismo de connivencia con los revolucionarios. Pronto comenzaron las detenciones de dirigentes radicales. Todos los miembros de la Convención, detenidos, fueron embarcados en el vapor "Artigas" y trasladados a la isla Martín García, con la cual comenzaban a familiarizarse los dirigentes radicales, porque el gobierno parecía empeñado en que cada vez un mayor número de ellos la conociera. A las seis de la mañana estuvieron frente a la isla y a eso de las diez transbordaron los 98 detenidos al aviso "Golondrina" que tuvo la misión de acercarlos a tierra. El aviso atracó después de las doce del mediodía y el Dr. Mario Guido, uno de los detenidos, en su relato ironiza la llegada: "El señor jefe de la isla no está en el muelle. Decididamente no nos ha considerado muy ilustres. Hay un teniente de navío que dicen que es el segundo jefe". Los fueron llamando uno por uno y los hicieron subir a unos camioncitos en lo que los condujeron a los lugares de alojamiento. Todos estaban indignados porque a Alvear, un ex presidente, le daban un trato tan descortés. Los

ubicaron en dos enormes cuadras con camas bajas y altas. La indignación de todos era evidente y como dice Guido sobre todo la de Alvear. "El, que como presidente había dignificado, civilizado, provisionado con los mejores elementos técnicos al Ejército y a la Marina, verse así, tan injusta y maliciosamente, víctima de la maniobra política o de la venganza de un sirviente". Era evidente que un hombre acostumbrado a los deleites de una vida holgada, en mansiones y lujosos hoteles de las grandes capitales del mundo, no podía soportar el tener que compartir un dormitorio con varias decenas de personas más.

Luego del almuerzo, los ya resignados "turistas" comenzaron a acomodarse en el amplio salón dormitorio en el que la única comodidad para cada uno era la cama que le había tocado en suerte. El único que no se resignaba era Alvear, que luego tuvo la suerte de ocupar solo una "habitación". Esta era una pieza compuesta por dos paredes sin techar en un ángulo, a la entrada del salón. Además tuvo el privilegio de contar con una silla. Pero este contingente de hombres desorientados, parecía que preocupaba a las autoridades nacionales, porque comenzaron a tomarse una serie de precauciones propias de un campo de concentración. Los guardias recibieron fusiles ametralladoras y los contornos del lugar donde se alojaban fueron iluminados. También aumentaron las instrucciones para los detenidos, con la advertencia de que si intentaban escapar se abriría fuego contra ellos.

Con el correr de los días el humor de todos fue mejorando, las ruedas que se formaban eran cordiales y jaraneras, el infortunio acrecentaba el espíritu de camaradería y terminaba por igualar a todos, Alvear ya no maldecía, ahora hacía bromas a diestra y siniestra. También había discusiones, entre los que eran abogados, para definir la situación jurídica de los detenidos y considerar cuál era el camino correcto por seguir. Pero, ¡cuándo no, radicales al fin! ni en esto se pusieron de acuerdo...

De pronto, el día 5 de enero tuvieron una sorpresa. Convocaron a todos en el salón de lectura para comunicarles que por disposición del Presidente de la República se resolvía confinarlos o transportar a Europa, en un buque de la Armada, a los que optaran por salir del país. Una vez terminada la reunión, la indignación y las protestas fueron generales, no por la resolución de confinamiento, pues al fin y al cabo el Ejecutivo hacía uso de las facultades inherentes al estado de sitio. Lo arbitrario era esa única opción: Europa en un buque de la Armada, sin familiares y sin especificar en qué puerto serían dejados.

El pasar de los monótonos días fue haciendo más tediosa la estadía. Todos eran prácticamente iguales. Pero también iba ocurriendo algo importante. Aquellos hombres que solamente se conocían a través del contacto político comenzaron a conocerse más íntimamente. Sigamos el relato de Guido en esto: "Poco a poco todos nos vamos poniendo al descubierto en nuestras más íntimas modalidades. Aquí no va a quedar hombre grande, porque nadie puede esconder todo ese cúmulo de pequeñas cualidades que son las que el hombre público sustrae a la mirada anónima y aún a la calificada que lo rodea... Cuando uno ve al «detenido Alvear» (en) su ligero pijama, encaminarse pava en mano hacia la cocina, en procura de agua caliente para cebarse mate; ó cuando se lo ve a Cantilo en la pileta común, lavarse la cara y afeitarse ante democrático espejo colgado de una columna; ó cuando Pueyrredón en salida de baño y zapatillas sale al patio a pelarse a uña

limpia una naranja que se la come sentado en el duro suelo como un Gavroche; y a Ferreyra, a Pecó, a Martínez Guerrero, haciendo nudismo absoluto a pleno sol; y a Rojas, pensativo, absorto, solemne, tirado en ropas livianas, sobre prosaica cama cuartelera... toda la sugestión del misterio que deja tras sí el grande hombre, se esfuma, para ponerse al ras de la humana vulgaridad".

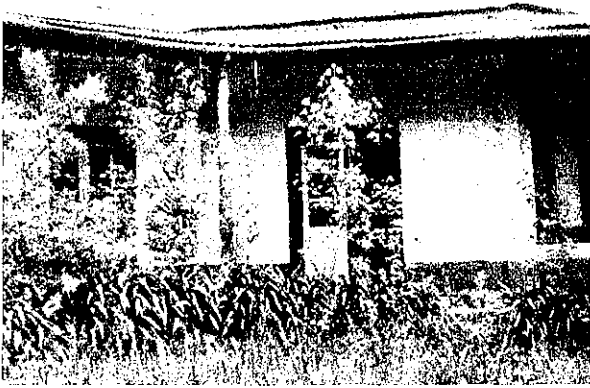
El domingo 7 de enero, por la mañana, todos reunidos aprobaron y firmaron un manifiesto dirigido al Partido y al Pueblo, en donde refutaban las acusaciones del gobierno y las personales de Justo. Ricardo Rojas le dio su sello literario y su retórica era bien radical.

En la madrugada del 11 de enero comenzaron a ver más claro el panorama que tenían enfrente. A las cinco y media un oficial hizo levantar a todos para que se reunieran en el comedor a las seis. Allí se les comunicó quienes tenían como destino a Ushuaia y quienes tendrían que realizar un paseo a Europa. Los que serían confinados en el lejano sur viajarían en un viejo buque, el "Chaco", veterano transporte de presos políticos. Los otros irían en el "Pampa" a su destierro. Pero también algunos, quizá los menos peligrosos, quedarían en Martín García. La despedida de los radicales cobró contornos emocionantes y nos dice Guido: "En el muelle estaba el aviso «Gaviota», nueva lista y entrega de los «S. S. Detenidos» con la presencia del Jefe, que al alejarnos nos hizo un saludo militar y algo así como, ¡buena suerte!"

PERON Y MARTIN GARCIA

De los cuatro presidentes que estuvieron detenidos en Martín García, Perón fue el único que lo estuvo antes de ocupar la Primera Magistratura. Turbulento y sombrío año el de 1945 para nuestro país. El gobierno de facto del general Farrell hacía equilibrios en la cuerda floja para mantenerse, hostigado desde el exterior por las potencias aliadas, sobre todo los Estados Unidos, que lo acusaban de pro-nazi y con una gran oposición en el orden interno de todas las fuerzas políticas tradicionales, que a mediados de ese año reiniciaron su acción, luego de haber sido disueltas en 1943.

El blanco de los dardos opositores era el coronel Juan D. Perón, sindicado en nazi, que, si bien poseía gran prestigio entre la mayoría de sus compañeros de armas, tenía también un sector del ejército, el "democrático", que no lo veía con buenos ojos y un sector muy importante de la Marina que le era hostil. Justamente el sector "democrático" del Ejército, cuyo reducto principal era Campo de Mayo, fue el que provocó la caída del coronel. El jefe de la guarnición, general Eduardo Avalos, fue el portavoz ante el presidente Farrell de los deseos de sus subordinados de que Perón se alejara de todos sus cargos. Luego de intensas gestiones, se decidió que una comisión integrada por los generales Pistarini y von der Becke se trasladara al Ministerio de Guerra, donde se hablaba Perón y le pidiera la renuncia. Este la redactó en presencia de los generales designados, cerrando así un capítulo de su vida política.



Residencia de los médicos del lazareto, donde Rubén Darío compuso su "Marcha Triunfal", el 25 de mayo de 1895.

Pero los que lo habían derrocado presionaron al general Avalos, que al otro día debía asumir el Ministerio de Guerra, para que urgentemente se detuviera a Perón. Evidentemente no se tenía confianza en su renuncia y se temía que contragolpeara.

Perón había decidido abandonar el escenario sin presentar lucha. Pidió el retiro del Ejército y el día 11 resolvió tomarse unos días de descanso, con su compañera María Eva Duarte, dirigiéndose a una isla del Tigre, propiedad de un amigo. Allí fue detenido por la policía y la explicación que le dio el jefe de ésta fue de que el Presidente había ordenado su detención preventiva porque se temía por su vida y sería trasladado a un buque de guerra. Perón sabía que en la Marina se encontraban sus principales enemigos. Fue trasladado a su departamento de la calle Posadas donde quedó aguardando las gestiones que realizaría el coronel Mittelbach ante el presidente para lograr que no lo embarcaran. Pero a las dos y treinta de la madrugada se presentó el subjefe de policía manifestándole que sus órdenes eran trasladarlo a la cañonera "Independencia", pero que al otro día se lo trasladaría a un alojamiento más de acuerdo con sus deseos.

Perón, acompañado por su amigo el coronel Mercante, subió a un automóvil con el mayor D'Andrea y fue conducido a Puerto Nuevo donde se encontraba la cañonera. El optimismo que le quiso transmitir su amigo en la despedida, no pudo ser compartido por Perón cuando se encontró con que la nave lo conducía a Martín García, a donde llegó en la mañana del sábado 13 de octubre. Fue alojado en una casa, que todavía se conserva, destinada a presos militares, con dos centinelas y el servicio correspondiente. Sin duda incómodo no se encontró, él mismo lo expresa cuando dice: "Mi estada en la isla fue de grandes satisfacciones espirituales y estoy reconocido a mucha gente humilde de aquel penal, como asimismo a los camaradas de la infantería de marina, que sólo cumplían órdenes superiores". (Caledonia, Bill: "¿Dónde estuvo?". Pág. 10).

Pero su espíritu debía encontrarse bastante alicaído, según se desprende de las cartas que escribió y que han sido dadas a conocer, algunas de ellas, por Félix Luna en su libro "El 45. Crónica de un año decisivo". Dos estuvieron dirigidas a Eva Duarte, una a Mercante, otra a Farrell y la restante al general Avalos. Pide que le aceleren el trámite de su retiro del ejército, expresa sus

intenciones de abandonar la lucha, solicita que le informen cual es su situación en ese momento y expresa que en cuanto le den el retiro se casa y se va al diablo.

Portador de cuatro de estas cartas fue el capitán médico Mazza, que además tuvo la misión de informar a las autoridades, en forma desfavorable, sobre la salud del detenido y la incidencia perjudicial del clima de la isla.

El Ministro de Marina, Vernengo Lima, dispuso, por pedido del Presidente, que dos médicos civiles, los doctores Nicolás Romano y José Tobías, se trasladaran a la isla, acompañando al capitán Mazza, para revisar al enfermo. Pero no pudieron cumplir con su cometido, por la negativa de Perón a ser revisado por médicos que no eran de su confianza. Además Perón expresa que le hizo transmitir al doctor Romano lo siguiente: "que si él fuera el coronel Perón y yo el doctor Romano, no habría aceptado la misión por ética profesional y por delicadeza personal". Romano, en una solicitada, meses después, expresó que estas manifestaciones no le fueron transmitidas. El resultado de la misión se hizo constar en un acta, firmada a la una y treinta del día 17 de octubre, por el capitán Mazza, el capitán Tropea y los doctores Romano y Tobías. El jefe de la base entró en contacto radial con sus superiores para pedir instrucciones y éstas fueron que el detenido fuera trasladado al Hospital Militar de Buenos Aires.

A las tres y treinta horas del 17 de octubre, sin sospechar ninguno la trascendencia que tendría ese día en la historia argentina, cansados y somnolientos subieron los médicos Romano y Tobías con sus acompañantes y Perón, a la embarcación que los traería de vuelta a Buenos Aires. Con las primeras luces del alba desembarcaron en Puerto Nuevo y Perón fue trasladado al Hospital Militar, de donde esa misma noche saldría, para vivir su momento más glorioso.

EL ULTIMO HUESPED: ARTURO FRONDISI

Saltemos ahora 17 años adelante. Un avión militar decola del Aeroparque de Buenos Aires en una magnífica mañana de otoño. Un pequeño grupo de civiles despiden a la mano a su único pasajero. Sombrios o emocionados escrutan el borroso rostro que se percibe tras la ventanilla de la máquina que ya comienza el carreteo. Es el 29 de marzo de 1962 y Arturo Frondizi, derrocado horas antes por las Fuerzas Armadas, comienza su confinamiento en Martín García, que durará casi un año.

Diez días antes el electorado ha ido a las urnas en todo el país. Será la primera vez que el peronismo se presente libremente a elecciones. A partir de la Revolución Libertadora, todos los partidos, todos los dirigentes políticos exigen que se levanten las proscripciones que hasta entonces pesaban sobre el partido caído en 1955. Estas elecciones del 18 de marzo de 1962 son la primera oportunidad para que el peronismo mida sus fuerzas. Y el resultado será demoledor para el gobierno de Frondizi: el peronismo triunfa en la provincia de Buenos Aires y otras cuatro provincias. En el resto triunfa el partido oficialista o los radicales del Pueblo. En realidad, los resultados no alteran la composición política del Congreso Nacional y la victoria frondizista en la Capital Federal da cuenta de un apoyo significativo del electorado al gobierno. Pero de inmediato se desencadena una tremenda campaña psicológica que presenta los resultados del 18 de marzo como una

catástrofe política que solo puede solucionarse con la eliminación del presidente.

En los diez días que siguen, Frondizi establece todas las alternativas posibles, presenta todas las posibilidades de solucionar el proceso que los dirigentes de las Fuerzas Armadas quieren llevar hacia su derrocamiento. Intervienen las cinco provincias donde triunfó el peronismo, reorganiza su gabinete, acepta un plan que lo convertiría de hecho en un cautivo político de los comandantes de las tres armas, se somete a la dudosa mediación de Aramburu. Todo es en vano porque, a medida que acepta todo, crece en los sectores golpistas la urgencia por derrocarlo. Factores de fondo, motivaciones complejas apuran esta obsesión por voltear al presidente que ha logrado el autoabastecimiento petrolífero, que ha entregado la CGT a los trabajadores, que ha mantenido una orgullosa línea de política internacional.

LA ISLA HISTÓRICA

hace saber a los comandantes que procedan a detenerlo porque, en caso contrario, a las 9 de la mañana del día siguiente concurrirá, como siempre a su despacho de la Casa de Gobierno; solicita, eso sí, que su detención no se produzca estando de guardia el cuerpo de Granaderos, para evitarles la obligación de defenderlo. Y por supuesto se niega una vez más a renunciar.

Durante la noche han ido llegando a Olivos grupos de amigos, correligionarios y colaborado-



1928: suelta de los primeros ciervos, que hoy todavía subsisten, aunque difícilmente localizables en el áspero monte.

En la madrugada del 29 de marzo, pocos argentinos escuchan el comunicado que irradian los tres comandantes en jefe de las armas, anunciando que Frondizi ha sido derrocado. El presidente está, desde la tarde anterior, en la residencia de Olivos. Allí ha intentado buscar el apoyo de Campo de Mayo pero su jefe —un desconocido general llamado Juan Carlos Onganía— le manifiesta telefónicamente que la guarnición está a órdenes de sus "mandos naturales", es decir del comandante en jefe del Ejército, que horas antes ha exigido la renuncia del primer mandatario. Frondizi comprende que está derrotado. Agotado por esos diez tremendos días, dicta el manifiesto que deberá publicarse después de su detención o "en caso de que sea físicamente eliminado". Luego

res. Una tertulia silenciosa y triste se va alargando en la planta baja de la Residencia, mientras Frondizi intenta dormir en su habitación. A las siete y media baja: unas doscientas personas se han congregado para despedir a su presidente, Frondizi, con el rostro demacrado, da la mano silenciosamente a todos. En medio de la honda emoción que se tiende sobre el salón, solo se escucha la voz de un dirigente correntino. Es una tonada provinciana, de hombre viejo, la que todos pueden oír:

—¿Dónde lo llevan, Arturo?

—A Martín García. Es un buen lugar...

—¿Y usted ha renunciado?

—No. No he renunciado.

—Entonces, todo está bien...

Sale a la puerta. El sol ha empezado a levantarse sobre la arboleda de la antigua quinta de los Azcuénaga. Elena Faggionato de Frondizi besa a su marido en la mejilla:

—Estoy orgullosa de vos —alcanza a oírse.

El presidente entra a un automóvil. A su lado, el edecán naval se ha prestado a acompañarlo hasta el Aeroparque. Mientras el vehículo traspone los jardines, un gran silencio se desploma sobre los hombres que han ido a acompañar los últimos momentos presidenciales de Arturo Frondizi.

Una casa modesta pero cómoda —la del sub-jefe naval de Martín García— será su alojamiento en la isla. Allí permanecerá casi un año, sin salir de los límites del jardín: como la consigna es no permitir que salga sin custodia de su obligatoria residencia, Frondizi ha preferido fijar la frontera de su confinamiento. Un cocinero, un mozo y un valet —todos conscriptos de Marina— forman su personal de servicio. Durante esos meses el presidente cautivo seguirá apasionada pero silenciosamente las alternativas del caos político que se abate sobre su país: los reiterados planteos y sublevaciones militares, los vertiginosos cambios de gabinete, el enfrentamiento de “azules” y “colorados”, la recesión económica, la incertidumbre. No hace declaraciones públicas pero recibe a sus amigos un par de veces por semana; ellos vienen en avión militar, rigurosamente seleccionados por la Casa Militar de la Presidencia, almuerzan con el prisionero y regresan en seguida, a llevar a las filas del derrocado partido las sugerencias y directivas de quien sigue siendo su jefe indiscutido.

Frondizi, que había llegado a los límites de la resistencia física durante los cuatro tremendos años de su administración, encuentra en Martín García —tal como ocurriera con Yrigoyen— el sosiego, la tranquilidad, el clima propicios para recuperarse. Se hace rapar la cabeza a lo conscripto y lava su propia ropa, aunque tiene personal suficiente a su servicio. Como es su invariable hábito, come y bebe muy sobriamente, duerme siesta y a veces escucha música en el living de la casa. Pero su principal actividad es leer. Constantemente le llegan paquetes de libros que él pide a sus amigos o hace comprar en las librerías de Buenos Aires: quiere actualizarse en lecturas, él que durante cuatro años ha tenido que suspender lo que fuera su hábito intelectual más grato. Leerá, en esos meses isleños, con tanto fervor, que incluso sus médicos llegarán a prohibirle que exceda determinado tiempo para no cansar demasiado su vista. Su esposa y su hija pasan temporadas con él pero la mayor parte del tiempo estará solo. A veces mantiene divertidas conversaciones con el personal que lo atiende o habla de política e historia con los oficiales de la guarnición que vienen a entretenerlo. Nunca se queja de su condición. Jamás pregunta cuánto tiempo durará su confinamiento. Cuando le hacen saber —a principios de 1963— que será trasladado a Bariloche, se limita a recoger su ropa y hace embalar sus libros y papeles.

En febrero de 1963, Arturo Frondizi, que sigue siendo —a sus propios ojos— según la más estricta interpretación legal— el presidente de los argentinos, es llevado en avión a su nuevo confinamiento. Ha terminado para Martín García su destino de prisión ilustre. Siete años más tarde, la Marina de Guerra devuelve la isla a la provincia de Buenos Aires y las barracas, los depósitos, las baterías, las casas de oficiales y tropas empiezan a sufrir el embate lento pero implacable de la maleza.

Y allí sigue la histórica isla que descubriera Solís y fuera escenario de tantos episodios épicos

o políticos, el pedazo de tierra argentino que codiciaron portugueses y brasileños, franceses y orientales, la cresta rocosa que enlaza geológicamente con la capital de Brasil, la llave de los ríos interiores de la Cuenca del Plata. Allí, retornada a su pacífico destino, espera que una visión gubernativa imaginativa le devuelva al pueblo argentino para que su belleza, su clima, la sugerencia de su pasado sea aprovechada por todos.

LA SOBERANÍA SOBRE MARTÍN GARCÍA

La naturaleza ha puesto entre nuestro país y nuestra antigua provincia, hoy Nación soberana, la República Oriental del Uruguay, dos ríos magníficos por su belleza, grandiosidad y beneficios. Excelentes vías de comunicación, nunca fueron elementos de separación, sino por el contrario, entre los puertos de ambas repúblicas siempre hubo un activo intercambio de viajeros y mercancías, y en la actualidad de vehículos particulares y de transporte. Nuestros pueblos, hermanos por su origen, infancia e historia casi común, no han tenido problemas demasiado serios en cuanto a límites, aunque éstos no se hayan resuelto definitivamente.

Justamente, algo que no se resolvió en definitiva es a quién corresponde la isla Martín García, aunque los títulos argentinos son bien claros y el Uruguay nunca puso demasiado énfasis en sus reclamaciones. Al respecto dice Agustín de Vedia en su obra “Martín García y la jurisdicción del Plata”: “Haciendo abstracción de antecedentes aislados y olvidados, puede afirmarse que el Uruguay nunca tuvo al respecto convicciones claras, ni se opuso directamente a la posesión de los argentinos, ni protestó solemnemente contra ella, ni menos trató de ocupar la isla a título soberano. Lo más cierto es que hizo depender la decisión de ese punto del pronunciamiento de las naciones que suscribieron la convención de 1828, una de las cuales era precisamente la que retenía la isla en su poder”.

La Convención Preliminar de Paz entre la Argentina y el Imperio del Brasil, de 1828, no establecía la jurisdicción del nuevo Estado independiente. Recién se establecieron los límites orientales en el Tratado del 12 de octubre de 1851, firmado por el canciller de Montevideo, el poco lucido diplomático doctor Andrés Lamas y los representantes de Río de Janeiro, Honorio Hérmato Carneiro Leao y Antonio Limpo de Abreu. Pero en él, si bien se habla de la neutralización de Martín García como garantía de la libre navegación de los ríos, en ningún momento se dice que sea oriental. En 1854, el diputado uruguayo Patricio Vázquez, presentó en la Cámara de Representantes de su país un proyecto de comunicación al Ejecutivo exhortándolo a que reclame la isla Martín García. Sus argumentos se basaban en la proximidad de la isla a la costa oriental, en la aplicación del Derecho de Gentes con respecto a los límites internacionales y a las declaraciones de los Tratados de 1851 y 1852, firmados por el Uruguay y el Brasil. Otro argumento era el reconocimiento hecho por España de la jurisdicción de la Banda Oriental sobre Martín García, cuando se ordenó a las autoridades de Montevideo dar posesión de la isla a don Antonio José del Texo. Como sabemos, del Texo no era montevideano, como suponían los españoles y algunos uruguayos, ni tal donación llegó a hacerse efectiva. Y en último caso el virrey Elio que debía haberla hecho cumplir sólo tenía jurisdicción efectiva sobre Montevideo. Por último Vázquez recuerda que las armas uruguayas estuvieron en posesión de la isla en 1838 y

1845, y que cuando la Argentina pidió la devolución de la Isla en 1852 la contestación del ministro oriental fue de que se habían impartido las órdenes necesarias para que las fuerzas argentinas tomaran posesión de ella sin inconvenientes. Pero al mismo tiempo, cumpliendo una orden especial del presidente Berro, declaraba que al dar posesión de la isla al gobierno argentino, lo hacía "salvando todos y cualesquiera derechos que la República pueda hacer valer sobre ella." La presentación de Vázquez tuvo favorable acogida y pasó a la comisión de legislación.

En Buenos Aires la prensa atribuyó esta presentación a una maniobra brasileña con el propósito de sacar provecho de los problemas que pudieran suscitarse entre ambos Estados rioplatenses.

Pero el Imperio no vio con buenos ojos la referida reclamación y amenazó con retirar al Estado Oriental su ayuda financiera si se insistía en ella. No querían que se interpretara que él estaba detrás de todo eso por la ayuda que brindaba a la nación reclamante. Esto trajo como consecuencia que los orientales abandonaran la reclamación al no encontrar apoyo del poderoso vecino.

En la Constitución de la Provincia de Buenos Aires, sancionada por la Sala de Representantes el 11 de marzo de 1854, el artículo 2º que estableció los límites provinciales señalaba que éstos serían al nordeste y al este los ríos Paraná y de la Plata y el océano Atlántico; **comprendiendo la isla Martín García** y todas las adyacentes a sus costas.

Como vemos, en nuestro país, en ningún momento se dudó de la propiedad de la isla; en cambio, en el Uruguay, en los comienzos de su vida independiente, cuando se encontraba reunida la Asamblea Constituyente y Legislativa, en 1829, se dudó de su propiedad, al predominar la idea de que el dominio de Martín García era un

BIBLIOGRAFIA

- Aguero, Luis E.: "El Combate Naval de Martín García". (10 al 15 de marzo de 1814). Historia Naval Argentina, serie B, N° 13. Buenos Aires, 1968.
- Alvarez, Juan: "Guerra económica entre la Confederación y Buenos Aires" (1852-1861). En Historia de la Nación Argentina, vol. VIII. Buenos Aires, El Ateneo, 1947.
- Barba, Enrique M.: "Formación de la tiranía". En Historia de la Nación Argentina, vol. VII, segunda sección. Buenos Aires, El Ateneo, 1951. "Las reacciones contra Rosas". En Historia de la Nación Argentina, vol. VII, segunda sección. Buenos Aires, El Ateneo, 1951.
- Bernard, Tomás D.: "El Eje Montevideo-El Callao y la epopeya naval de la emancipación". Río Santiago. Escuela Naval Militar, 1953.
- Cady, John F.: "La intervención extranjera en el Río de la Plata. 1838-1850." Buenos Aires, Losada, 1943.
- Cailliet-Bois, Teodoro: "Historia Naval Argentina". Buenos Aires, Emecé Editores, 1944.
- Caledonia, Bill de: "¿Dónde estuvo?" Buenos Aires, s/f.
- Canter, Juan: "El Año XII, las asambleas generales y la revolución del 8 de octubre". En Historia de la Nación Argentina, vol. V. Buenos Aires, El Ateneo, 1941.
- Copello, Santiago L.: "Gestiones del Arzobispo Aneiros en favor de los indios hasta la conquista del desierto". Buenos Aires, Editorial Difusión, 1944.
- Díaz Cisneros, César: "Límites de la República Argentina". Fundamentos histórico-jurídicos. Buenos Aires, Editorial Depalma, 1944.
- Florido, Pedro C.: "La donación de la Isla Martín García por Carlos IV". En Boletín del Centro Naval, volumen LXXI, N° 612, septiembre-octubre 1953.
- "La función disciplinaria de la Isla Martín García a fines del siglo XVIII". En Boletín del Centro Naval, vol. LXXI, N° 614, enero-febrero 1954.
- Gálvez, Manuel: "Vida de Sarmiento". Buenos Aires, Editorial Tor S.R.L., 1957. "Vida de Hipólito Yrigoyen - El hombre del misterio". Buenos Aires, Editorial Tor S.R.L., 1951.
- Gandía, Enrique: "Descubrimiento del Río de la Plata, del Paraguay y del Estrecho de Magallanes". En Historia de la Nación Argentina, vol. II. Buenos Aires, El Ateneo, 1939.
- Diario inédito del Dr. Mario M. Guido.
- Herrera, Antonio de: "Historia General de los Hechos de los Castellanos en las Islas y Tierra Firme de el Mar Océano". Tomo II. Buenos Aires, Editorial Guaranía, 1945.
- Luna, Félix: "Alvear" Buenos Aires, Libros Argentinos, 1958.
- "El 45. Crónica de un año decisivo". Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1971.
- "Yrigoyen". Buenos Aires, Editorial Desarrollo, 1964.
- Palcos, Alberto: "Sarmiento". Buenos Aires, El Ateneo, 1929.
- Puentes, Gabriel: "La intervención francesa en el Río de la Plata". Federales, unitarios y románticos. Buenos Aires, Ediciones Theoría, 1958.
- Ravignani, Emilio: "El Virreinato del Río de la Plata (1776-1810)". En Historia de la Nación Argentina, vol. IV, primera sección. Buenos Aires, El Ateneo, 1940.
- Rosa, José M.: "La caída de Rosas". Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1958.
- Rottjer, Enrique: "Campaña de Cepeda". En Historia de la Nación Argentina, vol. VIII. Buenos Aires, El Ateneo, 1947.
- Quartaruolo, V. Mario y Destefani, Laurio H.: "Campaña naval de 1814 contra la escuadra realista de Montevideo". Buenos Aires, 1964.
- Saldías, Adolfo: "Los aliados contra Rosas". En Historia de la Confederación Argentina, tomo IV. Buenos Aires, Ediciones Cenit, 1958.
- Sarmiento, Domingo F.: "Argirópolis". Buenos Aires, Talleres Gráficos Argentinos L. J. Rosso, s/f.
- Torre Revello, José: "La Colonia del Sacramento". En Historia de la Nación Argentina, vol. III. Buenos Aires, El Ateneo, 1939.
- Vedia, Agustín de: "Martín García y la jurisdicción del Plata". Buenos Aires, Coni Hermanos, 1908.
- Villanueva, Amaro: "Garibaldi en Entre Ríos". Buenos Aires, Editorial Cartago, 1957.



problema cuya resolución no dependía del nuevo Estado, sino de aquellos que lo habían formado, y en 1852 no intentaron retenerla y la devolvieron, aunque dejando a salvo los derechos que pudieran tener.

Es interesante que transcribamos aquí las expresiones del célebre jurista argentino Dr. José León Suárez, autoridad reconocida en toda América, vertidas en su trabajo "El dominio efectivo sobre Martín García", aparecido en la Revista de Derecho, Historia y Letras en el año 1907: "En favor del dominio argentino sobre Martín García concurren ambas poderosas circunstancias (la reserva del dominio del Estado, del cual se segrega un territorio para formar otro, y la posesión tranquila a título de soberano durante muchos años), y que cualquiera de ellas, y con más razón las dos reunidas, hacen tan bueno y tan respetable nuestro derecho a esa isla como a cualquier otra parte del territorio de la República.

Un estado que se forma por desmembración o desprendimiento no lleva otro territorio que el que expresamente se comprende en aquella y la interpretación en ese caso es restrictiva y en favor del antiguo todo y no de la parte".

Por nuestra parte podemos agregar que si bien podría hablarse de que la ubicación geográfica es favorable al Uruguay, el provenir este Estado y el nuestro del mismo tronco común, España; haber ejercido la Argentina actos de soberanía sobre la isla, como es la ocupación, desde los primeros tiempos de su vida independiente, y cuando la Banda Oriental era considerada, todavía, parte integrante de su territorio; el haberla seguido ocupando con la sola interrupción de los periodos en 1826, 1838 a 1840 y 1845 a 1852, por actos de guerra llevados a cabo por potencias extranjeras, en los dos últimos casos con la colaboración, nada más, de fuerzas orientales; el que en la Convención Preliminar de Paz de 1828 no se estipularan límites para el nuevo Estado, el de 1851 no reconociera derecho de la República Oriental sobre la isla al establecer los límites de aquella y

el Tratado definitivo de paz celebrado por el Uruguay, el Brasil y la Argentina el 2 de enero de 1859, en Río de Janeiro, nada nuevo estatuyera sobre la materia; hacen que la soberanía argentina sobre la isla Martín García sea indiscutible.

El gobierno de la Provincia de Buenos Aires, con fecha 24 de febrero de 1943, dictó el decreto número 24.290, por el que resolvía reclamar formalmente, ante el Gobierno Nacional, la devolución de la isla a la jurisdicción provincial. La reclamación fue comunicada a las autoridades nacionales, con fecha 24 del mismo mes y año. Pero recién la ley número 14.411, sancionada el 19 de junio de 1955 por el Congreso Nacional, dispuso la incorporación de la isla a la jurisdicción de la Provincia de Buenos Aires. Promulgada el 28 de ese mismo mes, esta ley, sin duda, debe haber sido una consecuencia del intento llevado a cabo por la Marina, el 16 de junio, de derrocar al gobierno del general Perón, tratando de castigar a aquélla, quitándosele la base que tenía en la isla.

Pero el gobierno del general Lonardi, surgido de la Revolución de Septiembre de 1955, por decreto número 685 de ese mismo año, declaró "Zona Militar Naval" a todo el territorio de la isla Martín García, porque consideraba que necesidades propias del servicio naval, y relacionadas con la Defensa Nacional, imponían el funcionamiento en ella de diversos organismos de la Marina de Guerra. Pero se aclaraba que ello no importaba modificar la situación legal existente.

Por fin, por un convenio celebrado el 16 de octubre de 1969, entre la Armada Nacional y el Gobierno de la Provincia de Buenos Aires, se devolvió a dicha provincia la posesión de la isla Martín García, que hoy forma parte del Partido de La Plata y está bajo la administración de la Dirección Provincial de Turismo.

Hoy Martín García es un inmenso museo histórico que espera que se ocupen de conservarlo convenientemente y lo habiliten para que todos los argentinos puedan conocer su maravilloso pasado. ♦



Personajes,
hechos,
anécdotas,
curiosidades
de la
Historia.

EL DESVAN DE LA HISTORIA

por
León
Benarós



Manuel Namuncurá.

EL PARTIDO "MODERNISTA" Y LAS "ZORRERIAS" DE ROCA SEGUN UN CONTEMPORANEO

En muchas caricaturas de la época, el general Julio Argentino Roca —cuyo lema fue "paz y administración"— es representado con cabeza o cuerpo —o ambas cosas a la vez— de zorro, aludiendo a sus combinaciones de extrema habilidad, que lo mantuvieron durante mucho tiempo en situación predominante en la política nacional, por sí o a través de sus parientes o allegados.

En 1829 se publicó en Buenos Aires un curioso folleto que firma Jackai, titulado: "La cuestión presidencial" y subtítulo: Sorpresas de última hora. ¿Quién será presidente? Figura impreso en el "Establecimiento Tipográfico, Chacabuco 64", sin otra indicación, y consta de 80 páginas (79 numeradas), en formato menor.

A partir de la página 70, el autor comenta: "El Gral. Roca, como hemos dicho y como es sabido, inmediatamente después de la renuncia del Gral. Mitre, a su vez renunció públicamente a actuar en política, protestando que se alejaba a la vida privada y anhelando sólo un poco de silencio y olvido alrededor de su nombre. Y para hacer más creíble su retiro, su ostracismo político, retiróse de la Capital Federal para ir a buscar solitario refugio en "La Armonía", donde en otra hora, en época aún no muy lejana, celebrara, el mismo general Roca con Carlos Alfredo D'Amico, el pacto que llevó a la gobernación de la provincia al señor Máximo Paz.

REPORTAJE A MANUEL NAMUNCURA, EN BUENOS AIRES. 92 AÑOS.

En un curioso semanario ilustrado, **Tipos y Tipetes**, que fundó y dirigió Manuel Méndez Casariego y que tiene el aspecto gráfico del conocido **P.B.T.**, se le hace un reportaje a Manuel Namuncurá, el famoso cacique mapuche. El reportaje —que firma Horacio Pino— se acompaña con fotografías del cacique. Una de ellas —muy conocida—, de militar. Otra, en ropas de paisano, con algunos de sus familiares. Dice el periodista en el reportaje, publicado en la revista aludida, el 31 de octubre de 1907: "El sábado de la semana pasada llegó a Junín de los Andes el cacique Manuel Namuncurá. El jefe de la en otra época poderosa tribu de los indios Huiliches, viene a Buenos Aires en viaje de recreo. Visitámosle en su alojamiento de la calle Tarija, munidos de una tarjeta de presentación de uno de

sus parientes cercanos, el señor Fidel C. Pizarro. Contrariamente a lo que nos habían anunciado, el descendiente de la dinastía de los "piedras" nos recibió con cierta deferencia al enterarse del objeto de nuestra visita.

Vestía Namuncurá un traje enteramente de campo; bombacha de paño negro de esmerada confección, saco del mismo color y género, botas granaderas; completaba su vestuario un chambergo de alas anchas que, encasquetado hasta las orejas, le resguardaba del sol abrasador de la pampa y le suplía admirablemente el paraguas en los días de lluvia. Previo los saludos de estilo, entablamos conversación con el cacique sin necesidad de intérprete que, habla bien el idioma castellano.

—Hemos venido a saludarle —le dijimos— y al mismo

tiempo para que nos cuente algo de la colonia. Sabemos que se convirtió ella en un estado floreciente de progreso, merced a su sabia dirección.

Nuestra lisonja produjo buen efecto en el cacique. Nos dijo que efectivamente la colonia se halla floreciente. Después nos contó algunas anécdotas de su vida. Nos recordó con cariño al general Roca y al Dr. Luis Sáenz Peña, a quienes visitará tan pronto como se le haga entrega del "kepi" de gala que se ha mandado hacer. Será presentado al doctor Figueroa Alcorta y pedirá le restituyan los laureles de general, que se le quitaron por haber visitado a Chile.

Tales fueron las manifestaciones del ex rey de las pampas que a los noventa y dos años conserva aún el vigor incomparable de su raza".

En aquella estancia —que en política para nosotros es como el **Triunión** lo fuera para las orgías de la corte de Luis XIV— era visitado diariamente por el gobernador de Buenos Aires, don Julio A. Costa, señor Máximo Paz, diputados, senadores y militares, llamando la atención de todos la inteligencia que existía entre el general Roca y los señores Paz y Costa. Y no podía suceder de otra manera, desde que tanto el uno como el otro no son sino creaciones de aquél, y a quien todo lo deben, y vinculado a él por lazos que no se rompen ni después que el sepulcro acalla las pasiones y tiende su manto de olvido.

Pasó algún tiempo, los diputados y senadores nacionales volvieron a sus provincias, esperando de un momento a otro recibir noticias u órdenes del general Roca, cuando de pronto les llega la nueva del rompimiento de los señores Costa y Paz con el general y al mismo tiempo del alumbramiento del **modernismo**, fruto del consorcio de estos dos caballeros, que jamás han podido ni podrán independizarse del que los arrancó de la oscuridad para llevarlos a las más altas cumbres del poder público, allí donde no debieran llegar sino los elegidos, los que tienen alas para volar, los que pueden levantar la frente sin remordimientos en el alma.

La noticia llenó de asombro a todos y no hubo uno siquiera que quisiera darle crédito, pareciéndoles imposible que los señores Paz y Costa, en lucha abierta con el general Roca, se atrevieran a arrebatarle la jefatura del partido y, lo que es aun más grave, que enarbolaran contra él una bandera de guerra con la candidatura del doctor Roque Sáenz Peña, enemigo irreconciliable de aquel que derribara del poder al doctor Juárez...

Ahora, bien. El **modernismo**, ¿fue creación de

ambiciones que hicieron olvidarlo todo —hasta la gratitud— alentados por el Dr. Pellegrini que, incapaz de medirse con su cómplice —en la intriga que derrocara a Juárez— quiso darle el golpe de muerte con sus propias hechuras, o bien fue un ardid del general Roca para atemorizar al partido mitrista y obligarlo a reanudar la política del acuerdo?

No lo sabemos pero cuando hemos visto que los representantes del **modernismo** en la Cámara de Diputados han sido los primeros en romper el fuego contra el Dr. Pellegrini, llegando a calificar de **trama criminal**, urdida entre las sombras, las medidas arbitrarias y violentas adoptadas por aquél, y, según el mismo **modernismo**, para evitar al pueblo el acceso a los comicios; cuando hemos visto que al propio tiempo el Gral. Roca con su órgano oficial en la prensa ataca acerbamente el mensaje presidencial, después de haber dejado constancia oportuna en las columnas de **La Nación** de que él no tuvo arte ni parte en la adopción de esas medidas; cuando en medio de la lucha electoral vemos a los señores Paz y Costa, sin causa ni motivo, sin razón alguna, olvidar hasta la gratitud, para levantarse en armas contra el jefe a quien todo le deben, no podemos menos de sentirnos inclinados a creer que todo ello no es sino una grosera farsa, una de las tantas comedias políticas que los Roca y los Pellegrini, en primera línea, y los Costa y los Paz, en segunda, han desempeñado en esta desgraciada época de falsedades, engaños y mentiras.

El servicial Ricardo Victorica, en su libro **Errores y omisiones del Diccionario de anónimos y seudónimos hispanoamericanos de José Toribio Medina**, nos aclara que Jackal es seudónimo de José M. Mendia.



MICROHISTORIAS

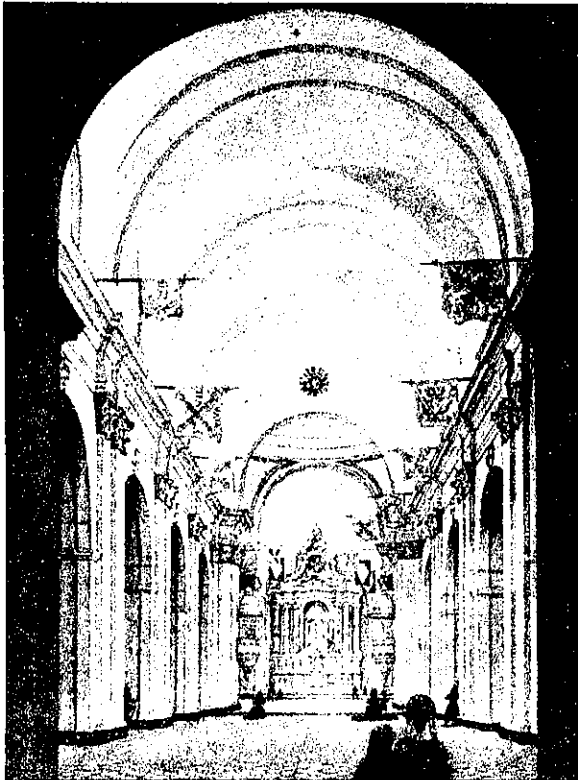
LOS SEUDONIMOS DE UNA "SANTA FURIA". El famoso padre Francisco de Paula Castañeda, contendor agrio de Juan Cruz Varela, denostador de Pancho Ramírez y dueño de una prosa hasta sabrosamente zafada, con no poco de Quevedo en la insólita invención que a veces luce, usó a lo largo de su intensa labor periodística, seudónimos diversos. Algunos son los siguientes: **Carancho**; **El que ya está empachado con tanta merienda de negros**; **El que sigue empachado con la merienda**; **El que sigue empachado con la merienda y con síntoma de apoplejía**.

COINCIDENCIA. En 1902, se publicó en Montevideo, sin indicación de autor, un **Homenaje a la memoria de Domingo Aramburu. Muerto el 22 de Enero de 1902**. Su autor es Pedro Aramburu.

HISTORIA PARA NIÑOS. En 1892, Juan María Gutiérrez publicó, con su firma, una **Historia elemental del continente americano**, para uso escolar.

¿PRECURSOR? En 1868 se publicó en Buenos Aires una "leyenda en verso", titulada **El gaucho**, firmada con las iniciales M. O. Esas iniciales corresponden a Miguel Ortega.

MAS SOBRE EL PERRERO DE LA CATEDRAL DE BUENOS AIRES



Interior de la Catedral de Buenos Aires.

En diversas páginas de antaño encontramos referencias al extraño oficio de "perrero de la Catedral de Buenos Aires", tarea que consistía en espantar los muchos perros sueltos que parece se atrevían, con desaprensión perruna, a penetrar en la Catedral. En sus **Memorias de un viejo** —las que Vicente Quesada publicó con el seudónimo de Víctor Gálvez— el famoso mulatillo que durante una época hizo de espantaperros, está perfectamente caracterizado. El autor se refiere a la juventud de la época de Rosas (1847-1852): "En el elevado muro de la iglesia Catedral, sobre la calle de San Martín, se hallaba una pequeña puerta, reservada para los canónigos. Entrando por esa misma puerta, del lado derecho, se hallaban los cuartos del sacristán, que ejercía

a la vez funciones de perrero de la iglesia. Cuando ejercía su papel de espantador de perros, vestía capote de paño colorado, con esclavina y cuello pequeño del mismo género y color; llevaba su látigo oculto, y los perros desventurados que se hubiesen metido en el templo, cualquiera fuese el tamaño, la raza y el color, eran echados a latigazos. Aquellos parecían conocerle por el color del capote, y verlo correr por aquellas naves era verdaderamente curioso: el perseguido buscaba una salida para echarse afuera.

De manera que era portero privado de los canónigos y perrero de la Iglesia. Desempeñaba tales funciones un mulatillo delgado y ágil, perfectamente afeitado siempre, y cuidadosamente peinada su cabellera que era menos ensortijada que la mota de los negros. Afeminado en sus modales, sumamente cortés, tenía algo de hipocresía frailesca. No sé si influirá en mi recuerdo el haberle conocido dentro del edificio lateral del gran templo, en cuartos que oían a incienso, de lo que estaban saturados las habitaciones del perrero, su capote, y cuanto pasaba por sus manos.

La puerta que abría entonces sobre la calle ha sido después tapiada, ha desaparecido la ventanilla con reja del cuarto del sacristán y supongo que se habrán hecho modificaciones y reformas en esta parte del edificio. Hoy no queda sino el recuerdo de la antigua habitación de Manuel Fluchi.

Pues bien, este prójimo perseguidor por oficio de todos los perros que se metiesen a la Iglesia, consagrado así al papel de espantar a los animales de cuatro patas, tenía la manía de rodearse de bipedos, que hacía entrar a su cuarto, donde se sentaban en sillas de vaqueta, delante de un gran nicho de jacarandá que guardaba la imagen de San Luis Gonzaga, de cuyo santo era devotísimo. Este cuarto era así el centro de reunión de los estudiantes y mozueros de aquel tiempo, a los cuales el sacristán obsequiaba con mate, que no cesaba mientras tuviese concurrencia. El hacía el papel de sirviente, calentaba el agua, cebaba el mate y lo servía, costeando por añadidura la yerba-mate y el azúcar, es decir, ponía capital y servicio. No tomaba jamás parte en las conversaciones, guardaba la actitud sumisa de un sirviente, y nadie diría que ese era el dueño de la casa y los otros las visitas. Los papeles estaban invertidos; las visitas mandaban y el dueño de la casa servía con afabilidad melosa; nunca mostró mal talante, ni se atrevió a hacer la mínima observación. Hablaba en voz baja cuando respondía a alguna orden, reducida a observaciones sobre el mate, o a la urgencia de comprar cigarrillos negros, para todo lo cual estuvo siempre listo. Era bueno e inofensivo; oía y callaba".



En el gran partido ganamos todos los argentinos.

El Gran Acuerdo Nacional nos brinda a los argentinos bases reales para entendernos en el terreno político.

Superando rencores. Respetando opiniones.

Escuchando razones. Pensando en el triunfo, en el futuro del país.

El acuerdo que auspicia el Gobierno es para que ganemos todos los argentinos.

Usted es protagonista.

Protagonista fundamental.

Ubíquese en su partido. Luche por sus ideas.

El Gobierno lo apoya.

gran acuerdo nacional

un partido que debemos jugarlo todos

EL FUSILAMIENTO

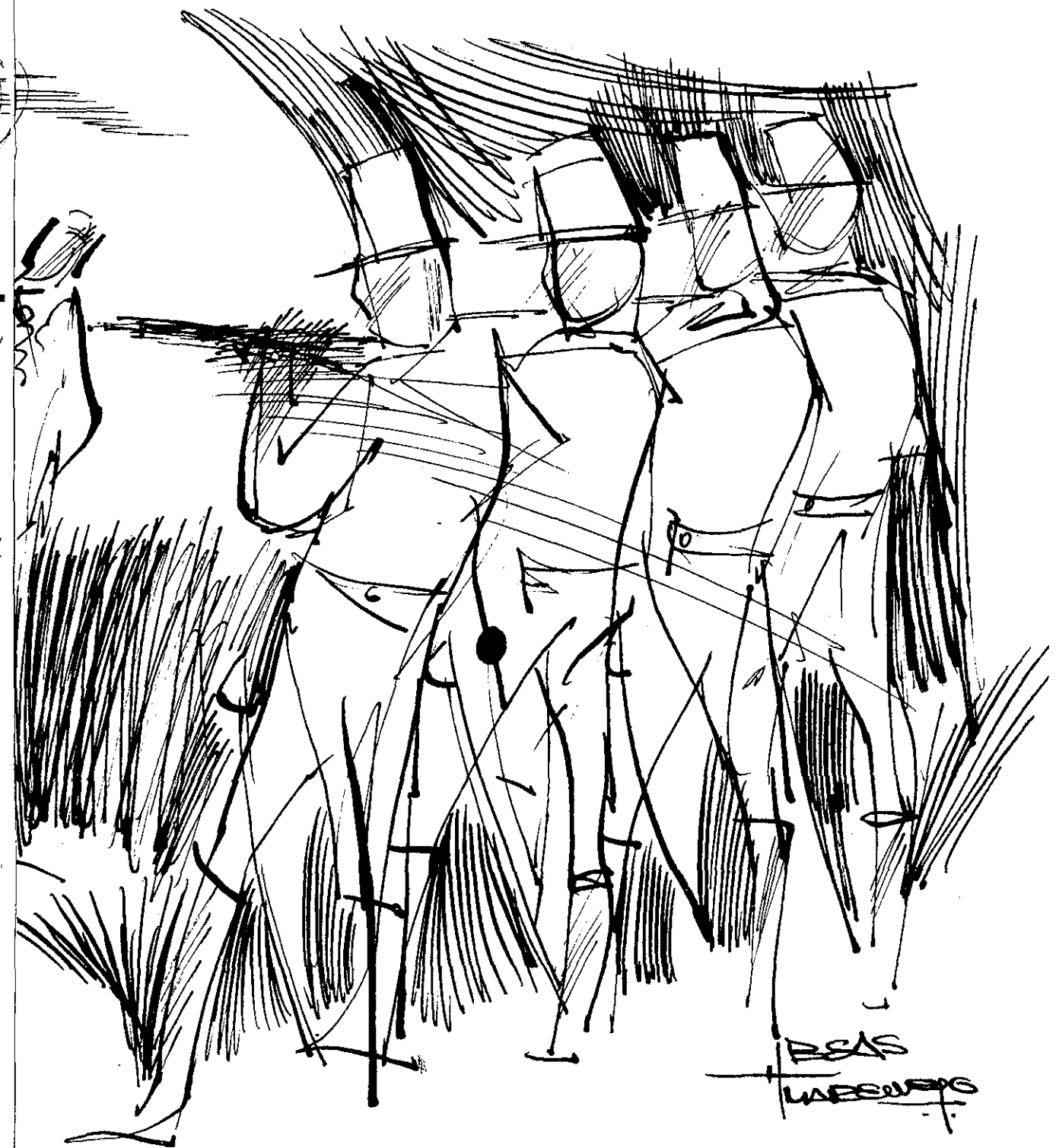
CUANDO BELGRANO NO PERDONO

por Guillermo Abregú Mittelbach



Oscurecía con esa lentitud propia de los atardeceres del verano. El bullicio ciudadano, daba, a pleno pulmón, rienda suelta a su alegría, celebrando el comienzo de un nuevo año. Los compases de las zambas, vidalas y chacareras poblaban la noche santiagueña de aquel 31 de diciembre de 1816. Tonadas intencionadas corrían de labio en labio, de corazón en corazón. De pronto, como si alguien se hubiera propuesto detener ese ritmo sostenido de sonidos, se escuchó un grito estremecedor. Un hombre, intensamente pálido apareció en la puerta de una vieja casona frente a la plaza, exclamando: "¡No dejen morir a nuestro coronel!".

TO DE BORGES



EL FUSILAMIENTO DE BORGES

1816 había sido un año particularmente azaroso, pero el pueblo comenzaba a organizarse y a "meterse" definitivamente en la revolución. El Congreso de Tucumán daba un paso trascendental, anhelado por todos, al declarar la independencia. San Martín se aprestaba a llevar la guerra al corazón mismo del poderío español. El general Manuel Belgrano volvía a hacerse cargo del destaralado ejército del Norte, tratando de ponerlo en vereda, mediante una férrea disciplina.

Santiago del Estero no había escapado a los sacudimientos políticos que conmovían al país. En el mes de setiembre de 1816, el coronel Juan Francisco Borges, protagonizaba en Santiago del Estero un trágico suceso, levantándose en armas contra las autoridades, deponiendo al teniente de gobernador Don Gabino Ibáñez y declarando la independencia de la provincia, hasta entonces dependiente de Tucumán. El intento, exitoso en su comienzo, devino en drama que terminó con el fusilamiento del militar santiaguense, por orden del general Belgrano.

La noche de aquel 31 de diciembre, Santiago debió vivir un momento de honda expectación. En medio de la algarabía general, propia de los festejos de fin de año, acérrimos partidarios de Juan Francisco Borges, intentarían demorar su ejecución, persuadidos de que el general Belgrano —corazón noble y sincero— perdonaría en última instancia al rebelde.

Sin embargo, el comandante en Jefe del Ejército del Norte adjudicaba vastas proyecciones a la conspiración, considerándola seriamente comprometida con los movimientos de Córdoba, Salta y con realistas del Alto Perú. Equivocado o no —desconocemos la información que sus servicios de inteligencia le habían proporcionado—, lo cierto es que el general Belgrano no ocultaba su enojo por la falta gravísima de Borges, en un momento en que la situación general del país era sumamente delicada.

El fallo de Belgrano, producido con auténtica serenidad, se ajustaba a la ley promulgada por el Congreso de Tucumán el 3 de agosto de 1816 que establecía: "los que promovieran la insu-

rección o atentaren contra esta autoridad y las demás constituidas en los pueblos, serán reputados enemigos del estado y perturbadores del orden y la tranquilidad pública y castigados con todo el rigor de las penas hasta la muerte".

Belgrano comisionó a La Madrid para reprimir el levantamiento, pero en conocimiento de los sucesos y posibles concomitancias, reforzó al contingente, con fuerzas al mando del coronel Juan Bautista Bustos y 60 dragones a las órdenes de José María Paz. Los refuerzos llegaron a Santiago del Estero, cuando ya La Madrid había hecho prisionero a Juan Francisco Borges.

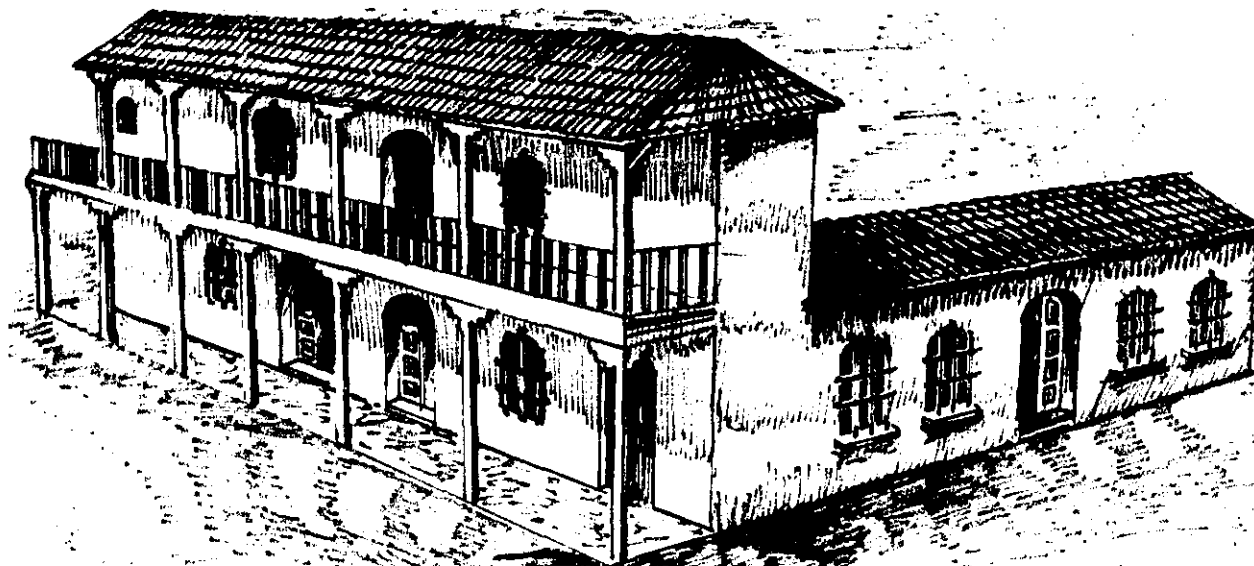
A Santo Domingo —localidad situada a escasos 20 kilómetros de la capital de la provincia— debieron llegar la noche del 31 de diciembre de 1816, numerosos agentes oficiosos tratando de ablandar a La Madrid, quien había dispuesto la ejecución para la mañana siguiente.

La preparación del juicio —sumarísimo— y posterior castigo, se practicó con celeridad, porque La Madrid no admitía dilaciones en este tipo de negocios, sino las indispensables para que el reo recibiese los auxilios espirituales.

La revolución de Borges intentó aplicar en Santiago, el principio político fatalista de Mariano Moreno, que expresaba "que disueltos los vínculos que ligaban a los pueblos con el monarca español, cada provincia sería dueña de sí misma, por cuanto el pacto social no establecía relaciones entre ellas directamente, sino entre el rey y los pueblos". Era el recetario de la balcanización y el aislamiento, en un momento en que el Congreso de Tucumán trataba de lograr la unidad monolítica de los pueblos. La adhesión a Buenos Aires era todavía el consorcio ideal para la liberación continental. Lo contrario, significaba una traición pasiva a los sacrificios de los ejércitos patrios, involucraba además, una carencia absoluta de sentido revolucionario. Se luchaba por la Patria Grande. Ya llegaría el tiempo de las autonomías provinciales. Pocos vieron entonces la imagen con contornos precisos de la unidad nacional. Belgrano y San Martín intentaban fijar esos hitos de la Patria Grande.

¿QUIEN ERA BORGES?

Hay ciertos detalles sobre los cuales puede edificarse a un hombre. "Para Mariano Moreno, puede servir, por ejemplo, una frase vibrante en



Primitivo cabildo de Santiago del Estero: Borges enfrentó a los cabildantes reiteradamente.

una gacetilla, su afán de lector immortalizado por un cromó que lo representa leyendo bajo el cono de luz de una pantalla verde; para Rivadavia, su gorguera alechugada de predestinado a la estampilla. Rosas vive en el recuerdo de una doma ostentosa". Metiéndonos por ese camino seguido por L. M. Baudlzone en su prólogo a la Autobiografía de Belgrano, podemos identificar a Juan Francisco Borges como a una suerte de señorito mal educado, soberbio y jactancioso, que subestimaba a todo el mundo. Este *enfant terrible*, aficionado a los trajes brillantes, al Hábito de Caballero Cruzado, a las tertulias galantes, no vaciló en hacerse soldado —aunque cuando le tocó comandar alguna tropa demostró una impericia total— y dedicar sus afanes al comercio. Siempre con la cara recién afeitada y el calzado bien lustrado.

Borges era sin embargo, un soñador, y de ahí nazca tal vez su posterior desgracia. Su objetivo primero y último era ser gobierno. Su obsesión permanente. Nadie mejor que él, podía exhibir en Santiago del Estero mejores títulos. Era nada menos que Caballero Cruzado de la Orden de Santiago, una graciosa merced que le otorgara el rey de España, que premió en Juan Francisco el celo y sacrificio de su progenitor, Manuel Pedro, en la defensa de los intereses de la corona.

El caballero Juan Francisco agregaba a este privilegio real el despacho de capitán de los ejércitos de Su Majestad —otro título honorífico—, que vino a colmar su desmedido afán de notoriedad, que sumado a su carácter discolo, prepotente y celos enfermizos en el trato con sus íntimos, lo tornaban un hombre insoportable.

Juan Francisco Borges nació en la ciudad de Santiago del Estero el 24 de junio de 1766, hijo de Manuel Pedro —portugués— y de doña Josefa Urrejola. La firme situación económica del padre, un hábil comerciante a quien apodaban "Mandinga" por su viveza y ligereza, la circunstancia de ser el más inteligente de sus hermanos hizo que don Manuel Pedro pusiera los ojos en él, brindándole todos los medios para darle una educación superior.

Poco podía ofrecer Santiago a un joven ambicioso como Juan Francisco. Nos imaginamos la vida de este pueblo olvidado y sufrido que regaba un río manso y rico en peces, que se levantaba sobre los escombros del tercer pueblo de Núñez de Prado, sepultado para siempre a una legua más o menos de su asentamiento definitivo. La "Muy Noble y Leal Ciudad" creció en prestigio y opulencia sobre todas las demás. Hacia 1548, llegó al escenario grandioso del Tucumán indígena el obispo Francisco Vitoria encabezando un grupo de sacerdotes enviados por Felipe II. Las chacras se habían prolongado hacia Loreto, Atamisqui y Salavina. El maíz seguía produciendo el milagro de la prosperidad que había cimentado el esplendor de los imperios precolombinos y la Tierra de Promisión, se nutría de sus propias sustancias, mientras Buenos Aires quedaba desolada después del abandono de Pedro de Mendoza. Nada más natural entonces, que los santiagueños acogieran con cargado entusiasmo la idea del obispo Vitoria en el sentido de dirigirse al rey, solicitándole la gracia de que cediera a Santiago del Estero el puerto de Buenos Aires. Sería el Río Grande como Mar, la salida de los productos y no Lima, como lo era entonces.

El documento de este curiosísimo petitorio del padre Vitoria, se encuentra en los papeles del Archivo de Indias reunido por Roberto Levillier y publicados por el Congreso de la Nación en varios tomos. Juan de Garay al refundar Buenos Aires habría desbaratado el plan del obispo Vito-

ria y el sueño de los santiagueños. Pero a veces el sueño es más que la forma exterior de la idea: más que la fracción de una imagen; más que una marcha sin retorno, aunque la ausencia dure siglos en su resurrección milagrosa.

Santiago del Estero había sido todo eso, pero en el siglo XIX, el florecimiento de nuevas ciudades fue relegando a una vida incompleta. La historia de una ciudad puede contarse con la crónica viva de los hombres que en ella vivieron y murieron. La vida laboriosa y la muerte tradicional. Para hacerla, cortaron la tela de los años. No podrá entenderse ninguna imagen de ciudad, sin mirarle el rostro y la actividad a los hombres que la integraron.

Santiago era una aldea de 4.000 almas, donde los días transcurrían beatíficamente y donde las noticias llegaban de tarde en tarde, donde solo se palpaba a través del corazón municipal, porque el Cabildo era el centro de toda la actividad política y mercantil.

Don Manuel Pedro quería someter al inquieto, imperioso y audaz Juan Francisco a una disciplina educativa. Para ello era necesario sacarlo de la aldea chata y triste. Lo llevó con él a Bolivia, enseñándole además los secretos de la comercialización de bayetones, telas que tenían una gran salida en el Alto Perú.

Entregados a estas tareas comerciales en la ciudad de La Paz, los sorprenden los alzamientos de José Gabriel Condorcanqui —Tupac Amaru— y de Julián Apaza —Tupac Katari—, las insurrecciones de indios y criollos más seria del continente, pues se extendió por todo el Alto Perú. Quito, Colombia y Venezuela y llegó a amenazar a Buenos Aires.

Cansado de reclamar justicia y humanismo a las autoridades coloniales Tupac Katari llegó en su demanda a Buenos Aires para entrevistar personalmente al Virrey Vertiz. Al no conseguir sus propósitos, se levantó en contra de los corregidores poniendo sitio a la ciudad de La Paz. Durante uno de los ataques a ésta ciudad, murió Manuel Pedro Borges que dirigía un contingente de 200 santiagueños. Así, de súbito, el destino puso una nota de dolor en la despreocupada y feliz adolescencia de Juan Francisco. Tenía apenas 15 años.

PRESO A BUENOS AIRES

Borges es un joven que no puede con su genio. Su vida en Bolivia es una secuela de incidentes, uno de los cuales le vale la formación de un proceso por insultos y desacato al gobernador de la provincia don Fernando de la Sota. Al gobernador lo tiene sin cuidado toda la prosapia del altanero Borges, que vive carcomido por la vanidad de su ilustre cuna —era descendiente de los Borgias— y los méritos del padre. Lo hace detener y engrillado lo remite a Buenos Aires, donde el Virrey habrá de darle merecido escarmiento.

También en La Paz, por cuestiones comerciales lleva a los estrados de la justicia a sus socios el capitán José María de Iriondo y don Benito Blas de Albariega. Borges reclama a Iriondo un saldo a su favor de 919 pesos, que su ex socio entiende no adeudar. La Real Audiencia en su sentencia ordena a Borges la devolución del dinero, pero el Caballero Cruzado se niega y en términos improcedentes injuria al ejecutor judicial, lo que le vale un arresto de ocho días. La incidencia no termina aquí. Borges sintiéndose agraviado denuncia al comandante de armas de la ciudad de La Paz, Francisco Cuellar, autor de su arresto. Cuellar informa al Virrey el hecho y dice que "basta para dibujar el carácter de Borges el ha-

EL FUSILAMIENTO DE BORGES

ber dado una bofetada en los portales del Ayuntamiento al alcalde ordinario don Francisco Paulino Oquendo”.

Borges acompañado por sus cancerberos pasa por Santiago del Estero en marzo de 1796. Un mes más tarde su madre, dirige una carta conmovedora al Virrey solicitándole perdón para su hijo. “Presento a V. E. es que con respeto a ver este hijo en quien tengo librado todo mi consuelo, y el vacío de mi vejez, se digne mirar la causa cualquiera sea, con la Benignidad de un Padre y amoroso Protector, con atención al alivio de mi triste vida”, expresa la acongojada madre.

La causa sin embargo sigue. El Consejo de Guerra de Oficiales Generales se reúne en Buenos Aires en noviembre de 1798 y dicta sentencia. El fallo es absoluto, pero a poco de salir en libertad, ya está metiéndose en otro enredo. Nuevo juicio por injurias y atropello cometido en el domicilio de don Juan Antonio Achával. El caso es poco claro. Al parecer Borges penetra en el domicilio de Achával con el objeto de rescatar los hijos de éste, que su esposa —de la que estaba separado— había entregado para su tenencia a la familia Sotes. Arresto de Borges, esta vez desde abril a noviembre de 1799.

En 1800 regresa a Santiago del Estero y seducido por la leyenda del “Árbol de Fierro” (meteorito del Chaco) prepara una expedición a Campo del Cielo. En su relación sobre las expediciones en busca del minero del Chaco, don Mauro Carranza —gobernador de Santiago del Estero en 1869— en memoria al presidente Domingo Faustino Sarmiento dice que “al rayar la presente centuria, el comandante don Juan Francisco Borges, despachó una partida de 12 hombres prácticos (entre ellos el famoso baqueano Matará que había hecho varias entradas) encabezado por Don Francisco Rojas, la que descubrió un gran tronco, que la tradición lo asemeja al árbol que llaman en quichua, ucle (especie de cactus), viendo asimismo diversos fragmentos de fierro en forma más o menos caprichosa que salpicaban algunas leguas a la redonda del mesón, como sucedió con el hallado en Connecticut”. (1)

MADRID, MADRID, MADRID

En 1804 Borges parte a España. En diciembre de ese año tiene lugar en París la ceremonia en que se corona a Napoleón en Notre Dame. La historia comienza a vivir un momento crítico y en la penumbra de los salones empieza a discutirse con vehemencia. Los americanos residentes en Europa hablan en logias secretas de independencia de los pueblos.

En todas las mentes estaban vivas las aventuras y desventuras del general venezolano Francisco de Miranda, el Precursor apasionado que combatió en los Estados Unidos al lado de Lafayette y en Europa bajo las banderas napoleónicas.

En 1806 —dos años antes de que Borges abandonara España— Miranda se había presentado en las costas venezolanas a librar la primera batalla por la independencia de las colonias españolas, pero la empresa fracasó. Los americanos se convirtieron en alumnos de Miranda. Borges parece desconocer estos sucesos o por lo menos está

ocupado en otros menesteres. Instalado en Madrid —dice el historiador santiagueño Alfredo Gargaro— inicia gestiones para obtener la absolución de los fallos recaídos contra su persona en procesos anteriores. Llevado el caso ante el rey, éste se digna indultarle pero apercibiéndolo para que en lo sucesivo guarde a los superiores el justo respeto que debe observar todo subalterno, “pues si recindiese en la menor falta de esta clase será castigado con la mayor severidad para que sirba a otros de ejemplo, lo que se hará entender al referido Borges, y donde corresponda a fin de que dicho oficial viva contenido en su deber y obediencia”.

Borges ocupa la mayor parte de su tiempo en probar ante el rey sus merecimientos por su participación en la lucha contra las huestes de Tupac Amaru y Tupac Katari. Por esos servicios —los del padre especialmente— el monarca español le concede el título de Caballero Cruzado de la Orden de Santiago y los beneficios de poder introducir en cualquier puerto de América 300 toneladas de mercaderías. ¡Cómo para perder tiempo en sociedades secretas! Pero en medio de esa vida ocupada, algunas ideas debieron prender en su espíritu, porque al producirse la Revolución de Mayo —ya en Santiago del Estero— toma activa participación, preparando un cuerpo al que denomina “Patricios Santiagueños” que pone a disposición de la Junta, sumándose a la expedición libertadora.

Íntima con un americano en España: José Manuel Goyeneche —futuro Marqués de Huaqui— con quien emprende el regreso a América. Goyeneche es otro criollo ávido de adquirir honores, riquezas y prestigio. Al pasar por el Brasil, Goyeneche, siempre falaz y traidor, se entrevista secretamente con doña Carlota, princesa del Brasil y reina del Portugal que se encontraba en Río de Janeiro con su esposo, comprometiéndose a sostener sus aspiraciones a las posesiones españolas en el Río de la Plata.

¿Intentaría Goyeneche ganar a Juan Francisco Borges para la causa de doña Carlota, como lo hizo más tarde con el arzobispo Moxó? Indudablemente querría ganarlo para su causa, pero en ese tiempo Borges no quería verse mezclado en tales trances. Su preocupación era netamente comercial. Las 300 toneladas de mercaderías que traía de la metrópoli necesitaban una rápida comercialización.

Meses después al pasar José Manuel Goyeneche por Santiago del Estero en viaje al Perú, Borges fue a saludarlo y a exponerle la situación en que se encontraban las milicias de la ciudad por falta de un jefe competente. Buscaba un cargo a través de Goyeneche o por lo menos una buena recomendación.

EL CABALLERO CRUZADO

La tranquila vida colonial de Santiago del Estero, experimenta a poco tiempo del retorno de Borges, sus primeros trastornos. El criollo arrogante, que ostenta el pomposo título de Caballero Cruzado de la Orden de Santiago, comienza a enfrentarse —no tiene paz con nadie— con las autoridades coloniales. El Cabildo es el blanco de sus ataques. La soberbia de Borges hiere el sentimiento de los miembros del Ayuntamiento: “Que el señor Juan Francisco Borges, natural de esta ciudad, habiendo regresado a ella como vecino con la insignia de Caballero Cruzado, y pasando dos meses sin que había presentado documento que acredite el honor que manifiesta para darle distinción que corresponde, fue llamado a esta

(1): Ver “TODO ES HISTORIA” Nº 33, “Hs. estado una estrella” por Guillermo Abregú Mittelbach.



(Izquierda) Francisco Ortiz de Ocampo: sostuvo graves disputas con Borges por cuestiones de dinero. "Ladrón y pícaro" lo llamó éste. Lo hizo engrillar en Santiago del Estero. (Centro) Juan José Castelli: expulsó a Borges del Ejército. (Derecha) José Manuel Goyeneche: el sanguinario "Marqués de Huaqui" fue íntimo amigo de Juan Francisco Borges. Regresó con él de España.

Sala de Ayuntamiento en tres ocasiones y sólo en la última se personó dando como motivo que sus honores le facultaban a no dar obediencia a las referidas llamadas".

La desmedida reacción de Borges ante la citación del Cabildo para probar la autenticidad de sus títulos, es otra expresión de su genio altanero, su soberbia y el desprecio que siente por todo aquello que represente orden y autoridad.

El iracundo capitán se niega sistemáticamente a comparecer, y cuando a las cansadas se resuelve a concurrir al Cabildo, su descomedido lenguaje —impropio de un caballero cruzado— alcanza el paroxismo de la intemperancia. Les espeta a los miembros del Ayuntamiento: "Vengo a ustedes por un acto voluntario, sin obedecer a ninguna resolución, porque ustedes son inferiores a mí para citarme, menos para investigar mi título, por esta razón no me molestaré más en concurrir a este recinto".

Borges es la manzana de la discordia en la aldea. Sus paisanos dicen que "con su hábito de Caballero Cruzado, habiase formado otro tan grande orgullo que llevaba con tal aire de autoridad, que casi se vio abolida la quietud del vecindario".

Metido en los estrechos límites del municipio de Santiago del Estero, Borges está osesionado de gloria y poder. Le ha entrado por los costillares y calado hasta los tuétanos del alma. Su carrera no se detendrá hasta morir al pie de un algarrobo bajo las balas de un pelotón de fusilamiento.

En 1810 Borges ya tiene fama. Pero le falta esa fama famosa que lo proyecte en el vasto escenario americano. Los ruidos universales han llegado a Buenos Aires. Son los porteños los primeros en tener exacto conocimiento de los sucesos que conmueven a Europa. Es una primicia que llega en línea recta a la Capital del Virreynato y como es lógico la ciudad portuaria se convierte en la cuna de la revolución de los países que conforman el cono sur americano.

La independencia se inicia con la formación de la Junta de Gobierno en nombre de Fernando VII, conservadora de los derechos del rey cautivo de Napoleón. Todo este movimiento expan-

dido como corriente eléctrica, en las ciudades del virreinato produce una extraña reacción. Algunos criollos siguen actuando como españoles y se ponen al lado de sus hermanos peninsulares; el descontento de la Junta de Mayo era contra la Regencia de Cádiz, nacida del usufructo del poder, sin legitimidad alguna. Invoca el mismo derecho traído a cuento por las juntas españolas, de que la soberanía reside en el pueblo y de que éste gobierna por delegados en caso de ausencia del soberano.

Sin embargo, las palabras revolución e independencia, circulaban por boca de muchos patriotas, para quienes la revolución de 1810, a pesar de su acatamiento a Fernando VII, era el trampolín para el golpe deseado.

Las cosas fueron confusas en un primer momento. Monárquicos, liberales, conservadores, carlotistas, legalistas y revolucionarios, pugnaban por prevalecer y marcar la línea del gobierno. Por eso no es de extrañar, que cuando las noticias de la revolución llegan a Santiago del Estero, el alcalde don Domingo Palacio —carente de toda información— trate de ganar tiempo, realiza apresuradas consultas, alegando ausencia de la mayoría de los miembros del Ayuntamiento. Hace no obstante labrar un acta, donde se toma debida comunicación del nombramiento de un delegado provincial ante la Junta de Buenos Aires, acordando reunirse para ese efecto, el día 25 de junio de 1810, pero "suspendiendo por el momento toda determinación hasta que tome nota el gobernador intendente de Salta", de la que dependía entonces Santiago del Estero.

Juan Francisco Borges ejercía el cargo de comandante de Armas de la ciudad. En tal carácter acusa al Cabildo de pasividad y denuncia a la Junta de Buenos Aires algunas expresiones vertidas por los cabildantes en el sentido de que la revolución no era otra cosa que "una borrachera de cuatro tunantes que salieron de un café y alborotaron al pueblo para su ruina".

Es la hora de Borges. Va a vengar ahora viejos agravios del Cabildo. Mandamás de la ciudad, con tropas a sus órdenes, el Caballero Cruzado humilla a los alcaldes, se ríe de ellos y con jactanciosa petulancia, impugna la elección del pres-

EL FUSILAMIENTO DE BORGES

bítero Juan José Lami como diputado a la Junta de Buenos Aires.

Los cabildantes se batían en retirada. Borges tiene el apoyo de Buenos Aires y es cabeza visible de la agitación popular. Lami es una de las personalidades más destacadas de Santiago del Estero. Con él se ensaña Borges injustamente. No ha sido proclamado en elección viciosa y fraudulenta, como informa el capitán. Hubo tal vez cierto apresuramiento por las circunstancias propias del momento que se vivía. Pero el Cabildo ha perdido autoridad y sus componentes andan a los golpes contra la realidad, desliziéndose por un tobogán. Se llama a nuevas elecciones y esta vez, otro sacerdote, el cura de Loreto, Pedro Francisco de Uriarte es elegido. Jamás llegará a hacerse cargo de su representación.

Borges recibe cálidas felicitaciones de la Junta. Entonces, se pone en la tarea de equipar milicianos, dotándolos de armas y uniformes lujosos en los que invierte la friolera de 5.000 pesos "con cargo de reintegro cuando estuviese desahogado el erario público".

LA REVOLUCION DE MAYO

Con cada uno de los personajes de nuestra historia se ha formado una escuela exclusivista, llevada muchas veces hasta la diatriba. No se sabe establecer la biografía de uno de ellos sin ofender a los demás. Por ese camino se va directamente al despenadero. En el caso Borges, algunos autores, para justificar su levantamiento, echan sombras sobre la inmaculada figura de Manuel Belgrano, a quien endilgan el sambenito de "gendarme volante" —algo así como el agente oficial de represión— y en otros casos el mote de "mlope político".

Entramos en la etapa más discutida de Juan Francisco Borges. Los problemas se irán sucediendo vertiginosamente, para hacer finalmente eclosión en diciembre de 1816.

Cuando el ejército expedicionario a las provincias altas, al mando del coronel Ortiz de Ocampo, llega a Córdoba, éste que tenía noticias de los aprestos de Borges en Santiago del Estero para incorporar a sus columnas milicianos reclutados en la provincia, lo designa —"por un error que no estuvo entonces a mi alcance", se lamentaría después— comandante provisional de los "Patricios Santiagueños", recomendándolo a la Junta de Buenos Aires para el ascenso a coronel.

Apoteótico recibimiento ofrece Santiago del Estero al ejército auxiliar. Ocampo relata las conmovedoras escenas: "Mi entrada presentó en mejor punto de vista el ardimiento patriótico de sus habitantes, y me ofreció ejemplos indecibles que interesarán sobremanera a todo patriota. El ilustre Ayuntamiento, el Comandante de las Armas (Borges) con sus oficiales, el respetable clero y principales empleados y vecinos, me felicitaron a una legua de distancia de la ciudad. Las compañías nuevamente creadas (las de Borges), y que son ya una parte importante de la expedición, estaban tendidas en las primeras calles; una de ellas, al tiempo de acercarme sin dar oídos a las altas voces con que demostrándoles mi gratitud me resistía decididamente a la excesiva expresión en sus afectos, se arrojó hacia el coche y cortándole los tiros lo hizo volar hasta la casa destinada a mi habitación (de la familia Borges), por entre multitudes de personas de todas clases,

que corrían transportadas de regocijo, aclamando incesantemente a la Junta de Gobierno, el heroísmo de Buenos Aires y la libertad de la Patria. Todos generalmente han servido con eficacia; pero el patriotismo del Comandante militar D. Juan Francisco Borges la hace acreedor al superior aprecio de la Junta de Gobierno" (2).

Borges se presenta al comandante Ortiz de Ocampo luciendo todas sus galas y ostentando sobre su pecho la insignia de Caballero Cruzado, ofreciéndole su casa para hospedaje. Acepta gustoso Ocampo e impresionado por la gallarda y varonil estampa del capitán, le brinda desde ese momento toda su confianza, confianza de la que abusará muy pronto Borges, solicitándole gruesas sumas de dinero para equipar a sus milicianos.

"A pesar de no haber cumplido ni desempeñado en parte alguna su ministerio —referirá Ortiz de Ocampo años más tarde— trató de pedirme libranzas de dinero, y solo le di seiscientos pesos a mano de aquel Cabildo (Santiago del Estero) y como no le bastasen a llenar su ambición trató de extraer todo el dinero de las cajas, sin orden ni autoridad y como se le opusiese don José Antonio de Velazco, lo depone inmediatamente y saca de cinco a seis mil pesos de que no da cuenta ni rinde razón de su inversión y haciéndose sospechoso lo hice marchar a Potosí remitiendo el expediente al representante Doctor Castelli".

Castelli está en Potosí, donde también ha sido recibido con grandes muestras de entusiasmo; pero su fanatismo le hace cometer una serie de crueldades que lo malquistaban con la población. Mientras prepara su viaje a la ciudad de La Paz, recibe desde Jujuy donde se encuentra la retaguardia del ejército expedicionario, una violenta carta de Juan Francisco Borges denunciando al coronel Ortiz de Ocampo por la desaparición de tres fardos de telas (bayetones) que le pertenecen. Borges no pierde oportunidad de hacer negocios. Ha hecho transportar la mercadería en los carros del ejército casi de contrabando.

Tan fuerte es el contenido de la nota que irritado Castelli, toma drásticas determinaciones: releva a Ortiz de Ocampo del mando (aunque ya ha sido defenestrado por la Junta de Buenos Aires), destituye a Borges y califica al contingente de "Patricios Santiagueños" de "tropa de salteadores". Cargo gratuito este último, porque Castelli —de muy mala memoria— en un nota de fecha 30 de octubre de 1810, dirigida a la Junta Gubernativa, informaba que "no ha habido de los doscientos seis santiagueños más desertor que uno: vienen en buen orden y trabajan en la disciplina: los restantes vienen con los tucumanos en carretas, con la artillería gruesa y el resto del Ejército".

Borges se pone malo con el asunto de los bayetones. Acusa a Ortiz de Ocampo del deterioro y pérdida de la mercadería, y como no puede con su genio de leguleyo, presenta un oficio ante el Superior Gobierno demandando al coronel Francisco Ortiz de Ocampo. Renueva más tarde la demanda en la Intendencia de Buenos Aires, organismo que se declara incompetente. Entonces instaura el juicio por segunda vez ante el Gobierno y por último lo traslada a Santiago del Estero, radicándolo ante el teniente del gobernador y el juzgado del Primer Voto, quienes tampoco tienen jurisdicción para juzgar el caso. Como no obtiene satisfacción —su demanda es improcedente— recurre nuevamente a la violencia.

En 1815, el coronel Francisco Ortiz de Ocampo

(2) "La Revolución de Mayo en Santiago del Estero" por Miguel Angel Garmendia, Buenos Aires 1910, Edición J. Lajouane & Cia., Editores.

pasa por Santiago del Estero rumbo a Córdoba. Borges se anoticia de la presencia del ex comandante del ejército auxiliar en la ciudad. Acompañado de un esclavo y de Gregorio Soconchero, fuertemente armado, se dirige resueltamente a la habitación de Ocampo y le pone una pistola, sobre el pecho intimándole rendición. Ocampo no sale de su asombro y lo llama a reflexión. Por toda respuesta Borges ordena a sus secuaces que amarran a Ocampo, y poco menos que a los empujones lo conducen a la casa del alcalde don Pedro Carol. "Aquí le dejo este picaro —le dice— que trató de robarme mis efectos en Jujuy".

Don Pedro Carol le recrimina su proceder, pero Borges, fuera de sí, a los gritos, le expresa: "Aquí yo soy la única autoridad. Haga lo que le digo o le destaparé de un pistoletazo la tapa de los sesos". El alcalde no tiene alternativas: hace engrillar a Ocampo.

Al retirarse el prepotente Juan Francisco, dirigiéndose a Ocampo, le comunica: "Usted, tome sus disposiciones porque mañana lo haré fusilar".

El alcalde don Pedro Carol era un hombre centrado. Logró aplacar a Borges avalando la deuda que según éste, obligaba a Ortiz de Ocampo. Carol hizo extender un recibo documentando la suma solicitada por Borges y le ofreció la seguridad de su persona. Así terminó este enojoso incidente.

Meses después el Caballero Cruzado protagonizaría otro episodio resonante, deponiendo al teniente de gobernador de Santiago del Estero don Tomás Taboada y asumiendo el gobierno de la provincia.

LA REVOLUCION DE 1815

1815. La muerte comienza a rondar en torno a Borges. No podrá escapar a su destino. Ha vivido peligrosamente, haciendo escuela de la violencia. Y la violencia se cobrará la revancha. En Santo Domingo, cuatro tiradores de La Madrid, están aguardando al caballero. El sabrá morir valientemente, en silenciosa gravedad; y lo que es más, sabrá morir a tiempo, para entrar en la historia como un mito. El mito santiaguense de Pre-

cursor de la Autonomía Provincial.

La noche del 4 de setiembre, las calles que convergen a la plaza están desiertas; diríase que la ciudad está abandonada y muerta. En las tinieblas, un grupo de emponchados se reúne en las puertas del Cabildo, irrumpen en él y echa a tañir la campana. Son las 4 de la mañana. ¡Lo que puede la curiosidad! Todo el mundo corre a la plaza en la convicción de que se trata de una fuga de presos. Don José Manuel de Achával sale de su casa con una escopeta, don Pedro Francisco Carol —el alcalde—, don Juan Gregorio Bravo y don Juan Manuel Caballero, corren precipitadamente hacia el Cabildo. Al llegar a la plaza, Juan Ramón López les informa que no se trata de una evasión, sino de la proclamación de Juan Francisco Borges como gobernador de la provincia.

Borges está rodeado por "una escasa turba de ebrios de la peor catadura" —son palabras de los testigos— y se hace vitorear como gobernador. "Ese tumultuario y descabellado hecho será el acta que dice Borges le constituyó en primer magistrado de este pueblo", declaran Pedro F. Carol, Gregorio Beltrán, José Ramón Bravo y José Ramón Olaechea.

Borges contará así la historia: "estando en mi casa la noche del 4 de setiembre, penetraron de sorpresa en mi cuarto unos quince o veinte hombres. Yo tomé un sable para defenderme, pero ellos en un tono sumiso me dijeron que no buscaban otra cosa sino mi apoyo para que los favoreciera. Afuera esperaban otros. Yo salí al frente de ellos y casi a la carrera me llevaron hasta la casa del teniente de gobernador don Tomás Taboada. Recién ahí me dieron a conocer sus planes. Querían que fuese yo el vocero de sus aspiraciones: la renuncia de Taboada".

Prosigue Borges este relato pueril: "Me introdujeron en el cuarto de Taboada, quien al verme, sorprendido me dijo: Qué es esto Borges. A lo que respondí: Me han sacado estos hombres de mi casa hasta aquí intimándome en la puerta de esta casa que entre con ellos a decirle que deje el mando y entregue las armas del Estado. El me contestó que le hacíamos un gran favor porque desde hace mucho tiempo deseaba dejar el



(Izquierda) José María Paz intervino en la represión de los sediciosos de Santiago del Estero en 1806. (Centro) Presbítero Uriarte: la impugnación de Borges a la elección del presbítero Lami, facilitó su triunfo como diputado a la Junta de Buenos Aires. (Derecha) Presbítero Pedro León Gallo: en el seno del Congreso de Tucumán, en encendido discurso pidió el indulto de Borges en la sesión del 1º de enero de 1817.

EL FUSILAMIENTO DE BORGES.

mando y en señal de ello me regaló el bastón de mando”.

Historia ridícula. Las pruebas abrumadoras de los testigos demuestran que Borges había madurado este plan desde hacía un tiempo, probablemente después de la prisión de Ortiz de Ocampo. No lo guiaba ningún afán autonomista, sino simplemente su ambición de ser gobierno. Se consideraba el hombre fuerte de Santiago del Estero. Un golpe de audacia podía institucionalizarlo en el poder.

Para acabar con este estado de cosas, el gobernador de Tucumán don Bernabé Aráoz, envió el 8 de setiembre fuerzas suficientes como para barrer con las aspiraciones de Juan Francisco Borges. Los tucumanos entraron a Santiago a sangre y fuego. Desde la acequia hasta la plaza —donde las escasas y mal pertrechadas milicias de Borges trataban de hacerse fuertes— la caballería tucumana hacía estragos. En la refriega Borges fue herido. Se hacía la noche y las descargas de la fusilería no cesaban. Socorrido por sus soldados, el caballero cruzado fue transportado moribundo hasta su casa. Muchos lo daban por muerto.

Borges vivía, pero su fin se acercaba. Las tropas de Bernabé Aráoz finalizado el combate —largo y sangriento— inician la búsqueda de Borges. Lo encuentran agonizante en su domicilio. De allí lo sacan, lo meten en una diligencia, y se lo llevan a Tucumán.

Imaginamos la reacción que debió provocar en la población de Santiago semejante suceso. Repuesto en su cargo el teniente de gobernador don Tomás J. Taboada, se inicia el proceso. Declaraciones de los testigos, detenciones de los implicados. En Tucumán, apenas se restablece de sus

heridas, Borges escapa de la prisión y regresa a Santiago. Pasa un tiempo y decide prestar declaración ante el tribunal que lo juzga. Finalizado el proceso, sin consecuencias graves para el sedicioso, se pone a trabajar de inmediato en otra revolución, esta vez estableciendo contactos con los movimientos de Bulnes en Córdoba y de Mol-des en Salta.

Belgrano está alerta y sigue los pasos de estos tres rebeldes. Vigila constantemente a sus oficiales en el cuartel de la Ciudadela. Aplica severos castigos por la menor falta, porque el general desconfía de algunos de ellos. Por otra parte, la inmovilización del ejército del Norte, favorece los proyectos de los conspiradores y es un incentivo para los oficiales levantiscos.

El plan de Borges para adueñarse de la provincia de Santiago del Estero es sencillo y de rápida ejecución. Sólo debía convencer al capitán Lorenzo Lugones, que se encontraba en la ciudad al frente de un destacamento, comisionado por Belgrano para reclutar hombres en la provincia.

LA MUERTE DEL PRECURSOR

En 1816 Santiago del Estero, la madre de ciudades, estaba bajo la dependencia de Tucumán, gobernada por don Bernabé Aráoz, hombre de prestigio y gran autoridad. Anteriormente, don Bernabé había desempeñado igual cargo en Salta. San Martín lo recomendó al Directorio en estos términos: “el coronel de milicias don Bernabé Aráoz es un sujeto que me aventuro a asegurar que no se encuentran diez en América, y espero que usted le escriba para lisonjearlo”.

Aráoz al frente de sus cívcos había tenido además, notable participación en la batalla de Salta, que abrió al ejército patriota el camino a las provincias altoperuanas. En el parte oficial de esa batalla, el general Manuel Belgrano, refiriéndose a Aráoz, decía: “No hallo expresiones bastantes para elogiar a los jefes, oficiales, solda-



Rincón dedicado a Borges en el Museo Histórico de Santiago.

dos, tambores y milicias que nos acompañaron del Tucumán, a las órdenes de su coronel Bernabé Aráoz”.

Con tales antecedentes, Bernabé Aráoz era el candidato obligado para ocupar la gobernación de la provincia. El Directorio lo designó el 8 de octubre de 1814. Su jurisdicción abarcaba las provincias de Tucumán, Santiago del Estero y Catamarca.

Un hombre insigne como Aráoz, tenía sus partidarios en Santiago del Estero. Eran ellos los hermanos Taboada, encabezados por don Tomás y el comandante Ibañez, que sucedió a Tomás Taboada en la función de teniente de gobernador. “Tucumanistas” los llamaban los partidarios de Borges y los llenaban de epítetos: “vulgares”, “guasos”, “retrógrados”.

El Congreso de Tucumán ratificó a Aráoz en la gobernación y Belgrano le prestó todo su apoyo. Lo sabía un hombre integro, perpicaz y astuto. Podía confiar en él y descansar tranquilo.

El primer obstáculo serio que debió sortear Aráoz, fue originado por el nuevo levantamiento de Borges en Santiago del Estero, el 4 de diciembre de 1816.

El capitán Lugones, comisionado por el general Manuel Belgrano al frente de 40 dragones, se encontraba en la capital santiagueña incorporando la gente necesaria para la formación de un escuadrón. En estas circunstancias, Juan Francisco Borges trató de ganarlo para su causa. Lugones aceptó los planes del coronel, convencido de las bondades del movimiento. Poniendo a las órdenes del sedicioso sus tropas, se convirtió en una pieza fundamental de la conspiración, pues Borges apenas había reclutado unos pocos milicianos.

Borges, con su pompa habitual, pasaría revista y arengaría a los rebeldes, ilustrándolos sobre la causa que defenderían. Una causa inexcusable para los pueblos libres.



Gregorio Aráoz de La Madrid dirigió la ejecución de Borges.

Poco les cuesta a los rebeldes deponer al teniente de gobernador don Gabino Ibañez. El coronel arrogante y soberbio empuña el bastón de mando. La revolución ha triunfado. Un golpe de mano lo ha llevado —¡por fin!— a la primera magistratura de la provincia. Desempeña el gobierno desde aquel momento.

Dicta sus comunicaciones, redacta borradores, toma disposiciones, mostrando siempre esa superioridad que tanto exasperaba a los cabildantes en el año 1810. Lorenzo Gonzebat oficia de secretario y el capitán Lugones, es el brazo armado de los revolucionarios.

Las noticias de la independencia de Santiago del Estero llegan a los pocos días a Tucumán. Cabildeos apresurados de Belgrano con el gobernador de la provincia don Bernabé Aráoz, quien le rinde detalladas cuentas de los sucesos. Belgrano muestra su enojo. La actitud de Borges significa una traición. Se hace necesario un escarmiento que sirva de ejemplo para el futuro. Ese coronel santiagueño —en la opinión de Belgrano— es un diablo entrometido, incómodo y peligroso.

El comandante en Jefe, envía fuertes destacamentos a Santiago del Estero. Todos bien montados y pertrechados. Gregorio Aráoz de La Madrid va al frente de ellos. Lo siguen —casi pisándole los talones— el coronel Juan Bautista Bustos y el comandante José María Paz con piezas de artillería. Con semejante fuerza militar, los días de Borges están contados.

Llegado La Madrid a Santiago tiene noticias por el depuesto teniente de gobernador don Gabino Ibañez, del lugar donde se encuentra Borges con Gonzebat y Lorenzo Lugones. La Madrid sale en busca de los rebeldes y los sorprende en Ambargasta, donde destruye a los paisanos de Borges. No son tropas lúcidas ni diestras. Apenas milicianos mal instruidos. Y viene el fracaso.

Juan Francisco Borges no se entrega. Acosado, escapa como puede buscando refugio al sur de la provincia. De los que están cercanos a él, muchos huyen en distintas direcciones. Otros se entregan. En Pitambalá, Gregorio Aráoz de La Madrid —verdadero perro de presa— hace prisionero a Borges. Desde allí pone en aviso a Belgrano del resultado de su acción. Hace alto con sus tropas en Santo Domingo. En dicho punto recibe contestación de Tucumán. Belgrano lo felicita y le ordena que pase por las armas al rebelde.

Todo ha cambiado en un instante. Borges se dispone a bien morir con ayuda espiritual del sacerdote dominico Igarzábal, que ha sido traído de Santiago.

Le proporcionan papel y tinta para sus últimas disposiciones. Está ya en capilla. Se lo puede ver, Igarzábal lo mira con conmiseración sin remedio. La situación se torna embarazosa. El dominico con voz dulce y calma le dice: “¿Estás preparado hijo mío?”. Borges responde maquinalmente: “Sí, padre”. Es la noche del año nuevo de 1817.

La Madrid dice en sus memorias que la ejecución tuvo lugar al mediodía. José María Paz, cuenta los últimos momentos de Borges: “Cuando llegué a Santo Domingo ya estaba designado el lugar del suplicio, a unas cuantas varas del rancho que ocupó el reo, bajo un frondoso algarrobo, a cuyo tronco estaba atada la silla de cuero que habría de servir de banquillo. El comandante La Madrid me dijo que cumplidas las dos horas el reo sería ejecutado”.

“Cuando me despedí se formaba ya la escolta, y no había andado un cuarto de hora cuando oí la descarga fatal. Borges murió con entereza; pro-

EL FUSILAMIENTO DE BORGES

testando por la injusta sentencia y la no observancia de las formas, pero con los sentimientos religiosos y cristianos".

A esa misma hora en la ciudad de San Miguel de Tucumán, en el seno del Congreso, el presbítero Pedro León Gallo, representante de Santiago del Estero, solicitaba en un conmovedor discurso, piedad para Juan Francisco Borges.

El epitafio corre por cuenta del general Manuel Belgrano. En carta a Martín Güemes el comandante del Ejército del Norte, le dice: "Borges fue preso, ya pagó sus delitos; Lugones me dicen que ha tirado por el Salado a pasarse tal vez al enemigo; de Goncebat y Montenegro dicen que han tirado abajo, irán a sumarse a los bandidos de Santa Fe que han salido y robado 300 fusiles con forniture, municiones, paños y dinero. Deben salir pronto 8.000 cartuchos de balas que ya he dispuesto que caminen. No sé como andaremos de mulas, con las diabluras (levantamiento de Borges) de Santiago, hasta las reservas salieron, y volverán poco menos que en ruinas".

El atribulado capitán Lorenzo Lugones no se ha pasado al enemigo, como lo supone Belgrano. Se ha escondido con Goncebat en Ambargasta, en la casa del cura Latorre, desde donde despacha una carta a Belgrano, pidiéndole perdón. Regresará al cuartel de la Ciudadela en Tucumán, donde "sufrió —contará— cuarenta días la más rigurosa y humillante prisión". Belgrano lo ha perdonado, obligándolo a servir como aspirante en su mismo cuerpo. Nuevas súplicas de Lugones. Belgrano lo hace comparecer y mostrándole una carta le expresa: "Esta es la carta que usted me envió desde Ambargasta donde me promete acompañarme como siempre, como en aquella noche de Vilcapugio".

"Si señor, responde Lugones, pero... aventurero".

"Un aventurero, responde Belgrano, que marchará dentro de breves días a una misión gloriosa con La Madrid y sus valientes y el aventurero volverá a ser el capitán Lorenzo Lugones".

En una segunda carta a Güemes, Belgrano le relata este episodio: "Lugones y Goncebat aparecieron, me pidieron perdón y se los he concedido, pues a aquél lo alucinó mi buen pariente Borges, que Dios haga, y al segundo lo indujo el temor" (3).

A Borges lo está domando la mortaja. Está muerto, bien muerto, pero está naciendo como mito. Para muchos será desde el instante de su tránsito, el Precursor de la autonomía de Santiago del Estero. ¿Lo fue en realidad?, ¿o actuó simplemente como un oportunista?

Si en realidad, abrigó, como dice ideas autonomistas, se apresuró a sustraerse a la autoridad de Buenos Aires, en pleno funcionamiento del Congreso de Tucumán. No existen justificativos valideros para su actitud levantisca en un momento grave para el país, comprometido en una guerra magna. Se necesitaba en ese entonces, así lo comprendió Belgrano, concertar la mayor suma de voluntades. El comandante en Jefe del Ejército Auxiliar del Perú, a quien "se ha hecho aparecer a los ojos de mucha gente de ayer y de hoy como un político sin base de realidad, forjador de quimeras, malabarista de sueños" (4), veía con

claridad el problema y subordinaba su acción a los planes de liberación continental. Todos sus esfuerzos tendían al apuntalamiento de esa política.

Es cierto que por aquella época, la idea del federalismo, ganaba adeptos en todas las provincias, pero ese pensamiento —todavía embrionario y confuso— era por sobre todas las cosas, una aspiración a liberarse de la opresión portuaria. Manuel Belgrano inmovilizado en Tucumán, era también una víctima del centralismo de Buenos Aires, pero el ilustre creador de la Bandera, no perdía de vista la idea de constituir un país grande y poderoso. En esos años donde nada tenía forma ni cuerpo orgánico, donde todo era una explosión de apetitos individuales que mantenían la convulsión, Belgrano no cejaba en sus propósitos de consolidar los vínculos provinciales para ofrecer a Güemes, director de una guerra sin cuartel en la frontera norte, la ayuda necesaria para la prosecución de las guerrillas en el Alto y Bajo Perú, cuyos planes había trazado el genio de San Martín. De ahí sus fulminantes censuras a los movimientos encabezados por Moldes en Salta, Bulnes en Córdoba y Juan Francisco Borges en Santiago del Estero; de ahí su desconfianza con muchos de sus oficiales que ocultaban sus ambiciones. El disimulo y el engaño eran por otra parte, las formas diarias del accionar político.

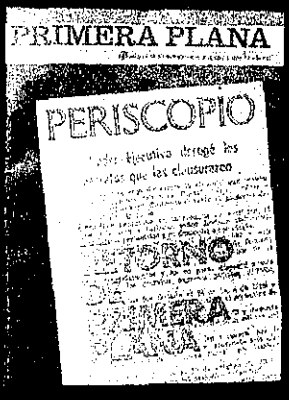
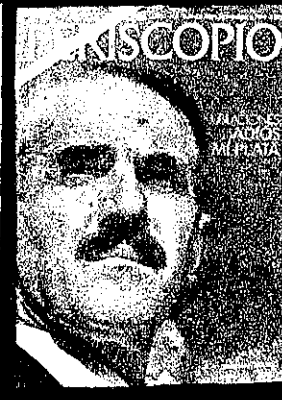
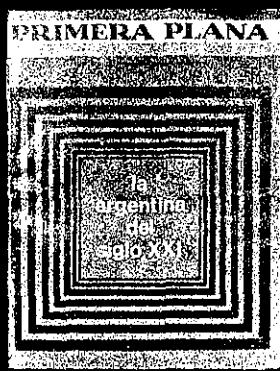
En el levantamiento de Borges hubo —es innegable— mucho de oportunismo y de ambición desmedida. La inclinación del Caballero Cruzado al dominio personal y absoluto, no era un secreto para nadie. En toda su vida hemos visto revelaciones gravísimas de esa megalomanía. Los propósitos autonomistas que lo gulaban —si los hubo— fueron apenas un pretexto para institucionalizarse en el poder. A Borges le faltó sobriedad, precisión, humildad, para cubrir su jactancioso personalismo: "Actuó con impericia y con una imbecilidad suma". La frase pertenece al general José María Paz y es un juicio definitivo. ♦



Juan Francisco Borges luciendo sobre su pecho las insignias de Caballero Cruzado de la Orden de Santiago, título otorgado por el Rey.

(3) Carta transcrita por Domingo Maidana en su ensayo "Juan Francisco Borges" en la Revista de Estudios Históricos de Santiago del Estero, Diciembre de 1946.

(4) Leoncio Gianello "El Congreso de Tucumán", Buenos Aires 1968, Editorial Tróquel.



Estas
 fueron
 noticias
 de
PRIMERA PLANA

siempre,
 la revista
 de política
 y noticias
 de mayor circulación

EL VINO EN

Al fondear la nave en el puerto de Tumbes, en 1527, Francisco Pizarro advirtió que se encontraba en los umbrales de un rico y poderoso imperio. Sus emisarios desembarcados en tierra contemplaron con estupor la edificación y las costumbres propias de una ciudad organizada con principios muy superiores a las tribus bárbaras que habían conocido hasta entonces. Tumbes pertenecía al Tahuantinsuyo desde pocos años atrás. Por eso se encontró entre las autoridades locales un funcionario incásico que ostentaba las orejas deformadas, según características de los nobles cuzqueños. El orejón no tuvo inconvenientes en subir a la nave de Pizarro, y fue tal la impresión que produjo su ánimo circunspecto, la mesura de sus modales ante los asombros de todo tipo que se le presentaban, que se lo invitó a compartir un almuerzo a bordo. Durante la sobremesa, el raro huésped tuvo palabras entusiastas

para elogiar el vino que le habían servido los castellanos. Era el vino de España.

Ocho años después, Francisco Pizarro hacía su entrada decisiva al Tahuantinsuyo, en tren de disimulada conquista. Y cuando los capitanes Hernando de Soto y Hernando Pizarro concurren al campamento de Atahualpa en Cajamarca, éste indicó a las mujeres del cortejo que sirviesen a los visitantes, en copones de oro, la bebida nacional del imperio. Era la chicha de América. Pero los capitanes ya conocían este brebaje, y aunque su sabor les desagradaba, brindaron y bebieron para no desairar al Inca.

Las dos anécdotas demuestran dos cosas: que el vino de uva es sin duda la bebida virtuosa de gusto universal y, por otra parte, que el alcohol no ha sido nunca motivo de sorpresa para ningún pueblo.

por Ramón Tissera

Debió existir en los orígenes de todas las culturas primitivas una Edad del Alcohol, tan definida como los períodos clásicos del Hueso, de la Piedra, el Cobre, el Bronce, el Hierro. Fue el momento en que el hombre descubrió el efecto alcohólico y sintió la necesidad de estimular ciertas emociones y aturdir su razón con las impresiones distorsionadas de la embriaguez.

Muchos otros deleites espirituosos fueron también descubiertos y utilizados en ciertas áreas culturales, como el tabaco de América, la yerba mate de los guaraníes, el café de Abisinia. Su posterior difusión universal se debió más que na-

da a la capacidad de asimilación e intercambio de la civilización moderna. Pero la poción alcohólica fue siempre y en todas partes un hábito generalizado y hasta típico de las comunidades primitivas, al igual que el fuego, el arco, la lanza, el hacha. Cumplió desde el comienzo la misma finalidad que en nuestros días y hasta ejerció idéntica influencia sobre el comportamiento humano. También como sus similares, no necesitó difundirse, porque difícilmente se encuentre el caso de una comunidad primitiva que al iniciar la aventura hacia la civilización, no se haya ingeniado para extraer de la naturaleza el principio alcohólico.

Al mismo tiempo que se fabricaron los utensilios, las herramientas, las armas, las vestimentas para cubrirse o engalanarse, fue preciso recurrir al prodigioso fermento para regocijos licenciosos o como elemento ceremonial.

Lo universal no es un licor determinado sino el hecho de responder a la incitación del alcohol y hacer de su uso una costumbre y también una tradición vinculada al ancestro gentilicio. Pueblos ignorados entre sí, procedentes de los más remotos confines geográficos, encontraron el mismo hábito generalizado en las tierras exóticas que visitaban. Incluso pueblos de la más va-

AMÉRICA



El misionero Florian Baucke dibujó del natural esta escena de una embriaguez colectiva entre los indios mocoviles del norte de Santa Fe, en el siglo XVIII.

riada idiosincracia —laboriosos, contemplativos, belicosos, nómades, sedentarios— practicaron el rito orgiástico.

AZUCARES Y FECULAS

Para la química industrial, poseedora de la fórmula etílica C_2H_5OH , no quedan barreras que limiten su dominio en materia de vinos, cervezas, licóres y aguardientes. Los laboratorios compiten únicamente respecto a la economía de las técnicas y a las sustancias de mayor rendimiento.

Las culturas primarias que utilizaron alcohol lo ignoraron como compuesto químico. Lo

conocieron por la observación de su efectos y por la experimentación paciente para lograrlo en el ambiente de cada habitat. Esto se comprueba cuando advertimos la variedad de elementos biológicos ensayados.

Probablemente la uva, la caña de azúcar, la manzana, los garfillos de la parra, la cebada, el centeno, constituyen nada más que la colección básica, en unos casos por su antigüedad y en otros por la originalidad de sabores. Hay que remontarse a las etapas rudimentarias de la humanidad para apreciar el repertorio extravagante, del que participan tanto la vegetación natural como las especies domésti-

cas y hasta algunas sustancias orgánicas animales. El hombre ha elaborado vinos y cervezas con las savias del cocotero, el arce, el cacto, el quinoa, el cacao, la palma; con los frutos del algarrobo, el piquillín, el banana, el capulí, el ciruelo, el frambueso, el agave, el bambú, el molle, el moral, la narajilla, el jengibre, el guindo; con las hojas del eucalipto, de algunos hongos comestibles, de la raíz seca de la malva, de la semilla del cáñamo; del dátíl, el maíz, el arroz, la batata, la papa, la remolacha, la mandioca, la miel, la leche de yegua.

Esta nómina ha de ser seguramente parte de la lista incalculable.

EL VINO EN AMÉRICA

lable que podría completar una indagación exhaustiva.

CHICHA Y ALOJA

Dos plantas tuvieron extraordinaria difusión continental desde muchas centurias antes de la irrupción europea en América. El algarrobo y el maíz constituyeron, en efecto, las fuentes de alimentación primordiales. Sus frutos eran el pan de comunidades innumerables extendidas por las tres Américas. Pero el maíz, admirable creación doméstica precolombina, tuvo el mérito de generar costumbres y vínculos sociales que determinaron la organización de civilizaciones tan refinadas como los incas, aztecas, mayas y chibchas.

Los navegantes del siglo XVI encontraron el maíz en todos los ámbitos: en las islas del Caribe, entre las tribus de dakotas y apalaches del Norte, en México, en el Yucatán, en el inmenso territorio del Tahuantinsuyo, a todo lo largo de la franja boscosa que bordea los Andes desde Colombia hasta los confines del Gran Chaco, en las estribaciones andinas de Chile y el Tucumán, en las llanuras amazónicas y entre las nacientes de los grandes ríos caudales de la cuenca rio-platense. Además, la arqueología continúa descubriendo vestigios de la cultura malceca en los yacimientos antiquísimos de Chavín y Tihuanaco, como en los estratos sepultados de Chimú-Mochica, Chíncha y Paracas. El primer rastro se remonta a 1500 años A.C. Y el maíz fue sinónimo de chicha.

Si el vino de uva aparece mencionado en el Génesis bíblico, cuando la borrachera de Noé después del diluvio ("bebió del vino y se embriagó, y estaba descubierto en medio de su tienda"), la antigüedad de la chicha no sería menor, pues ya figura en la leyenda de Popol Vuj, el misterioso documento indígena que se perdió al incendiar los españoles la ciudad de Utatlán y cuyo texto se salvó a través de la versión oral de los quiches de Guatemala. Un pasaje sugestivo relata el festejo de un grupo de jóvenes luego de cierta travesura siniestra con la que creían haber dado muerte al hercúleo Zipacná: "Los muchachos prepararon con regocijo su bebida.



Un vaso ceremonial del antiguo Perú. El perfil puro representado por el ceramista nativo demuestra la excelencia de una civilización. Los incas, al igual que los aztecas y chibchas, descubrieron el protocolo del brindis, ignorado por las tribus selváticas.

La dejaron fermentar en lugar cálido y seco, y al cabo de días, con ella se embriagaron".

Garcilaso de la Vega describe a propósito de las costumbres incásicas el procedimiento más generalizado de preparación, que consistía en harina de maíz disuelta en agua y dejada unos días en reposo para obtener el fermento. Sin perjuicio de ello, "algunos indios más apasionados a la embriaguez, echan la zara en remojo y la tienen así hasta que echa raíces; entonces la muelen toda como está, y la cuecen en la misma agua con otras cosas, y colada la guardan hasta que se sazona. Hácese un brebaje fortísimo, que embriaga repentinamente".

El imperio incásico llegó a la sutileza de algunas regiones prestigiadas por chichas de la mejor cepa, según el testimonio de Cieza de León al referirse al

valle de Guanape: "Fue en los tiempos pasados tan nombrado entre los naturales por el brebaje de chicha que en él se hacía, como Madrigal o San Martín en Castilla, por el buen vino que allí se toma".

Desde otra extremidad de Sudamérica, entre guaraníes y tupís, el misionero jesuita Juan de Escandón dejó también constancia de "una especie de bebida de maíz molido y mezclado con agua; y esta mezcla, si se la deja tomar punto, es capaz de emborrachar".

Pero la molienda del grano no era la única técnica. Algunos paladares preferían que el zumo se obtuviera del maíz masticado y ensalivado por mujeres, que debían ser precisamente viejas. Así lo apetecían hasta los jerarcas incásicos. Lo explica Martín Dobrizhoffer: "...hacen venir a unas indias viejas y hediondas, las que trituran con los dientes los granos de maíz y luego los escupen salivados en un recipiente. Los indios consideran esa saliva como la mejor acidez para la fermentación y el mejor condimento. Las mujeres jóvenes quedan excluidas del honor de triturar los granos, porque se les atribuyen humores impuros".

Otra calidad de chicha estuvo dada por la chaucha del algarrobo. En algunas regiones se la llamó aloja; si bien la misma acepción fue atribuida a otras bebidas, como las provenientes de la miel.

El algarrobo puede clasificarse entre los vegetales definitivos de ciertas áreas indígenas. Su madera, su fruta azucarada, su corteza, sus raíces, constituyeron materia prima del armamento aborigen, y también alimento y farmacia. La chicha de algarrobo, a la que se aplicaban indistintamente las técnicas de la molienda o la masticación, coexistió con el vino del maíz, aunque resultó preferible para los ándidos, chaquenses y pampeanos. El misionero Nicolás Mascardi consigna esta predilección entre los puelches del sur. Un siglo después, el francés Guinard, cautivo circunstancial de los poyuches (tehuelches como los puelches), apunta el mismo uso de "este preparado bastante agradable y que los embriaga completamente".

DE LA PITA Y OTRAS COSAS

El misionero Mascardi y el viajero Guinard concuerdan en otra información sobre alcoholes vernáculos: el piquillín, un arbusto diseminado por la llanura pampeana, las sierras y las alturas precordilleranas. "Es por lo menos tan abundante como el algarrobo". De la pulpa de su frutilla rojiza los indios obtenían "un licor azucarado y delicioso, muy análogo al jarabe de grosella. El efecto de este licor no tarda en hacerse sentir".

Una especie de palma muy divulgada en América, la que todavía suministra a la industria moderna los delicados "palmitos" y que los españoles del siglo XVI llamaban "pixivaes", ya era fuente de provecho para los aborígenes. Según Cieza de León, "del fruto hacen pan y vino, y si cortan la palma sacan de dentro un palmito de buen tamaño, sabroso y dulce".

Hubo también una extensa franja geográfica donde prevaleció el vino de moras agrestes, quizá el zumo más placentero al paladar nativo, y el de más sencilla decantación. Esta región alcohólica abarcaba desde La Florida hasta México, con penetración a las llanuras fértiles que ocultaban las siete ciudades legendarias de Civeles. Por allí encontraron los conquistadores del Anahuac una tribu que se

trasladaba todos los veranos a un bosque de moreras próximo a sus rancherías y que convertía la cosecha en una bacanal digna de las vendimias dionisiacas.

Otros dos árboles muy preciados fueron el molle (aguaribay) y el agave (con sus variedades del maguey, la pita y el caraguatá). De las bayas del primero se aprovechaba el revestimiento carnoso para elaborar indistintamente una miel de gran dulzura y un licor de relativa graduación alcohólica, especie de elixir en todo el Tahuantinsuyo y en México.

En cuanto a la pita, sus hojas carnosas deshidratadas proporcionan una fibra que abasteció de hilo a las artesanías de tejidos, sogas y mallas en toda América precolombiana. Fue el mejor sucedáneo del algodón, y aun superior a éste por su resistencia en muchas aplicaciones. De la savia, aztecas e incas conseguían varios fermentos, entre los que ha tomado fama el pulque.

Cuando la ocupación de Nueva España, la feria de México maravilló a los conquistadores con sorpresas semejantes a la arquitectura del Tenochtitlán. Hernán Cortés describió así los puestos de expendio de bebidas: "Venden miel de abejas y cera y miel de cañas de malz, que son tan melosas y dulces como las de azúcar, y miel de una plantas

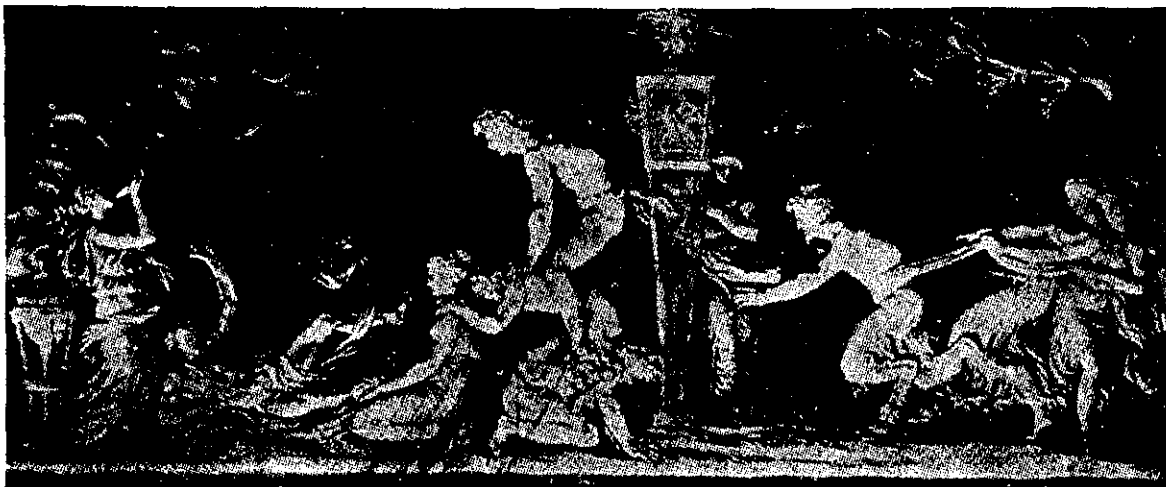
que llaman entre otras maguey, que es muy mejor que el arrope, y de estas plantas hacen azúcar y vino, que asimismo venden".

Con este mismo pulque de maguey volvemos a encontrarnos dos siglos después muy lejos de México, en la Patagonia, a través de una referencia del jesuita Faulkner. Este cronista utiliza otro vocabulario para designar tanto al brebaje como al árbol, pero de su lectura se deduce que la chicha obtenida de la pita fue probablemente el fermento de mayor concentración alcohólica, "pues lleva a una borrachera frenética y a una excitación rabiosa en los ojos, y dura dos o tres días".

El caraguatá brindaba a los indios chaqueños otra bebida, al parecer más suave. El zumo se obtenía con el sistema tradicional, mezclando la pulpa de la piña con agua y semillas de otros frutos dulces.

TUBERCULOS Y MIELES

Las rústicas culturas selváticas esparcidas entre las nacientes y los anchos cauces de la cuenca rioplatense, también profundizaron los secretos de la vegetación en busca de la dosis inebriante. Los guaraníes, pertenecientes a la inmensa jurisdicción maicera, a más de la chicha clásica procuraron alcohol de su agricultura



Un trisio griego de la decadencia muestra a los sátiros en una ronda picaresca y licenciosa. Sin embargo, la Grecia pastoril no había sido eso. El sátiro, genio de la fecundidad, se convirtió en símbolo de los desenfrenos orgiásticos.

EL VINO EN AMÉRICA

ra de tubérculos. El misionero y botánico Gaspar Suárez apunta en sus "Noticias fitológicas": "Algunos pueblos del Paraguay y el Brasil suelen hacer con batatas cocidas y fermentadas una especie de cerveza muy agradable al paladar y muy apta para emborrachar".

Guaraníes, chaqueños y amazónicos descubrieron las virtudes de la miel. Pero sobre la hidromiel indígena hay toda una gama de gustos, derivada sin duda de la variedad de floraciones en cada región y de las muchas familias de abejas y avispas silvestres, ya que el arte de preparación no difería mayormente. En esto nos da un testimonio sugestivo Ulrico Schmidl, soldado mercenario de la conquista. Cuando habla en su crónica de la miel de la región de los mbayaes se limita a informar que con ella "se hace vino", mientras más adelante, al referirse a la riqueza melífera de las tierras de los "macasis" (¿maccaes?), comenta con beneplácito: "También se hace buen vino de ella, tan bueno como aquí en esta tierra (Europa) lo es el aguamiel, y a esto mejor y más agradable para tomar que el aguamiel".

El mismo Schmidl da cuenta del contenido alcohólico de la mandioca: "Se toma la raíz y se la machaca en un gran mortero de madera, y el jugo que sale semeja una leche, pero si tiene agua entonces se hace de esta raíz un vino de mandioca **peripá**". (La expresión **peripá** proviene del guaraní arcaico o tal vez de un capricho fonético de Schmidl. Se refiere seguramente a la mandioca comestible, distinta de la agria y tóxica, que algunas tribus utilizaban como medicamento.)

¿TOXICOMANIA TAMBIEN...?

Entre las muchas referencias de los cronistas aparecen algunos datos asombrosos.

López de Gómera habla de indios emborrachados "con humo de ciertas yerbas que los saca de seso". Idéntica referencia encontramos en Alvar Núñez Cabeza de Vaca, entre los pueblos del sur de Norteamérica junto al Misisipi: "Se emborrachan con un humo".

Desprevenidamente podríamos suponer que se trata del tabaco. Pero el tabaco no embriaga, como no sea mezclado con sustancias inebriantes. Quien nos da la clave del enigma es un observador prolijo de las costumbres nativas, el Padre Martín Dobrizhoffer, cuando se refiere al cebil, un curtiente de los bosques centrales de Sudamérica: "Los indios salvajes encendían en tiempos pasados las vainas y chauchas que brotan de él, cerraban estrechamente sus chozas y con boca, nariz y todo el cuerpo aspiraban su humo removido con fuelles, de modo que con él llegaban a emborracharse, enloquecerse y, a veces, a enfurecerse".

Los mbayaes, vecinos norteños de los guaraníes en el Paraguay, obtenían de la mandioca agria (**popiró**, según Schmidl) una poción de indudables propiedades narcóticas que hacían beber a cada muchacho en trance de ser proclamado guerrero o cazador. Apenas ingerida la dosis, el neófito quedaba sumido en la inconsciencia por varias horas.

Se sabe también de un brebaje para ceremonias religiosas en México y entre algunas tribus del oeste norteamericano. Preparábase con la raíz del cactus peyote (o peyotle) y producía efectos alucinatorios semejantes al moderno ácido lisérgico.

Pero es de advertir que en todos los casos encontramos una aplicación especial de los probables alcaloides: enardecer al instinto belicoso, preparar la conciencia para introducirla en los secretos atávicos de la tribu, provocar el éxtasis propicio a la celebración de un rito de iniciados. En suma, estamos muy lejos del hábito consuetudinario, sin más objeto que la reiteración enfermiza de ciertas sensaciones.

TODOS EN COMUN

López de Gómera fue un relator capcioso, al extremo que obligó a su contemporáneo Bernal Díaz del Castillo a desautorizarlo: "Hemos tenido por cierto los conquistadores verdaderos questo vemos escrito, que le debieron dar oro al Gomara y otras dádivas por que lo escribiese desta manera".



El algarrobo representó la especie natural privilegiada de América precolombiana. Fue alimento y proveyó de bebida placentera a los naturales de todo el continente. Hoy se codicia únicamente su madera, y su fruto es forraje para el ganado.



El caraguatá, derivado del agave y de la pita o maguey, abastecía de fibra para hilados y tejidos a los indios del Gran Chaco. De su piña se obtenía un agradable licor, que ingerido en mucha cantidad embriagaba como la chicha de maíz.

Son de presumir, pues, las exageraciones del cronista parcial cuando justificaba las crueldades de la Conquista atribuyéndolo a la población nativa las concupiscencias más denigrantes. Por ejemplo, decía: "Los hombres de tierra firme comen carne humana, y son sodomitas más que generación alguna. Ninguna ley hay entre ellos; ...précianse de borrachos, y consumen vinos de diversas yerbas, frutas, raíces y granos; ...son bestiales en los vicios". Lo que gana el alegato en furor, lo pierde en sentido común.

La equivocación clave de López de Gómera consiste en atribuir la condición de vicios abyectos a desarreglos propios de la conducta humana en todos los tiempos, pero especialmente comprensibles en las culturas incipientes.

Nicolai nos orienta en este aspecto con una verdad muy cierta: "Así como la embriaguez se remonta a la época del diluvio, el alcoholismo propiamente dicho es de los tiempos modernos". El beodo de la taberna, en efecto, ese ejemplo de frustración social y personal, es un resultado de la civilización, sin relación alguna con los festivales de la América pagana.

"Cuando salían a sus fiestas y placeres en alguna plaza, juntábanse todos indios, y dos dellos, con dos tambores, hacían son, donde tomando otro delantera, comienzan a danzar y bailar; al cual todos siguen, y llevando cada uno la vasija del vino en la mano; porque beber, bailar, cantar, todo lo hacen en un tiempo". Esta escena contemplada en la altiplanicie boscosa próxima al volcán Tolima en Colombia y descrita por un soldado de la Conquista con sencillez tan expresiva, es la misma que con pocas variantes podía ser vista en todos los parajes del continente en el siglo XVI. Ocuparía la extensión de un libro la transcripción de algarabías semejantes, contenidas en los relatos innumerables de viajeros, capitanes, misioneros y colonizadores que recorrían la "terra incognita".

Pero en la euforia báquica de las tribus se reflejaba un rasgo profundamente indiano: o algo más que un rasgo: hasta una idiosincrasia tan necesaria de

analizar como descuidada por los estudiosos que se inclinan a descifrar el alma aborigen. Hablamos del colectivismo indígena.

Ninguna organización socialista de nuestro tiempo podría igualar en solidaridad el instituto colectivo de la tribu, del *ayllu* o del *calpulli*. Actividades, vínculos, sacrificios y alegrías eran allí resultado de sentimientos compartidos. La presunta humildad indígena fue en realidad la expresión del más desarrollado espíritu de convivencia.

También la embriaguez representaba en ese mundo un acontecimiento público. Las condiciones mismas en que se preparaban los zumos exigían el consumo inmediato y en comunidad. Por lo demás, la elaboración de los fermentos en grandes odres de cuero, obedecía siempre a motivos convencionales, como el triunfo de una expedición punitiva, la consagración de guerreros y cazadores, el nacimiento del hijo de un cacique, algún matrimonio de importancia política para el clan tribal, la celebración del tiempo equinoccial o de los solsticios.

CUANDO EL INCA CONVIDABA

En la América arcaica se repite una evolución de costumbres similar al paso de la rusticidad primitiva a los estadios de la civilización, como en todos los pueblos del mundo.

Hay diferencia entre la embriaguez orgiástica de las tribus bárbaras y los refinamientos de las altas culturas precolombianas. Los incas descubrieron el rito espléndido del brindis.

Cuando la celebración del *Intiraimi*, a fines de junio, se concentraban en el Cuzco delegaciones de todas las provincias y dominios del Tahuantinsuyo, desde las más lejanas comarcas del imperio. Era la fiesta de homenaje al Sol para comenzar las tareas de la siembra.

Frente a la abigarrada multitud congregada en las plazas de Haucaipata y Cusipata, el Inca ataviado con sus mejores galas brindaba dos copas. Bebía primero de la chicha dedicada al Sol volcando el resto en un recipiente de oro. y luego ofren-

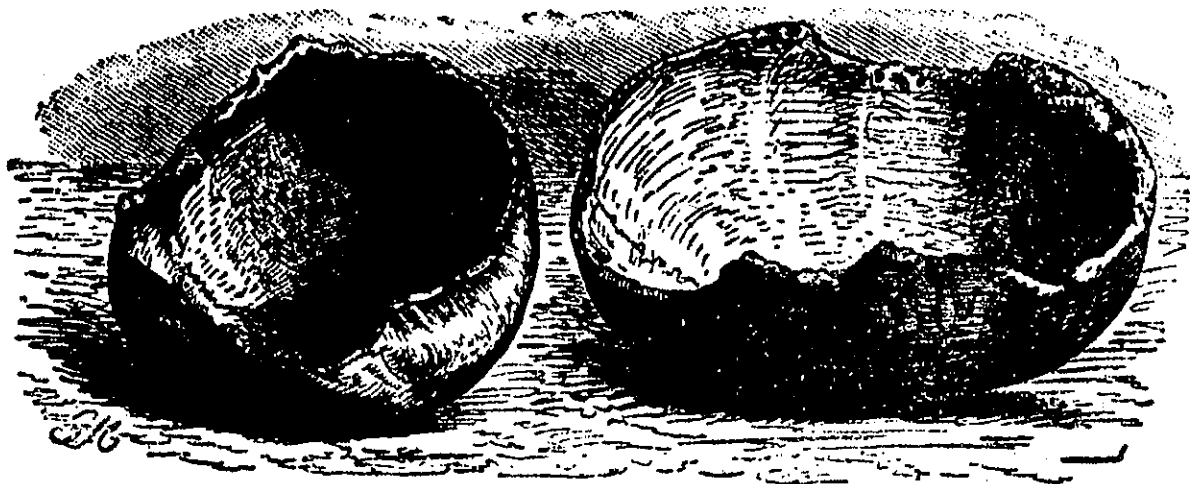
daba la segunda copa entre los componentes de la familia real que lo acompañaban. Después los servidores recorrían la plaza con el vaso donde el soberano había tomado el primer sorbo y convidaban ceremoniosamente a los soberanos de cada *ayllu* diciéndoles: "El Inca le invita a beber". A continuación la muchedumbre encabezada por el rey visitaba el templo del Sol. De regreso a la plaza, los curacas exhortaban a su gente a beber, a divertirse y a bailar sus danzas típicas.

Los incas, poseedores de la misma vocación conquistadora y colonizadora con que la expansión hispánica los doblegaría después, difundieron las excelencias de su civilización por el vasto imperio, incluso a otras zonas de influencia. El brindis pasó a ser atributo de la cultura cuzqueña. Esto dio tema a Garcilaso de la Vega para una anécdota de estilo veneciana, ocurrida entre dos curacas colles del valle de Huaral, en el Alto Perú, al poco tiempo de la ocupación española. Un comisario venido desde Lima había conseguido reconciliar a los caciques enemistados. "Pero el uno quedó con pasión y quiso vengarse de su contrario secretamente. Y así, el día que se solenizaron las pazes, comieron todos juntos, quiero decir en una plaza. Y acabada la comida, se levantó el curaca apasionado y llevó dos vasos de su breva para brindar a su nuevo amigo (como lo tienen los indios de común costumbre). Llevaba el uno de los vasos atozigado para lo matar y, llegando ante el otro curaca, lo combidava con el vaso. El combidado, sea que viese demudado al que lo combidava o que no tuviese tanta satisfacción de su condición como era menester para fiarse dél, sospechando lo que fue, le dixo: 'Dame tu esotro vaso y bévete ése'. El curaca, por no mostrar flaqueza, con mucha facilidad trocó las manos y dio a su enemigo el vaso saludable y bebió el mortífero, y dende a pocas horas rebentó, así por la fuerza del veneno como por el enojo de ver que por matar a su enemigo se hubiese muerto a sí propio".

SIEMPRE DE SOBREMESA

Pero había modalidad genera-

EL VINO EN AMÉRICA



lizada que abarcaba todos los sectores autóctonos. La bebida no constituía parte de la comida. Esta norma continental invariable difiere del yantar español y de los eufóricos banquetes germánicos medievales. El indio bebía luego de comer. El precepto regia tanto para el menú de Atahualpa o de Moctezuma como para las más modestas comunidades del Tahuantinsuyo o de Tenochtitlán. Así también en las francachelas bárbaras del bosque y la pampa.

Las descripciones costumbristas de la época coinciden expresamente en esto. Cieza de León lo registra entre las tribus del reino de Quito, en Tacunga: "... y después que han comido su maíz y carne o pescado, todo el día gastan en beber su chicha o vino que hacen del maíz". Trescientos años después, en pleno siglo XIX y en la pampa argentina, Lucio Mansilla observó lo mismo entre los ranqueles: "Se acabó la comida y comenzó el turno de la bebida. Ellos no beben comiendo. Beber es un acto aparte. No hay nada para ellos más agradable".

Lo curioso es que, como confirmación para los estudios etnográficos, Petris se encuentra con la norma inveterada al relatar los pormenores de un banquete

En el Museo Británico se conservan estos vasos, restos de cráneos humanos, con que los aschantis del África bebían sus brebajes. La etnografía moderna ha descubierto una íntima relación entre ese rito y los de los demás pueblos bárbaros de Asia, Europa y América.

griego de la edad heroica: "Se procedía a hacer una libación de vino puro en honor de los buenos genios para poner fin a la comida, e indicar el comienzo de las bebidas o **sumpósion**.

... El vino se mezclaba a la vista de todos, generalmente en tres cráteras, y de cada una se vertía una libación, por lo común al son de flautas, en tanto que los comensales se coronaban con guirnalda vegetal".

VINO Y SEXO

Tanto para los capitanes españoles como para los catequizadores que los acompañaban, la embriaguez de toda una tribu tenía que parecerles una atrocidad demoníaca, una subversión nefanda de la moral. Bernal Díaz del Castillo no pudo disimular su condenación airada ante ciertas escenas lascivas verificadas en una borrachera de los indios de Pánuco.

Los forasteros traían en sus mentes el rigor canónico y también la repugnancia de las or-

gías corruptas de la aristocracia pre-renacentista. Es lógico que el atormentado de la taberna los impresionara como un vicio más tolerable que la promiscuidad de las fiestas negras. Ignoraban que el festival aborigen no tenía nada que ver con ambas imágenes.

La borrachera indiana con sus desenfrenos paganos es igual a las de las culturas primigenias de todo el mundo. El hombre en sociedad ha producido siempre los mismos fenómenos, ha cumplido las mismas etapas de evolución. Sólo que hasta hace algunos decenios se atribuían al paganismo ciertas generalizaciones que en realidad habían sido los síntomas finales de su decadencia, de su relajamiento. Hoy sabemos que aquellas civilizaciones no fueron siempre una misma cosa.

En el museo de Louvre se conserva un friso griego que representa a los sátiros en una ronda picaresca y refinadamente pornográfica. Una alegoría romana dibuja a los silenos simiescos cosechando los racimos de la vendimia. Pero el sátiro y el si-

leno eran originariamente personajes selváticos, sin más sensualidad que su condición de símbolos de la fecundidad, al igual que Pan, que Priapo, que los centauros; figuraciones de una mitología agreste. Más adelante, con el Olimpo sofisticado, pasaron a integrar el repertorio de las lujurias griegas y romanas de la declinación. Centauro quería decir "espoliadores de toros". La expresión se refería a los pastores jinetes de la primitiva Tesalia, afectos a la vida rural y a sus diversiones. La figura del genio mitad hombre y mitad padrillo fue creación ulterior de la Grecia urbana. Dionisos soportó una metamorfosis parecida. Comenzó como la deidad protectora de la vid, luego se trasmutó en dios de la orgía; de allí pasó a la plástica del joven bello y afeminado, casi un andrógino, y la Grecia culta, nostálgica de la potencia naturalista de la Arcadia, lo colocó a la misma altura de Zeus.

¿Qué hubiera ocurrido en América de no mediar la violenta interrupción europea del siglo XVI? ¿Cómo habría representado el escultor de la depurada civilización india a las muchachas abiponas y mocovíes que durante la celebración nocturna de las Siete Cabrillas (*) se disputaban a mordiscones y golpes de puño el derecho a elegir marido? Quizá éstas hubieran sido las bacantes o las furias de la mitología primaria del continente.

Los conquistadores pudieron presenciar en América innumerables bacanales de chicha. Lo que nunca vieron fue un indio borracho entre la comunidad sobria. Este espectáculo individual de la alcoholización se presentaría posteriormente, con el régimen de las encomiendas, entre los yanacunas y los mitayos, y mucho después, a partir de las pos-trimerías del siglo XIX, con la intromisión en las tolderías del vino industrial, ese salario infamante que percibía la mano de obra barata de los **natives**, así denigrados por la Segunda Conquista de América.

(*) "Misterio y drama de los abipones", del mismo autor. **TODO ES HISTORIA**, Nº 37.



El bolsón selvático del Gran Chaco permitió que las razas indianas se mantuvieran hasta último momento extrañas a la influencia de la conquista. Estas tres fotografías marcan una evolución cronológica cumplida a través de medio siglo. (1) Muchachas tobas se muestran inocentemente al lente del fotógrafo con la sencilla vestidura pagana, la misma que apreciaron los conquistadores del siglo XVI entre las tribus bárbaras de las islas paradisíacas. (2) Un matrimonio adulto de palagáes sonríe desde la alegría de su primitivismo apenas evolucionado por influencia de las primeras colonias religiosas. (3) India toba, vendedora ambulante de su artesanía vernácula. La civilización la vistió de paisana, pero no le dio la dignidad ni el orgullo de sus antecesores selváticos.



por Luis C. Alén Lascano

CUANDO EL FOLKLORE L

LA NOCHE DEL POLITEAMA. — La escena presentaba un cuadro inédito. Una vez corrido el telón pudo verse el paisaje campesino dibujado al fondo, y a su derecha un modesto rancho de quincha a cuya vera el patio invitaba a la reunión criolla y era escenario de la fiesta gaucha poblada de músicos y bailarines del pago. Rodeaban aquel auténtico patio nativo los mozos y viejos del coro; bom-



LEGO A BUENOS AIRES

bacha, blusa negra y chambergo los varones con un pañuelo de color atado al cuello; anchas polleras de percal floreado las mozas, y alguna flor en sus vinchas como adorno ceñido a sus largas trenzas negras. Una típica vieja del campo cuida del mate junto al mortero de quebracho y festeja la entrada de los rústicos musiqueros a la ronda.

CUANDO EL FOLKLORE LLEGO A BUENOS AIRES

Venían éstos, trajeados con la ropa ciudadana del paisano endomingado y los instrumentos característicos de las orquestas camperas de la época: arpa, violín, flauta y guitarras, a cuyos sonos el golpe de la caja acompañaba el canto de la vidala. La fila de personajes, hasta entonces estáticos en su recatada apostura y sus rostros morenos, comenzó a moverse lentamente hacia el público. Marchaban al paso lánguido de la caja, y esa percusión grave y solemne daba al momento la entonación de un antiguo rito. Delante de sus compañeros, la espigada figura de la joven cancionista comenzó a desgranar la nostalgia de una vidala, y aquel lamento acongojado parecía brotar del hondón mismo de la tierra nativa. A su voz penetrante le hacía coro las voces del resto de participantes, como en un drama primitivo, espiritualizando aquel arte simple con la magia contagiosa de su emoción...

"Soy provinciana...
soy santiagueña,
soy la alegría
que llora o sueña..."

decía la dulce copla, contestada desde el fondo por sus acompañantes:

"Yo soy el alma de estos lugares".

Y a continuación las fuertes notas de una música hasta entonces desconocida: una zamba, una danza juguetona ballada con destreza: el palito; o una chacarera alegre por dos parejas, coronando el baile con la picaresca pantomima de el escondido a cargo de un notable zapateador y una auténtica anciana de provincia; para cerrar la serie el brioso contrapunto del malambo disputado por tres expertos zapateadores.

La gracia y la elegancia parecía flotar en transportes nunca vistos, y contagiar a la platea de ese auténtico producto del alma argentina hecho arte en canciones, músicas y bailes. Por eso la ovación final no dejó de arrancar alguna lágrima en los noveles intérpretes, o suscitar los entusiasmos terruñeros en otro espectador, contagiado de los acordes de sus danzas como para invadir el escenario reclamando una compañera y hacer pareja improvisada, en una zamba insólitamente fuera de programa. Pues, modestos y sentidos, se habían convertido en los embajadores de nuestro folklore ante la capital del propio país, y con esa presentación dejaban abiertos los rumbos del nativismo y las ignoradas esencias espirituales de la patria interior, en el sentimiento de los públicos cosmopolitas.

Quedó flotando al filo de la emoción, tras aquel debut inolvidable, la poética canción de la tierra:
Yo soy el alma de estos lugares.

LA COMPAÑIA DE ANDRÉS CHAZARRETA

La compañía que así debutaba, venía desde Santiago del Estero y había sido formada con cultores auténticos del arte popular, por don Andrés Chazarreta. Todo aquel debut, anticipado primero en función privada para representantes de la prensa, la crítica especializada y algunos invitados el 16 de abril de 1921, era la verdadera proeza de un adelantado, en la conquista de la gran ciudad porteña. El estreno público tuvo lugar dos días después en la misma sala del viejo

Teatro Politeama, multicolor de luces en la antigua calle Corrientes angosta.

Este espectáculo sorprendió a Buenos Aires. Fue la primera introducción del folklore específicamente nativo traído desde su venero norteño más puro e incontaminado, a una ciudad que hasta entonces solo conocía de nuestra música tradicional el aire pampeano de algunas cifras y estilos, los ciellitos bonaerenses, el infaltable pericón de los fin de fiesta teatrales, y pocas zambas o chacareras de distinto ritmo a las del norte, que figuraban en los repertorios de variedad. Figuras tan populares como las del dúo Gardel-Razzano las habían divulgado en los escenarios de moda, pero ya para la década del 20 la aceptación del tango —cantable o ballable— las desplazaba de los espectáculos populares. Y las jazz-band hacían irrupción avasallante en esa época signada por el auge de los fox-trots, shimmys y otras danzas sincopadas de importación.

Medio siglo atrás la aventura emprendida por Andrés Chazarreta, despertaba la curiosidad ciudadana, con escepticismos o entusiasmos acerca de su dimensión artística. Era sin embargo, el acto de arrojo que inició la lucha por imponer el folklore en los grandes centros del país. No serán muchos, por eso mismo, los que conozcan hoy esos olvidados orígenes de tan singular batalla, triunfante ahora en toda la dimensión nacional por el empeño debido a aquellos precursores.

El debut de Chazarreta, cincuenta años atrás, fue saludado como un soplo vivificante, de frescores puros y limpios, por las más autorizadas expresiones del pensamiento nacional. Casi nadie había creído hasta entonces en el valor de su obra silenciosa dedicada al rescate, la preservación y recopilación de la música y los cantares provincianos. Pero ahora recién, por los juicios de escritores representativos, o de la prensa, se revelaba de imprevisto su alta dimensión espiritual y artística.

Para lograrlo se había valido de los cultores anónimos que abundaban en su tierra natal. Los reunió, disciplinó y preparó en giras previas por las provincias vecinas, en sucesivas presentaciones públicas que durante 10 años habían ido mostrando los bailes y canciones santiagueños a las diversas capitales del interior. Durante todo el verano de 1921 el maestro dio fin a los ensayos previos a la gran aventura planeada sobre Buenos Aires, pues la misma entraba en sus propósitos desde años atrás, sin poder realizarla por el escepticismo con que sus anhelos eran vistos en las empresas de espectáculos. Encontró al fin el apoyo del empresario teatral don Juan Mauri, quien organizó esa verdadera gira triunfal, y terminó de dar forma a su compañía de arte nativo para la presentación definitiva.

Sus integrantes eran hombres del común, sus traídos a sus labores diarias en el campo o la ciudad santiagueña, y tenían la espontaneidad instintiva de los mejores creadores populares. Al lado de un viejo ochentón con la chispa del criollo auténtico que daba carácter a las escenas del zapateo campestre y se jactaba de haberlo aprendido en la Salamanca, Antonio Salvatierra el célebre "Antu Puncu"; puso a doña Narcisca Ledesma la tradicional compañera de baile, anciana cebadora y responzona inconfundible en las reuniones de antaño. Los bailarines jóvenes eran Nicolás Juárez, Enrique Suárez y Pedro Jiménez, este último de larga trayectoria posterior en escenarios de todo el país y acompañante de Carlos Gardel en París, donde bailó en la película "Luces de Buenos Aires" filmada en 1931. A éstos



Don Andrés Chazarreta con la inseparable guitarra que solía acompañarlo en sus actuaciones como solista.

se agregaba Santos R. Catán, otro zapateador de promisorio debut, y las jóvenes María Fernández, Clementina Avila, Casilda Luna y Dolores Suárez formando las parejas de baile.

Una orquesta rudimentaria, de músicos vocacionales, ponía el colorido de las mejores fiestas del pago: el arpista ciego Domingo Aguirre, el violinista Segundo Juárez, el flautista Francisco Moreno, el bombista Juan Díaz, y el guitarrista Pedro Contreras, después famoso compositor y director de conjuntos folklóricos, a quienes acompañaba el propio Chazarreta en su guitarra. El maestro tenía como número fuerte, la ejecución de su vals "Santiago del Estero" en solo de guitarra, hermosa página de salón en la cual lucía delicadas variaciones como un exímio intérprete.

Sin embargo la mayor revelación fue la joven cancionista a quien tocara iniciar el espectáculo, con esa vidala sentida en una entonación inolvidable y conmovedora. Se llamaba Patrocinio Díaz y consagróse como la heroína de la jornada, con sus ojazos negros y sugerentes, su voz clara, y sus veinte años de hermosa morocha. Hacia más de tres que estaba incorporada a la compañía de Chazarreta, y para este momento era ya una artista entera: dominio en el decir, tonos apropiados para cada copla, y modulación incomparable en los suaves o agudos de la música y el verso. Por eso fue tan festejada como el propio Chazarreta, y quienes la escucharon en la Vidallita del Santiaguense, La Flor del Pago, o su Canción Provinciana, la consagraron de inmediato en forma indiscutida con el cetro de la canción

folklórica, que desde entonces supo ostentar durante muchos años, Patrocinio Díaz.

A todos aquellos elementos cabe la gloria de haber acompañado a Chazarreta en su primera presentación folklórica en Buenos Aires. Con él aprendieron a sistematizar y orientar su arte; con él compartieron la alegría del triunfo. Desde allí surgieron muchos de esos nombres a la fama y el éxito, solos o junto al maestro; otros volvieron al solar natal a continuar sus trabajos y sus días. A todos sin embargo, los hermana el mismo mérito; todos tuvieron como el más alto galardón de sus vidas haber estado en ese momento del Politeama junto a don Andrés. Y los sobrevivientes de la jornada inolvidable, aún evocan emocionados los aplausos con que Buenos Aires saludaba el advenimiento de la música folklórica para incorporarla a las grandes vivencias espirituales del país.

LOS ECOS DEL TRIUNFO

No podía haberse buscado mejor escenario para el debut de Chazarreta. El viejo Teatro Politeama argentino era una de las mejores salas de la gran aldea. Se hallaba en Corrientes 1490 cerca de Paraná, y había sido inaugurado en 1879, siendo competidor en algunos espectáculos líricos con el mismo Colón por las excelencias de su acústica. Allí había debutado el célebre Tamagno con "Los Hugonotes", y la gran Adelina Patti con "Semiramis", y se había estrenado "Los Náufragos" de Wagner, a fines de siglo. Regina Paccini, Eleonora Duse, Sarah Bernhardt, Coquelin Ainé, y tantos otros nombres, evocaban temporadas inolvidables de la belle époque. Pero por encima de todo ello, la sala del Politeama tenía el honor de haber acogido en 1884 la primera representación del mimodrama "Juan Moreira" basado en la novela de Eduardo Gutiérrez, por la compañía circense de los hermanos Carlo y el actor José Podestá en la caracterización del personaje. Allí nació el teatro argentino nada menos, como 37 años después nacía a la consagración popular el folklore argentino, en la misma ilustre genealogía del arte nacional. Tantos motivos honrosos presagiaban un éxito igual. Y el Politeama lo brindó para prolongar desde sus tablas ese linaje de grandes acontecimientos en la historia teatral argentina.

Contribuyó a darle magnífica resonancia al triunfo de Chazarreta, la acción desplegada desde la prensa y los grupos periodísticos y culturales de Buenos Aires por Ricardo Rojas. Unido a una antigua amistad remontada al común solar provinciano, éste fue otro importante factor del éxito logrado. Rojas invitó a sus colegas y amigos al preestreno para la prensa, sugerido con habilidad para darle una resonancia crítica que predispusiera al público pues nadie tenía dudas al respecto. Allí concurrió y a su término rompió el fuego con su célebre artículo "El Coro de las Selvas y de las Montañas" aparecido en La Nación del 18 de marzo de 1921. Era la primera nota firmada por una eminente figura de las letras nacionales, respetado por su obra y su inspiración argentinista, y venía a dar la consagración esperada al debut de Chazarreta, confirmando su alto valor estético y musical.

Rojas hizo hincapié en la novedad de algunas danzas, escuchadas y vistas por vez primera en Buenos Aires. El prado, el marote, el escondido, eran auténticas novedades, tanto como el maulambo a quien llama, "baile extraño por su nombre y su composición, pues no entran en él mujeres, y lo miman tres hombres solos". Por eso, luego de exaltar el sentido nacionalista del espec-

CUANDO EL FOLKLORE LLEGO A BUENOS AIRES

táculo presentado y celebrar con videncia esta incorporación del folklore noruego a los ritmos ciudadanos, decía al terminar: "Al oír aquellas músicas del Politeama, se me humedecieron de emoción los ojos, porque me parecía que llegaban ya los días de la promesa, los días de un arte abrevado en los hontanares de nuestro pueblo, tan como tantas veces me lo había anunciado allá en mi tierra aquel coro como de las selvas y de las montañas". (En "Juicios Acerca de la Obra Folklorica de Andrés A. Chazarreta". Buenos Aires, 1949, pág. 56.)

El comentario de toda la prensa, fue unánime. Era aquél un espectáculo todavía sorprendente en la ciudad cosmopolita, un verdadero descubrimiento del acervo popular provinciano digno de festejarse, una revelación de la riqueza espiritual del pueblo. "No se ha visto nunca en Buenos Aires nada tan netamente criollo, tan típicamente nuestro, como la compañía de bailes, cantos y música del norte argentino, organizada y dirigida por don Andrés A. Chazarreta", afirmó *Crítica* en su edición del día 17. Y *La Epoca* hubo de celebrar la actitud del público en un entusiasmo "sólo comparable al que embarga a la multitud en una fiesta cívica", pues "más que un espectáculo teatral; una fiesta sagrada de la raza resultan las funciones de la compañía Chazarreta", dijo en su edición del domingo 20.

Otros juicios igualmente representativos aparecieron en los días subsiguientes, y todos coincidieron en la significación de la compañía presentada por Chazarreta. Eduardo Zicari frente a la tangomanía de cabaret, consideraba que "pocos antecedentes existen en los anales coreográficos del teatro argentino que puedan rivalizar con el cuadro santiaguense, en expresión dramática y sentido poético". Julián Aguirre decía en *El Hogar* a modo de recomendación: "El perfume de argentinidad, el hálito de patria que se respira oyendo estas canciones del Norte de la República hace pensar en lo impostergable y necesario de su colección y selección". Gastón O. Talamón afirmaba en la revista *Música de América*: "La ciudad cosmopolita, que para los insensibles e intelectuales a medias, carece de unidad espiritual, ha vibrado con intensidad nunca vista, ante las danzas y los cantos nativos que le ofreció la excelente compañía que dirige el profesor Andrés A. Chazarreta". Raúl Doria agregaba en *Plus Ultra*: "En el abrumado ambiente, turbio de artificio, ha soplado una ráfaga fresca con susurro de follaje selvático y olor de flores montañosas". Y Juan E. Carulla consagraba desde las páginas de *Fray Mocho* a don Andrés Chazarreta como "precursor del nuevo arte nacionalista".

Todos los elogios respondían a un clima exultante, que contagiaba a Buenos Aires ante el acontecimiento, con unánime admiración. Llegó así el término de los cuatro días de actuaciones programadas en el Politeama, con tres funciones diarias, pues ya el secretario de la compañía Ernesto Vernazza, tenía combinado con el empresario Mauri su presentación en otras ciudades. En la función despedida recibió Chazarreta un gran homenaje junto a Patrocínio Díaz. Incontables ramos de flores cayeron al escenario en medio de los aplausos del público. La compañía entera se dirigió al palco ocupado por Ricardo Rojas entregándoselos agradecida, y el autor de "La Restauración Nacionalista", conmovido, ha-

bló con su exaltada emoción oratoria y patriótica para despedir a la embajada terruñera.

Hubo que prolongar las actuaciones por un mes y diez días ante este acontecimiento desusado. Por fin, terminado el ciclo porteño Chazarreta debutó el 17 de mayo en el Teatro Solís de Montevideo, y de esa presentación dijo *El Día* que "merece y debe ser vista como una expresión sincera del espíritu de la raza americana". (En "Juicios..." cit. págs. 55-111.)

De la vecina orilla volvieron con más laureles, y visitaron La Plata, Rosario, Santa Fe, Paraná y Córdoba con el mismo éxito. Finalmente regresaron a Santiago del Estero, donde recibieron un gran homenaje popular en la fiesta organizada en el Parque Aguirre el 23 de julio. Los doctores Federico E. Alvarez y Marcos J. Figueroa, dijeron entre otros oradores y poetas, la significación de la gira cumplida por Chazarreta y brindaron al músico, el aplauso pródigo de la tierra nativa.

Terminaba el año 1921. Tentado por el primer debut, volvía Chazarreta a Buenos Aires en el mes de diciembre para ofrecer 30 funciones en el Teatro Apolo, de la calle Corrientes 1380. La sala de los grandes estrenos de Nicolás Granada, Martín Coronado y Enrique García Velloso, fue



Patrocínio Díaz: la primera estrella de la canción folklórica. Consagrada en Buenos Aires hace medio siglo, ostentó el cetro de la canción hasta su retiro de la actividad artística en 1937.

de nuevo, escenario propicio a la exaltación de nuestra música y otros triunfos de Chazarreta.

La gran capital del sud, que había temblado emocionada en el transcurso de ese año por la muerte de Caruso y la consagración mundial de Jack Dempsey sobre el francés Georges Carpentier, tenía desde ahora un nuevo idolo, también nombrado desde extrañas latitudes como era la provincia santiagueña para el simplismo ciudadano. Junto al debut de Azucena Maizani en las tablas del Nacional con Padre Nuestro de Enrique Delfino y Alberto Vacarezza, o al estreno de La Copa del Olvido por José Ciccarelli, que ha de consagrar a los mismos autores al ser llevada al disco por Carlitos Gardel; se erigen temas igualmente representativos como Ausencia y Llorando mi desventura que calan hondo en la emoción popular al oírseles cantar a Patrocínio Díaz. Y si el tango había ganado definitivamente al centro, incorporado a los carnavales de ese año en la coqueta sala del Opera con la orquesta de Francisco Canaro, o del San Martín con la pujanza rítmica de Julio De Caro y los bandoneones de Pedro Maffia y Pedro Laurenz, también se puede afirmar que el folklore ha conquistado su lugar por obra de Chazarreta y su guitarra.

El pueblo reaccionaba de esa manera ante el aluvión de las jazz-band y sus fox-trots, shimmys, charleston y dixies, que entraban al país con la misma profusión que las películas de Rodolfo Valentino o Mary Pickford. Lo hacía conscientemente, pues la siembra cultural de un Rojas por un lado, y los fervores políticos del yrigoyenismo por el otro, predisponían a todos para vivir una hora nacionalista, orgullosa del espíritu propio, buceadora de nuestras tradiciones y sensible a cuanto afirmara la personalidad de un país donde estaban frescos los ecos de la Reforma Universitaria y de la actitud argentina en Ginebra, correlativos de esa misma y despierta conciencia. De ahí que la obra de Chazarreta estuviera madura para ser recibida triunfalmente y fuera receptada con pronta sagacidad por el público porteño, ya predispuesto a su comprensión y a brindarle su apoyo.

CHAZARRETA EN SU INICIACION

En la plenitud de sus recursos expresivos y de su capacidad artística, Andrés Chazarreta había triunfado, y con él, triunfaba el folklore nacional. Tenía entonces 45 años y desde dos décadas atrás estaba consagrado a la recopilación y búsqueda de temas nativos. Era el momento de consolidar, en adelante, esa conquista, sin olvidar toda la tarea pasada. Mas aún, afirmándose en ella para recoger la siembra de antaño.

Nacido en una vieja casona del barrio de La Merced, en Santiago del Estero, el 29 de mayo de 1876, se había criado en contacto con viejas tradiciones lugareñas alternando su juventud con frecuentes visitas a los campos cercanos donde residían parientes y amigos de quienes aprendía las costumbres y los bailes campesinos. Las fiestas del Carnaval, las serenatas nocturnas en la ciudad todavía colonial, los alegres fin de semana en La Vuelta de la Barranca, y las andanzas de muchacho guitarrero con las barras de la bohemia juvenil terminaron de darle maestría incomparable como ejecutante y organizador de orquestas apropiadas a cada ocasión. Paralelamente, realizaba estudios secundarios hasta egresar como maestro normal de la desaparecida Escuela Normal de Varones de Santiago del Estero en 1895, para iniciar en seguida una destacada carrera en la docencia lugareña.

Chazarreta realizó en aquellos años de fin del siglo, sus estudios musicales con el maestro italiano Octavio Esteban, y aprendió a ejecutar guitarra, piano, mandolín y bandurria. A consecuencia de ello, tuvo también alumnos particulares en esos instrumentos y nació allí su relación sentimental con una de sus jóvenes alumnas de guitarra, Anita Palumbo, a quien dedicó el primer fruto de su inspiración musical: una mazorca, "Anita", compuesta a fines de 1904. Curiosidades que siempre tiene la vida; contagio romántico de las modas musicales de su tiempo: el propulsor de nuestro folklore compuso como primera obra una muy europeizada mazorca en compás de tres por cuatro, y no una chacarera de esas que a diario improvisaba o recogía en los bailes aldeanos.

Se casaron. Aquel romance fructificó, realizándose la boda en 1906 e instalándose la nueva pareja en la casa de Mitre 127 donde vivieron siempre, convertida hoy en museo folklórico Andrés Chazarreta. A todo esto, el joven maestro había ascendido a inspector de Escuelas provinciales el año anterior, y las continuas giras a los establecimientos del interior despertaban en su alma nuevas experiencias e inspiraciones, al con-



La pareja de auténticos viejos santiagueños que presentaba Chazarreta en su compañía como una nota típica de su tiempo. La formaban Antonio Salvatierra "Antu Puncu" y Narcisa de Ledesma.

CUANDO EL FOLKLORE LLEGO A BUENOS AIRES

1906 - 25 de Agosto - 1956

BODAS DE ORO

DE LA

Zamba de Vargas

Baile Nacional

A mi amigo M. Moreno Saravia. A Chazarreta.

Introducción
Zamba con el Zulo (M. P. 188)

Plano

ZAMBA

Versión auténtica de la Zamba de Vargas, tomada por el profesor Andrés Chazarreta a los combatientes Ambrosio Salvatierra y José María Gauna. La hizo conocer por primera vez en una velada realizada en el "Teatro Cervantes" de Sgo. del Estero, en la noche del 25 de agosto de 1906. El programa apareció en el Nº 2.412 del diario "El Liberal" año VIII.

La Zamba de Vargas: una de las más famosas recopilaciones de temas nativos hecha por Chazarreta, en la edición aniversario de su medio siglo.

tacto con el variado y rico fenómeno folklórico que descubría en esos viajes a las escuelitas del campo.

Los medios de comunicación eran rústicos, los caminos sólo huellas polvorosas, las escuelas apenas unos ranchos perdidos en la inmensidad de los montes santiagueños. Había que recorrerlas a caballo, recurrir a baqueanos del campo para llegar a destino, dormir bajo la bóveda del cielo junto a las arrias de troperos o hacer noche en las estancias amigas. Así aprendía Chazarreta a conocer mejor al paisano, llegar a la intimidad de sus costumbres, diversiones y pesares. Entendía el quichua, necesario para comprender el habla popular en las zonas del río Salado al norte de la provincia, y esas vivencias le ayudaron a

desentrañar el sentido mitológico de algunas danzas y la sabiduría anónima de los refranes y creencias colectivas. Allí nació la idea de salvarlas, recogerlas y escribirlas antes que se perdieran en el menosprecio de una civilización extranjerizante que amenazaba barrer con todas las tradiciones del común, y cuya irrupción se hacía sentir aunque todavía débilmente, en las comunidades interiores como Santiago del Estero.

"En contacto con gente del campo, sentí la necesidad de que danzas y cantares de nuestra tierra no se pierdan. Conocí músicos y cantores del interior de mi provincia. Aprendí de ellos esas melodías, silvestres, puras..." recordaba Chazarreta años después. (Chazarreta Agustín A.: "El Etreño Juglar". Ed. Ricordi, Bs. As. 1965, pág. 31.) Y la tierra nativa le brindó generosamente el abundante material de sus primeros temas: en una estancia del departamento Figueroa conoció la leyenda de los amores del cuervo y la chuña cuya vieja historia epilógó en el baile del Pala-Pala; de Atamisqui aprendió la Media Caña o baile de los novios en una auténtica boda campestre, y los versos bilingües de El Salta Conejo y La Siquipura; en las celebraciones religiosas de Manogasta tomó El Marote o La Lorencita; del carnaval de Robles las vidalías celebratorias, y de viejos maestros o amigos en la misma capital santiagueña nutrió sus recreaciones coreográficas de El Cuando y los minués partidistas que venían de la época del caudillo y general Juan Felipe Ibarra, uno de los cuales, recogido como El Llanto de los Salvajes Unitarios fue transcrito por Chazarreta bajo el nombre de Minué Unitario. (Chazarreta... op. cit., págs. 40-46.)

La mayoría de estos temas se conservaban en la memoria popular desde antiquísima data, y sus orígenes así como sus verdaderos autores se han perdido. Han pasado al repositorio común de la sabiduría colectiva, transmitidos de generación en generación desde lejanos tiempos, y se cantan en forma espontánea en las reuniones campesinas y los acontecimientos de cada lugar. Voces improvisadas les dan entonación, remozan sus coplas, las traducen del quichua al castellano según su mayor o menor grado de cultura, y de ahí las toma Chazarreta con toda la espontaneidad de las cosas inmemoriales, tal como hubo de hacer Homero con las leyendas antiguas de la Hélade o nuestros antepasados hispánicos con los cantares de gesta y los viejos romances infantones. Del mismo fenómeno de transmigraciones culturales, transmisiones orales y sobrevivencias cotumbristas, es como se ha nutrido la personalidad espiritual de los grandes pueblos, admirados por muchos de los detractores de la obra folklórica de Andrés Chazarreta.

El siguió adelante sin amilanarse ante ninguna de las burlas incomprensivas que debió recibir, al verlo muchas veces, escuchar pacientemente a un viejo memorioso contar en su media lengua tal o cual versión de una zamba conocida; o escribir en su cuaderno de apuntes la letra quichua de una chacarera saladina; y hasta perder horas de su tiempo para convencer a una anciana sehalaca que le hiciera un giro sobre el patio de tierra para tomar la coreografía de una danza.

En esas músicas podían rastrear las epopeyas históricas de su pueblo, la evolución social y el paso de los diversos estadios indios a la civilización hispana, con fuertes dosis paganas y religiosas en el fondo anímico de esos trasvasamientos culturales. Y al rescatarlas del olvido iba redescubriendo el pasado para legarnos los ele-

mentos necesarios hoy, a los estudios antropológicos de nuestras sociedades primitivas.

En otros casos, se trataba de algo más simple pero igualmente grato al recuerdo y la evocación del pasado santiaguense. Anécdotas, hombres y episodios de su historial menudo y costumbrista que Chazarreta salvó del olvido para las generaciones actuales. En esa línea argumental pueden ubicarse páginas tan pintorescas como las zambas: *Carrito Verde*, evocadora de la existencia de un fatídico vehículo homónimo de la policía local, donde eran recogidos y transportados los ebrios que ambulaban por las calles los días festivos... *Esquina al campo* era la de una casa no muy santa de una típica esquina de extramuros, donde solían caer a la madrugada los noctámbulos y se daban cita con la música y las copas... *La lamparera* evoca los días en que gobernaba don Absalón Rojas, por 1885, y un personaje popular era en la ciudad la lamparera encargada de limpiar los faroles de kerosene que alumbraban las calles, a la cual muchas veces los chicuelos gritaban "lamparera, cola pelada..." (Chazarreta Agustín A.: "Tradiciones Santiaguenses". Bs. As. 1953, págs. 136-140.)

Todas ellas fueron recogidas por Chazarreta cuando aun se conservaba fresco el recuerdo de los temas descriptos. Algunas de estas páginas pertenecían al acervo común del folklore noruego, y las versiones tomadas por Chazarreta en Santiago del Estero o en sus giras regionales no impidieron su circulación con otros nombres y variantes rítmicas adaptadas por otros recopiladores. Así tuvimos *La Caspi Cuchara*, referida a la cuchara de palo que se usa para las comidas en los cuarteles militares; cantada también popularmente como *La del 19* por el Regimiento 19 de Infantería destinado en Santiago a comienzos de siglo, y que en Salta lleva la denominación de *La Artillera* debido a similares motivos aunque en distinta versión. Y en el mismo caso se halla *La López Pereyra*, en disputa judicial por sostener la prioridad en su registro de propiedad un autor salteño, pretendidamente anterior a Chazarreta.

Otras composiciones trasuntan un fondo histórico-político y documentan hombres y episodios importantes. Son verdaderos himnos de guerra, canciones partidistas, contrapuntos de admiración al caudillo, como las zambas *La Gorostia-guista* en honor del doctor Manuel Gorostia parlamentario y jefe de partido desde fines del siglo pasado; y *La Rojista* para exaltación del gobernador Absalón Rojas y su obra de gobernante y político. Con el mismo sentido épico-folklorico, Chazarreta recogió y escribió su versión de la popular *Zamba de Vargas*, motivo musical común a todo el noroeste y ligado a la batalla de Pozo de Vargas librada en 1867 entre las fuerzas nacionales de don Antonino Taboada y los revolucionarios federales del general Felipe Varela. *La Zamba de Vargas* en versión de Andrés Chazarreta, era una de las músicas más conocidas en Santiago del Estero y con ella estaba familiarizado el recopilador por los relatos de uno de sus tios, Manuel Antonio Chazarreta y de Ambrosio Salvatierra, combatientes en dicha batalla. Pero la música fue tomada de otro combatiente: don José María Gauna, abanderado de uno de los cuerpos de Taboada, inspirado músico de su tiempo, maestro, organista sacro y uno de los primeros compositores santiaguenses del siglo pasado, quien se la transmitió al joven docente en los días iniciales de su labor folklórica. (Ver: "Los Taboada", "Todo es Historia" N° 47, marzo de 1971; y "Pozo de Vargas: La Victoria de una

Zamba", "Todo es Historia" N° 48, abril de 1971, por Luis C. Alén Lascano donde se tratan en detalle estos episodios.)

Precisamente con esta zamba hará su debut público Chazarreta, en una velada folklórico-literaria. Estaba seguro del acierto de la obra realizada pero como ésta se hallaba aún inconclusa, era prematuro romper lanzas con temas poco difundidos. Por eso prefirió hacerlo con la *Zamba de Vargas* ya que estaba seguro del éxito de su interpretación, en un tema grato a todos los públicos y ampliamente difundido en su pueblo. De ese modo se estrenó Chazarreta, y estrenó la versión suya de la zamba, en el teatro Cervantes de Santiago del Estero, el 25 de agosto de 1906. La interpretó en solo de guitarra, sin letra pues todavía no había escrito los versos Domingo Lombardi y las versiones poéticas eran varias, y muchas, adversas al triunfo taboadista. Era en una función de beneficencia, a la que Chazarreta contribuyó presentando también un conjunto de sus discípulos en mandolín y guitarra, y la primera vez que hacía conocer algo de su obra recibía los aplausos entusiastas y las voces de aliento de sus amigos. Ya estaba lanzado a los caminos del arte.

LAS LUCHAS POR EL FOLKLORE

Después de aquella primera aparición en público como intérprete de piezas folklóricas, crecía en el espíritu de Chazarreta la idea de formar una compañía de danzas, cantares y música nativa para hacerla conocer en todas partes, y llegar a los ambientes cultos que aún ignoraban la riqueza de nuestro folklore. Maduró en él la convicción y firmeza de una auténtica y definitiva vocación, a la que habría de entregarle toda su vida hasta llegar a ser una figura verdaderamente patriarcal.

Seguía al mismo tiempo su recopilación de páginas y bailes nativos, y la organización de un conjunto criollo para llevar a los escenarios estos motivos populares. En el otoño de 1911 comenzó los ensayos finales en el patio de su casa, resuelto a presentar su espectáculo en una sala teatral de la capital santiaguense, y así nació la que luego sería primera Compañía de Arte Nativo del Norte Argentino, como fue denominada posteriormente. La integró con jóvenes alumnos y virtuosos del baile y el zapateo, cultores espontáneos y amigos suyos. Allí estaban sus viejos: Narcisca de Ledesma y Antonio Salvatierra, el conocido compositor y ejecutante del folklore Narciso Gómez, Nachi, y algunos músicos lugareños junto a figuras caracterizadas del ambiente artístico santiaguense que para entonces era activo e importante en los planos cultos de la ciudad, como los maestros Carlos Mossino, y Victor Lo Bianco, en calidad de integrantes de la orquesta. A todos los había probado en la animación de reuniones familiares o celebraciones de índole patriótico y escolar, ahora les tocaba demostrar la pujanza del folklore en público y encarar la obra como una empresa definitiva.

En ese momento latía en su ciudad natal una intensa vida artística y cultural. En el terreno de la música se iniciaba el maestro Manuel Gómez Carrillo siete años menor que Chazarreta, quien formaba una orquesta de ocho profesores para interpretar el repertorio de época pero también algunas páginas nativas, ya encaminado su director, a estudiar y enaltecer el folklore. En los grupos literarios proliferaban los versos de Guillermo Carabajal, Mateo Olmos y Marcos Figueroa; las inquietudes renovadoras de Alejandro

CUANDO EL FOLKLORE LLEGO A BUENOS AIRES

Gancedo y Carlos Schaefer Gallo; las representaciones de elencos vocacionales con las niñas de las mejores familias que lo mismo interpretan un pasaje de "El Cid" o arremeten a toda voz en "La Verbena de la Paloma". El biógrafo se ha hecho presente, cargado de expectativas y augurios, en las funciones del "Pasatiempo del Aguila" donde un plano acompaña esas primeras exhibiciones cinematográficas. Don Pablo Mazure un francés emprendedor, explota este tipo de espectáculos confitería y café-concert, en suplantación del antiguo Teatro Ollantay único sitio accesible a la gente decente de fines del siglo.

Pero el gran acontecimiento lo constituyó la inauguración del Teatro 25 de Mayo, construido por el gobierno provincial para conmemorar el centenario de la Revolución de Mayo. Un magnífico coliseo digno de las mejores capitales y cuya inauguración había sido el motivo central de las inolvidables fiestas de 1910, con una compañía lírica de la Scala de Milán dirigida por el Cav. Gino Golisciani y la soprano dramática Celestina Boninsegna, Tita Alasia, Luggia Collazza, el bajo Bellantoni y otras celebridades de esa época. Las notas marciales de Aida, o Il Trovatore, los dramas del Pagliacci, aun resonaban en los santiagueños, orgullosos de poder gustar semejantes exquisitos del arte lírico en una sala de gran categoría.

También para Chazarreta constituía la mayor ambición presentar sus cantores y bailarines en el nuevo y magnífico Teatro 25 de Mayo. Una vez terminados los ensayos y aun cuando no contara con los fondos necesarios para emprender una empresa mayor, solicitó a las autoridades se le concediera el teatro para debutar con su compañía el 19 de junio de 1911. Las primeras funciones serían de abono, como se acostumbraba entonces, y después de actuar allí, se proponía iniciar una gira por provincias vecinas para hacer conocer nuestro folklore.

La insólita pretensión no solo causó sorpresa, sino la inmediata reacción oficial. Poco antes del día señalado, el gobierno hizo conocer su negativa a la solicitud de Chazarreta por cuanto, "dicho coliseo está destinado para que actúen las compañías de primer orden solamente". (Juicios... cit., pág. 16.) No podía esperarse otra cosa en el ambiente social y cultural de esos años, para el cual hablar de folklore o nativismo era casi un ultraje plebeyo contra las selectas expresiones del arte europeo al que rendían culto. Y un teatro hecho para las clases elevadas no podía mostrar desde su escenario, las rústicas botas de los paisanos santiagueños en sus bailes campesinos.

Sin desánimo Chazarreta buscó otra sala para su debut. Y cuando parecían cerrársele todos los caminos en su propia ciudad natal, un francés, el propietario del "Pasatiempo del Aguila" don Pablo Mazure, le abrió las puertas de su local con mayor visión que la demostrada por autoridades y comprovincianos, con respecto al porvenir del arte folklórico. En su modesto salón de cine-confitería y variedades, había actuado poco antes el gran trágico español José Tallavi en una de sus grandes creaciones, "Los Espectros" de Ibsen, con la compañía teatral entre cuyos integrantes traía su angustiada bohemia la joven Alfonsina Storni. (Amaya María del Carmen L. de: "Andrés Chazarreta y nuestro folklore". Ed. Huemul, Bs. As. 1967, pág. 78.)

TODO ES HISTORIA Nº 56

Santiago del Estero conocía ya algunas danzas argentinas, el pericón y los gatos ballados que figuraban en los repertorios circenses. El Juan Moreira representado en el Circo Raffeto, y los fin de fiesta del Circo Queirolo que debutaran no hacía mucho, las llevaban entre sus números. Pero lo que Chazarreta se proponía mostrar era otra cosa, e impresionado por la actuación de una compañía mexicana de música popular, de paso por Santiago, el incentivo le hizo pensar "que igual cosa se podría realizar llevando al escenario nuestro canto, y en general nuestro arte nativo. El punto de partida fue una zamba, la de Vargas, luego una chacarera, después un gato..." (Amaya: op. cit., pág. 76.) Ahora estaba lanzado y esperaba impaciente el debut.

En la noche del sábado 15 de junio de 1911 tuvo lugar el esperado acontecimiento. Y al alzarse el telón, apareció por vez primera aquel rancho santiagueño que daba a un auténtico patio criollo sobre un fondo de salitral bordeado de árboles frondosos y cactus en flor, el cual iba a ser desde entonces característico de la compañía de Chazarreta, con todo su conjunto de cantores, bailarines y músicos en las actitudes frecuentes del paisanaje. Arrancó la orquesta con su Zamba de Vargas, al compás del arpa bailóse La Firmeza, dos parejas lo hicieron con la chacarera Mañana de Mañanita, y después El Sombrerito, La Media Caña, La Firmeza... Un público desbordante de entusiasmo consagró con su aplauso y frecuentes pedidos de repetición aquella muestra primeriza de las expresiones telúricas.

Así lo atestiguan los comentarios de la prensa local, a través de las notas de El Liberal, El Siglo, o El Porvenir, que en los días siguientes consagraron nutrida información al éxito del debut. Nadie recordó las dos vistas de biógrafo exhibidas como complemento de la función. Por el contrario, señalaron complacidos su éxito, cuando todos eran augures del fracaso, y al lleno completo del local, le dieron la significación del que "en las más solemnes funciones de ópera suele concurrir al 25 de Mayo". Otro crítico hizo notar lo novedoso de algunos bailes pues "entre todo el público no había cinco personas que los conocieran". Y eso, en la propia cuna del folklore, donde las notas quejumbrosas del arpa "parecían remediar la música de la selva"; y estaban ahí cerca los originales autóctonos de la obra recopilada por Chazarreta y trasplantada al escenario. A tanto se había llegado en la despersonalización del espíritu argentino, en la indiferencia hacia los valores propios y en la sumisión a los gustos europeos, que aquello ocurría en Santiago del Estero, El País de la Selva de los mitos y leyendas, la más antigua y mediterránea tierra de la patria.

Cómo no valorar entonces la proeza de Andrés Chazarreta en aquellos tiempos, anticipo de la conquista emprendida 10 años después sobre Buenos Aires, si en su Santiago natal pasaban esas cosas... Grande fue su triunfo por ello, en la noche del 15 de junio de 1911. Significativo de una lucha que recién comenzaba, y bien venido para el país cuando más hacía falta recuperar por los caminos del arte y la emoción, el alma nacional.

EL FOLKLORE GANA LA PATRIA

Para los entusiasmos de Chazarreta, el debut santiagueño solo era el primer paso de un largo y definitivo camino. La nueva presentación se hizo en Tucumán el 1º de agosto, en el Teatro Belgrano, y de ella recordaría después su mismo

protagonista: "La primera fue con la asistencia de un público numeroso, y al querer dar la segunda, se me presentó el empresario manifestándome que por orden del intendente municipal se me cerraban las puertas del local, porque consideraba indecoroso que las botas sucias de mis paisanos pisaran las tablas de un teatro adonde asistía lo más aristocrático de la sociedad. La orden se cumplió. Quedé para arreglar judicialmente daños y perjuicios y no tuve éxito. Para colmo, cuando tomé el tren de regreso, un grupo de jóvenes me despedía con una silbatina". (Chazarreta Agustín: "El Eterno Juglar", cit., pág. 51.)

Eran los sinsabores propios de todo precursor. Sin embargo no lo amilanaron, trató de insistir ofreciendo su compañía para actuar en Jujuy, y allí tampoco tuvo éxito. Había que volver al terruño y esperar tiempos mejores, que estaba seguro no tardarían en llegar pues tenía la certeza del valor de su obra.

Disciplinó sus artistas, recogió nuevos temas en la campaña santiagueña, compuso obras propias. En la madrugada de un domingo de carnaval, en los festejos de 1913, estrenó en el patio de su casa donde se celebraban los corsos tradicionales de la calle Mitre, el vals *Santiago del Estero*. Lo ejecutó su orquesta, brindándose con champagne y bailándolo todos al compás de esas notas emotivas y románticas, que pronto ganarían celebridad. Era el prelude de páginas bellas y armoniosas que nos ha dejado. Con singular sentido de confraternidad argentina se propuso honrar

a cada una de las provincias, y en la senda del vals *Santiago del Estero*, escribió 16 vales dedicados a cada una de las provincias de ese entonces, hasta cuando se incorporaron al concierto autónomo del país, en sus últimos años, La Pampa y Chaco.

En 1914 actúa Chazarreta con su compañía en una gran fiesta ofrecida por el gobierno y el pueblo santiagueño a Leopoldo Lugones, quien visita la ciudad de sus mayores. A su pedido vuelve, en una función privada, a repetir esta actuación que impresiona vivamente al poeta y le inspira un notable estudio sobre "La Música Popular en la Argentina" publicado por "La Revue Sudamericaine" de París en mayo del mismo año, reproducido en el libro "El Payador" de 1916.

Con motivo de los festejos del centenario de la independencia, aparece el primer *Album Musical Santiagueño* de Andrés Chazarreta en 1916, con 29 composiciones que constituyen también, la primera obra orgánica de nuestra música folklórica. El crítico Juan Carlos del Glúdice habrá de dedicarle un exhaustivo análisis en la revista "Comentario" de Buenos Aires y afirmar al concluir: "El gobierno que envía a Europa becados en busca de civilización, puede adquirir antes, la poca que queda en casa de los tiempos pasados, encomendando a este recolector sincero y honesto, ejerza tal actividad en todo el suelo de la República. Tendría esto un valor histórico, científico y artístico, que lamentaremos luego no ha-



Listos para el contrapunto de malambo, los bailarines santiagueños que acompañaron a Chazarreta en sus giras de 1925. De izquierda a derecha: el "Mocho" Juárez, Luis Colazanti, Luis Luna y Enrique Suárez, antes de salir al escenario.

CUANDO EL FOLKLORE LLEGO A BUENOS AIRES

ber sabido conservar". (En: "Juicios..." cit., pág. 40.)

Por fin pensaría Chazarreta, se valoraba su obra y horizontes mejores aparecían en su vida! En confirmación de ese reconocimiento, el gobernador de Tucumán doctor Ernesto E. Padilla lo invitó oficialmente a actuar en esa provincia, donde ahora sí, tuvo un verdadero triunfo y un coro gigantesco de niños cantó para los festejos patrios su estilo "La Ramera Tucumana" al que pone versos la poetiza Amalia Prebisch de Plossek. Era casi un desagravio, capaz de tentarlo a emprender riesgos mayores... y así lo hizo.

Se vino a Buenos Aires decidido a conquistar la gran capital. Escritores y artistas lo reciben y tratan de hallar una sala para presentarlo. Su gran amigo Ricardo Rojas (quien más tarde escribe los versos para una de sus vidalás) reproduce algunos de sus temas nativos como símbolos de la Poesía Lírica de Nuestros Campos, en el primer tomo de Los Gauchescos con que inicia la publicación de la monumental "Historia de la Literatura Argentina" en 1917. La Asociación de Residentes Santiagueños organiza un concierto de Chazarreta en el salón "La Argentina" el 25 de abril, sobre la base de piezas de su Album Musical. Y otro noble amigo, el doctor Mario Bravo, diputado nacional por el Partido Socialista, le auspicia un recital para periodistas en el Círculo de la Prensa y hace publicar una nota laudatoria en La Vanguardia del 1º de mayo de 1917, donde reproduce dos páginas: Mañana de Mañana y La Flor del Aire, anunciando que "dentro de poco tiempo se presentará en uno de los teatros de esta capital con su compañía típica". (En: "Juicios..." cit., pág. 27.)

Sin embargo, el triunfo le fue esquivo. Ni halló empresario que se entusiasmara ante sus proyectos, ni teatro accesible a su compañía. El debut porteño de Andrés Chazarreta debía postergarse y con la amargura de este nuevo sinsabor volverse a su provincia. Su hijo Agustín escribe de aquellos días: "Maestro por vocación, se dedica a la enseñanza de las danzas nativas a los niños, y con un grupo seleccionado forma un Conjunto Infantil en el año 1918. Con el mismo realiza representaciones en los teatros «25 de Mayo» y «Alberdi» de Santiago del Estero y Tucumán, respectivamente". (Chazarreta Agustín: op. cit., pág. 52.)

No se amilana ante los contratiempos. Con mayor seguridad y confianza espera su hora. Publica en 1920 su segundo Album de Música Nativa, como homenaje al centenario de la autonomía santiagueña, con 25 nuevos temas, y los elogios al mismo le confirman la seguridad de sus valores artísticos. En esa tarea, no escatimará nunca esfuerzos y hasta antes de su muerte no habrá de interrumpir la publicación de sus álbumes, editándose 11 de ellos. Hay ahora una conciencia nacional favorable al folklore y no está solo en la batalla. El Consejo de Educación de Tucumán ha adoptado para sus escuelas algunas canciones de Chazarreta, y su Universidad Nacional publica una recopilación de música nativa encomendada a Manuel Gómez Carrillo donde figura otra versión santiagueña de la Zamba de Vargas con las demás piezas encomiablemente rescatadas. Alberto Williams, Martiniano Leguizamón, Nocera Nieto, Juan Alfonso Carrizo y otros valores intelectuales, prologan en ese momento los estudios iniciados por Ventura Lynch



Don Andrés Chazarreta en los años 30, posa en el escenario al lado del mortero ubicado junto al rancho de su patio criollo con otra de sus famosas cancionistas: Juanita Gilardi.

y Arturo Berutti el siglo anterior. Hay un gran interés por los estudios históricos, costumbristas y folklóricos: lo prueba el éxito del mismo Gómez Carrillo al disertar sobre los tesoros musicales nativistas en el Instituto Popular de Conferencias de Buenos Aires, el 18 de setiembre de 1920. Esa conciencia nacional despierta y altiva, proyecta a la República a una nueva dimensión política. El pueblo es ahora protagonista de la vida argentina, y su veredicto es el único consagratorio en el país. Gobierna Hipólito Yrigoyen.

Nada de esto escapa al ojo avizor de Chazarreta, y rápidamente reorganiza su compañía para emprender nuevas giras. En un golpe de intuición incorpora a ella una joven cantante: Patrocínio Díaz. En el año 1914 se había presentado como una precoz lírica en el Teatro 25 de Mayo para competir por una beca a Italia con Nievela Taboada. Luego intervino en representaciones de aficionados, e hizo papeles en Caballería Rusticana o La Traviata, que representaban los jóvenes de sociedad en el coliseo santiagueño. Porque la humilde Patrocínio, adoptada por un matrimonio español don Juan Santaella y su esposa doña Mariquita cultivaba con devoción el difícil arte del canto operístico, hasta que Chazarreta descubrió años después sus condiciones para la canción popular y la tomó bajo su dirección. Ahora iba a ser la gran estrella de su compañía.

Ya todo montado se inició la gira por las provincias del norte. Y allí se produjo el encuentro con don Juan Mauri, quien valoró los propósitos de Chazarreta y decidió afrontar los gastos que demandaba una presentación en Buenos Aires. El

empresario estaba tan seguro del triunfo, como el maestro. Todo fue proponérselo y ambas voluntades se conjugaron tras idéntico objetivo. Volvió la compañía a Santiago para ensayar durante todo el verano de 1921, y al terminar febrero estaba lista para marchar a la Capital Federal. El milagro se había producido; la sala del Politeama los esperaba para el debut.

LA OBRA POSTERIOR

Consolidada por sus grandes presentaciones públicas en Buenos Aires, la obra de Andrés Chazarreta conoció desde entonces los halagos del éxito, aunque asimismo, muchas veces recibió las negaciones de la crítica. Pero sus trabajos artísticos ya no se detendrían: las giras con su compañía abarcarían toda la República; los escenarios fastuosos o pequeños de innumerables ciudades de uno a otro extremo del país, le brindarían el aplauso entusiasta de los más diversos públicos. Y al cabo de toda una vida dedicada al folklore argentino, pudo anotar en su balance la realización de 480 piezas en su registro de autor y recopilador; 250 grabaciones de discos como artista del sello R. C. A. Víctor desde 1929 a 1959 cuando se editó su último long-play; y 50 años de actuaciones teatrales hasta su despedida en el Teatro Casino de Buenos Aires en octubre de 1956.

Fue siempre un metódico organizador de sus trabajos y sus obras. Estudiaba y ensayaba con ahínco, hasta lograr el punto deseado en la ejecución de una música. Tuvo conciencia del espíritu de cada época, en su larga vida artística, y sin perder de vista los elementos tradicionales adaptó sus actuaciones a las preferencias y estilos del momento porque sabía captar y ubicarse en los gustos populares. Lo demostró con las sucesivas reorganizaciones de su orquesta, de acuerdo a la evolución de los elementos y su mejor adecuación rítmica. Lo ejemplifica su idea de incorporar el bandoneón a los conjuntos folklóricos, después de 1930, en reemplazo del arpa cuyos ejecutantes más notables desaparecieron, y que constituía un instrumento de difícil traslado.

Otro tanto ocurrió con la selección de sus cancionistas, pues ellas le daban vida, emoción y personalidad a cada tema. La bella morocha Patrocino Díaz perteneció a la compañía de Chazarreta hasta 1925, año en que convertida en la figura más popular del cancionero folklórico se lanzó a nuevos triunfos como solista, y actuó siempre ostentando el cetro de la canción en discos, radios y teatros durante más de 15 años, ya casada con el empresario Juan Mauri pero siempre en amistosa vinculación con Chazarreta. Para cubrir ese vacío preparó otro de sus magníficos descubrimientos: Elenita Móttola, joven santiagueña con proverbial disposición para el canto y la música que actuó entre 1925 y 1929. La reemplazó Juanita Gilardi, desde ese año a 1934, y ella, tanto como las demás intérpretes de sus temas, fueron siempre lo mejor del medio, figuras expresivas y auténticas de la canción nativa.

Puede decirse lo mismo de su devoción docente por la niñez. Avizoró en ella a la gran generación continuadora y afirmadora del folklore. No escatimó fuerzas para preparar a sus compañías infantiles, disciplinadas y enseñadas por Chazarreta desde 1934; con una de las cuales se presentó en Buenos Aires en 1937 becado por el gobierno nacional para ofrecer espectáculos gratuitos a más de 100.000 niños de la metrópoli, y pasar después a Córdoba y Tucumán. Muchos fueron los valores allí formados, entre otros los

célebres Marcelo y Víctor Abalos, los cuales junto a sus hermanos aun actúan exitosamente.

Tuvo también largas y buenas temporadas radiales, especialmente a partir de 1937 por las radios del Estado, Belgrano, Mundo y Stentor, en la última de las cuales animó en 1943 un ciclo escrito por su amigo y comprovinciano Homero Manzi. Aprovechó el medio magnífico de la novísima comunicación social para transmitir su arte a todos los públicos del país, con los mismos entusiasmos que le llevaron a fundar en Buenos Aires —el 10 de abril de 1941— el Instituto del Folklore y la Escuela de Danzas Nativas cuya sede estaba en la casa de música Romero y Fernández, en Bartolomé Mitre al 900. Contó para ello con la compañía de sus hijas Ana Mercedes, su mejor discípula y concertista de guitarra que estudió con Andrés Segovia; Josefina y Andrea, y de su hijo Agustín, quienes vivieron en filial dedicación al padre y maestro.

Participó así, de las preocupaciones de su época y sin pretender asumir posturas heroicas ni revolucionarias, tuvo a su manera, un compromiso con su pueblo y al cumplirlo dio testimonio de su vocación argentinista, simple e incomplicada. En Santiago del Estero no dejó de participar en múltiples expresiones de la vida provinciana. Perteneció al grupo fundador del Círculo Católico de Obreros en 1897, reunido a instancias del P. Federico Grotte; de la Liga del Magisterio, sociedad gremial creada en 1912; de la Agrupación Amigos del Arte en 1930, y de muchas otras entidades culturales, artísticas, sociales, y religiosas, pues era de un acendrado catolicismo.

Podrán ser criticados hoy, muchos aspectos de su obra folklórica. Ciertamente ha sido inclusive llevada a los estrados judiciales, alguna composición registrada por Chazarreta y pretendida por otro autor. Alguien pudo pensar en forma irónica que tomó todo lo encontrado a su paso y le puso nombre propio. Un gracioso le llamó el Canaro del folklore, por esa y otras menudencias. No faltan tampoco doctos sociólogos encargados de desmenuzar motivaciones psicológicas o políticas en tal o cual pieza musical. Nada de eso ha podido destruirlo. Se le ha objetado no ser representativo del país todo, el regionalismo santiagueño de sus temas, la escasa diversidad de algunos ritmos. Todo eso es materia de cenáculos, divagaciones intrascendentes que nunca lograrán derribar su memoria de los afectos populares, ni evitar el silbo callejero de una de sus zambas, o la ejecución imprescindible de su música en cuanta audición folklórica exista en el país.

Porque Andrés Chazarreta, como los grandes ídolos, compositores y artistas de todos los tiempos, vivió y escribió para su pueblo; de él tomó la inspiración y los motivos de sus obras, a él le brindó la mística de sus danzas y cantares, y de él recibió la adhesión permanente que solo se otorga, de una vez para siempre, a los auténticos consagrados. Por eso hubo dolor de multitudes, crespones en los ponchos y las guitarras en la hora de su muerte poco antes de la medianoche del 24 de abril de 1960.

Ya había muerto días antes, su esposa y compañera. La desaparición de Anita Palumbo el 28 de marzo de 1960, terminó de minar sus pocas fuerzas. Y así como había vivido, unido en fidelidad y amor, la siguió en el tránsito, rodeado de la veneración santiagueña. Nada contuvo la emoción de las coplas y el llanto vidalero por aquella muerte del viejo patriarca. Justo es entonces recordarlo ahora, cuando medio siglo nos separa de la gran empresa que emprendiera en 1921: la conquista de Buenos Aires para llevar en triunfo nuestro folklore por todo el país cosmopolita. ♦



MUSEO DE MOTIVOS
POPULARES ARGENTINOS

MARTIN FIERRO

EL GAUCHO FUE EL HEROE Y EL CIVILIZADOR DE LA PAMPA. LA CONQUISTA ESPAÑOLA FRACASO EN ESTE MAR DE HIERBA. EN ESTA LLANURA SOLITARIA.

LOS ESPAÑOLES HABIAN CIVILIZADO LAS MONTANAS, LAS SELVAS. SOLAMENTE CON LA PAMPA NO PUDO LA CONQUISTA. SOLO CONSIGUIO QUE LA SALVAJEZ DEL INDIO SE VOLVIERA BELIGERANCIA EN FORMA DE INVASION: LOS MALONES.

TODO CUANTO ES ORIGEN PROPIAMENTE NACIONAL VIENE DEL GAUCHO, SIN OLVIDAR QUE AL EXTERMINAR AL INDIO SUPRIMIO LA BARBARIE.

LA CIVILIZACION HA SIDO CRUEL CON EL, POSPUERTO AL INMIGRANTE FUE PARIJA EN SU TIERRA. SUS DOMINADORES OLVIDARON QUE EL GAUCHO QUERIA GOZAR DE LA VIDA ALLI DONDE HABIA NACIDO. EDUCARSE EN EL AMOR A LA PATRIA QUE FUN. DARA.

LE TOCO EL PESO MAS ANGUSTIOSO, HACER LA PATRIA Y SOBRELLEVAR LA INJUSTICIA. ACEPTO SU DERROTA CON EL RESERVADO PESIMISMO DE LA ALTIVEZ. AHOGO SU GEMIDO EN CANCIONÉS MELANCOLICAS QUE ES. LA MANSEDUMBRE DE LA PASION...

MARTIN FIERRO ES EL POSTRER CABALLERO ANDANTE. EL ENCANTO DE LA VIDA CONSISTE PARA NUESTRO PALADIN, COMO PARA EL CAMPEADOR DE ESPANA, EN EL GOCE DE LA LIBERTAD. EL AMOR ES PARA EL UNA EXPRESION AUSTERA Y TRAGICA. ES UNA FUENTE DE DOLOR.

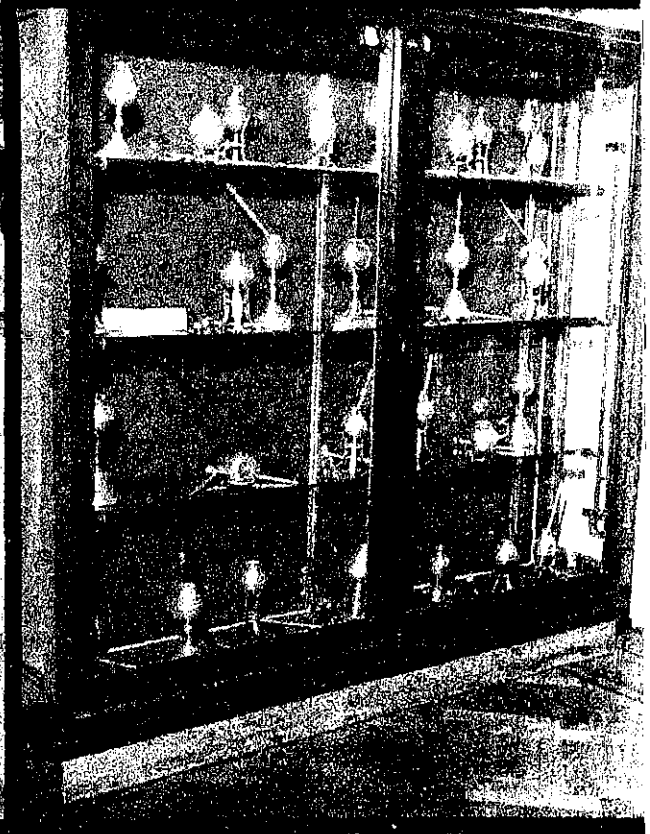
EL GAUCHO HA MUERTO BIEN. ERA UN HOMBRE.

LEOPOLDO LUGONES





La pulperia con su elemento infaltable: la guitarra. (Abajo) El mate, compañero del gaucho en todas sus andanzas.



En Avenida del Libertador 2373, hay una casa dedicada a recordarnos nuestro pasado gauchesco. Félix Bunge legó el edificio con la condición expresa de que su destino fuera un museo de motivos populares. En 1937 la Municipalidad de Buenos Aires aceptó la donación y después de once años de prolijo acopio de materiales, se libró a la vista del público.

Un gallito rojo, mañanero y madrugador, nos indica la entrada.

Dentro de las colecciones se encuentra una espléndida platería criolla que corresponde, principalmente, a las prendas de lujo del gaucho. La mayoría de sus piezas pertenecieron a Carlos G. Daws, criollo de ley, nieto de un inglés y de doña Tránsito Córdoba, de vieja estirpe provinciana. El señor Daws fue formando, a partir de 1838, su colección de mates y prendas usadas por el gaucho en las campañas bonaerenses y entrerrianas. Este modesto empleado del ferrocarril del Oeste convirtió su casa particular en un verdadero museo y sus piezas fueron motivo de consulta entre historiógrafos, escritores, pintores, tradicionalistas y escenógrafos de su época.

Años más tarde la sucesión Carlos G. Daws, vendió a la Municipalidad de Buenos Aires, cuatro mil y tantas piezas integradas por platería, hierro, cuero, madera, fotos y cuadros sobre los usos y costumbres gauchescas.

FRANQUEANDO LA TRANQUERA

Nos recibe su directora María Della Millán de Palavecino, estudiosa, desde muy joven, de la historia americana. Dedicada, especialmente, a la evolución del tejido y su relación frente a la sociedad demandante, que ha hecho infinidad de viajes a los centros artesanales del interior del país para interesarse en grupos indígenas y su culturación con grupos criollos. La señora de Palavecino está adscripta al Instituto de Antropología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y en tres ocasiones ha recibido premios nacionales. Además, desde 1932, nos ha representado en innumerables Congresos Interamericanos de Etnografía.

El señor Minuto es nuestro acompañante en la recorrida hacia nuestro origen y el encargado de sumergirnos en el culto tradicional a través de 18 salas, 2 pabellones, un patio con su correspondiente aljibe y un pequeño árbol de gran belleza (espinillo de botón de oro), y una biblioteca de cuatro mil quinientos volúmenes de historia folklórica americana que posee las ediciones "principes" de "Martín Fierro" editada en 1872 y "La Vuelta de Martín Fierro" de 1879, además de sus traducciones a doce idiomas: alemán, árabe, armenio, catalán, checo, francés, guaraní, hebreo, húngaro, inglés, italiano y rumano.

Al conocer la vallosa platería colonial para uso doméstico: jarras, marcos de espejos, cuchillos, mates, bombillas, yesqueros, vasos, vienen a mi memoria aquellos versos "...tuve en mi pago en un tiempo, hijos, hacienda y mujer...".

En ese viaje al pasado, aprendemos que los "chifles" y "chambaos" están hechos de los cuernos del ganado y que son ablandados con agua caliente para ser tallados y agregarles un escudo o el nombre del dueño. Algunos tienen el cuello y la base de plata. Estos elementos eran usados por los gauchos para los viajes largos a manera de cantimplora (chifle) o jarro (chambao).

Más adelante descubrimos una vitrina que luce cuchillos, facones y dagas con empuñaduras y vainas de plata con punzón (marca de plateros de fama que hace más valiosa la pieza) y nos enteramos que se llama cuchillo hasta los 36 centímetros de largo y que a partir de esa medida es el facón o la daga.

A LA PAZ DEL FOGON

Los tiempos de la pampa feliz están reflejados en la platería del equipo caballo-jinete, él representa la época del apogeo de nuestro nativo, cuando el gaucho se sentía libre montando en su caballo al que adorna lujosamente para demostrarle su afecto.

La platería gauchesca entrerriana se descubre porque es más trabajada (algo barroca) de influencia rioplatense que se remonta al Brasil. Se diferencia de la porteña o bonaerense porque su cincelado es liso o a flor de agua.

El "tirador" es una de las piezas más notables dentro de las "pilchas" del gaucho rico. Su forma se parece a un chaleco con bolsillo y cinturón (rastra) confeccionado en cuero de distintos animales o terciopelo bordado con incrustaciones de patacones (antigua moneda española) unido a los extremos por un rosetón también de monedas de plata.

—Los plateros cinceladores de esa época competían con los mejores de Europa —nos dice el señor Minuto.

De los aperos hechos de plata se destacan los "estribos" cincelados en ese precioso material y que adquieren distintas formas según la zona originaria. Otro elemento importante son las "riendas" de plata y cuero, las "maneas" usadas con la intención de trabarle las patas al caballo para evitar que salga al galope asustado por algún ruido raro, mientras esperaba a su dueño, y el "freno con coscoja", especie de ruedita que se coloca dentro de la boca del animal para que al correr le produzca saliva y evite el cansancio cuando debía hacer grandes distancias (sistema del chiclets).

LOS INGLESES Y LA TRADICION

Emeric Essex Vidal fue un pintor inglés que llegó a Buenos Aires antes de 1816 y que alrededor de 1820 publica en Londres sus grabados en acuarela que captan magistralmente las costumbres argentinas de esa época. El museo luce en sus paredes las primeras planchas. Recordamos algunas, "A Horçe Race" (carrera de caballos), "Fishing" (pescando en el Río de la Plata), "Fort" (lavanderas con palo y jabón), "Balling Ostriches" (boleando avestruces), "A

country public house y travellers" (una pulpería y un jinete bebiendo de un chambao).

Bacle es otro inglés que con extraordinaria sensibilidad deja estampada en sus litografías a la vendedora de empanadas, al farolero, al aguatero, al panadero y al vendedor de velas de nuestra época colonial.

Esto nos demuestra que entre los ingleses no sólo hay invasores; también hay artistas que nos han dejado documentos de gran belleza estética.

ENTRE MATES, BOMBILLAS Y YERBERAS

Toda la historia del mate se puede resumir en la sala que muestra una asombrosa colección. Los hay peruanos, chilenos, japoneses, brasileños, riojanos, cordobeses, entrerrianos. Uno con punzón de Florencia, otro de París y un tercero de San Francisco do Soul, cerca de Porto Alegre. También vemos uno alemán de porcelana. Vemos mates federales (chatos) y con rabito. Observamos bombillas raras, todas son de plata, algunas con cañitos para enfriar el mate, o con cadenitas para no perderla y el mate de los novios con dos bombillas.

Nos enteramos que los primitivos eran hechos de alfarería y las bombillas de paja tejida y que los de calabaza tienen formas caprichosas porque cuando están en la planta se los ata. Dentro de la colección no faltan los de asta o guampa. Si será importante el mate que el viejo Viscacha "...mató a su mujer porque le dio un mate frío...".

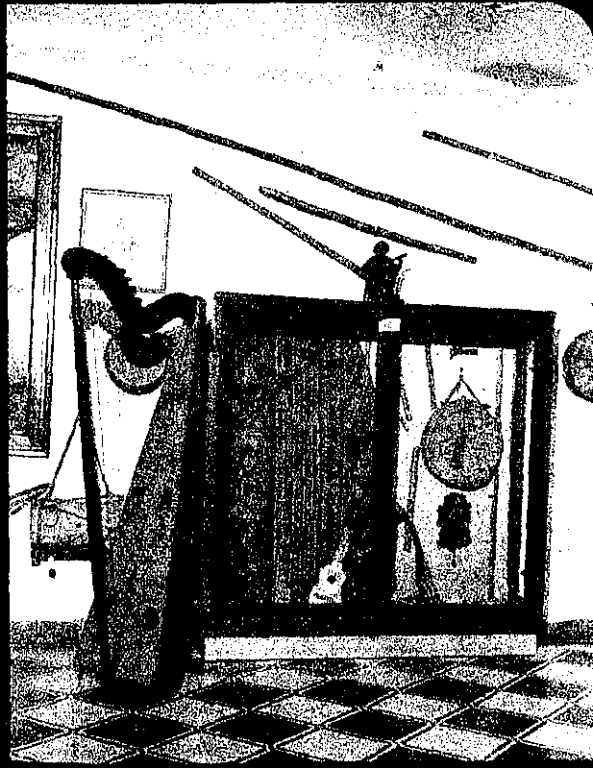
Llegamos a la sala de música donde un erke adosado a la pared nos muestra sus 7 metros de largo hecho de cañas ahuecadas envueltas en tela con una bocina de cuerno o metal en un extremo, que se usaba en festividades religiosas y patrias. Está presente un charango de caparazón de mulita. Quenas, cajas challeras, bombos, guitarras que pertenecieron a Vázquez y Villoldo, famosos payadores porteños.

Un requinto (guitarra de 12 cuerdas) usado en Corrientes, Paraguay y algunas repúblicas centroamericanas. Un arpa correntina y otra santiagueña. Violines pertenecientes a los indios "Chané". Un fonógrafo Edison con cilindros de cera donde se grababa, y un cornetín que se usaba alrededor de 1890 para anunciar al regimiento la llegada de los malones con anticipación.

Con la del estribo nos acercamos a la pulpería, especie de almacén de ramos generales, de posta y descanso del viajero. Tomada de un libro de Palliere, el museo ha representado este lugar, con todos los elementos de la época. Vemos botas de potro, candiles, morteros, moldes para hacer velas, porrones de ginebra y de cerveza.

Me alejo del museo llevando la imagen del nido del hornero, pájaro típicamente argentino que construye su nido de manera tal que no pueden con él, ni el viento ni los temporales, y que no acepta que un pájaro ajeno entre en su casa. Lindo símbolo ¿no le parece?

Lucrecia Cuccia Orrego

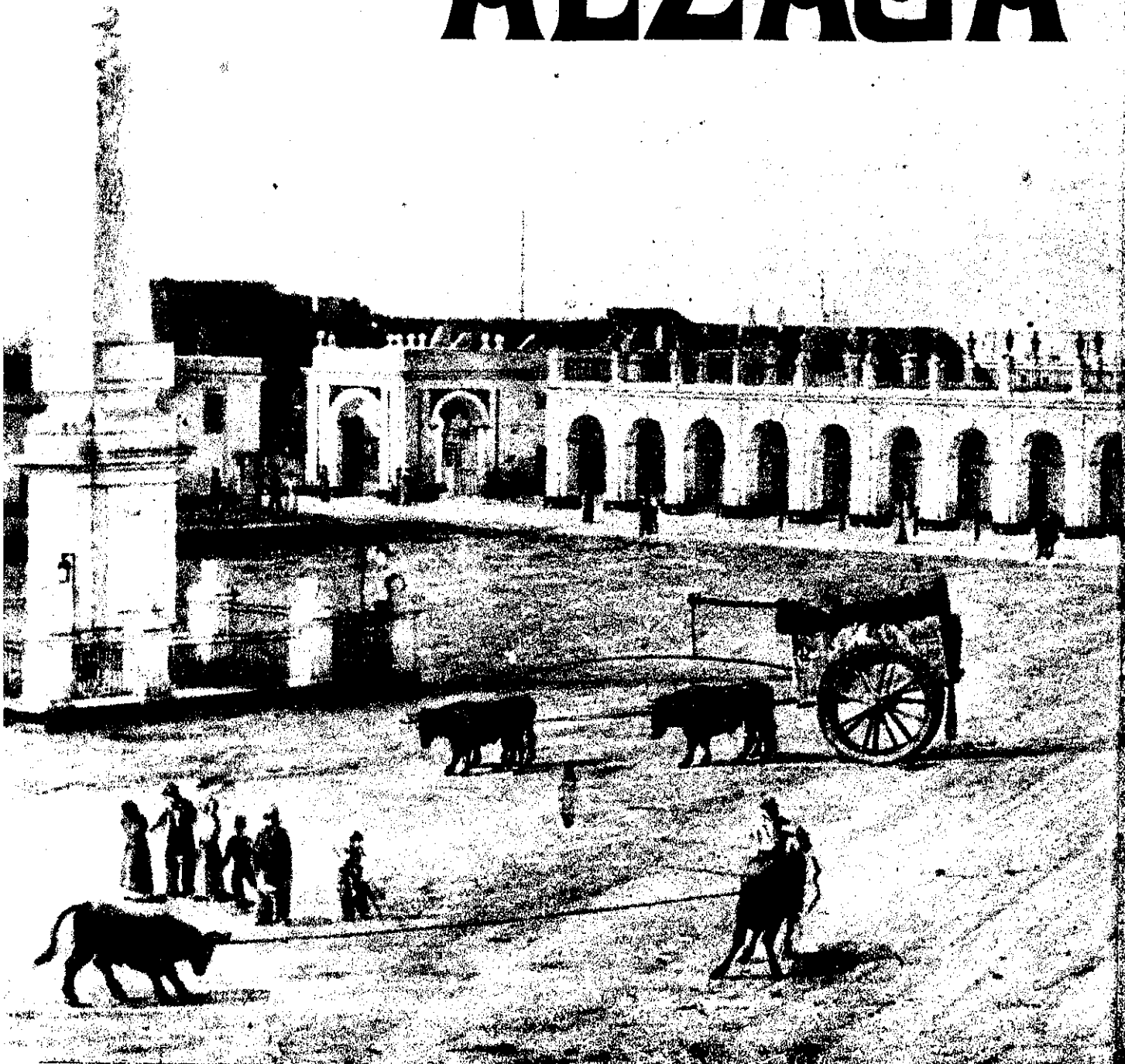


Un rincón de la pieza de música. Bombos, cajas, charangos, y la nostálgica arpa.



Los aperos indispensables para cruzar la pampa, algunos de ellos de gran valor.

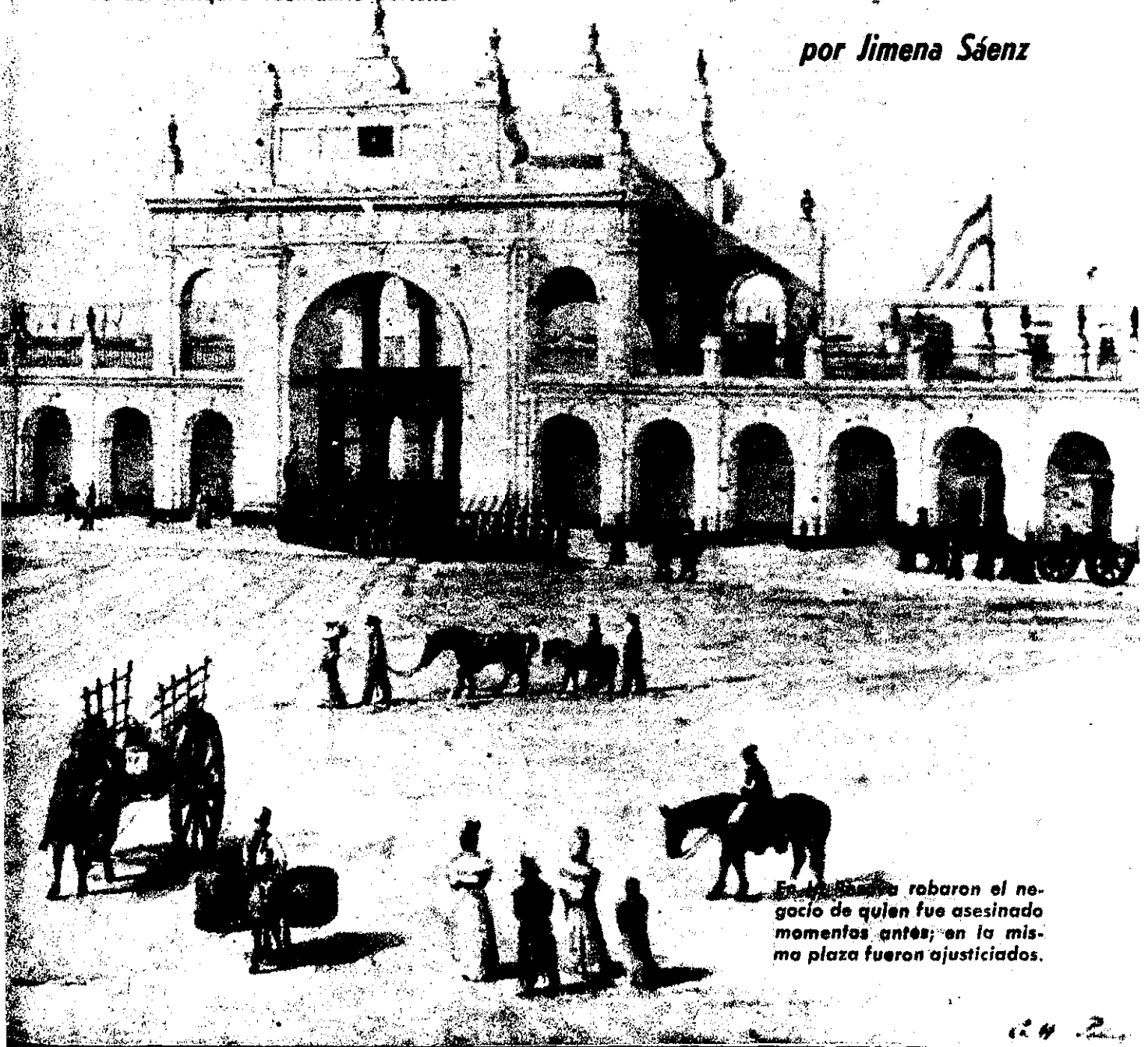
EL PEOR DE LOS ALZAGA



"FRANCISCO ALVAREZ, ASESINADO POR SUS AMIGOS. 1828". En esta escueta, terrible inscripción de un sepulcro de la Recoleta de Buenos Aires se cifra uno de los hechos más impresionantes e inexplicables de nuestra crónica policial. Ya es una estremecedora redundancia que un hombre sea asesinado por sus amigos; pero lo insólito se acentúa si adelantamos que los "amigos" de Alvarez eran tres jóvenes de buenas familias y que uno de ellos pertenecía a uno de los linajes más distinguidos del país. Nada menos que un Alzaga. Y si agregamos que el crimen —que en su época se conoció como "el Crimen de la Noria"— terminó en la infamante ejecución de dos de los homicidas y el destierro voluntario por vida del tercero, precisamente Alzaga, y la degradación y ruina de su familia, entonces habremos de convenir que el suceso merece relatarse.

Vayamos, pues, a los hechos, no sin señalar que en la época en que fue cometido, 1828, eran raros los crímenes en Buenos Aires y en todo caso ocurrían en pulperías, en riñas de gauchos u orilleros o en el inevitable marco pasional de todas las épocas. En 1828 gobernaba Manuel Dorrego y estaba terminando la guerra con el Brasil. El período rivadaviano de "las luces" se había clausurado estrepitosamente y empezaba la hegemonía del federalismo. Este era, en ligera reseña, el escenario político de aquel Buenos Aires de 1828, cuando las luchas de unitarios y federales, las noticias de la guerra contra el Imperio y las agitaciones del interior del país cedieron paso, por un momento, para que el asesinato de Francisco Alvarez y todo lo relacionado con el suceso pasaran a ocupar prioritariamente —diríamos ahora— los comentarios del tranquilo vecindario porteño.

por Jimena Sáenz



En la plaza se robaron el negocio de quien fue asesinado momentos antes; en la misma plaza fueron ajusticiados.

EL PEOR DE LOS ALZAGA

Un crimen necesita móviles: es lo primero que busca la policía. Pero ahora los protagonistas eran "personas decentes" como las llama Beruti que a primera vista no tenían ninguna necesidad de llegar a tales excesos. Y los protagonistas eran cuatro amigos: cuatro alegres muchachos que se pasaban el día de juerga, jugando a las cartas por grandes sumas de dinero y perdiendo el tiempo en el famoso café de Marcos, en la esquina de Bolívar y Alsina. Luego, a altas horas de la noche, partían a fiestas organizadas por sus queridas a pesar de que dos de ellos estaban recién casados con damas de la mejor sociedad.

Uno de los jóvenes era Francisco de Alzaga, hijo menor de la larga familia que dejara el alcalde famoso, don Martín, el alcalde que organizó la Defensa de Buenos Aires en 1807 y que fue fusilado en 1812. Otro era cordobés, un soltero de 21 años, llamado Juan Pablo Arriaga, el tercero un catalán, Jaime Marcet, de origen incierto pero que se acababa de casar con una rica heredera, Jacoba Usandivaras.

Y el cuarto joven era Miguel Azcuénaga, hijo del miembro de la Primera Junta. Todos respetables, distinguidos, bien vestidos, envidiados por sus caudales, por sus apellidos, por su juventud, su simpatía o sus influencias.

Pronto el cuarto joven, Azcuénaga, fue reemplazado por otro, el español Francisco Alvarez quien tenía una tienda en la Recova Nueva y era además prestamista. El español, algo mayor que los otros pues tenía 36 años, se hizo íntimo del grupo, y se dejó arrastrar poco a poco por los jóvenes calaveras. Alvarez se resistía: durante toda su vida había trabajado duramente para redondear una fortuna cuyo origen nadie conocía, pero que a fuerza de ahorros, de hábiles negocios y de vida ordenada, se había hecho sólida. Todo el que tenía un apuro de dinero en Buenos Aires, acudía a Francisco Alvarez. Y ahora, ante la desesperación de su hermano Angel, Francisco se dedicaba a jugar, nada menos que a aventurar a los dados, una fortuna largamente codiciada, esperada, deseada y lograda.

Pero la fascinación que los jóvenes distinguidos producían en el tosco español, era irresistible. Y su alegría llegó al colmo cuando Francisco de Alzaga, su tocayo, lo invitó a comer a su casa con su esposa Catalina. ¡Comer en lo de un Alzaga! A pesar de las sombras que habían oscurecido a esa familia 16 años antes, era más de lo que esperaba un recién venido a la sociedad porteña, prestamista por añadidura. Y Francisco Alvarez se convirtió en fiel guardián y seguidor de Francisco Alzaga.

LOS ALZAGA

Pancho Alzaga era desde luego el más destacado del grupo. Su propia historia familiar contribuía a ello, pues siendo el hijo menor de una familia devastada por la desgracia, la mala suerte y el desfavor oficial y público, era el punto de mira de todos los jóvenes y muchachas de su generación. A los diez años había visto morir a su padre de modo infamante, insultado por el

mismo pueblo de Buenos Aires al que defendió de los ingleses cinco años antes. Ajusticiado en la plaza mayor, en el instante mismo de su muerte los niños de las escuelas que presenciaban el espectáculo por orden superior, los niños de la edad de Francisco, soltaron palomas como símbolo de la libertad...

El crimen de que se acusaba a don Martín de Alzaga era importante: nada menos que querer reinstalar el gobierno español en el Río de la Plata. En su programa figuraba el arresto y fusilamiento de todos los patriotas peligrosos y de todos los miembros del gobierno, y como si esto fuera poco, se proponía exilar e internar en lejanas regiones inhóspitas, a todos los criollos, es decir a los apolíticos pero que por su misma condición de criollos podían aparecer un día como peligrosos a un gobierno español.

Esto fue, al menos, lo que se dijo en ese momento. Posteriormente el juicio histórico ha compartido muy parcialmente las acusaciones que la propaganda oficialista descargó sobre Martín de Alzaga y sus compañeros de conspiración. Investigaciones prolijas, desapasionadas —como las de Enrique de Gandía— han abierto dudas graves sobre la veracidad de los cargos que cayeron sobre Alzaga y objeciones importantes a los métodos que se usaron en el proceso y condena. Pero sea cual haya sido la verdad sobre el caso, lo cierto es que en ese año 1812, pleno de fervor patriótico en una Buenos Aires cercada por el bloqueo español y empeñada en una lucha riesgosa, la culpabilidad del famoso Alcalde resultó indiscutida y el suplicio que se le aplicó pareció justísimo.

Drásticas fueron las medidas tomadas por el Triunvirato, formado entonces por Pueyrredón, Chiclana y Rivadavia, para cercenar desde la base una conspiración que ponía en peligro la existencia misma de la libertad. Y esto era algo que había que preservar a toda costa. Chiclana y Rivadavia decidieron dar un castigo ejemplar y en pocos días fusilaron a más de 25 complicados. Al enterarse de la conjuración actuaron rápidamente y con mano dura: como no encontraron al cabecilla, Martín de Alzaga, fusilaron sin dilación a un yerno, Matías de la Cámara, el marido de su hija María Narcisca¹ porque desconocía el paradero de su suegro. Y finalmente a las diez de la mañana del 6 de julio de 1812, es fusilado y posteriormente colgado en la horca don Martín, el influente español que había actuado en la colonia rioplatense durante treinta años. De su cadáver se hará cargo otro yerno, Francisco Minondo, quien lo sepulta en el Cementerio de San Miguel, destinado a los ajusticiados.

Hay que imaginar el desquicio que estas ejecuciones produjeron en la familia Alzaga. El desprestigio, la vergüenza y el bochorno han caído sobre ellos, tan respetados pocos días antes por sus méritos y por su cuantiosa fortuna. Ahora son víctimas del escarnio público. Tal vez el primer trauma del joven Francisco de Paula haya sido ver el cuerpo de su padre colgando de la horca como el de un vulgar ladrón o asesino;

¹ Matías de la Cámara se había casado menos de dos años antes. Sobre su brillante casamiento le escribía un primo desde Chile felicitándolo "no respecto de las comodidades que deben proporcionarte en lo sucesivo sus patacones, cuanto por las amables prendas de que se halla adornada. La virtud de una señorita es el principal dote que debe llevar; es verdad que si se concilia con lo otro es mucho más exquisito. Yo me doy la enhorabuena con la nueva prima que me das..." Poco le duraron los "patacones" de la novia a Matías de la Cámara; envuelto por su suegro el joven moriría en el cadalso.

es el menor de esa numerosa familia de trece hijos que queda despedazada tras la Conjunción, empobrecida por los gastos procesales, multas y confiscaciones. La madre y una hermana viuda; se hacen continuas requisas de armas en la mansión que atiende el amargado Cecilio, el mayor de los tres varones quien también participaba de la conspiración. El otro hijo, Félix de 20 años, que estudia en el colegio de San Carlos abandona definitivamente las aulas. Más tarde, acallados los rumores, se incorporará a la carrera militar.

Cecilio, de 27 años por entonces, pide exiliarse a fines de ese mismo trágico mes de julio pero el Triunvirato le niega el permiso. El joven ya no quiere saber nada más de su ciudad natal y resentido cruza a la Banda Oriental dos meses después, en cuanto obtiene pasaporte; allí ayuda con dinero e interviene como voluntario a favor de Vigodet. Caído Montevideo definitivamente en manos criollas pasa a Río de Janeiro donde sirve de espía a los realistas; es un correo real que envía datos sobre la actividad de Buenos Aires, Chile, Perú, Montevideo. Cree aun posible un cambio en la política del Río de la Plata y, comerciante al fin como su padre, ambiciona el puesto de administrador de la Aduana. Sueños que nunca se cumplirán. Se traslada a España y vive en Cádiz donde residía su hermana mayor Lucía, casada con José Requena. (En la "tacita de plata" quizá haya tropezado con Rivadavia el que mandó ejecutar al padre.) Allí reconstituye su fortuna y elabora un plan de reconquista del Río de la Plata que fue elevado a la corte de Fernando VII. Calificado de "emigrado leal" en España, su pro-



Don Martín de Alzaga, cuya caída y muerte vivió dramáticamente su hijo Pancho a los 10 años de edad.

yecto resultó descabellado e infactible. Cecilio moriría como vivió, lleno de resentimiento hacia su país natal, en el cual había jurado nunca más poner los pies.

Otra fue la suerte de las hijas del alcalde. Mucho más tétrica y digna de lástima que la de sus hermanos varones.

Dentro de esa inmensa familia había, en 1812, cuatro hijas casadas —una de las cuales enviudó en la violenta represión del Triunvirato— y seis solteras. Estas últimas eran muy jóvenes, pues sus edades oscilaban entre los 16 años de Atanasia y los 24 de Andrea. Pero la severa viuda del alcalde, doña María Magdalena de la Carrera, que había sido excelente compañera de su marido, decidió encerrarse en su casa para siempre. Ella pensó que su dolor era demasiado grande y que no tenía ningún remedio humano. Y hubo en Buenos Aires, por extraño que parezca, una Casa de Bernarda Alba. Una casa cerrada, con siete mujeres solitarias adentro, seis de las cuales nunca conocieron la vida y no salieron a la calle más que para ir a misa. Si la imaginación de Federico García Lorca parecía alucinada cuando creó su magnífica pieza con personajes de la fuerza de Bernarda Alba, debemos pensar que ese carácter encajaba perfectamente dentro de los patrones hispánicos y que el dramaturgo granadino nada exageró al imaginar aquella tétrica mansión. En Bolívar 540, esquina Moreno, haciendo cruz con la casa de Rosas, vivieron hasta 1880 —año en que falleció la última—, las seis hijas de Alzaga: Andrea, la mayor; Angelita, Paula, Tiburcia, Agustina y Atanasia. Vistieron siempre de luto y nunca hablaron de su padre ajusticiado. Y pagaron de ese infame y cruel modo, el exceso de celo hispánico de don Martín, que nunca pudo sufrir a los criollos, a los hijos del país. Pero a las hijas mujeres les costó demasiado caro el idealismo del padre y su fidelidad al monarca español. No se puede dudar de que doña Magdalena Carrera de Alzaga tenía tan férrea voluntad como su marido, con quien se había casado a los quince años dándole un vástago por año. Y cuando enviudó trágicamente dijo altiva: "Nos hundieron en un mar de luto". Las hijas se retiraron hasta de las congregaciones religiosas a las que pertenecían y sólo las que se habían casado antes de la fecha fatal, antes del 6 de julio de 1812, pudieron hacer una vida normal e incluso dos volvieron a casarse cuando enviudaron, sin acordarse más de sus enclaustradas hermanas.

Económicamente la casa de los Alzaga había quedado bastante resquebrajada. José Martínez de Hoz, nombrado albacea, le escribía a Requena, uno de los yernos, socio de Alzaga y residente en Cádiz. "Su casa está poco menos que en ruinas y gracias que el señor me ha fortalecido para sostenerla del mejor modo posible." Pero Félix, el hijo que se encargaría de perpetuar el apellido y la descendencia por vía masculina de los Alzaga, también se ocupó de levantar la fortuna.

Cuenta Iriarte en sus Memorias que Félix Alzaga permaneció unos años en España, regresó al país en 1820, se puso del lado de Martín Rodríguez en esa época, y logró que éste le restituyera sus bienes, "reconociendo cuantiosos créditos de su padre, que, se dijo entonces, el hijo cobraba por duplicado".

También agrega que durante la campaña de Entre Ríos realizada bajo el gobierno de Las Heras en 1825, Félix Alzaga que era proveedor exclusivo del ejército hacia grandes negocios con la anuencia del ministro de Guerra, Balcarce y el de Hacienda y Relaciones Exteriores, Manuel García.

EL PEOR DE LOS ALZAGA

Las prendas que se enviaban al ejército no convenían, "todos abusaban y el Estado pagaba".

Félix, que siguió la carrera de las armas, fue diputado en 1821, viajó en representación del país a las repúblicas del Pacífico y llegó a general en tiempos de Rosas. También se hizo estanciero en 1830. Pero él mismo y sus hijos Martín y Félix, cayeron en desgracia ante el Restaurador pues intervinieron en la revolución de los hacendados del sur.

EL BENJAMIN

En ese ambiente de lúgubre luto y tétricas reminiscencias se había criado Francisco de Paula de Alzaga. Era un niño de diez años que vio alrededor suyo mermar la familia, disminuir la fortuna, y sufrir el encierro reglamentario, ordenado por la exagerada viuda. Esta, entre tanto, no se cansaba de recriminar a los sucesivos gobiernos y entablar juicios por antiguos negocios de su marido,² reclamando deudas de principios de siglo y demostrando una vez más su fuerte carácter. Permanentes reclamaciones, ocio y aburrimiento en la gran casona de Bolívar, Pancho debió sufrir intensamente en los primeros años de su adolescencia. Pero era hombre al fin, y un día, las puertas de su casa se abrieron para él. Podría conocer el mundo y no permanecería como sus seis hermanas, ajenas por completo a la vida exterior.

Y el joven Francisco, harto de encierro, de rezos y de lutos, se lanzó a la vida con deleite. Era buen mozo, se lo sabía rico —se había recuperado en parte la fortuna— su hermano mayor tenía buenos puestos oficiales; resultaba en suma un candidato que todas las madres ansiaban para sus hijas.

Y cuando eligió a la compañera de su vida, escogió a la muchacha más bonita de aquel Buenos Aires; se llamaba Catalina Benavidez y se la apodaba "la Estrella del Norte", tanta era su fama y su belleza. El 17 de abril de 1825 a los 24 años de edad contrajo matrimonio Pancho con la bella Catalina. Y ella, uniéndose su destino a uno de los jóvenes más copetudos y adinerados de la ciudad, se sentía segura y feliz. La llave que la naturaleza le había proporcionado, su espectacular belleza, le abrió la puerta grande y por ella haría su entrada triunfal en la sociedad porteña. ¡Qué lejos estaba de imaginar su destino futuro, uno de los más tristes que sufriera una mujer de su condición en el antiguo Buenos Aires!

² En 1819 Magdalena de la Carrera de Alzaga reclamó al gobierno como "viuda y albacea del finado D. Martín de Alzaga" por un barco, el *Joaquín*, que en 1804 produjera uno de los mayores escándalos a fines de la época colonial. Ese barco fletado por Alzaga y con un cargamento de 300 negros, llegó a Montevideo con sólo 30 vivos. Todo el mundo intervino escandalizado, los jefes navales, los médicos, se puso el barco en cuarentena. Protestó Alzaga sin importarle que hubieran muerto 270 personas, y alegando que sólo habían muerto de sed y no de peste, como se suponía, ya que la tripulación del *Joaquín* se hallaba en perfecta salud. No dudamos de esta última afirmación: la tripulación de un barco negrero era capaz de bañarse en agua dulce sin preocuparse de que en la bodega todo el cargamento muriera de sed. Un cirujano de entonces, Molina calificó de "inhumano y execrable" a ese comercio. Aunque parezca increíble, Juan José Paso, 15 años después, buscó el expediente para cesar a la viuda.

Pero poco le duró a Pancho la alegría y el orgullo de su casamiento. La fidelidad y la limitada vida social que se hacía en la ciudad lo aburrían y pronto se cansó de Catalina, sus amigas, las tertulias y sencillos bailes. Esta tendencia se acentuó durante el embarazo de su mujer y por entonces se dedicó de lleno al juego con sus camaradas de antes y su nuevo amigo el prestamista Alvarez. Además de frecuentar los cafés de los Catalanes, de la Victoria y dudosos locales nocturnos, a veces Alzaga iba a su quinta de Barracas, Santa Lucía, donde tenía algunos caballos árabes traídos de su estancia, a los que era muy aficionado. Y en esa quinta había una noria abandonada, un pozo que ya no se usaba para sacar agua; alrededor un bosque de naranjos, frutales, flores dispuestas en forma antojadiza. Un día Jaime Marcet el catalán, preguntó de pronto a un peón: "¿Tiene mucha profundidad ese pozo?" —Según— le contestó el paisano. ¿Cómo según? —Como es agua de manantial a veces sube y a veces baja, pero aun cuando está baja, hay por lo menos agua suficiente para que se ahogue un gigante". Y luego Jaime diría a sus amigos: "Lo que más me gusta de esta quinta es aquella noria abandonada en lugar tan solitario".

EL CRIMEN

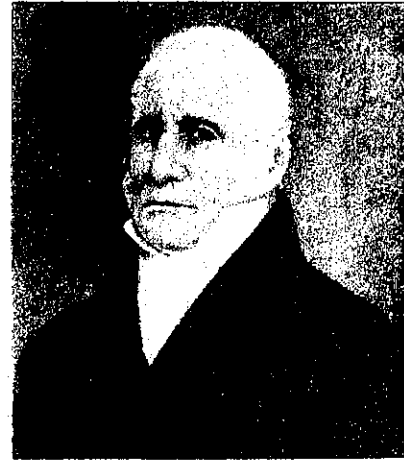
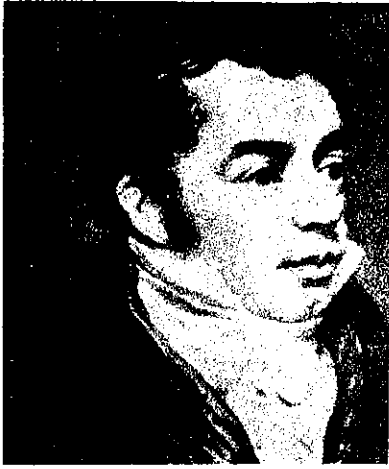
Y ahora retomemos el hilo de los tres alegres farristas, Alzaga, Arriaga y Marcet. La situación económica de los tres alegres amigos se agravaba. Ya casi no podían pagar lo mucho que adeudaban pero se negaban a recurrir a Alvarez. Catalina Benavidez, ignorante de todo, seguía haciendo su vida dispendiosa de siempre, confiada en los caudales de su marido. Acababa de tener un hijo, Martín Leandro, bautizado el 2 de abril de 1828.

Jaime Marcet se había enamorado, por su parte, de una damisela, Mercedes Rossi, y decía que estaba dispuesto a todo para hacerla suya. Pero como todo el mundo sabía, la que tenía los cordones de la bolsa en la casa del catalán era su mujer Jacoba Usandivaras, que lo adoraba y fingía no ver lo que no le convenía.

Rafael Barreda en una animada crónica que publicó en "Caras y Caretas" hace muchos años, evoca los diálogos de los cuatro amigos. Juan Pablo decía que debían acudir a Alvarez, el prestamista, pero Pancho se oponía enérgico: "¿Deberle yo a ese tipo ridículo? Primero a mi familia y eso no lo haré nunca". "Ya le haremos pagar todas juntas" —afirmaba Marcet. Los amigos cada vez más apremiados planearon dos robos: el primero al propio vecino de Jaime, Jacinto Velarde, quien vivía en la casa de al lado. Pero el robo salió mal pues el durmiente los oyó cuando pretendían entrar por la ventana. Volvieron a bajar veloces por la azotea mientras Velarde gritaba "¡Al ladrón!" y llamaba justamente a su vecino Marcet para que lo socorriera.

El segundo robo planeado era a un comerciante Genela. Como éste no dormía en su tienda, Arriaga imaginó que podría pedirle el local para una cita amorosa y de paso robarle las onzas. Como se ve, el sistema era sumamente primitivo, pues era el propio Juan Pablo el que pidió el local al dueño. Este, cuando supo que era para una aventura, se negó terminante. "¡Y si se entera mi mujer y los vecinos!" —dijo, con lo cual, por su rigida moral se libró de ser asaltado.

Y entonces, con sus cerebros privilegiados los tres amigos imaginaron, en la librería de Jaime, una trampa para el cándido don Francisco Alvarez.



Bernardino Rivadavia, Juan Martín de Pueyrredón y Feliciano Chiclana, enviaron a la muerte a don Martín de Alzaga.

El español era tacaño y Marcet propuso que se le ofreciera en venta un piano muy barato, pues había manifestado el deseo de tener uno. Como punto primero del plan se decidió que Arriaga alquilaría una casa retirada, para cumplir sus propósitos. El cordobés encontró lo que quería en Esmeralda entre Rivadavia y Bartolomé Mitre, un lugar poco transitado, muy cerca de la plaza de la Victoria. La casa pertenecía a la viuda Eduviges Berols de Lafranca y se le dijo que se la alquilaba condicionalmente para el coronel Dehesa de Córdoba, quien luego daría su veredicto. La viuda quedó encantada, y Arriaga también; la casa tenía sala, dos piezas interiores, letrina, cocina y era de altos.

Ya se habían frustrado dos robos de los noveles criminales. Pero esta vez sería fácil hacer caer en la trampa al español, que vivía embobado con Alzaga y se sentía seguro de ser correspondido por su tocayo.

Pero debía esperarse a que los corredores del prestamista entregaran el dinero de las letras cumplidas a fines o a principios de mes; Arriaga vigilaba entrando con cualquier pretexto y a cada momento, en la tienda de la Recova. Un día de principios de julio de 1828, el cordobés avisó al catalán que el momento había llegado. Ya estaba la oportunidad: ahora aparecería el piano "de ocasión" y el plan seguiría su desarrollo. Alzaga no parecía demasiado convencido de la broma como todavía se empeñaban en llamarla, broma macabra en la que sólo Arriaga fingía creer. Pero un último pedido de su esposa, nada menos que un aderezo de brillantes que él ya no podía pagar, lo decidió ("Pero querido, eres el hombre más rico de la ciudad, comprámelo, no me lo niegues, hace poco he sido madre, tienes que mimarme.") Costaba veinte mil pesos y el marido prometió comprárselo. Desde entonces ya no tuvo reparos.

Los cómplices se reunían generalmente en la librería de Jaime, heredada de su cuñado, Manuel Usandivaras. El día señalado partieron a un café donde comieron y bebieron en abundancia. Luego buscarían el coche de Alzaga y a la futura víctima. Pero la borrachera de Pancho, que era el encargado de atraer a Alvarez, hizo imposible su actuación inmediata. Fue en su lugar, Juan Pablo, el cordobés. Entretanto, los otros alquilaban un coche de la caballeriza de Magallanes, pues el de Alzaga tenía el caballo manco. Además

Jaime entregó un puñal a Pancho, por las dudas, mientras él se guardaba el otro. Al no encontrar a Alvarez en su tienda, Juan Pablo empezó a recorrer todos los lugares que frecuentaba el español. Esa fue una de las numerosas imprudencias que cometería el trío. Fue al café de los Catalanes, pero el mozo le informó que ya no estaba allí, y que seguramente se hallaba en lo de Azcuénaga. Se dirigió Arriaga apresuradamente a ese destino y por más que se embozó en la capa, no pudo menos que ser reconocido por la servidumbre, ya que era contertulio asiduo. Volvió a la plaza y vio luz en el negocio. Alvarez los esperaba, aunque pareció sorprendido de no ver a Pancho. —"¿Y Alzaga?" —"Nos espera en la casa donde está el piano", contestó el cordobés. —"Hace demasiado frío para salir esta noche", murmuró Alvarez, "y si no fuera porque quiero realmente tener un piano, no saldría".

Caminaron por la vereda del Cabildo, doblaron por Piedad hacia el Oeste, hasta llegar a Esmeralda, apenas cuatro o cinco cuadras (así de lejana, silenciosa y distante era la casa elegida por el cordobés), y además se toparon en ese corto trayecto con un grupo de tres personas, una de las cuales, una mujer joven dijo —"Ahí va Arriaga y no nos ha conocido porque si no hubiera saludado".

Llegaron a la casa donde Jaime esperaba: —"Ya Alzaga está adentro" advirtió éste—. "¡Qué oscuro está!" —dijo aprensivo el prestamista—. —"Es que la casa no tiene más muebles que el piano. Los dueños se han llevado todo." Jaime había puesto la tranca a la puerta. Cada vez más receloso, Alvarez gritó —"¡Alzaga! ¿está usted ahí?" —"Si tocayo, suba nomás", se oyó contestar a la fuerte voz cargada de alcohol. Cruzaron la desierta sala, donde no había rastros del piano y siguieron al cuarto vecino. Alvarez estaba ya alarmado. —"¿Dónde está el piano?" preguntó una vez más. —"¡Que piano ni piano! —gritó Marcet—. "Prepárese para morir porque es su vida la que necesitamos." —"¿Por qué quiere asesinarme? ¿Es una broma?" gritaba llorando Francisco. —"¡Prepárese, le digo!" dijo salvajemente Jaime levantando el puñal. Alvarez miró a Alzaga por última vez, en busca de socorro, pero sólo encontró unos ojos inyectados de sangre y una voz que le dijo: —"Sí, debes morir", mostrando el otro puñal Alvarez se desmayó entonces. Instante que

EL PEOR DE LOS ALZAGA

aprovechó Jaime para apuñalarlo en la garganta. Arriaga gritó espantado. Pero ya Marcet daba las órdenes: —“A ver, ayúdenme a llevar el cuerpo a la letrina, allí se puede desangrar mejor y evitaremos que el piso se manche.” Alzaga mantenía una vela encendida, hasta que recibió de Marcet la orden de acabar el degüello. Empuñó el puñal, que continuaba en la herida, y le hizo un tajo circular; Alvarez dejó de existir.

Juan Pablo, el más afectado por la horrible escena, recibió la orden de buscar el coche que estaba esperando en la calle de las Torres (Rivadavia), mientras los otros dos bajaban el cadáver a la sala. Marcet aprovechó para quedarse con el anillo del muerto, comentando sarcástico, que ya no le servía de nada. Arriaga anunció que el carruaje estaba en la puerta. Jaime limpió sumariamente con su propia capa algunas manchas que divisó en la oscuridad reinante y luego los tres se echaron el muerto al hombro; le habían puesto una venda en el cuello con un pañuelo para que no sangrara tanto, y encima colocaron un ramo de violetas que llevaba Juan Pablo. Jaime manejaba el coche mientras los otros mantenían el cadáver sentado, como si se tratara de un hombre totalmente borracho. Pensaban hablar fuerte y reirse por si encontraban a alguién por el camino. Pero esa noche helada no hallaron a nadie y se dirigieron tranquilamente hacia Barracas por la calle larga, que los conduciría a Santa Lucía, el lugar de destino. Y allí, claro, se hallaba la noria, que había fascinado, al cerebro del grupo. Ladraron los perros, pero al reconocer al amo enmudecieron en seguida. Y en el silencio de la noche, los tres amigos —los cuatro— se dirigieron al pozo. Ataron una piedra al extremo de una cuerda que colgaba de la noria y el otro extremo lo aseguraron al brazo de Alvarez. Luego echaron el cadáver al fondo.

Era la una de la mañana cuando llegaron al centro. Debían todavía ir a la tienda de Alvarez a robar. Devolvieron el coche y continuaron a pie. En la tienda encendieron luces pensando que a nadie llamarían la atención por ser su dueño tan noctámbulo, y todo lo registraron. Encontraron al fin billetes de banco en un cajón y montones de onzas en un baúl. En total eran ochenta mil pesos, que se repartieron allí mismo. Sólo al terminar la operación, se dieron cuenta de que sus trajes estaban manchados de barro y de sangre.

Jaime se mostraba contento; sugirió que debían hacer desaparecer la ropa que llevaban puesta, pero también aconsejó ir al día siguiente a la casa adonde se cometiera el crimen, con los sirvientes para lavar las manchas y vestigios. Luego Arriaga debía devolver la llave a la dueña, diciendo que a Dehesa no le gustaba la casa. En cuanto se dieran cuenta de la desaparición de Alvarez, debían ser ellos los primeros en buscarlo: ¡al fin y al cabo eran sus mejores amigos!

El plan tan madurado, parecía perfecto.

BUSQUEDA

Efectivamente, a la mañana del 6 de julio partieron los amigos, con sus mucamos respectivos

TODO ES HISTORIA Nº 56



El jefe de policía don Gregorio Perdriel actuó decisivamente en la investigación del crimen de Alvarez.

provistos de baldes, trapos y cal. Se les encargó limpiar a fondo las manchas de esa casa, lo que se hizo durante varias horas. Los “señoritos decentes” eran incapaces de limpiar ellos mismos las manchas, aunque fuera para cubrir las huellas de su propio crimen. ¿Limpiar ellos? ¿Agacharse con un trapo? ¡Jamás!

La tienda de la Recova Nueva quedó cerrada al día siguiente. Era algo insólito, porque el prestamista casi nunca se alejaba de sus funciones. Los tres delincuentes aparecieron por la noche y dieron grandes golpes hasta que los vecinos informaron que en todo el día no se había visto a Alvarez. —“Estará durmiendo la mona en alguna parte”, dijo Jaime riendo. El mismo había ido a ver al dueño del coche de alquiler preguntándole si no había encontrado un puñal. —“Aquí está el suyo, señor”, le contestaron, y Marcet, lleno de ansiedad, vio que estaba limpio de sangre. El dueño de la casa de alquileres no le dijo nada más, pero lo que sucedía era que Jaime no recordaba que sólo se había empleado un puñal la noche anterior, el suyo, pues Alzaga no tuvo que usar éste que habían perdido.

Un día después, don Angel Alvarez inquirió por su hermano. ¿A quién se dirigió? a los tres amigos, desde luego. Respondieron éstos que no sabían nada de Francisco. Pero el hermano entró en la tienda y pudo ver que había sido asaltada.

Cuatro días después un diario opositor al gobierno publicaba el primer suelto referente al caso: "Desde el sábado 5 del corriente, por la noche, ha desaparecido don Francisco Alvarez, dueño de una de las tiendas que miran al Fuerte en la Recova. Todas las probabilidades están en que ha sido asesinado fuera de su casa. Si Alvarez ha muerto, como parece cierto, pues ni su hermano ni nadie sabe nada de él, después de seis días y de tan vivas diligencias, no debe haber sido asesinado en la calle ni en ningún sitio encubierto por extraviado y distante que sea. Ya hubiera aparecido su cadáver, ya se tendría uno u otro indicio de los que comúnmente influyen en el descubrimiento de estos atentados. Todos y los que trataban más a Alvarez preven, y con razón, que ha sido asesinado en alguna casa adonde el infeliz sería conducido con engaños por los que habían maquinado robarlo. Por lo que se ha advertido en su tienda, parece que allí hubo gente en la misma noche en que él desapareció y que no se ha robado otra cosa que moneda".

Como se ve, el periódico había acertado. El suelto de *El Tiempo* alarmó al mismo Dorrego que se interesó personalmente en el caso y llamó la atención del jefe de Policía Perdriel. Marcet era quien precisamente había ido a dar parte a la policía de la desaparición del "amigo íntimo" con su desfachatez habitual. Pero aducía que se habría escapado con alguna mujer.

Pasaba el tiempo y por más que la policía indagaba en los comercios cercanos, no se avanzaba en la pesquisa. Los cómplices empezaban a eludirse entre sí. Arriaga temblaba y se sentía muy afectado, Alzaga se daba cada vez más a la bebida. Y en Buenos Aires no se hablaba de otra cosa que del crimen. Así era la gran aldea antes; bastaba que uno de sus miembros desapareciera sin dar explicaciones, para que todos se interesaran en el caso y esta vez se hablaba a gritos del crimen sin que hubiera un cadáver, sin que hubiera un indicio, y vinculando a esta horrenda palabra los nombres de los tres amigos parranderos. ¿Quiénes podrían saber más sobre Francisco Alvarez? Arriaga se juntaba con Miguel de Azcuénaga, tanto que Jaime llegó a sospechar que le hubiera dicho algo; decidió eliminar a Azcuénaga de la lista de los mortales. Alzaga pensó provocar en duelo a su antiguo compinche Miguel, y de ese modo suprimir a un peligroso enemigo. Pero la ocasión no se dio porque Azcuénaga también eludía a Alzaga.

Y Pancho estaba cada vez más solitario. Vagaba por la quinta de Barracas, iba al Riachuelo a ver las curtiembres y bebía mucho. Una tarde que volvía de su paseo favorito, montado en uno de sus famosos parejeros, decidió no retornar a la ciudad inmediatamente sino pasar a la quinta de Carlos Terrada —primo de José Mármol— con quien le unía gran amistad. El sirviente le dijo que su amo se encontraba con unos amigos. Alzaga desensilló sin más trámites. Al entrar en la sala se hizo un embarazoso silencio. "¿Hablaban de mí? —No, contestó Carlos Terrada, hablabamos del caso de tu amigo Alvarez."

Alzaga miró a su alrededor: allí se encontraban el joven Azcuénaga quien lo observaba de reojo y con cara de pocos amigos y otros contertulios.

—¡Bueno, basta de hablar de esa basura! —gritó ante la sorpresa de todos. Si Alvarez ha desaparecido es porque lo hemos muerto nosotros. ¿Y qué hay? ¡Estábamos cansados de él!" Luego de esta sorprendente revelación, Alzaga completamente bebido y con los ojos inyectados en sangre continuó hablando y hablando sin darse

cuenta de que los amigos habían ya desaparecido camino a la ciudad. Cada uno quería ser el primero en dar la noticia. Cuando cesó de hablar, sólo quedaba el fiel Terrada quien lo increpó duramente y le dio algunos consejos: "Esta misma noche vas a tu casa, te despidas de Catalina y vuelves para aquí a caballo. Yo llamaré a tu hermano Félix para que te de dinero para el viaje. Debes huir, huir ya, pues nuestros amigos han ido a denunciarte. —¿Y Catalina? —Huye con ella si puede seguirte", —dijo Terrada convencido él mismo de que esto sería no sólo imposible sino también peligroso.

Antes de montar, Pancho escribió un billetito a su hermano: "Querido Félix: Es inútil que te diga una palabra respecto a la razón de esta carta, porque cuando la recibas tú estarás ya en tantos antecedentes como yo mismo. Me limito a decirte que para salvarme y huir necesito tu protección con la que cuento en toda su eficacia. Si necesitas más datos, Carlos Terrada, dador de ésta te los proporcionará. Perdón y adiós por la vida. Francisco Alzaga".

Luego el joven subió a su rápido caballo, voló a su casa, se despidió de su esposa —no sabemos si le propuso llevarla o no—, y besó a Martín Leandro, el niño de pocos meses, por última vez en la vida. Con el corazón lacerado volvió a lo de Terrada donde, para su sorpresa, lo esperaba su hermano. Se abrazaron llorando pero nada se dijeron. Félix traía una bolsa de dinero —todo el que pudo encontrar— y le aseguró que su hijo sería educado con los suyos sin conocer la verdad sobre el padre. Félix le dio además una carta para un amigo del Riachuelo con el objeto de que lo condujera disfrazado a la Colonia. Sin embargo Alzaga no pudo partir esa misma noche y permaneció oculto varios días en la quinta de Terrada, adonde fue la policía a requisar sin encontrarlo. Días después huyó en alguno de los hermosos caballos de su estancia de Monte Grande. Desde entonces se perdería el rastro de Pancho.

SENTENCIA

El mismo día en que los amigos de Terrada se enteraron del crimen, el joven Juan Pablo, se dirigió a la policía, pidiendo que se lo encarcelara para levantar un sumario que lo librara de las calumnias a que estaba expuesto en ese momento: todos lo acusaban como amigo de Alvarez, de haber contribuido a su desaparición y probable muerte. Pero cuando se hallaba en plena argumentación del extraño pedido, llegó la orden de detención firmada por el ministro de Gobierno doctor Rojas. Arriaga quedó en la cárcel adonde él mismo se había dirigido y al poco rato llegó Jaime, quien había recibido la citación correspondiente. El único que no se apersonó fue Alzaga.

Y ahí quedaron los dos amigos, traccionados por el tercer cómplice, el que pudo huir después de narrar con detalles el asesinato. Jaime, que se creía muy inteligente, decidió no preocuparse, pero una de las cosas que todos habían olvidado era ponerse de acuerdo sobre los hechos que se debían contar a la policía.

El Tiempo del 17 de julio decía: "Están presos los individuos que nos abstenemos todavía de nombrar. Parece que son vehementes los indicios que obran contra estos individuos".

Las diligencias de la policía se multiplicaron. Encontraron la llave de Arriaga y fueron a la casa de la calle Esmeralda; el médico tomó "una cantidad de tierra, extendida superficialmente sobre el piso de una de las habitaciones y de los

EL PEOR DE LOS ALZAGA

experimentos que ha hecho resulta haberse derramado mucha sangre en aquel sitio". El sistema era primitivo pero daba resultados. Sin embargo Marcet, muy suelto de cuerpo, afirmó que la casa fue alquilada para él, que mantenía amores adúlteros con una joven a la que no pensaba nombrar y que la sangre derramada era ocasionada por un aborto de dicha joven.

Continuaban las diligencias; casi de inmediato los tres amigos tenían noventa testigos en contra: los de la caballeriza, la mucama de Azcuénaga que reconoció a Juan Pablo la noche del crimen, el mozo del café de los Catalanes por el mismo motivo; los vecinos de la calle Esmeralda, los sirvientes... El juzgado de primera instancia trabajaba sin cesar, por orden expresa de Durrero. Escribía el ministro: "El jefe de policía correspondiendo dignamente al delicado cargo que desempeña, ha demostrado que es en vano ampararse de las tinieblas y tomar todas las precauciones imaginables (ya hemos visto que no eran tantas), cuando el celo y la actividad del hombre público se empeña en descubrir el crimen".

Todos estaban empeñados en eso. Se trabajaba "full time". Se tomaban declaraciones a innumerables testigos pero, ¿y el cadáver? Nadie tenía la más remota idea de dónde podía estar y ya se sabe que sin el cuerpo del delito poco vale juzgar por homicidio a unos ciudadanos. El cadáver era el problema. Los presos estaban incomunicados, se contradecían, Arriaga confesaba a medias pero nadie decía dónde se hallaba la prueba defini-

tiva y Alzaga en su borrachera tampoco lo había expresado. Se dio el extraño caso de que los autores del delito estaban casi sentenciados sin haberse llenado la primera formalidad, sin *corpus delicti* a la vista.

Y fue la casualidad la que ayudó a la justicia. Cazando pajaritos unos muchachos se aventuraron en la quinta Santa Lucía (ya revisada por la policía sin resultado), miraron dentro de la vieja noria, y al ver un brazo descarnado, se apresuraron a llamar a las autoridades de la zona.

Decía *La Gaceta*: "El jueves (24 de julio) a la una del día, tuvo parte el jefe de policía, dado por el alcalde de Barracas, donde le avisaba que la circular librada por el exponente para la investigación del paradero del cadáver del señor Alvarez había practicado las diligencias correspondientes; que en esas circunstancias uno de los tenientes le dio parte de que en una quinta de Barracas había observado en una noria abandonada que flotaba en el agua una mano por lo que infirió fuese un cadáver". El diario continuaba narrando que la policía fue a retirarlo inmediatamente y lo trajeron en un carro a la capital. Era el infortunado Francisco Alvarez, que a las cinco fue conducido a la iglesia de San Francisco por pedido de sus deudos y enterrado allí.

Todos los diarios piden que la causa se sustancie a la brevedad posible y se acusa a la justicia de demasiada lentitud. El gobierno también se dirige a la Cámara tres días después, extrañado de la morosidad del juez. Se interpela al doctor Cueto y éste expone los inconvenientes que ha tenido en el proceso.

Y SE HIZO JUSTICIA

El fiscal del juzgado era nada menos que don Vicente López y Planes, y en su vista manifestó que los reos "se habían hecho indignos de ser tratados como hombres" estableciendo una pena

El hermano de Alvarez, Angel, publicó una extraña solicitud en los diarios como homenaje de gratitud y a la memoria de su hermano. "Habitantes del virtuoso pueblo de Buenos Aires... ¿Qué sería de los mortales que sufrimos estos grandes golpes de desgracias, si no halláramos en nuestros semejantes la compasión y en nosotros mismos la facilidad de agotar por las lágrimas y el doliente grito las angustias que nos abrojan?

"El día 24 se presentó a la expectación pública el cadáver de mi hermano, don Francisco Alvarez, y todos volaban a ser testigos de un descubrimiento en el que, si no habían tenido parte sus afanes, la habían tenido los deseos vehementes de la natural justicia.

"Si hubiera algo más estimable que la vida, sería el interés de un gran crimen; mi hermano convertido en cadáver, me arrancaría hasta la última lágrima reservada para el mayor dolor, pero la compasión y el luto de millones de ciudadanos, produjeron en mí un nuevo género de sensaciones que se conocen bien en aquellos momentos pero que no se pueden explicar jamás.

"¿Y cuántos habría entre los concurrentes a quienes mi hermano colmaba de beneficio?

"Por mucho tiempo se derramarán lágrimas entre

la clase menesterosa a quien él pagaba con largueza sus servicios y socorría pródigo sus necesidades.

"Los asesinos no han muerto a un hombre grande por sus talentos, o memorable por sus proezas; pero sí han privado a la sociedad de un ciudadano honrado e industrioso; le han arrebatado sin duda un hombre sensible y humano con sus semejantes, generoso y sincero con sus amigos...

"Estas palabras me hacen estremecer todavía... ¡sus amigos!

"¿Y quiénes han sido sus verdugos? ¿Y de qué modo? ¿Y por qué interés?... ¡Y ha sido asesinado por una vil suma!

"¡Siquiera los homicidas le hubieran robado no más!...

"... Por lo que a mí toca y honrando la memoria de mi desgraciado hermano, yo compadezco, como el primero, a sus asesinos, y más generoso que lo que ellos tuvieron de crueles, como hombre, los perdono, y en clase de ciudadano, capitulando con mi deber, no me presento como acusador.

"¡Ciudadanos, compadezcamos a todos los criminales, cualesquiera que sean. Sobrados acusadores tienen ellos en la execración pública, en los testigos de su crimen y en la tenebrosa conciencia!

Angel Alvarez"

de doscientos azotes por las calles, cuatro horas de vergüenza pública y destierro perpetuo para Marcet y Arriaga. Curiosamente, para Alzaga sólo pedía el destierro perpetuo. La fuerza del apellido influía decididamente en la conducta del autor del Himno. Los acusados horrorizados ante la infamante pena de azotes prefirieron cualquier otra y protestaron.

Esta vista cayó mal en la opinión pública. Los diarios criticaban al fiscal y el juez, sin hacer caso, decretó la horca para los asesinos. La horca, precisamente, era lo que pedía el público. Había dicho *La Gaceta*: "¡Cómo se concede la vida a unos hombres que el mismo fiscal declara que son indignos de ser tratados como tales y se deja en libertad a unos monstruos para que residan fuera de Buenos Aires!"

Bartolomé Cueto, el juez, dictó sentencia el 13 de agosto de 1828:

"...debo condenar y condeno a Jaime Marcet, Juan Fabio Arriaga y Francisco Alzaga, a éste en su ausencia y rebeldía, a la pena ordinaria de muerte con calidad de aleve, cuya ejecución por la atrocidad del crimen se verificará en la plaza principal de la Victoria, poniéndose sus cadáveres en la horca a la pública expectación..."

Como era de esperarse, el pueblo de la ciudad se precipitó a la plaza para "divertirse" viendo las ejecuciones. Como en la época del circo romano, también los porteños necesitaban amenizar sus monótonas mañanas observando un derramamiento de sangre.

Sin embargo, aún quedaba una esperanza a los condenados. Su abogados defensores, los doctores Pedro José Agrelo (de Marcet) y Gabriel Ocampo (de Arriaga), habían hecho lo imposible, visitando a cada uno de los Representantes para que impidieran la ejecución y obtuvieran el indulto.

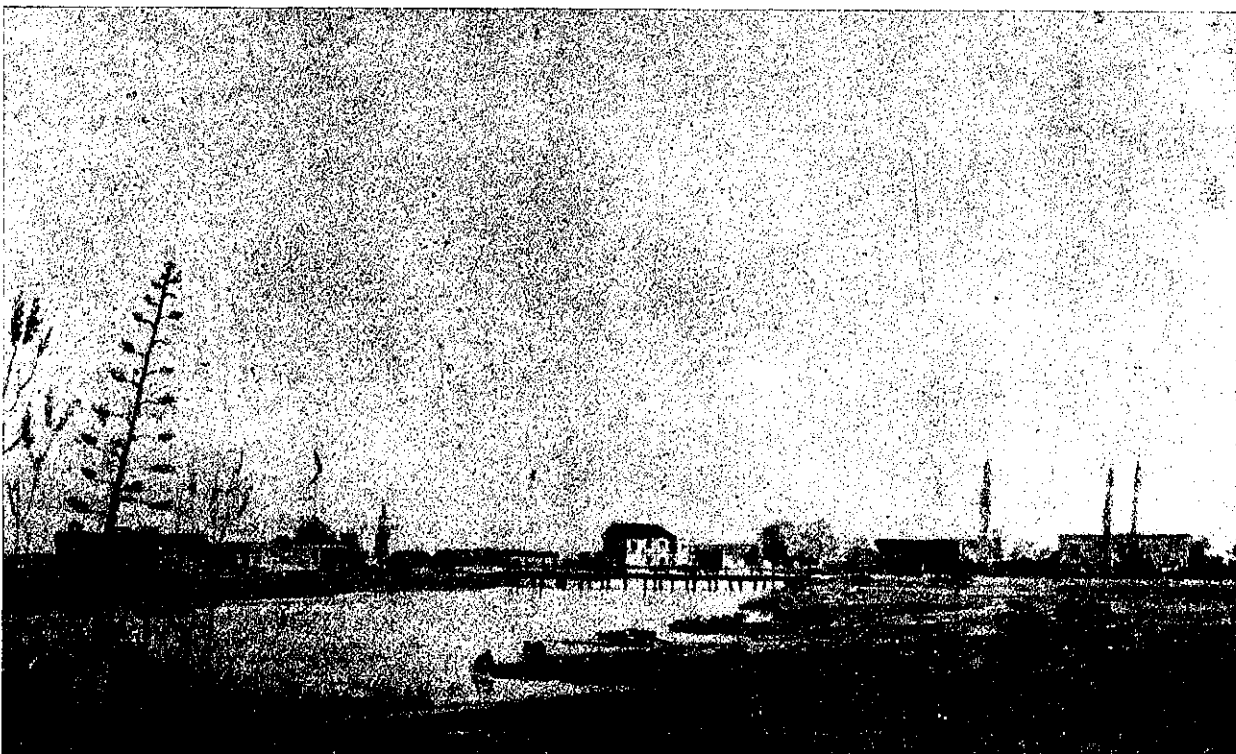
La señora Usandivaras de Marcet fue con su pequeña hija a pedir clemencia y firmó una petición redactada por Agrelo. Las defensas de

ambos abogados fueron famosas en aquellos tiempos, y al final se obtuvo del gobernador, que esperaba una misión de paz en la guerra con el Brasil, una promesa: si el barco que traía las bases de la paz con el Brasil llegaba antes de la hora de la ejecución (11 de la mañana) se conmutaría la pena de los condenados. Guillermo Brown había obtenido esta promesa de Dorrego, pero Marcet, incrédulo comentó: "Si ese compadrito de Dorrego quisiera conmutarnos la pena, ya lo habría hecho". Marcet tenía razón y se cree que el propio compadrito mandó un aviso a la rada para que el barco no llegara a tiempo.

Finalmente, el día señalado, los reos salieron escoltados por soldados y por sacerdotes. Pero el único que escuchaba las exhortaciones del capellán Tomas Ladrón de Guevara y Guzmán, era el joven cordobés, arrepentido de su crimen. Marcet moriría en plena furia, insultando a todos y maldiciendo. Los tambores sonaban y pronto una descarga de fusilería terminó con la vida de los dos jóvenes. Rápidamente el verdugo se encargó de subirlos a las horcas. Asevera Juan Manuel Beruti que "fueron ejecutados a las 11 de este día (16 de setiembre de 1828) y que estuvieron colgados hasta las doce y media en que por respeto a sus familias los bajaron, y fueron llevados al cementerio a enterrar... Marcet murió de 28 años de edad y Arriaga de veintiuno, y los pongo en este diario por ser extraño que unas personas tan decentes y con tantos empeños, no pudieran escapar de perder la vida con infamia, por la rectitud de los jueces".

Al día siguiente el capellán dio a publicidad una carta del reo Arriaga. Decía: "Falta media hora para salir al suplicio y mi corazón siente más que la muerte, la infamia.

Por eso y para satisfacción de mis queridos padres, de mis parientes y amigos, sobre todo en obsequio de la religión católica en que aquéllos me educaron, y es, en este terrible momento, mi único consuelo, autorizo al presbítero don Tomas



Las zonas de Barracas y del Riachuelo eran escenario preferido de los paseos de Francisco de Alzaga.

EL PEOR DE LOS ALZAGA

Ladrón de Guevara... haga entender a los vecinos... y al mundo todo, que mi corazón se resistió siempre al crimen: que si lo cometí fue por efecto de las malas compañías y que en cuanto a las verdades católicas nunca dudé de ellas y menos en este trance fatal.

Sirva pues, mi confesión, de satisfacción a mis queridos padres, a mis dulces parientes y buenos amigos, y sirva de escarmiento al mundo civilizado.

El infeliz y desgraciado

Juan Pablo Arriaga

"En la capilla, a las 9,30 de la mañana del 16 de Septiembre de 1828".

HUIDA

Pocos meses después, el coronel Manuel A. Pueyrredón se dirige al campamento del general Fructuoso Rivera en Corrientes por encargo del gobernador Dorrego. Pueyrredón realiza un largo viaje desde Buenos Aires, pasa por Curuzú-Cutí y por Yapeyú y se instala en Itaquí, donde se hallaba el ejército. Prefiere alojarse a ocho leguas, a orillas del arroyo Itu, en compañía del coronel porteño Manuel Escalada, jefe del Estado Mayor de ese ejército llamado "del Norte".

"Una noche estando en ese paraje, fue llamado el señor Escalada por el general en jefe. Viendo que tardaba me quedé dormido. A las 12 de la noche volví y me recordó para conversar.

—¿A que no es usted capaz, me dijo, de adivinar con quién acabo de estar?

—Por supuesto que no, le contesté. No tengo el talento de la predicción.

—Con el célebre Pancho Alzaga, repuso.

Vino éste a ver al general Rivera que no queriendo hablarle le mandó a Escalada. Solicitaba tomar servicio en el ejército. Escalada le dijo, que eso no podía ser, que aquel ejército estaba a las órdenes del gobierno de Buenos Aires, el cual reclamaria.

Alzaga sostenía que era inocente, que le habían calumniado e insistió de tal modo en ser admitido, que Escalada se vio en la necesidad de contestarle:

—Señor Alzaga, es preciso que usted sepa que sus cómplices ya no existen.

Alzaga se aterró. El no lo sabía; se cubrió el rostro con ambas manos y lo confesó todo. «¡Es cierto, señor, dijo, soy un criminal!»

El señor Escalada, sacó entonces 18 onzas de oro que le mandaba el general Rivera y le despidió diciéndole: «Tome usted esto, váyase, señor, huya de los hombres o hágase digno de ellos».

Nuestra conversación duró hasta cerca del día, sobre este hombre tan horriblemente criminal, y cuya causa estaba ya en conocimiento de todo el ejército".

(Manuel A. Pueyrredón, *Escritos Históricos*).

El asesinato cometido por Alzaga y el castigo a los criminales había sido tan comentado un mes antes en Buenos Aires, que aún dos militares recios y endurecidos como Escalada y Pueyrredón, no podían sustraerse a la excitación del



tema. Escalada despertó a su compañero de armas a altas horas de la noche, sin esperar la mañana, pues la noticia que debía darle era demasiado importante: ¡Había visto a Alzaga! Al mismo tiempo trató de proteger a ese asesino cuyo sonoro apellido se imponía a pesar de todas las adversidades, y le entregó onzas de oro donadas por un general oriental. Esto demuestra hasta qué punto fascinó el caso a sus contemporáneos. Escalada y Pueyrredón, ambos "porteños decentes" como el mismo Pancho Alzaga, se mantuvieron conversando sobre el suceso hasta el día siguiente.

Después de este relato se pierde la huella del delincuente.

En enero de 1831 el gobernador de Entre Ríos, Barrenechea, lo remitió preso ante el gobierno de Corrientes "por motivos que comprometen la salud pública" y con la intención de que lo enviaran a territorio portugués. Ferré sin embargo, no lo deportó al Brasil sino al Chaco, donde Pancho se convirtió en "hachero": el joven más buscado y festejado en Buenos Aires, su ciudad natal, pasó a ser un modestísimo peón que cruzaba regularmente en bote a Corrientes a vender madera. Se construyó una enramada y luego una choza, y, según se dice, fue amigo de los indios de la zona.

En 1841, cuando el general Paz comenzó a reunir un ejército en Corrientes para combatir a Rosas, Alzaga se apersonó con el deseo de incorporarse.

—¿Quién es usted? ¿Cómo se llama? —preguntó el general manco.

—Francisco Alzaga.

—¡Usted! Yo no quiero asesinos en mi ejército. Usted no tiene siquiera el derecho de morir por su patria. ¡Salga usted de mi presencia!" —exclamó Paz.



Una noria como esta que dibujara Prilidiano Pueyrredón ocultó el cadáver del infortunado Alvarez.

Según Martín García, Pancho vivió en el Chaco hasta después de Caseros, afirmación que se contradice con la de otros testimonios. El hecho es que más tarde se trasladó a Paso de los Libres donde formó un nuevo hogar con Gabina Ojeda, con la que tuvo diez hijos. En cierto momento una de sus hermanas le envió dinero y pudo al fin mejorar su situación precaria. Según otra versión fue maestro de escuela y hasta estudió leyes. El gobernador Pujol, quien le había comprado leña en otros tiempos, le regaló un lote de terreno en Corrientes en 1854 y lo incluyó en un indulto general de la provincia. Pancho compró un campo en 1872 que trabajó laboriosamente aunque ya era un viejo. Cuando, en cierta ocasión, la municipalidad de Paso de los Libres pretendió abrir dos calles en la propiedad de Alzaga, éste salió con su escopeta y las cerró. Fue temido en todo el pueblo tanto él como sus hijos, que con el correr del tiempo también darían que hablar.

FATAL DESTINO

Mientras, en Buenos Aires había fallecido su hijo Martín a los 19 años, en 1847. Y la hermosa "Estrella del Norte", Catalina Benavídez, gracias a la culpa de su marido se vio en la mayor miseria, abandonada de todos, sobrellevando una vida triste y embrutecedora.

Ella, que creyó que casándose con un Alzaga sería envidiada por todas las mujeres de Buenos Aires, por sus alhajas, vestidos, carruajes y quinta, se encontró sola, sin nadie, sin dinero y sin amistades. Todos rehuyeron el trato de esa semi-viuda

marcada por la infamia. Y cuando murió su único hijo, Martín, la familia Alzaga le dio definitivamente la espalda. Esa extraña familia que tal vez realizaba caridad con desconocidos, no fue capaz de socorrer a una pobre mujer abandonada y en desgracia. Muerto el médico inglés con quien vivía, sostén de sus últimos años de juventud, Catalina ya no tuvo a quién recurrir. El implacable corazón de su parentela le hizo cerrar todas las puertas. Y la señora de Alzaga empezó a bajar en la escala de la apreciación social, primero amasando pan, luego pidiendo limosna.

Cuenta Héctor Varela, director de *La Tribuna*, que un día se presentó una vieja a la redacción, y que por más que se la quiso echar logró llegar hasta él. Cuando se dio a conocer, la mujer contó su vida: "Porque yo he sido hermosa, Héctor, sí, la mujer más hermosa de nuestra tierra, la más solicitada, la más obsequiada por su belleza en todos los centros de nuestra gran aldea. Y ahora ¡soy la esposa más desdichada, la madre más desventurada, la mujer más despreciada de esta tierra! ¡Soy la esposa del más repugnante de los asesinos, la madre de un hijo que fue mecido en cuna de raso y que, cuando fue hombre, cuando supo la deshonra de su padre, se volvió loco; la que al verse rechazada hasta por su propia familia, por culpa del crimen que cometiera su marido, sin encontrar misericordia en las almas que se llaman virtuosas, se arrojó, por fin, desesperada en brazos de la depravación para embrutecer en el vicio la intensidad de sus sufrimientos!" Así narra Varela. Y en las escalinatas de las iglesias de Buenos Aires, no era raro ver a una mendiga que a veces provocaba comentarios en voz baja: "Mirala, mirala bien, esa mendiga lastimosa es la mujer de



Pedro José Agrelo, que fue juez del alcalde Alzaga intervino como abogado de Marcet.

Los vecinos de Corrientes solicitan la benevolencia del gobierno nacional en favor de don Francisco Alzaga.

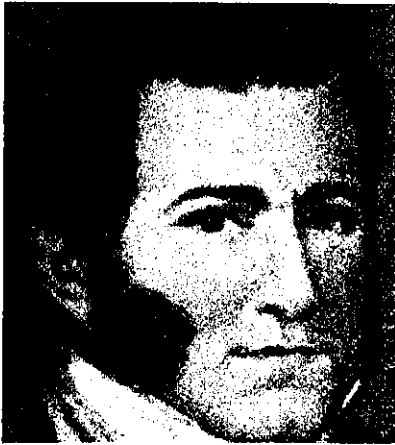
Excmo. Señor Presidente de la República Argentina.
Brigadier General Don Bartolomé Mitre:

Excmo señor. Los que suscriben, vecinos de la provincia de Corrientes, en uso del derecho de petición que les acuerda la Constitución Nacional, ante V. E. con el debido acatamiento y en la forma más arreglada en justicia, se presentan y exponen: que sabedores de una petición hecha al juzgado del crimen de esa capital levantada por dos vecinos de este pueblo de Restauración, solicitando que se reviera la causa criminal que contra don Francisco Alzaga se siguió por ante los tribunales de la ciudad de Buenos Aires y en presencia del exhorto del señor juez de primera instancia de la misma, reclamando de estas autoridades la captura del referido Alzaga, no pueden menos Excmo. señor que levantar la voz y hacerla llegar hasta el primer magistrado de la República solicitando de su magnanimidad y rectitud haga llegar hasta el patrocinado de los que suscriben la gracia que en uso de la facultad que la Constitución nacional le acuerda y de que es indudable merecedor.

... Testigos presenciales de la conducta que ha observado don Francisco Alzaga en el país de su adopción por espacio de 26 años no pueden menos que anatematizar la denuncia contra él entablada por ante los tribunales de Buenos Aires, pues no es Excmo. señor, el sentimiento de justicia lo que ha impelido a los denunciadores a dar ese paso, sino sentimientos personales de que brevemente harán una ligera mención.

Al presentarse el señor Alzaga entre nosotros desde tan dilatada fecha, se concretó a hacer un estudio privado de la jurisprudencia y del derecho, dando como dio a los pocos años, inequívocas muestras de su aplicación y talento en esta difícil y honrosa profesión. ¿Y quién lo diría...? Sus mayores triunfos en el foro le han proporcionado las injustas enemistades personales que han denunciado su persona. Hablando sido vencidos en un ruidoso pleito los dos principales firmantes de la denuncia por los conocimientos jurídicos del señor Alzaga, concibieron el proyecto de perderlo, sin que para ello hayan omitido las promesas, las dádivas y hasta el cohecho para reunir unas pocas firmas con qué apoyar su solicitud.

Los que suscriben pasan en silencio la causa del destierro voluntario del señor Alzaga, porque cualquiera



Vicente López y Planas: un fiscal benévolo.



El "compadrito" no se dejó ablandar.



Miguel de Azcuénaga (h), se alejó a tiempo.

EL PEOR DE LOS ALZAGA

Pancho Alzaga, el asesino!" Así decían las damas de la ciudad sin ocurrirseles ayudar a una compatriota en desgracia. Y menos la ayudaban las hermanas de Pancho, ni las enclaustradas ni las otras...

Pero todavía no habían terminado las desgracias de Catalina. Héctor Varela le dio una recomendación para internarse en el Hospital de Mujeres de la calle Esmeralda. Un día de la década del 70 enterraron el cadáver de una mujer del hospicio. A la mañana siguiente se encontró el cajón abierto, y el cadáver de la antigua "Estrella

del Norte" con la cara hecha pedazos, con las manos destrozadas y aun prendidas a los barrotes del depósito del cementerio. La habían enterrado viva, y fue tal la impresión que este hecho causó en las autoridades, que a partir de entonces se dictó una ley por la que se prohibía enterrar a los muertos hasta pasadas veinticuatro horas del fallecimiento.

No sabemos qué llegó a saber Pancho de los infortunios de su antigua familia. Su hermano Félix murió casi al mismo tiempo que su hijo, y la suerte de Catalina poco le importaría al hachero de Corrientes. En la época de la organización nacional, un grupo de vecinos de la provincia escribió un largo memorandum al presidente Mitre con el fin de obtener el indulto definitivo de Alzaga, quien para aquella época tenía 60 años. Lograron juntar más de setenta firmas y Mitre otorgó posteriormente ese indulto.

que ella haya podido ser y la acción porque contra él se pide está prescripta por nuestros códigos y tal vez ha sido mayor la pena de esta expatriación voluntaria que la pena que se le hubiera impuesto.

No obstante, Excmo. señor, ya que nuestra legislación guarda silencio sobre este punto, de una manera determinada, seáles permitido a los que suscriben invocar sobre este punto las leyes romanas y francesas: las primeras prescriben los delitos en relación a la edad de los delincuentes, las segundas por veinte años y todavía nuestro Fuero Juzgo contiene en la ley 3, título 2, libro 10, una disposición general para estos casos que aboga en favor de esta solicitud.

Por estas razones, y teniendo V. E. en consideración los honrosos y leales servicios que ha prestado en esta provincia el referido señor Alzaga, su buena conducta y adhesión al Gobierno liberal, suplican encarecidamente se sirva acordarle el derecho de gracia que solicitan.

Así lo esperan de su ilustración y magnanimidad, etc., Vicente Ramírez, Nicanor Cáceres, Santos Vega, Robustiano Lagraña, Ramón Saráchaga, Leopoldo Pellegrini, Justo Fernández, Manuel Borges, Ignacio Maciel, etc. Siguen 71 firmantes...

BIBLIOGRAFIA

- Rafael Barreda: *Crónicas*. Buenos Aires, 1914.
 Enrique Williams Alzaga: *La Sombra*, en *La Nación*, 12-11-1967.
 Héctor Quesada: *El alcalde Alzaga*. El Ateneo, Buenos Aires, 1936.
 Manuel A. Pueyrredón: *Escritos Históricos*, Buenos Aires, 1929.
 Tomás de Iriarte: *Memorias*, tomo III, Buenos Aires, Ediciones Argentinas, 1945.
 Juan Manuel Beruti: *Memorias Curiosas*, Biblioteca de Mayo.
 Carlos Calvo: *Nobiliario del antiguo Virreynato del Río de la Plata*, Buenos Aires, 1936.
 Archivo del General Mitre, tomo XXV, p. 212.
 José María Mariluz Urquijo: *Los proyectos españoles para reconquistar el Río de la Plata (1820-1833)*, Buenos Aires, 1958.

Pero ya había transcurrido casi toda la vida de Pancho; una vida de huida, de pobreza, de desconfianza, que le hizo pagar quizá más cruelmente que a los mismos ajusticiados, el crimen de su juventud.

El 4 de enero de 1884, murió Francisco de Paula de Alzaga, el último de la familia, y fue enterrado en el cementerio de la Santa Cruz en Paso de los Libres.

LA RECOLETA

"Un día, precisamente junto al sitio en que una inglesa católica había sepultado a su marido... me encontré sobre un obelisco la más concisa y terrible inscripción que había visto yo hasta entonces. Era ésta:

**Don Francisco Alvarez
 Asesinado por sus amigos
 1828"**

(Woodbine Hinchliff, *Viaje al Plata en 1861*) ♦

Will Durant HISTORIA DE LA CIVILIZACION

(Diez títulos, diecisiete tomos)

Una empresa que ha absorbido la mayor parte de una larga existencia particularmente fecunda y cuya realización ha exigido una acendrada vocación de estudiosos y raros talentos. Cada uno de los títulos que siguen -formato 24 x 16, lujosamente ilustrado- es una visión independiente y completa de un período y una fase en la marcha de la civilización.

NUESTRA HERENCIA ORIENTAL (3a. ed.)

LA CIVILIZACION DE LA INDIA (3a. ed.)

LA CIVILIZACION DEL EXTREMO ORIENTE (3a. ed.)

LA VIDA DE GRECIA (dos tomos, 4a. ed.)

CESAR Y CRISTO (dos tomos, 3a. ed.)

LA EDAD DE LA FE (tres tomos, 2a. ed.)

EL RENACIMIENTO (dos tomos, 2a. ed.)

LA REFORMA (dos tomos)

LA EDAD DE LA RAZON (dos tomos, en colaboración con Ariel Durant)

LA EDAD DE LUIS XIV (en colaboración con Ariel Durant)

Cada uno de los títulos incluye tablas cronológicas, guías bibliográficas, notas, índice de ilustraciones, índice alfabético e índice general. Están ya en preparación los dos últimos títulos: "La edad de Voltaire" y "Rousseau y la Revolución"

Humberto 1º 545 - Buenos Aires

Cupón para información

Estoy interesado en adquirir las "Obras Completas de Will Durant" y les autorizo una visita para mostrarme los tomos mencionados.

Nombre.....

Dirección.....

Localidad.....

LECTORES AMIGOS

LUCIANO MOLINAS

Señor director:

Le quedo muy reconocido por la publicidad dada a una obra de gobierno modesta, modestísima en la que puse todo el empeño posible.

Hay sin embargo dos hechos que no quiero dejar de puntualizar y que son 1º) que el gobierno de la Intervención Nacional fue tomado no por el jefe del Regimiento local, sino por el general Costa, que era jefe de esta Región Militar; y 2º)

La Dirección de **TODO ES HISTORIA** agradece a las autoridades y personal del **ARCHIVO GRAFICO DE LA NACION, MUSEO NACIONAL DE BELLAS ARTES y MUSEO HISTORICO NACIONAL**, cuya diligencia y eficacia han permitido ilustrar la mayoría de las notas publicadas en esta edición.

que la renuncia del ministro doctor José N. Antelo no fue pedida por el doctor de la Torre, sino que a raíz del incidente entre los ministros Cassella y Antelo, ambos me presentaron la renuncia, y yo decidí aceptar la del ministro de Gobierno.

Como podían dibujarse entonces dos tendencias en el Partido Demócrata Progresista, decidí que en el Ministerio Político que es el de Gobierno se hiciera cargo el doctor Abel Furno, que estaba en Instrucción Pública pero que era un hombre totalmente identificado con mi orientación unionista del partido y entonces era como si estuviera el suscripto en ese Ministerio para no inclinarse a favorecer o lesionar a nadie. Obtuve mi propósito, manteniendo la unión del partido, que al terminar mi período gubernativo, proclamó unánimemente la fórmula De la Torre-Mántaras sin ninguna disidencia. Y así seguimos en los años difíciles que soportamos, llevando en algún momento como candidato a gobernador por todo y sin excepción al doctor José N. Antelo.

De la Torre era incapaz de

tomar una ingerencia en las gestiones de gobierno y como prueba le citaré el siguiente hecho: en uno de los tantos allanamientos a mi casa y en que se abrió la caja fuerte, empleados de policía leyeron cartas del doctor De la Torre que yo guardaba y mostraron ante la comisión la admiración que les producía la forma en que me solicitaba dos puestitos, uno de agente policial que le había pedido un mozo del restaurante "Pedemonte" y otra de un puestito insignificante.

De la Torre que por su autoridad podía sugerirme cualquier iniciativa o hacer una petición, tenía un respeto religioso por decirlo así, que lo mantuvo también después en las luchas azarosas que siguieron hasta que puso fin a sus días.

Muchos han leído el magnífico comentario y me han traducido sus impresiones. Ha sido leído con todo interés, lo que prueba que la revista ha penetrado en la conciencia de los ciudadanos interesados en conocer el pasado y a lo que usted hace tan alta contribución.

Luciano F. Molinas

*Los aumentos sufridos por el papel en el último mes —pese a la decretada congelación de precios— han puesto a la Dirección de **TODO ES HISTORIA** ante la lamentable alternativa de subir el precio del ejemplar. No obstante ello, con la intención de no abusar de la paciencia y solidaridad invariablemente demostrada por nuestros lectores, hemos optado por suprimir momentáneamente el suplemento "Todo es Historia en América y el Mundo" que acompañaba el cuerpo de la revista desde el Nº 11. Ello nos permite seguir vendiendo la revista a su precio de siempre. Esperamos que esta suspensión sea temporaria y que pronto estemos en condiciones de entregar a nuestro público la revista en su fisonomía tradicional.*

PICCIRILLI - RIVADAVIA

Señor director:

En el número 54 de la revista de su digna dirección, se publica un artículo —o nota— relacionado con la personalidad del profesor don Ricardo Piccirilli, que me merece el mayor de los respetos. Pero en el curso de la entrevista con la redactora del artículo, formula una apreciación acerca de Rivadavia y su relación con San Martín que no satisface la verdad histórica. En efecto, le atribuye a Forbes, encargado de negocios de los Estados Unidos, la siguiente comunicación a su gobierno: "... a pesar de todo, por las noches, el general San Martín concurre a las tertulias de Rivadavia".

John Murray Forbes, a estar a la bien documentada recopilación de notas oficiales y reservadas a su gobierno, efectuada por el mejor embajador posible ante EE. UU., el doctor Felipe A. Espil, bajo el título de "Once años en Buenos Ai-

RADIO BELGRANO



La radio



Marca registrada como la de mejor resultado.

res (un libro que ningún argentino deseoso de conocer la historia patria debería dejar de leer), en ninguna de sus notas dice semejante cosa. La única referencia al acercamiento oficial o privado al gobierno de Buenos Aires (del cual era ministro Rivadavia) a su regreso de Lima, dice textualmente así: "Buenos Aires, 3 de enero de 1824. A John Quincy Adams, secretario de Estado. ... Algunas personas creían que el general San Martín era hostil a la presente administración y los opositores constantemente insinuaban que su visita a la ciudad iniciaría un cambio radical de hombres y de política. Por fin, el 4 de diciembre por la tarde él llegó a la ciudad, dirigiéndose inmediatamente a la residencia de su suegro, señor Escalada, pero encontrando que la familia se había ido a vivir a una quinta, fuera de la ciudad se dirigió allí, donde está desde hace varios días. Al día siguiente de su llegada los opositores se mostraron especialmente activos y circularon versiones de un cambio inmediato, pero ese mismo día, San Martín hizo una amistosa visita al gobernador y a sus ministros, la que fue prontamente retribuida. Se hizo así, voz corriente de que entre él y el gobierno había la mejor amistad, y que, lejos de complicarse con los descontentos, él había repudiado sus planes. Por otro lado, la ley que reglamenta la elección de nuevo gobernador, elimina su posible competencia, si es que él la hubiera tenido en mente, ya que sólo son elegibles los nativos de esta provincia, y San Martín, como Alvear, otra figura dirigente del partido, proceden del territorio de Misiones. Se sabe bien ahora que San Martín se embarcará pronto para Inglaterra llevando consigo a su hijita (de unos cinco años de edad)". Y sanseacabó. Ninguna otra referencia.

En cuanto a que Rivadavia no era vengativo, ni perverso ni malvado, tengo mis dudas. Los fusilamientos ocurridos durante su ministerio (el mismo Forbes se encarga de advertir que el que gobernaba realmente era él), no corroboran precisamente

la afirmación de Piccirilli. Respecto de la ejecución de García, dice Forbes en nota del 11 de abril de 1823: "La inesperada oposición de López (don Estanislao) ha provocado una reacción de pena por la ejecución de García, a quien se fusiló **para propiciarse la voluntad de aquél**. Era García un activo y valiente oficial, gran terrateniente y enemigo inveterado de López. Si hubiera vivido habría sido el propulsor más eficaz de las ideas de este gobierno, bajo cuya autoridad ha sido ejecutado" (pág. 240). Respecto de Peralta, dice: "El pobre Peralta era cordobés y tengo la firme creencia de que fue fusilado, con pocas horas de anuncio, simplemente para salvar a Rolón" (pág. 243). Con respecto al coronel Urien, la cuestión es un poco más compleja. En nota del 22 de marzo de 1823, dice Forbes: "Esta mañana supimos que se ha detenido al coronel Urien, según se dice, **previa promesa del gobierno** de que la pena de muerte le será conmutada por la de destierro perpetuo". Lo cual no obsta a que Urien fuera fusilado el 9 de abril de 1823.

Vale la pena consignar que en una proclama firmada por Rivadavia se ofrecía una recompensa de 2.000 pesos a quien detenga o indique el lugar de su refugio (del doctor Tagle) y 200 por la de cualquiera de los siguientes: Rufino Bauzá, José María Urien, Pedro José Viera, Isidro Mendoza, Tomás Revello, Francisco Almirón, José Guerrero, Benito Peralta, Hilarión Castro, el sargento Juan Flores y Rubio Balta (pág. 230). Y de la magnanimidad de Rivadavia podrá tenerse idea si se consigna que: "Dos miembros de la Cámara de Apelaciones, los doctores don Esteban Agustín Gascón y don Tomás Antonio valle, **han sido depuestos, por no haber confirmado la pena de muerte contra el coronel García, fusilado el lunes pasado**. El doctor Juan García de Cossío, juez de primera instancia ha sido ascendido a camarista" (pág. 234).

Conste que Forbes, prolijo cronista y sagaz comentarista, no era adverso a Rivadavia sino todo lo contrario (por lo menos, en esa época. Después, cuando llega a conocerlo bien, siente disgusto por las aficciones crematísticas del personaje). Forbes siente gran simpatía personal por Rivadavia, en quien ve al estadista capaz de emanciparse de los prejuicios religiosos de la época y alaba su gestión en pro de la libertad de cultos (tal vez

porque Forbes era protestante), así como su inclinación a reducir la influencia castrense. (Es posible que Rivadavia se enajenase la simpatía de los militares cuando, para hacer economías en el presupuesto —razón aparente—, se dio de baja del servicio a tres brigadieres generales —entre ellos, Pueyrredón y Saavedra—; ocho coroneles mayores —generales—; ocho coroneles; veintisiete tenientes coroneles; veintiocho mayores; setenta y dos capitanes y ciento cuatro oficiales de menor jerarquía —Decreto del 28 de febrero de 1822— Op. cit., pág. 174.) De su "castrofobia" da idea lo que dice Forbes, después de una conferencia con Rivadavia: "... A base de mis deducciones tanto como de su propia confesión, llego a la conclusión de que la causa verdadera de su desaliento radica en la predilección que esta gente —los nativos— siente por el gobierno militar, tan en pugna con su sistema".

Conste que yo no siento mucha simpatía por Rivadavia, por muchos motivos: su egolatría, su crueldad, su ambición, su afición crematística, su doblez, su odio a San Martín, etc., etc. Aunque no dejo de reconocer que por sólo un acto de su gobierno merece un monumento: la ley de enfiteusis, cuyo mantenimiento habría permitido disponer de enormes extensiones de tierras públicas, dilapidadas después en premio a presuntos servicios militares y en prenda de gratitud por tender líneas de ferrocarriles garantidos.

Ruégole, señor director, disculpar la extensión de esta carta. He tratado de ceñirme al motivo determinante de la misma: la inexactitud de la cita del señor Piccirilli. El resto no es sino consecuencia de haber citado en favor de su tesis a un testigo —Forbes— que no la favorece, sino todo lo contrario. Y en cuanto a que no hubiese distanciamiento entre Rivadavia y San Martín, todo el mundo sabe que existía entre ambos una cordial enemistad, derivada del hecho de que San Martín había calado hondo en la ambiciosa personalidad de Rivadavia, tan opuesta a su natural desprendimiento, y que Rivadavia sabía que San Martín sabía... Por algo San Martín se va a Europa con el pretexto de proveer a la educación de su única hija; por algo da terminada su educación cuando se entera de la destitución de Rivadavia. Y ni siquiera se llega a Buenos Aires, quedándose en Montevideo y regresando luego a Europa cuando se

entera del asesinato de Dorrego, instigado por los partidarios de Rivadavia... Pero esto es otra historia...

Nicolás O. V. Cuccarese
A. Rivas 493 - Morón
Pvcia. de Buenos Aires

YRIGOYEN

Señor director:

Recurro a usted en "apelación y queja"... Soy lector de la publicación que dirige, muchas cosas he aprendido, otras muy pocas; no comparto la pluma de algunos autores, pero respeto como hombre argentino sus posiciones.

Mi sangre, mis antepasados, mi querida Entre Ríos me apasiona a veces, y quizás detenga el raciocinio con sus influencias.

Señor director, Ud. que conoció a don Hipólito Yrigoyen, que lo apasionó y que sobre todo trata de ser lo más imparcial posible, ¿qué opina de la entrevista que el señor Carlos Cúneo de la redacción de "Siete Días Ilustrados" le hizo en Río Cuarto (Córdoba) al ciudadano Juan Filloy (ver pág. 22 y siguientes del Nº 220 del 2/8 de agosto de la citada, donde entre su vanidosa narración de su existencia múltiple, exuda intimidades que yo creo poco elegantes de su larga, azarosa y respetada vida)?

Poco conformista con muchas cosas nos da a conocer su prostatitis —hago votos por su mejoría—, la compara con la del señor Juan Perón y trae a colación (todo fuera del tema central) la dolencia que aquejaba al doctor Yrigoyen a quien llama con el despectivo mote del Peludo, invento del pasquin "La Mañana" después "La Fronda" muy de moda en ciertos círculos de gente ingeniosa para la diatriba, la que bautizaba al elenco gobernante y para la que siempre se le rodeó de libertad.

Dice que Yrigoyen se "orinaba encima"... y que esa era la causa de que no dejase sacar fotos de su persona si no se lo enfocaba de la cintura para arriba...

Yo no tengo "personalidad"—no soy abogado, ni escritor, ni he sido golpeado tanto— solo soy un argentino común y el doctor Filloy casi seguramente no me tomaría en cuenta para ratificarse.

Yo le digo a usted: no es verdad esa afirmación casi descartada y cruel; pudo haber sufrido Yrigoyen esa dolencia (pero fotos de cuerpo entero, sin pose hay miles); conocí y traté varias veces al doctor Yrigoyen, la última vez, seis meses antes

de morir en su departamento de Sarmiento y Cort. Carabelas y eso que afirma Filloy no es cierto.

Aramis Justo Victoria
España 775 - Florencio Varela

MARMOL

Señor director:

En un artículo sobre el poeta Mármol, en el Nº 52, hay una nota (que alcanza a otros grandes argentinos) que dice: "existe un rumor que corrió subterráneo en la *petite histoire* de Buenos Aires que asegura que Mármol era hijo del general Guido, aventura amorosa, etc."

Al respecto debo manifestar a usted, que no fue precisamente la *petite histoire* (o tal vez estimulada por él) quien largó a correr la especie, sino el presunto hermano, y poeta, Carlos Guido Spano. Mi padre cuando joven (allá por principios de siglo) frecuentó al poeta, con motivo de que mi padre escribía entonces una biografía del héroe de la Guerra del Paraguay, coronel Desiderio Sosa, que era correntino y a quien el poeta admiraba en grado superlativo. Un día, hablando de la primera vez que detuvieron a Mármol, Spano le daba su versión de las causas de tal detención (que no vienen al caso) y agregó, ante la sorpresa de mi padre: "... este Mármol, cuando muchacho era algo atolondrado; lo conozco bien, porque es hermano mío". Después agregó que sin duda alguna —por lo menos para él— era hijo del general Guido.

Sin embargo, estimo señor director, que eso tiene poca importancia ante el poeta que dio a las letras argentinas, con su encendido odio al tirano y a las tiranías, una página impar dentro de las letras universales, y por cierto no soy yo quien lo afirmo, sino nada menos que Marcelino Menéndez y Pelayo, quien refiriéndose a los versos de Mármol expresa: "aquellas hipérbolas desaforadas de venganza y exterminio, aquel estrépito de tumulto y de batalla, aquella inflamada sarta de denuestos y maldiciones, embriagan el espíritu del lector más sereno y pacífico, haciéndole participar momentáneamente de la exaltación del poeta. No creo que se hayan escrito versos más feroces contra persona alguna, como no fuesen aquellos antiguos yambos de Arquíloco o Hiponacte, cuya lectura hacía ahorcarse a las gentes aludidas".

Y bien, señor director, a un hombre que por su odio al tirano dio una página a nuestras incipientes letras, que para hallar

par, Menéndez tuvo que remontrarse hasta la Grecia inmortal, ¿vale la pena que se le esté buscando pelos a la leche?

Gaspar R. Bonastre
Mayo 1267 - Corrientes

MASONES (1)

Señor director:

El colaborador Miguel Angel Scenna en su artículo titulado "Mariano Moreno ¿Sí? o ¿No?" que fuera publicado en "Todo es Historia" número 35 ha dicho: "También se ha indicado un posible acuerdo entre masones y no masones. Lo eran Saavedra, Paso, Castelli y Belgrano; no lo eran Moreno, Alberti, Azcuénaga y Matheu".

Por su parte Salvador Ferla en su artículo publicado en la revista número 54 se expresa de la siguiente manera: "Seguro que Saavedra no estaba afiliado entonces a ninguna logia".

De estos antecedentes surge entonces la disparidad de opiniones entre sus colaboradores, sobre la filiación masónica de don Cornelio de Saavedra.

Como ambos autores son terminantes en sus conclusiones, y la importancia del tema lo exige; solicito a usted que adopte algún procedimiento para determinar con la mayor exactitud posible, cuáles fueron las relaciones de Saavedra con la masonería.

Antonio R. Castro Williams
Buenos Aires

MASONES (2)

Señor director:

Salvador Ferla, en su nota "El primer 17 de octubre", asienta, entre otras cosas, que don Cornelio de Saavedra seguramente "...no estaba afiliado... a ninguna logia". El tema de la masonería y su influencia en las Provincias Unidas ha sido y sigue siendo polémico. De cualquier manera, si bien nada puede saberse con certitud acerca del mismo, creo de interés recordar lo que dice el general Enrique Martínez sobre los primeros logistas: "Recuerdo entre otros a los señores Paso; Darregueira; capitán de patriotas Chiclana; doctor Tagle... En la parte militar Saavedra; Rodríguez, jefe de húsares; el coronel Terrada y muchos más".

Incluso, un colaborador de "Todo es Historia", Miguel Angel Scenna, anotaba no hace mucho refiriéndose a la composición de la Primera Junta: "...se ha indicado un posible acuerdo entre masones y no masones. Lo eran: Saavedra, Paso.

Castelli y Belgrano; no lo eran: Moreno, Alberti, Azcuénaga y Matheu".

Vicente Gonzalo Massot
Buenos Aires

N. de la D.: Pasamos su inquietud a nuestro colaborador Salvador Ferla.

PUERTO DE LA CONSOLACION

Señor director:

En el interesante artículo "Puerto de la Consolación, primer astillero en tierra fueguina" de Clemente Dumrauf, publicado en el N° 52 de "Todo es Historia", se han deslizado dos errores que convendría salvar.

El primero, la "Purísima Concepción" no naufragó frente al cabo Santa Inés, como reza en la leyenda del esquema de la carta marítima de la costa oriental de Tierra del Fuego inserto en la página 40. En efecto, la llamada bahía a la que los naufragos dieron el nombre de Puerto de la Consolación y en cuyas inmediaciones varó y fue embicada la nave, se identifica sin ninguna duda con la caleta Policarpo, única en el tramo de costa entre el cabo Santa Inés y el cabo San Diego que responde a la descripción hecha en el relato y que está ubicada justamente al pie de las estribaciones de los montes Tres Hermanos, a 70 millas al sudeste del primero de los cabos mencionados y sólo 15 millas al oeste del segundo cabo.

Esta caleta, en el año 1790, o sea 35 años después del naufragio de la "Purísima Concepción" fue visitada en misión de reconocimiento de las costas, por el piloto español José de la Peña, comandante del Bergantín "Nuestra Señora del Carmen", quien la bautizó con el nombre de Policarpo por la festividad del día en que su buque fondeó en ella.

El segundo, al incluir en página 43 un dibujo que repre-

senta a la "Cabo de Hornos" de Piedra Buena, para dar una idea de la nave construida por los naufragos. Como puede observarse en el mismo, por la arboladura se trata de una corbeta y no de una goleta como reza en la leyenda. Las goletas tradicionales tienen sólo dos palos y bauprés, y en la época en que ocurrió el naufragio relatado, se utilizaban únicamente velas canchales y foque. Por otra parte, la "Cabo de Hornos", de unos 50 hombres de tripulación, comparando las dimensiones, tenía una capacidad volumétrica interna casi diez veces mayor que la de la goleta "Nuestra Real Capitana San Joseph y las Animas del Buen Suceso", lo que empujearía la hazaña de haber llevado 197 hombres en su navegación de regreso al Río de la Plata.

Juan José Fellberg
Lafinur 3351
Capital Federal

JUNTA DEL DESIERTO

Señor director:

En el número 48 de su estimada revista —sección "Lectores amigos"—, página 95, un recuadro nos anuncia de la constitución de una "Comisión Organizadora de la Junta para el Estudio y Difusión de la Conquista del Desierto", que encabeza el doctor Samuel Tarnopolsky.

Entre los considerandos, dice el comunicado: "Estamos en el centenario de tan decisivo período. En él se concretó, entre otros hechos fundamentales, la campaña ofensiva contra los primitivos habitantes del desierto y la eliminación de la trágica frontera interior, abriéndose así la posibilidad para una transformación socio-económica de la llamada llanura pampeana primero, y de la chaguña después; la intensificación de la inmigración; la asunción de la efectiva soberanía sobre la totalidad del territorio nacional y el alejamiento de los problemas exteriores..."

Pienso, señor director, que al hablar de la conquista del desierto, la junta a constituirse, no se ha de limitar, pura y exclusivamente, a historiar la campaña del general Roca al desierto. Supongo, que ya se habrá pensado, con justicia, ocuparse de

las anteriores "entradas al desierto", entendiéndose "por desierto", no sólo a la inmensa extensión de la llanura pampeana sino también a la zona del Chaco Boreal y santafesino, que también era peligroso desierto ocupado por tribus agueridas como las de los tobas, maticos, chiriguano, avipones, etcétera.

Las "entradas al desierto", anteriores a Roca, tienen —mirándolo bien— más mérito pues el armamento era casi siempre el primitivo de la lanza, el sable y algunos pocos fusiles a chispa, mientras que en la época del general Roca, ya brillaban los fusiles Enfield, el Remington, el máuser y la carabina más perfeccionada, con lo que se tenía a la indiada a distancia y se los diezaba también a distancia.

Las "entradas al desierto", han de ser con seguridad consideradas cronológicamente por la citada junta. Yo pediría que se tome bien en cuenta "las entradas a dichos desiertos" hechas por el capitán Hernando Arias de Saavedra en el siglo XVI, y las del legendario capitán don Ramón Lara de los "Blandengues de la Frontera", quien entre 1818 y 1821 hizo varias expediciones a la pampa topándose "a lanza" con terribles caciques como Califao, Cañuante o el llamado "cacique negro" Chocori, feroz azote de la frontera sur de Buenos Aires.

El capitán Lara, antemural de los malones que azotaban "luna por luna", el sud de la provincia de Buenos Aires fue herido gravemente en un encuentro al sud de la sierra de La Tinta, habiendo estado su familia —18 personas incluida una ciega— cautiva en las tolдерías más de dos años. Lara, es conjuntamente con don Julián Martín Carmona, fundador del pueblo de Dolores.

Pero, incuestionablemente, estoy seguro que la "Junta para el Estudio y Difusión de la Conquista del Desierto", las tendrá en cuenta, para sacarlas del anonimato, a todas estas "entradas al desierto" anteriores a la del general don Julio A. Roca.

Eurodo G. Montero
Córdoba

TODO ES HISTORIA N° 56 - Diciembre de 1971. Editor responsable: TOR'S S.C.A. Director: FELIX LUNA. Redacción y Administración: México 4250/56. T. E. 99-2323. Registro de la Propiedad Intelectual N° 1.037.539. Miembro de la Asociación Argentina de Editores de Revistas. Distribuidor en Capital Federal: ANTONIO RUBBO, Garay 4226, Capital. Distribuidor en Interior y Exterior: SADYE S. A. C. I., Belgrano 355, Capital Federal.

CORREO ARGENTINO CENTRAL B	TARIFA REDUCIDA
	CONCESION N° 8240

TODO ES HISTORIA N° 56

AYER PIONERO

HOY FUTURO

Sí. Lo decimos a pantalla y voz plena.
CANAL 7, decano de la televisión argentina,
alcanza sus 20 años en una renovada etapa
de su juventud.

- NUEVOS ENFOQUES DE LA VIDA NACIONAL
- NUEVOS ESFUERZOS PERIODISTICOS
- NUEVAS CREACIONES DE ARTE
- NUEVAS INCURSIONES EN EL MUNDO
DE LA CULTURA
- NUEVA VALORACION DE LAS
MANIFESTACIONES POPULARES

Así logra un esclarecido panorama de
comunicación. Así contribuye a iluminar la
imagen del país. Y su tono se temple en la
mayor felicidad, que es la de dar.

canal 
en sus
20 años



Aquí es donde usted debe cerrar el círculo.

El círculo comienza cuando YPF extrae el 99% del petróleo de nuestro suelo.

Y lo transporta.

Continúa cuando lo refina en las destilerías más grandes y modernas de Sud América, las únicas que pueden garantizar la superior calidad de todas las naftas y aceites que producen.

Y termina aquí.

En sus surtidores que están en todo el país, aun donde no hay ganancia pero sí argentinos.

Y es aquí donde usted debe cerrar el círculo, para que nuestras divisas no salgan del país y se reinviertan en obras para su futuro.

Usted no tiene ningún motivo para no cargar en YPF.

Y dos para sí hacerlo: su coche y el país. Por eso... usted debe cerrar el círculo: cargando en YPF.

Siempre.



Lo mejor para su coche es lo mejor para el país.